LICENCIA PARA MATAR...
Y VENDER LIBROS

EL CLAN DE LOS LIBREROS MAGOS

GARTH NIX

AUTOR *BEST SELLER* MUNDIAL DE *MAGIA ANGELICAL*

Rocaeditorial

El clan de los libreros magos

Garth Nix

Traducción de Jorge Rizzo



EL CLAN DE LOS LIBREROS MAGOS

Garth Nix

LICENCIA PARA MATAR Y… VENDER LIBROS.

En el año 1983, en un Londres ligeramente alternativo, Susan Arkshaw busca a su padre, al que nunca conoció. Quizás un tal Frank Thringley, jefe de una mafia, hubiera podido ayudarla, pero Susan no tiene tiempo de averiguarlo cuando lo encuentra, pues el pinchazo de un alfiler plateado lo convierta en polvo ante la mirada de Merlín, un joven y atractivo librero zurdo.

Los zurdos son los encargados de la acción, mientras que los libreros diestros son los intelectuales. Juntos conforman una extensa familia de seres mágicos que vigilan el mítico y legendario Viejo Mundo en su colisión con el mundo moderno; además, se encargan de una cadena de misteriosas librerías.

La búsqueda del padre de Susan comienza siguiendo la pista de unos apellidos que su madre posiblemente recordó o escribió mal, un tique de una sala de lectura y una pitillera de plata grabada con algo que podría ser un escudo de armas.

Por su parte, Merlín tiene una misión propia: encontrar la entidad del Viejo Mundo que usó criminales comunes para matar a su madre. Al tiempo que él y su hermana, la librera diestra Vivien, se interponen en el camino de una fallida investigación policial, descubren que su búsqueda se entrecruza extrañamente con la de Susan. ¿Quién o qué es el padre de esa chica? Susan, Merlín y Vivien deben averiguarlo, pues el Viejo Mundo ha irrumpido peligrosamente en el Nuevo.

ACERCA DE LA AUTORA

GARTH NIX es autor *best seller* del *New York Times* y escritor a tiempo completo desde 2001. También ha sido agente literario,

consultor de marketing, editor, publicista, vendedor de libros y soldado a media jornada del ejército australiano. Más de seis millones de ejemplares de sus novelas se han vendido por todo el mundo y su obra ha sido traducida a cuarenta y dos idiomas.

ACERCA DE LA OBRA

«Una novela que lo tiene todo, fantasía pura como la que hacía mucho que no leía.»
Nadando entre palabras

«La novela está repleta no solo de referencias a la obra de Dumas, sino de diversidad racial y sexual.»
Lectura directa

«Una novela de fantasía con un universo complejo y llamativo, que te atrapa con sus múltiples personajes y que sin duda te deja con ganas de más.»
Alba Sánchez, *Goodreads*

«El poder de Garth Nix es hacer las delicias de los seguidores más acérrimos de la fantasía juvenil con un incontestable talento para narrar.»
El templo de las mil puertas

A Anna, a Thomas y a Edward; a mis padres, Henry y Katharine; a mis hermanos, Simon y Jonathan, y a sus familias; y a todos mis familiares y amigos.

Esta historia transcurre en una versión de Inglaterra, en el año 1983, aunque no es exactamente como recordarán los que vivieron allí en aquel tiempo, ni como les resultará a los amantes de la historia. Aun así…, ¿cuál es la versión real?

PRÓLOGO

Eran las 5.42 de la mañana de un día de mayo de 1983, en el oeste de Inglaterra, y un resquicio de sol acababa de asomar sobre las montañas. Pero aún hacía fresco y estaba oscuro en el valle por donde discurrían las aguas claras del arroyo, en línea recta, hasta trazar una curva a la izquierda justo antes de llegar a la presa, a menos de dos kilómetros río abajo.

Un puente hecho con tres tablones cruzaba el arroyo en las proximidades de una granja, desviando el camino y alejando así a los caminantes. Aunque tampoco es que fuera un lugar tan concurrido. De algún modo, el arranque de aquel camino, bajo el antiguo roble que había en el cruce de la aldea junto a la presa, a la gente le pasaba desapercibido.

Una joven salió de la granja bostezando, con los ojos entrecerrados y la mente todavía perdida en un sueño que le había parecido de lo más real.

Susan Arkshaw, que había cumplido dieciocho años apenas dos minutos antes, resultaba llamativa, más que atractiva en el sentido estricto de la palabra, con sus cejas negras en vivo contraste con la cabeza rapada, con el pelo incipiente teñido de rubio ceniza. Llevaba una camiseta de la gira de verano de 1968 de Jimi Hendrix que su madre había recibido como regalo de un *roadie* quince años antes. La camiseta era tan grande que le servía de camisón, porque no era alta, aunque sí fuerte y enjuta. Al verla, mucha gente la tomaba por una bailarina profesional o una gimnasta, pero no era ni lo uno ni lo otro.

Su madre, alta y delgada, no era musculosa como ella, decía que Susan había salido a su padre. Quizá fuera cierto. Susan no lo había conocido, y ese era uno de los pocos temas que su madre no había compartido nunca con ella.

Caminó hasta el arroyo y se arrodilló para sumergir la mano en el

agua, fresca y clara. Había vuelto a tener ese sueño recurrente, tan habitual desde su infancia. Frunció el ceño, intentando recordarlo con más detalle. Siempre empezaba del mismo modo, allí, en el arroyo. Casi podía verlo…

El agua se agitaba, con lo que al principio parecía ser el movimiento de un pez, hasta que el temblor se convertía en un chapoteo demasiado pronunciado para que fuera eso.

Lentamente, como izada por una cuerda invisible, emergía una criatura del seno de la corriente, en el centro del arroyo. Tenía las piernas, los brazos y el cuerpo hechos de hierbas y de agua, de ramas de sauce y de cañas, y por cabeza, una cesta hecha de raíces de aliso trenzadas, con unas límpidas esferas de agua arremolinada a modo de ojos. La boca la componían dos grandes cangrejos de río, agarrándose la cola con las pinzas, que creaban dos labios crustáceos.

La criatura avanzaba unos diez metros esparciendo agua fría, transparente y borboteante, seguía por el suelo de piedra hasta llegar a la casa y, alzando un largo brazo, golpeaba con la punta de sus ramas de sauce el cristal de la ventana, una, dos, tres veces.

Entonces se movía su boca crustácea, y de ella emergía una lengua de hierbas acuáticas que hablaba con una voz húmeda y sibilante.

—Yo observo y protejo.

La criatura del río se giraba y, al volver atrás, iba perdiendo altura, volumen y sustancia, de modo que en sus últimos pasos no era más que un puñado de materia, algo que el arroyo habría podido dejar en la orilla. El único vestigio de su presencia era un rastro de barro sobre el camino de losas que llevaba hasta la casa.

Susan se frotó las sienes y miró atrás. Y sí, había un rastro de barro sobre las piedras. Entre la casa y el arroyo. Pero probablemente su madre se habría levantado antes que ella y habría estado trasteando, moviéndose de un lado a otro con sus botas de goma…

Un cuervo graznó desde el tejado. Susan le saludó con el brazo. En su sueño también había cuervos, pero eran más grandes. Mucho mayores que cualquier cuervo de verdad, y además hablaban, aunque no recordaba exactamente qué decían. Lo que mejor recordaba del sueño siempre era el principio; a partir de la aparición de la criatura

del arroyo se volvía confuso.

Además de los cuervos, había algo más en el sueño, en la colina, por encima de la granja. Veía aparecer una criatura de la tierra…, una especie de lagarto de piedra, quizás incluso un dragón.

Susan sonrió, pensando en lo que significaría todo aquello. Su subconsciente, que trabajaba a todas horas fantaseando, estimulado por un exceso de novelas de fantasía y por una dieta infantil compuesta por Susan Cooper, Tolkien y C. S. Lewis. La criatura del arroyo, los enormes cuervos y el lagarto podrían ser personajes de una pesadilla, pero el sueño no daba miedo. Más bien lo contrario. Siempre se sentía extrañamente reconfortada después de tenerlo.

Bostezó con ganas y se volvió a la cama. En el momento en que se metía bajo la sábanas, dejándose llevar por el sueño, recordó de pronto lo que le había dicho uno de los cuervos en el sueño: «Regalos que nos hizo tu padre a las criaturas del agua, el aire y la tierra, para que observáramos y montáramos guardia».

—Mi padre —dijo Susan, adormecida—. Mi padre…

Más tarde, cuando su madre le trajo el té y las tostadas a la cama, a las ocho, como detalle especial para celebrar su cumpleaños, Susan ya había olvidado que se había despertado antes y que había tenido aquel sueño recurrente. Pero algo había quedado, sabía que había soñado…

Miró a su madre, sentada en el borde de la cama.

—Esta noche he tenido un sueño interesante, creo. Solo que no recuerdo bien lo que sucedía. Parecía importante…

—Es bueno soñar —dijo su madre, que por naturaleza vivía un poco como en sueños, y se pasó los dedos por la larga y frondosa melena veteada aquí y allá por algún mechón blanco producto del dolor, no de la edad. Jassmine nunca dejaba que nadie le cortara el pelo; se ponía muy nerviosa cuando Susan sugería que le cortaría algo más que las puntas, ya que era ella la encargada de hacerlo—. La mayoría de las veces…, pero también hay sueños malos…

—Yo creo que mi sueño… Creo que tenía que ver con mi padre.

—¿Ah, sí? ¿Más té?

—¿Estás segura de que no puedes decirme quién es mi padre, mamá?

—Oh, no. Era otra época. No era la misma persona. Él… ¿Me has dicho que querías más té?

—Sí, mamá.

Bebieron más té, ambas perdidas en sus pensamientos. Por fin, Susan dijo, decidida:

—Creo que me iré a Londres pronto. Para acostumbrarme. Probablemente pueda encontrar trabajo en algún pub. Y… Intentaré encontrar a mi padre.

—¿Cómo dices, querida?

—Que me voy a ir a Londres. Antes de ocupar mi lugar aquí. Buscaré trabajo… y todo eso.

—Ah, bueno. Es algo natural, supongo. Pero tienes que ir con cuidado. Él me dijo… No, eso fue acerca de otra cosa…

—¿Quién es «él»? ¿De qué te dijo que había que tener cuidado?

—¿Hmm? Oh, sí, claro. Londres. Sí, claro que debes ir. Cuando yo tenía dieciocho años no podía imaginar otro sitio en el que quisiera estar. Pero recuerda lo de las postales. Tienes que enviarme postales. Trafalgar Square…

Susan se quedó esperando a que Jassmine siguiera adelante, pero la voz de su madre fue apagándose, y vio que tenía la mirada perdida en la pared. Se le habría ocurrido algo y se había despistado.

—Lo haré, mamá.

—Y ya sé que irás con cuidado. ¡Dieciocho años! Feliz cumpleaños, cariño. Ahora tengo que volver a la pintura, antes de que esa nube se nos eche encima y me estropee la luz. Los regalos más tarde, ¿vale? Después del segundo desayuno.

—Los regalos más tarde. ¡No te pierdas la luz!

—No, no. Tú tampoco, tesoro. Tú tampoco. Asegúrate de no apartarte de la luz. Eso es lo que él habría querido.

—¡Mamá! ¿Quién es «él»…? Vuelve… Oh, vale, no importa…

1

Había un librero con guante a siniestra,
mueca socarrona y espada presta,
hábil por igual en el arte de la espada
que en el de los libros, a los que amaba.

Un joven delgado con el cabello largo, vestido con un traje de tres piezas de segunda mano de color mostaza, con unos pantalones de campana y botas de piel de cocodrilo de imitación con tacón cubano de cinco centímetros, estaba de pie ante otro hombre, mucho mayor, sentado en el sofá de cuero. Este último solo llevaba puesta una bata de seda con un monograma en el pecho; la bata se le había abierto, dejando a la vista una gran barriga que hacía pensar en un pez globo. Su rostro carnoso estaba rojo de rabia, y la mandíbula aún le temblaba de la sorpresa, al ver que le acababan de pinchar en pleno centro de su rosada nariz con un alfiler de sombrero plateado.

—Pagarás por esto, miserable g… —amenazó el anciano, alargando el brazo con fuerza para herir al otro con la navaja de afeitar que acababa de sacar de debajo de uno de los cojines bordados del sofá.

Sin embargo, en el mismo momento en que se movió desapareció la rigidez de su rostro y la carne se le cayó a pedazos como el plástico de una bolsa al contacto con la llama de una vela. El joven —o quizá fuera una mujer vestida de hombre— dio un paso atrás y observó aquella transformación, la carne del interior de la bata azul pálido que caía, convertida en un fino polvo que dejaba paso a unos huesos de un curioso tono amarillento que asomaban de las mangas y el cuello de la prenda, aunque después el hueso también se disgregaba, transformándose en algo parecido a la más fina arena, erosionada por milenios de contacto con el poderoso océano.

Solo que en este caso no había sido necesario el océano ni que

transcurrieran milenios. Había bastado un pinchazo… y unos pocos segundos. Eso sí, era un alfiler muy especial, aunque no parecía diferente a cualquier otro de los que usaban las damas de la época georgiana. Este, no obstante, era de acero bañado en plata, y llevaba el gran hechizo de desactivación de Salomón en letras tan pequeñas que resultaban ilegibles, ocultas entre la marca de fábrica que decía que había sido fabricado en Birmingham en 1797 por Harshton & Hoole, unos orfebres de oscura fama y cuyas piezas no habían tenido demasiado éxito en su tiempo, ni ahora.

Al fin y al cabo habían fabricado sobre todo alfileres para sombreros, y algún cortaplumas que otro.

El joven —porque era un joven, o iba en camino de serlo— tenía el alfiler plateado en la mano izquierda, enfundada en un guante de fina piel de oveja de color marrón pálido, mientras que la estilizada mano derecha la llevaba al descubierto. Lucía un anillo en el dedo índice de esa mano, una fina banda de oro con una inscripción que habría que ver de muy cerca para poder leerla.

La mano izquierda, enfundada en su guante, no vaciló lo más mínimo al introducir el alfiler en el bolsillo destinado al efecto que tenía en la manga derecha de su traje; la cabeza quedaba pegada a los gemelos, hechos con sendos medios soberanos (de 1897, año del jubileo de la reina Victoria, no unos medios soberanos cualesquiera), ajustados a su camisa Turnbull & Asser. Al hacerlo le tembló ligeramente la mano derecha, pero no lo suficiente como para que el alfiler segara ningún hilo.

El ligero temblor no se debía a que acabara de desintegrar al capo mafioso Frank Thringley, sino a que se suponía que no debía estar allí y se estaba preguntando cómo iba a explicarlo…

—¡Manos…, manos arriba!

Tampoco se suponía que pudiera dejarse sorprender por alguien como la joven que acababa de entrar en la habitación, a quien le temblaba un cúter en las manos. No era ni alta ni baja, y se movía con una elegancia y una precisión que hacían pensar que pudiera ser una experta en artes marciales o una bailarina, aunque su camiseta de los Clash y su mono azul oscuro, sus Doc Martens granates y su cabello

rubio teñido y rapado le daban más bien el aspecto de una cantante punk o algo así.

El chico levantó las manos poniéndolas a la altura de la cabeza. La chica del cúter:

1. Era joven, quizá tendría sus mismos años, diecinueve.
2. Desde luego no era una sorbedora como Frank Thringley.
3. No era como las otras mujeres jóvenes que solían tener los jefes mafiosos por su casa.

—¿Qué…, qué le has hecho al tío Frank?

—No es tu tío.

Deslizó un pie hacia delante, pero tuvo que pararse al ver que la chica hacía un movimiento con la cuchilla.

—Bueno, no, pero… ¡quédate ahí! ¡No te muevas! Voy a llamar a la policía.

—¿La policía? ¿Quieres decir que vas a llamar a Charlie Norton, a Ben, *el Alcayata*, o a algún otro de los encantadores socios de Frank?

—Quiero decir a la policía —respondió ella con decisión.

Se acercó al teléfono, situado sobre el aparador. Era un teléfono curioso para pertenecer a Frank Thringley, pensó Merlín. Antiguo, *art déco*, de los años treinta. Un aparato pequeño, de marfil, con incrustaciones en oro y el cordón recto.

—¿Tú quién eres? Quiero decir…, sí, claro, adelante, llama a la policía. Pero, probablemente, solo dispongamos de unos cinco minutos antes de que… o quizá menos.

Dejó de hablar y, usando la mano izquierda, en la que llevaba el guante, de repente sacó un gran revólver de la bandolera de pelo de yak tejido y teñido que llevaba colgada a la derecha. Al mismo tiempo, la joven oyó algo «a sus espaldas», un ruido que se acercaba por las escaleras, algo que no parecían pasos normales, y se giró justo en el momento en que un «bicho» del tamaño de un potro irrumpió en la sala y el joven se lanzó adelante, pasando a su lado, para disparar tres veces —*¡boom!, ¡boom!, ¡boom!*— al tórax de la bestia, haciendo saltar chorros de sangre negra y fragmentos de quitina que salpicaron la alfombra blanca de Aubusson, aunque eso no bastó para detenerla: sus patas traseras, articuladas en varios segmentos, seguían pateando

el suelo, y agitaba las extremidades delanteras, casi alcanzándole al hombre en las piernas, hasta que este volvió a disparar tres tiros más, y el horrendo bicho gigante cayó de lado, revolviéndose en frenéticos movimientos agónicos.

Cuando el eco ensordecedor de los disparos se extinguió, la joven se dio cuenta de que estaba chillando y dejó de hacerlo, en vista de que sus gritos no servían de nada.

—¿Qué…, qué ha sido eso?

—*Pediculus humanus capitis*. Un piojo —respondió el joven, mientras cargaba de nuevo el revólver y echaba mano de su chaleco para sacar más munición de una cartuchera de lona—. Aumentado, obviamente. Tenemos que irnos, de verdad. Me llamo Merlín, por cierto.

—¿Cómo Merlín el mago?

—Como Merlín el «encantador». ¿Y tú eres…?

—Susan —dijo Susan automáticamente.

Se quedó mirando el piojo gigante, que aún pataleaba en la alfombra, y luego el montón de polvo rojizo que había quedado en el salón, dentro de aquella bata azul pálido, con el monograma «FT», como para recordar quién había sido ese polvo.

—¿Qué demonios está pasando?

—Aquí no puedo explicártelo —dijo Merlín, que ya estaba junto a la ventana, levantando la hoja de la guillotina.

—¿Por qué no? —preguntó Susan.

—Porque, si nos quedamos, ambos moriremos. Vamos —dijo, y salió por la ventana.

Susan se quedó mirando el teléfono y volvió a pensar en llamar a la policía, pero tras considerarlo un segundo más a la velocidad de la luz, fue tras él.

2

Un librero zurdo en el bosque vi un día,
no osé preguntarle qué era lo que hacía.
El día era gris, funesto augurio sentí;
tuve claro qué hacer: di media vuelta y me fui.

La ventana se abría sobre el tejado del invernadero, que iba desde la parte trasera de la casa hasta la verja. Más allá se extendía la oscura masa del parque de Highgate Wood. Merlín superó la cresta del tejado sin dificultad, a pesar de los tacones cubanos de sus botas. La parte de hierro no tenía más de un palmo de anchura; a continuación, a ambos lados había paneles de vidrio inclinados. Pero él actuaba como si eso no supusiera ningún riesgo, aunque a la mínima caída pudiera atravesar el cristal y sufrir numerosos cortes.

Susan vaciló y miró atrás. El bicho monstruoso seguía retorciéndose en el suelo, pero además estaba sucediendo algo nuevo: por las escaleras ascendía una niebla oscura. Parecía un humo negro y denso, sin embargo se movía muy despacio, y no olía a quemado. Fuera lo que fuese, algo le dijo que no era normal, que aquello no era bueno. Se estremeció, se agachó y se puso a caminar a gatas por el techo del invernadero.

—Por las escaleras está subiendo una niebla negra muy rara —dijo, jadeando, al llegar al extremo.

Merlín estaba de pie delante de ella, pero en el momento en que le dijo aquello saltó a una rama de un viejo roble que sobresalía por encima de la verja del jardín.

—¿Cómo puedes moverte así con esos tacones? —exclamó Susan.

—Práctica —respondió Merlín, que se agarró a una rama más alta con la mano derecha al tiempo que le tendía la izquierda—. Salta.

Susan miró hacia atrás. La niebla oscura, extraordinariamente

densa, ya rebasaba la ventana. No se movía como una niebla normal, en absoluto; de hecho, un gran tentáculo se extendía en su dirección. Buscándola...

Saltó. Merlín inclinó el cuerpo para sujetarla, pero Susan no necesitaba ayuda; aterrizó cerca del tronco y al momento irguió el cuerpo, rodeando el árbol con los brazos.

—Abajo —dijo Merlín, deslizándose raudamente—. ¡Rápido!

Susan le siguió, y cuando faltaba metro y medio para llegar al suelo, saltó: sus Docs cayeron sobre la masa húmeda de hojas y barro. Había estado lloviendo gran parte del día, aunque al anochecer había escampado. Ahora, pasada la medianoche, el ambiente era frío y húmedo.

El parque estaba muy oscuro. Tenían la luz de las casas y las farolas a sus espaldas, iluminando Lanchester Road.

La niebla negra se extendía por encima del invernadero y caía pegada a la superficie de los paneles de vidrio del tejado, extendiéndose, confundiéndose con la oscuridad de la noche al alejarse de la luz de las casas y de la calle.

—¿«Eso» qué es?

—Otra cosa que te explicaré más tarde —dijo Merlín—. Tú sígueme. Tenemos que llegar al viejo camino recto.

Se puso en marcha, casi a la carrera, zigzagueando entre los árboles. Susan lo siguió, levantando las manos para apartar las ramas que él movía y que se le venían encima como un resorte. No podía ver nada con claridad. Merlín no era más que una vaga forma oscura algo más adelante; tenía que confiar en que sabía adónde iba e intentar no quedarse atrás.

Unos minutos más tarde, Merlín llegó a un camino y se detuvo en seco; ella estuvo a punto de chocar contra su espalda. El joven dudó un momento, miró a izquierda y derecha y luego levantó la vista hacia el cielo, nublado y con muy pocas estrellas visibles.

—¡Por aquí! ¡Ven!

Echó a correr. Susan le siguió lo mejor que pudo, haciendo un esfuerzo para combatir la sensación de que acabarían chocando con algo y haciéndose daño de verdad, aunque al mismo tiempo estaba

convencida de que podía pasar algo aún peor si no conseguían ganar distancia con respecto a la niebla negra que —no tenía duda— seguiría sus pasos, atravesando la oscuridad a gran velocidad, con esos tentáculos extendidos hacia los lados, buscándola…

Merlín se detuvo.

—Ya estamos —dijo—. Ahora podemos caminar despacio. No te alejes; no salgas del sendero.

—¡Ni siquiera veo el sendero! —exclamó Susan.

—Tú quédate detrás de mí —respondió Merlín, que avanzaba despacio.

El cielo allí se veía más claro, y el espacio a los lados del sendero estaba más despejado; los árboles quedaban más lejos.

Susan miró hacia atrás, abriendo los ojos todo lo que podía esforzándose en ver algo. La oscuridad parecía tener tonos diferentes, matices diversos.

—Esa niebla —susurró—. Creo que nos seguía.

—Sí —dijo Merlín—, pero no puede entrar en el sendero.

—¿Por qué no?

—Es una cosa antigua, obedece a una tradición ancestral —dijo Merlín—. En cualquier caso, no es la niebla en sí misma la que debe preocuparnos. Es la Bestia Negra.

—¿La Bestia Negra?

—La niebla es lo que podíamos llamar un «efecto complementario» —dijo Merlín—. Desorienta y distrae, y es necesaria para la Bestia Negra, que puede moverse por su interior siempre que sea lo suficientemente densa. La llamamos la Bestia Negra, aunque también tiene otros nombres.

Frenó un poco la marcha y oteó el terreno. El sendero giraba a la derecha y justo delante tenían una arboleda de hayas jóvenes.

—El nuevo sendero no sigue el viejo camino recto. Tendremos que dar la vuelta y retroceder.

—¿Retroceder?

—Sí, seguir adelante y atrás hasta el amanecer, si es necesario.

—Pero… esa Bestia Negra…

—Mientras estemos en el viejo camino no puede tocarnos —dijo

Merlín—. Date la vuelta. ¡No salgas del sendero!

Susan dio media vuelta y se puso a caminar lentamente en dirección contraria, fijándose bien en el camino.

—No veo nada —susurró cuando apenas llevaba unos pasos. Oía el ruido de la grava bajo sus pisadas, diferente al de las hojas mojadas y el barro. Pero habría resultado muy fácil desviarse con aquella oscuridad, desorientarse.

—Si no te molesta, te sujetaré de los hombros, y así te oriento —propuso Merlín—. Camina despacio. Todo irá bien.

Susan sintió sus manos en los hombros, apenas rozándola. Aun así, el contacto con su mano izquierda le resultaba raro. Sentía que emanaba una extraña calidez, que atravesaba el guante, la pechera de su mono y la camiseta, como si llevara algo en la mano que emitiera calor. Él la empujó ligeramente hacia la derecha, dirigiéndola.

—Si miramos el lado bueno —dijo Merlín, cuando ya llevaban recorridos treinta o cuarenta metros a paso lento—, no se atreverán a ir a por nosotros ahora que la Bestia Negra anda suelta.

—¿No lo harán?

—La Bestia Negra no distingue muy bien sus presas —dijo Merlín—. Con un poco de suerte, la lluvia de antes habrá hecho que no haya mucha gente por el bosque. Frena un poco. ¡Maldición!

—¿Qué?

—En este extremo, el sendero también gira, y han crecido árboles que lo cortan. ¿Por qué no podían seguir el viejo camino? Para. Demos la vuelta.

Volvieron atrás. Por primera vez, Susan se dio cuenta de que había algo más que la inquietaba. Además de todas esas otras cosas turbadoras, como que el «tío» Frank se hubiera convertido en polvo, la aparición del bicho gigante o la niebla negra.

—No oigo el tráfico. Ni tampoco trenes. Ni nada más que nuestros pasos y nuestras voces. ¿Por qué está todo tan en silencio?

—Son las dos de la mañana.

—Ya, venga. Puede que sea de campo, pero no es la primera vez que vengo a Londres.

—Ah. ¿De dónde eres exactamente?

—Del West Country. Entre Bath y Chippenham. No cambies de tema.

—Me temo que el silencio significa que ahora la niebla por la que se mueve la Bestia Negra nos rodea por todas partes. Y, a propósito, probablemente intente asustarnos para que abandonemos el sendero, así que atenta. Sujétate a mis hombros y no te separes.

Siguieron caminando. El único sonido que oían era el de la grava y las ramitas que se quebraban bajo los tacones cubanos de él y las Doc Marten de ella, además de la respiración de Susan, que seguía agitada.

—La luna se está abriendo paso entre las nubes —observó Merlín.

—¿Y eso es bueno?

—No siempre. Esta noche nos va bien. La luna llena suele ser más benévola con el pueblo joven, los humanos. Y nos ayuda a ver mejor el sendero.

Y, en efecto, hacía que el sendero se viera mejor. De hecho, la mezcla de grava, hojas mojadas y barro parecía emitir luz; no solo reflejaba la pálida luz de la luna, sino que parecía potenciarla.

La luz de la luna también hacía más visible la niebla negra. Los rodeaba por todas partes, engulléndolos, convirtiendo el sendero en una especie de callejón, angosto y peligroso. De vez en cuando asomaban unos tentáculos o unos hilillos que se enroscaban sobre sí mismos al llegar al sendero, encogiéndose y volviendo a integrarse en la masa de niebla.

Unos pasos más adelante, Susan arrugó la nariz de pronto y notó el sabor a bilis en la garganta.

—Hay algo que huele fatal —susurró—. Como a carne podrida y… aguas fétidas…

—Es la Bestia Negra —dijo Merlín, sin perder su tono de voz animado—. Probablemente la hayan invocado en el río subterráneo donde van a parar las vísceras y la sangre del mercado de Smithfield, así que odiará aún más a los mortales por haber profanado sus aguas. No mires. Nos está siguiendo, la tenemos un poco por detrás, a la derecha.

El olor se volvió más intenso, y Susan sintió que se le erizaba el vello de la nuca y que un escalofrío le recorría la espalda, entre las

escápulas, como si la bestia hubiera apoyado la punta de un diente muy afilado en aquel punto, a la espera de hundirlo en sus carnes.

—Vamos a jugar a las veinte preguntas —dijo Merlín, como si nada —. Así no pensarás en… esto…, en cosas.

—Eso de las preguntas con sí o no como respuesta siempre me ha puesto de los nervios —dijo Susan, haciendo un esfuerzo por hablar con normalidad. Era plenamente consciente de que había algo a sus espaldas, algo enorme y horrible cuyo aliento apestaba a carroña—. ¿Qué tal si respondemos a las preguntas que tengamos el uno y el otro directamente?

—Claro, no hay problema —dijo Merlín—. Pero ahora llegamos a ese punto en que tenemos que volver a dar la vuelta. Baja la vista. Y si ves a la Bestia Negra, no la mires directamente.

—Vale —respondió Susan—. Y ya que hemos dicho que íbamos a responder preguntas… Esta no es una de esas situaciones en las que si sé demasiado tienes que matarme, ¿verdad?

—Ya sabes demasiado —dijo Merlín—. Pero no tienes nada que temer de mí ni de los míos. Aunque me temo que tu vida nunca más volverá a ser como antes.

—Vaya.

—En parte puede que mejore —precisó Merlín, midiendo sus palabras—. Dependiendo de la relación que tuvieras realmente con tu «tío» Frank. Baja la vista. Media vuelta.

Susan intentó mantener la vista baja, pero aun así atisbó fugazmente algo terrible entre la niebla, una cosa enorme, deforme y retorcida, con ojos como heridas abiertas y unas enormes fauces chorreantes…

—¡Baja la vista! ¡Y sigue caminando!

—Ya camino, ya camino —respondió Susan, estremecida.

—Ha retrocedido. Y en el sendero no puede ir a por nosotros —insistió Merlín—. Imaginemos que nos hemos conocido…, *mmm*…, en algún sitio y que estamos charlando. Bueno, ¿qué estabas haciendo en esa casa?

—Frank era uno de los viejos amigos de mamá —dijo Susan, que volvió a abrir los ojos un poco para mirar por el resquicio que

quedaba entre los párpados—. Yo siempre pensé que era un novio suyo…, me enviaba regalos por Navidad… y firmaba «Tío Frank». No lo había visto nunca, hasta hoy, al llegar a Londres. Bueno, ayer. Enseguida supe que había cometido un error. Yendo a visitarlo, quiero decir. Estaba a punto de escabullirme y salir de allí cuando te oí entrar… Pero ¿qué es lo que le hiciste? ¿Y por qué?

—Para ir al grano, le toqué con un objeto de plata que llevaba grabado el hechizo de Salomón para desactivar la invulnerabilidad de los mortales…, de los humanos…, pero Frank es lo que nosotros llamamos un sorbedor. Un bebedor de sangre…

—¡Un vampiro!

—No, los vampiros no existen, aunque sin duda la leyenda debe de basarse en los sorbedores. Efectivamente, muerden, pero casi siempre en la muñeca o en el tobillo, nunca en el cuello, porque no quieren matar, y son mordiscos muy pequeños. Dejan que fluya la sangre y la sorben. Tampoco tienen grandes colmillos huecos, ni nada de eso; lamen la sangre como un gato. Tienen la lengua triangular. Es uno de los signos que los delatan.

—¿Y vosotros les dais caza y los matáis?

—No. Normalmente los dejamos en paz, siempre que se comporten. De hecho, tenemos a un sorbedor que trabaja para nosotros llevándonos las cuentas y… en la enfermería. La saliva de los sorbedores tiene potentes propiedades cicatrizantes.

—Entonces, ¿por qué has pinchado a Frank con ese alfiler?

—¿Te has dado cuenta de que era un alfiler?

—Soy estudiante de arte. La joyería es una de mis especialidades, aunque en realidad me dedico más a los grabados. Bueno…, seré estudiante de arte… cuando empiece el curso. Por eso estoy buscando a mi padre; me quedan unos tres meses antes de comenzar a hincar los codos, tal como dice la señora Lawrence.

—¿Quién es la señora Lawrence?

—Mi profesora de Arte en sexto. Es la que me ha ayudado a conseguir la plaza, e insiste en que no desperdicie la oportunidad.

—¿A qué escuela de arte irás? Prepárate para parar y dar la vuelta.

—La Slade.

—Entonces debes de ser buena.

—Dicen que mis aguafuertes son dignos de verse. Y sé dibujar. Aunque ahora eso no está demasiado de moda. El dibujo, quiero decir.

—Debe de estar muy bien poder hacer cosas. Gira.

Giraron. Susan estuvo a punto de vomitar por el intenso tufo a carne podrida que le llegó, pero también se dio cuenta de que hablar le servía para distraerse, así que enseguida buscó otra pregunta.

—Si en el sendero estamos seguros, ¿no podemos sentarnos?

—No —respondió Merlín—. Solo tiene las propiedades del viejo camino recto si estamos en movimiento. Si paramos, no es más que un pedazo de suelo, y tanto la niebla como la Bestia Negra pueden echársenos encima.

—Bueno —dijo Susan—, pero ¿eres un hechicero de verdad o no?

—Bueno, básicamente soy librero.

—¡¿Cómo?!

—Sí, librero. Me encargo sobre todo de la recepción de ejemplares, desempaquetado, colocación en las estanterías. No a las ventas directamente. Eso lo hacen los diestros.

—¿Los diestros?

—Es un negocio de familia, o algo así. Aunque quizá sería más correcto hablar de clanes. Somos, o diestros, o zurdos. Aunque eso puede cambiar. «El libro al que es de libros, la horca al que es de horcas», como solemos decir.

Levantó la mano izquierda, enfundada en un guante, y Susan la vio iluminada por la luz de la luna.

—Tal como ves, yo soy de los zurdos.

—¿Y eso qué significa? ¿Qué es eso de la horca?

—La verdad es que no está muy claro. Quiero decir que nunca hemos usado horcas, en realidad. Espadas, dagas, alfileres de sombrero…, pero los Saint Jacques zurdos…

—¿Sanjacks?

—Saint Jacques. El apellido familiar. Es francés. Aunque no somos franceses y no es nuestro apellido de verdad; es algo que nos puso la primera reina Isabel; se debió de confundir, y se nos quedó. El caso es que los zurdos somos los que nos encargamos de la acción, de ir por

ahí luchando, y todo eso. Lo de la horca podría hacer referencia a que, en el siglo XVII, varios partidos políticos acabaron colgando a unos cuantos de los nuestros en la horca.

—Pero todo eso de los sorbedores… y la Bestia Negra y la niebla… ¿Qué es lo que está pasando?

Las últimas palabras salieron de la garganta de Susan casi como un grito. Consiguió contener aquella extraña combinación de pánico y perplejidad, que amenazaba con paralizarla en cualquier momento.

—Sí, entiendo tu sorpresa. Aunque si quieres sobrevivir, lo mejor que puedes hacer es mantener la calma y pegarte a mí. Ah, ¿cómo puedo explicarte esto? El mundo que conoces, el mundo humano «normal» no es más que la capa más externa de un palimpsesto, un pergamino en el que se ha escrito, se ha borrado y reescrito varias veces…

—Ya sé lo que es un palimse…, palimest… Sé lo que es, aunque no sepa decirlo.

—Bueno, hay otro mundo bajo el mundo humano del día a día, y en ciertas condiciones o en momentos particulares el Antiguo Mundo sale a la superficie, o algún elemento se convierte en parte del mundo primario, por decirlo así. Y hay… entornos y criaturas o individuos que existen en diversos niveles al mismo tiempo, a causa de su naturaleza o por alguna intervención… mágica. Supongo que tú la llamarías así. Nosotros, los libreros, entramos en esta última categoría, tanto los diestros como los zurdos, y por diversos motivos hemos acabado… controlando, supongo…, la interacción entre los diversos niveles más míticos, conocidos en su conjunto como el Mundo Antiguo, y el Mundo Nuevo (el mundo prosaico humano), que tú llamarías «realidad».

—Pero ¿qué tiene que ver la venta de libros con todo esto?

—Tenemos que ganarnos la vida.

—¿Qué?

—La mayoría de los niveles antiguos, míticos, están aislados y la mayoría de las entidades del Mundo Antiguo están dominadas, y las que no, se comportan. Raramente tenemos que intervenir. Y mientras tanto vendemos libros. Aunque hay otros motivos; es bastante

complicado… ¿Ya estás lista para girar?

—Eh…, sí, supongo.

Volvieron a dar media vuelta. Esta vez Susan no se molestó en cerrar los ojos, aunque mantuvo baja la mirada. Por el asqueroso olor a alcantarilla sabía que la Bestia Negra estaba cerca, pero ahora eso la inquietaba menos. De algún modo, el tono tranquilo y ligero de la conversación de Merlín había aplacado sus miedos, igual que el sonido rítmico de los pasos de ambos al recorrer el sendero.

—Esto…, tengo otra pregunta —dijo Susan—. Solo que es algo privada…

—Soy humano —dijo Merlín—. En este momento un humano varón, por cierto.

—¿En este momento?

—Bueno, podemos… cambiar un poco físicamente…, podríamos decir —respondió Merlín—. Nací hombre, pero me he estado planteando cambiar.

Susan tardó un momento en procesar aquello.

—¿Podéis cambiar así de fácilmente?

—Oh, no es fácil —respondió Merlín—. Sin embargo, para nosotros es mucho más factible que…

El sonido de un cuerno o una bocina, no muy lejos, le interrumpió. No era como la bocina de un coche, sino más bien el sonido profundo, largo y prolongado de algún enorme instrumento medieval.

—¿Eso qué es?

—Que están llamando a la Bestia Negra, la devuelven a su lugar de origen —dijo Merlín. Pero estaba más tenso. Susan se lo notaba en los hombros—. La niebla también se disipará. Es extraño; aún faltan algunas horas hasta el amanecer. Ojalá supiera quién la invocó para que viniera. No puede haber sido Thringley.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Seguir caminando. Pero prepárate a correr, por el sendero nuevo. ¿Oyes eso? La niebla se está retirando.

Volvían a oírse los sonidos de la ciudad. El tráfico, el traqueteo lejano de un tren, voces indistintas traídas por el viento. También había más luz, en particular hacia Lanchester Road, y a través de los

árboles se veían unas ráfagas intermitentes de luz azul.

—¡La policía!

—En casa de tu tío Frank. Habrán acudido en respuesta a los disparos, supongo —dijo Merlín, mirando a izquierda y derecha y hacia las copas de los árboles—. Espero que no demasiado rápido, por su bien. Vale, la Bestia Negra se ha ido. Prepárate…

De pronto empujó a Susan con fuerza, tirándola al suelo. Ella oyó que algo zumbaba por encima de sus cabezas. Intentó ponerse en pie, sin embargo, en ese momento oyó un golpetazo, justo cuando Merlín interceptaba algo con la mano izquierda, mientras con la derecha seguía empujándola contra el suelo. Se echó a un lado y quiso erguir la cabeza, pero volvió a bajarla a tierra inmediatamente al ver una flecha con la varilla roja y las plumas blancas que pasaba silbando por encima para clavarse con fuerza en el árbol que tenía detrás.

Merlín apartó otra flecha de un palmetazo, moviendo la mano izquierda a una velocidad tal que el gesto resultaba prácticamente invisible, al tiempo que movía el cuerpo con agilidad para evitar una flecha más. Pero no pudo moverse lo suficientemente rápido como para evitar la tercera, que se le introdujo en el hombro derecho con un ruido que Susan deseó no haber oído. Merlín giró sobre sí mismo y cayó, hincando una rodilla en el suelo. La bolsa de pelo de yak en que llevaba el revólver se le cayó del hombro. Sin pensarlo, Susan se arrastró hasta allí para coger el revólver y poder disparar hacia el lugar de donde procedían las flechas.

Sin embargo, Merlín no había caído por la herida. Se había arrodillado a propósito, tirando de la pernera de su pantalón para sacar una pistola automática de la funda tobillera. Disparó con la mano derecha, mientras que con la izquierda seguía repeliendo flechas, protegiéndose a sí mismo y a Susan.

La pequeña pistola era mucho más silenciosa que el gran revólver que Susan seguía intentando sacar de la bolsa. Sus disparos sonaban casi como agudos ladridos de perro, pero emitían una vistosa llamarada cada vez. Merlín disparó rápido, ocho tiros en rápida sucesión. Tras el quinto, no hubo más flechas.

Susan consiguió sacar el revólver y lo sustuvo con las dos manos.

Había disparado escopetas, y paradójicamente también era buena en el tiro con arco, pero nunca había disparado una pistola. Aun así, no le parecía que tuviera que ser complicado.

—No, no…, bájala —dijo Merlín, apoyando la espalda contra un tronco mientras agarraba el asta de la flecha con la mano izquierda—. La policía llegará en cualquier momento… de casa de Frank…

—¿Quién ha disparado las flechas?

—Un guardián de los Raud Alfar…, supongo que alertado por la… intrusión de la Bestia Negra. Por eso la retirada… de la Bestia…, tendría que haber pensado en los Raud Alfar…, habérmelos ganado con alguna dádiva…

—¿Has matado… a ese guardián?

—No…, los disparos los… ahuyentan. A veces. Los ruidos mecánicos…

Susan dejó el revólver en la bolsa para tenerla a mano y gateó hasta Merlín. A la luz de la luna pudo ver que tenía la flecha clavada debajo de la clavícula, y la camisa y el abrigo de color mostaza empapados de sangre. No lo había mirado detenidamente hasta ese momento, pero ahora no tenía tiempo para contemplar lo atractivo que era, porque estaba mucho más pálido de lo normal y respiraba entrecortadamente.

—Necesito… tu ayuda. Hay un vial plateado en el bols… izquierdo de mi chaleco… Coge… Sí… Ábrelo…, métetelo en la boca y remuévelo…, como si te enjuagaras… Sí, lo sé…, y espera… Voy a romper la flecha y sacarla por el otro lado. En cuanto lo haga…, escupe en la… herida.

Fuera lo que fuese lo que había en aquel vial, era asqueroso, pero Susan lo revolvió en la boca, pasándoselo de un carrillo al otro, y esperó. Merlín quebró el asta de la flecha sin ninguna dificultad con la mano izquierda, soltó un quejido e hizo una mueca de dolor. Jadeó y se puso a empujar la flecha, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tira…, tira de ella, sácala… y escupe —susurró, desvaneciéndose, y cayó hacia delante, con la punta de la flecha asomándole, ensangrentada, por la espalda.

Susan frunció los labios, apretándolos, se inclinó sobre la herida y tiró de la mitad de la flecha, sacándola, y la otra por detrás. Las tiró,

se acercó y escupió en la herida. De la boca le salió una luz pálida de color azul verdoso, como el coñac ardiendo en un flambeado, pero sin calor; las llamas frías bañaron los agujeros del abrigo y penetraron en la carne.

Susan se echó atrás, se sentó y se limpió la boca, pero en su saliva ya no había luz. Fuera cual fuese el efecto de aquel extraño fluido, no había devuelto la conciencia a Merlín. Con la máxima delicadeza que pudo, lo tendió en el suelo y le quitó el abrigo. Cogió el pañuelo que asomaba en el bolsillo, lo plegó y se lo aplicó contra la herida de la espalda, al tiempo que presionaba con la palma de la otra mano el orificio del pecho. No veía bien, pero le pareció que seguía sangrando, y no tenía claro que su pecho siguiera subiendo y bajando.

Acercó la cabeza, con la esperanza de oírle respirar, pero en lugar de eso lo que oyó fueron unas pisadas a sus espaldas; de pronto, el haz de luz de una linterna iluminó la zona, proyectando su resplandor sobre el cuerpo de Merlín.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Enséñeme las manos!

3

No hay hechicero que pueda compararse
por la potencia de sus trucos o la grandeza de su arte
a los libreros, que, en su guarida,
esconden secretos únicos sobre la magia de la vida.

Media hora más tarde, Susan estaba bajo la dura luz fluorescente de una sala de interrogatorios en la comisaría de Highgate, detenida en principio como sospechosa de asesinato por un agente armado amenazadoramente nervioso; cinco minutos más tarde, un sargento pasivo-agresivo la informó de que quizá la acusación no fuera correcta, pero, ya que la habían presentado, tenían que cumplir al menos con el procedimiento, algo que, por lo que parecía, también era culpa suya. Al menos le habían quitado las esposas antes de llegar a comisaría, y una vez allí le habían dejado lavarse la sangre de las manos y le habían dado té y galletas.

La incertidumbre sobre su estatus se debía a Merlín, según entendió por lo que hablaban entre dientes los policías justo después de que el sargento hubiera echado un vistazo a la funda de piel negra que habían sacado del bolsillo del traje del joven, que contenía una identificación que hizo que el sargento se fuera corriendo a hablar por radio con sus superiores. En ese momento dos paramédicos de ambulancia estaban atendiendo a Merlín, y Susan se sintió aliviada al oírles hablar y deducir por sus comentarios que seguía vivo y que, sorprendentemente, no estaba gravemente herido.

—Hola. Entonces, ¿estás bien? ¿Quieres otro té? ¿Una galleta?

Era el agente que la había arrestado, que asomaba la cabeza por la puerta; era un hombre corpulento de cabello negro, de unos veinticinco años, con un bigote sorprendente más claro, que ahora parecía bastante más tranquilo que cuando la había apuntado con su

Smith & Wesson mientras le ordenaba que le mostrara las manos, que se alejara de Merlín y se arrodillara en el suelo, momento en que su compañero la esposó y todos parecieron calmarse un poco.

—Estoy bien —dijo Susan—. Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Sigo detenida o qué?

El agente se ruborizó.

—No, perdona. Fue un error mío. Estamos esperando a la inspectora Greene para que firme la orden de salida.

—¿La inspectora Greene?

—De la Sección Especial. Tú eres Box 500, ¿verdad? ¿Sueles trabajar con alguien más?

—Yo no… —empezó a decir Susan, pero se frenó. Estaba agotada y confusa, y supo que era mejor no hablar demasiado. Que le firmaran la orden de salida sonaba mucho mejor que estar detenida por asesinato—. Esto… ¿Podría recuperar mi mochila? Estaba en la casa de Frank Thringley.

—Oh, preguntaré a los de aquí. No soy de este departamento. Soy de la D11.

Lo dijo con evidente orgullo, como si eso significara algo importante.

Con un poco de retraso, Susan se dio cuenta de que intentaba impresionarla; era una especie de flirteo un tanto raro.

—¡Hablando de armas de fuego, esa Smython del 357…! —Soltó un silbido de admiración—. Yo ni siquiera sabía lo que era. El sargento Bowen la reconoció. Muy elegante. Aunque no es por criticar esa pequeña Beretta tuya. Desde luego muy fácil de esconder, eso se lo tengo que reconocer.

—Sí, ya —dijo Susan, que de pronto se sintió muy muy cansada. Consultó su reloj, uno de esos nuevos modelos de plástico que su madre le había comprado como regalo de despedida. Faltaban unos minutos para las seis, así que en el exterior probablemente estaría amaneciendo.

—Bueno, si necesitas algo, da un golpecito en la puerta —dijo el agente—. Siento que te tengamos aquí metida, pero ojos que no ven, corazón que no siente, ¿eh?

—Ya —respondió Susan. Dejó caer la cabeza hacia delante, encajándola entre los brazos, y se durmió.

A Susan le sorprendió que la inspectora encargada de su caso fuera una mujer, aunque no tenía por qué, dado que estaban en 1983. Pero en la Policía de Londres siempre se había mantenido la brecha de género, más que en otras instituciones policiales, desde las reformas de posguerra del Gobierno radical de la primera ministra Clementina Attlee. Paradójicamente, Gran Bretaña tenía en ese momento en el poder a su segunda primera ministra mujer, pero Margaret Thatcher era una conservadora de la vieja escuela y estaba trabajando duro para deshacer muchos de los cambios instaurados por Attlee y por los Gobiernos laboristas posteriores, y las leyes de igualdad de género eran uno de sus principales objetivos.

A Susan, como a cualquier joven menor de treinta años que no tuviera intereses en la banca ni título nobiliario, no le gustaban Thatcher y su Gobierno. El año anterior, la guerra por las Malvinas había convertido aquel desagrado en odio, al tiempo que disparaba la popularidad de Thatcher entre mucha gente mayor y, al igual que todas sus amigas, Susan sentía un nudo en el estómago al pensar en el posible resultado de las elecciones que iban a celebrarse al cabo de unas semanas, las primeras en las que tendría edad legal para votar. Ella ya había emitido su voto por correo, a favor del candidato socialdemócrata, aunque estaba segura de que en la demarcación de Bath ganaría el candidato conservador, Chris Patten. Según el Swatch de Susan, llevaría durmiendo una hora cuando la inspectora Greene le dio un golpecito en el hombro, sin demasiada delicadeza. Aquella mujer tendría menos de cuarenta años, pero parecía tener una personalidad dura e iba vestida como el sargento Carter de la serie de televisión *The Sweeney*, con vaqueros, camisa y chaqueta de cuero. Incluso se parecía un poco a la actriz, Denise Waterman, aunque en versión india.

—Señorita Arkshaw, es hora de irse.

—¿Ir adónde? —preguntó Susan, confundida—. ¿Quién es usted?

—Mira Greene, inspectora de la Sección Especial. Me encargo de la relación con sus amigos los libreros.

—Eh… No estarán…, esto… ¿Merlín está bien?

—Eso creo —dijo Greene—. Vinieron a recogerlo del hospital de Whittington hace media hora. Yo no me preocuparía. Los zurdos son muy muy duros. Pero supongo que eso ya lo sabe.

—Bueno…, no —dijo Susan—. Hasta anoche no conocía a Merlín. Fue todo un accidente. Yo no sé nada.

—Probablemente sabe más de lo que le convendría —dijo Greene—. Afortunadamente para usted, en todo lo relacionado con esos libreros, la política no oficial es que cuanto menos sepamos todos (y cuanto menos se ponga por escrito, por supuesto), mejor. Actuamos como si fueran de los servicios de seguridad y dejamos la suciedad escondida bajo las alfombras.

Hizo girar las llaves del coche en el dedo y añadió:

—¿Adónde quiere ir?

—¿Ir? Ah, pues necesitaría recoger mi mochila de…

—Ya está en el coche. ¿Qué tal si la llevo a Paddington para que coja el tren de vuelta a Bath? Le compraremos el billete. Vuelva con su madre, no llame la atención.

Por un momento, Susan se vio tentada de hacerlo. Le quedaban tres meses hasta el inicio del curso, a finales de septiembre. En la residencia de estudiantes no la admitirían hasta unos días antes del inicio de las clases, así que no tenía ningún lugar en particular al que ir, y disponía de recursos limitados para encontrar alojamiento.

Pero había venido a Londres por un motivo, y aunque la cosa no había empezado bien —y había seguido aún peor— no iba a rendirse.

—No, gracias —dijo—. Encontraré dónde alojarme. De momento puedo ir a un albergue para jóvenes, supongo. O a algún hotel barato…, muy barato. Hasta que encuentre un trabajo. En un pub, o lo que sea. Tengo dieciocho años.

Greene se la quedó mirando con ojos fieros, penetrantes. Daba la impresión de ser tan dura como el personaje de ficción al que recordaba, y desde luego no era el tipo de persona con el que Susan querría tener problemas.

—En serio, lo mejor sería que se fuera de Londres. No puedo decirle que en casa estará completamente segura, pero sí algo más.

—¿Qué quiere decir?

Greene cerró la puerta tras ella y se sentó sobre la mesa.

—Mira, Susan, has estado en el Mundo Antiguo. Has sido vista y señalada por cosas del Mundo Antiguo —dijo lentamente, enfatizando sus palabras—. Ahora es más fácil que vuelvas allí, o puede que el Mundo Antiguo vuelva a ti. No obstante, en términos geográficos, allí las noticias viajan despacio; hay muchas fronteras entre Highgate Wood y la entidad que vive en las aguas de los baños termales de Bath, o cualquiera de las otras… cosas. O eso me dicen los libreros, porque, a decir verdad, yo, personalmente, no sé un carajo de todo eso. Si te vuelves a casa, puede que pasen años antes de que vuelva a ocurrir algo raro, si es que ocurre alguna vez. Pero si te quedas aquí, tendrás mucho más cerca todo eso que has visto esta noche.

—Quiero quedarme —dijo Susan—. Necesito hacer una cosa.

Greene se la quedó mirando un poco más; luego bajó del escritorio y se puso a caminar por el despacho, para luego detenerse y quedarse mirando a Susan.

—Vale. Pero recuerda esto: nada de lo que crees que pasó anoche pasó realmente. Si se lo cuentas a alguien, en algún lugar, especialmente si se lo cuentas a los periódicos, lo mejor que te puede pasar es que acabes encerrada en un manicomio… y que tiremos la llave.

—Entiendo que me está amenazando —dijo Susan muy despacio. La habían detenido dos veces, junto con su madre, en manifestaciones antinucleares, aunque al final no se habían presentado cargos. Sabía lo que estaba pasando—. Pero conozco mis derechos…

—No, evidentemente «no» lo entiendes —dijo Greene—. Esto no tiene que ver con la policía, no es un asunto legal, no tiene que ver con la ley británica. Todas esas cosas raras del Mundo Antiguo, esos mitos vivos y leyendas andantes son algo contenido, reprimido, sometido a acuerdos, juramentos, rituales y viejas costumbres. Y alguna de esas ataduras puede romperse, liberando su contenido, si la gente toma conciencia y decide recuperar parte de ese folclore «inocuo», etcétera. Así que intentamos eliminar de raíz cualquier cosa que pueda provocarlo, no queremos que la gente piense siquiera que

todo esto existe. Normalmente, en los casos más sencillos, metemos a los involucrados en algún sanatorio, los convencemos de que han perdido la cabeza un tiempo, y todo sale bien. Pero tú eres un caso especial, ya estás demasiado metida en esto. Tendríamos que entregarte directamente a los libreros.

—Eso no suena tan…

—La pena capital ya no existe en el Reino Unido, pero los libreros son una excepción —precisó Greene, con gesto hosco—. Cuando se encuentran con alguien que sabe demasiado, hacen que desaparezca, y nadie vuelve a verlo. Y, por lo que dicen, esa opción es incluso mejor que lo que puede llegar a pasarles a las personas que han ido demasiado lejos.

Se hizo el silencio en la sala, salvo por el molesto zumbido de los tubos fluorescentes del techo.

—Vale, me parece que ya entiendo… Bueno, entiendo que hay cosas que no puedo comprender —respondió Susan, con voz apagada—. Sé que tengo suerte de seguir viva, después de lo de anoche. Y no tengo intención de hablarle de ello a nadie.

—Vale. Estás siendo sensata. Cooperas. Así que yo también te ayudaré. Si estás decidida a quedarte, te llevaremos a una casa de huéspedes; no es exactamente una casa segura, pero sí un sitio que tenemos bastante controlado. Te quedarás allí, con cargo al Gobierno de su majestad, hasta que puedas ir a tu residencia de estudiantes. La casa está en Islington, muy bien comunicada.

—¿Sabe lo de mi plaza en la Slade?

—Yo quiero pensar que lo sabemos todo de ti —dijo Greene—, dado que he tenido a cinco agentes investigándote desde que me llamaron avisándome de que «algunos de tus agentes del MI5» estaban merodeando por los parques del norte de Londres. Pero estoy segura de que se nos habrá pasado algo. Es natural, y también es uno de los motivos por los que me quedaré más tranquila si te quedas con la señora London, en Islington. Por si descubrimos algo que ya deberíamos saber.

—¿La señora London?

—Sí. Es su nombre real, aunque en realidad es de Glasgow. Dios

sabe por qué se mudaría aquí. ¿Trato hecho?

—¿Cómo será mi alojamiento?

—Una habitación, pero bastante grande. Con cocina de gas por si quieres cocinar, aunque la señora L se encarga de las comidas. Hay un baño en cada planta, solo lo compartirás con otras dos personas. Aunque la casa casi nunca se llena, así que quizá tengas suerte con el baño. Es mejor que cualquier alojamiento que pudieras pagarte tú.

—¿Ha visto mi cuenta corriente?

—Ya te lo he dicho. Cinco agentes. Doscientas sesenta y dos libras con cincuenta y cinco peniques al acabar el día de ayer, y el director de tu banco se ha puesto como una fiera esta mañana, cuando lo hemos despertado para que nos diera el saldo, hasta que le he dicho que le enviaríamos una carta de recomendación para el puesto de subdirector regional. En cualquier caso, poco más de doscientas cincuenta libras no es demasiado si tienes que aguantar hasta el inicio del curso. ¿Te he mencionado que en la casa de la señora London el desayuno está incluido? Y no escatima, nada de cereales con media taza de leche en polvo. Hace huevos, beicon y de todo.

De pronto, Susan sintió un hambre atroz: no era de extrañar, puesto que desde el almuerzo del día anterior solo había comido un par de galletas rancias. El «tío» Frank la había invitado a cenar, pero ella no veía la hora de marcharse y había alegado que no se encontraba muy bien. Aunque había sido amable con ella, le pareció que era mejor quedarse en su habitación, con la puerta cerrada con llave.

—¿En qué andaba metido Frank Thringley? —preguntó.

—¿Qué te dijo el librero?

—No, no quiero decir… eso de que era…, ¿cómo lo llamó?, un sorbedor… Quiero decir como delincuente —dijo Susan—. Vi a alguno de sus… secuaces…, supongo. Uno de ellos llevaba una escopeta de cañones recortados en una bolsa de Sainsbury's. Era bastante evidente, sobresalía.

—¿Y por qué no te fuiste al ver aquello? Podías haber salido corriendo —observó Greene—. ¿Por qué seguías ahí anoche?

—Quería hacerle unas preguntas a Frank sobre su relación con mi madre y… acerca de los otros amigos que tenía ella en aquella época

—confesó Susan—. Frank me dijo que me lo diría por la mañana, me dejó dormir en la habitación de invitados; tenía cerradura y todo. No tenía adónde ir, y el tipo de la recortada se había ido. No me parecía que Frank pudiera hacerme nada. Daba la impresión de…, bueno, no de que fuera inocuo, pero no me pareció que supusiera un peligro inmediato. Aunque luego cambié de opinión. Iba a irme, pero oí el jaleo en el piso de arriba y… fui a mirar.

—Debían de ser preguntas bastante importantes —dijo Greene—. Estás buscando a tu padre, ¿verdad?

—¿Tan evidente es? —preguntó Susan—. Aunque no es asunto suyo.

—Quizá —respondió Greene—. Pero supongo que tuviste claro enseguida que no era Frank.

—Tuve la sensación de que no podía serlo —dijo Susan, frunciendo el ceño—. No sé muy bien por qué…

—Porque era un sorbedor —dijo Greene—. Los humanos perciben de forma instintiva que algunos de estos personajes míticos, como los sorbedores, tienen algo «raro». Resulta muy práctico para los jefes mafiosos; les facilita mantener asustada a la gente.

—Aun así, pensé que quizá Frank conociera a mi padre; podría haberme dicho algo útil. ¿A qué tipo de delitos se dedicaba Frank?

—Lo típico —dijo Greene, encogiéndose de hombros—. Extorsión, drogas, mercancía robada…, de todo. Era el jefe de un gran territorio, toda la parte de la ciudad que queda al norte de Seven Sisters Road, hasta la Circular Norte.

—¿Y por qué lo convirtió en polvo Merlín?

—Ah, buena pregunta —dijo Greene—. Ojalá lo supiera. Los libreros suelen informarnos si alguien…, algo… del Mundo Antiguo causa problemas con la gente normal, y si van a encargarse de ello. Especialmente si se solapa con delitos ordinarios.

—Aunque esta vez no lo hicieron.

—No. ¿Estás lista para irnos?

—Sí —dijo Susan.

—Olvida todo esto —le aconsejó Greene—. Avanza. Déjalo atrás.

—Lo intentaré —dijo Susan, dirigiéndose a la puerta.

—Pero si ocurriera alguna de esas mierdas raras, no dejes de llamar

—añadió Greene, entregándole una tarjeta de visita—. El primer número es el del agente de guardia, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. El que está escrito a mano es el de mi casa. Espero que a partir del momento en que te deje en casa de la señora London tengas una vida normal y tranquila. Pero por si acaso...

—Vale —dijo Susan—. ¿Qué quiere decir exactamente con mierdas raras?

El agente del bigote extrañamente claro estaba en el pasillo de fuera, merodeando, como si quisiera decir algo. Pero antes de que pudiera abrir la boca, el gesto que puso Greene —como si hubiera visto una caca de perro a un paso de distancia— le hizo dar media vuelta y salir de allí.

—Lo sabrás —dijo Greene, en voz baja—. Créeme, lo sabrás. También hay alguna posibilidad… mínima, en opinión de mis colegas de Delitos Graves, de que se pongan en contacto contigo los socios de fechorías de tu «tío» Frank, ya que alguno de ellos sabrá que estabas ahí la noche de su…, bueno, llamémosle muerte. Pero siempre que te mantengas alejada de los pubs de mala muerte y de las casas de apuestas al norte de Holloway, deberías estar suficientemente protegida. La mayoría de los delincuentes ordinarios se mantienen alejados de las mierdas raras. Están los cultos de la muerte, aunque… espero que nunca tengas que saber lo que son.

Susan asintió lentamente. No quería tener nada que ver con nada relacionado con todo eso que había mencionado Greene.

—¿Y los libreros, zurdos y diestros?

—Ellos también deberían dejarte en paz —dijo Greene—. Pero aléjate de sus tiendas.

—¿Tienen tiendas de verdad? —preguntó Susan, incrédula.

—Dos en Londres. Una grande en Charing Cross Road, de libros nuevos, y una más pequeña en Mayfair, para coleccionistas —respondió Greene, abriendo la puerta lateral que daba al aparcamiento. Salió delante de Susan, hizo una pausa, miró a ambos lados con atención y luego la dejó salir—. Cuidado con los escalones.

4

Tuve un sueño de lo más extraño
y seguía ahí al llegar el día:
de criaturas de fábula, de mitos de antaño
y de libreros diestros que los vencían.

La pensión de la señora London era, efectivamente, mucho mejor que cualquier cosa que hubiera podido pagarse Susan. Ocupaba una casa victoriana de cuatro plantas en Milner Square, estaba limpia, perfectamente conservada, y todo funcionaba bien. Susan incluso pudo elegir entre varias habitaciones, y escogió la del último piso, que era considerablemente más grande que el dormitorio que tenía en la vieja granja de su madre, aunque se guardó mucho de mencionarlo. Desde luego estaba más limpia, más ordenada y amueblada. Y hasta la cama era más cómoda.

Pero la pagaba la Sección Especial, y eso significaba no solo que la observarían —Susan tenía una opinión muy clara de lo que querría decir realmente la inspectora Greene con eso de tener algo «un poco controlado»—, sino también que la señora de la casa rendiría cuentas directamente a la policía. Eso le hacía sentir muy incómoda, y no iba a poder aguantarlo mucho tiempo. Se dijo a sí misma que solo se quedaría allí hasta que pudiera encontrar un trabajo y algún alojamiento —sin duda mucho peor— que no le supusiera ningún compromiso.

Susan suponía que, pese a su aspecto aparentemente indiferente, la señora London estaría tomando nota de todas sus entradas y salidas, y que posiblemente también el resto de los residentes en la casa la estarían observando. Esperaba que le hicieran preguntas en el desayuno, y posiblemente que algún joven atractivo (o quizás una joven) mostrara un extraño interés en enseñarle la ciudad, o algo así,

y que empezara a curiosear sobre su vida; sin embargo, en la casa solo había otras tres personas, dos mujeres y un hombre, todos mucho mayores y concentrados en sus propios asuntos. A la hora del desayuno apenas se hablaba, y tras las más elementales presentaciones —con nombres evidentemente falsos—, Susan se encontró prácticamente a su aire.

Otra posibilidad era que hubiera cámaras, así que pasó un buen rato examinando los apliques de luz y un par de pequeños bultos en el yeso de la pared en busca de micrófonos, pero por lo que vio no había nada; además, ¿qué podía hacer al respecto? Solo había un teléfono para los residentes en el vestíbulo de la entrada. Sin duda estaría pinchado, sin embargo, como de momento solo tenía que llamar a su madre, no le parecía que sus conversaciones pudieran tener interés para la policía.

La madre de Susan, Jassmine —la ese de más era una incorporación de hacía unos años, consecuencia de una breve relación con un numerólogo—, había mostrado una sorprendente falta de curiosidad por el fallecimiento del tío Frank, aunque Susan no le había dado muchos detalles y desde luego no había dicho nada de Merlín, del piojo gigante ni del Mundo Antiguo. De hecho, Jassmine no mostró un interés particular en nada de lo que le dijo Susan. Hablaba con ese tono divertido y alejado de la realidad que sus psicólogos achacaban al uso excesivo que había hecho del LSD en los años sesenta, cuando había trabajado mucho con músicos. Ella misma, cuando estaba en una fase de mayor atención, negaba que aquello tuviera que ver con las drogas y afirmaba que había tomado «muy poco» ácido, a pesar de mezclarse con gente que lo hacía habitualmente. Susan no tenía muy claro si debía creerla, pero ya se había acostumbrado a ver pasar a su madre de fases en las que no era muy de fiar a otras en las que no lo era en absoluto.

—Parece que la casa de huéspedes está muy bien —le había dicho Jassmine, sin demasiado interés—. Envíame alguna postal. De Trafalgar Square… o algún sitio bonito.

—Lo haré, mamá —respondió Susan.

No sabía muy bien qué le veía de bonito Jassmine a Trafalgar

Square, pero era un lugar que siempre visitaban en sus viajes a Londres, que, pese a que solían coincidir con el cumpleaños de Susan, nunca parecían tener un objetivo preciso. De hecho, la única parte de esas excursiones que se repetía era la visita a Trafalgar Square: Jassmine solía sentarse un rato bajo uno de los leones de bronce de sir Edwin Landseer y luego sugería ir a algún otro sitio —a cualquier sitio, y a ninguno en particular— a comer tarta.

La vida anterior de Jassmine era todo un misterio. No quería o no podía hablar de ella, como sucedía con la mayoría de las cosas, así que Susan solo disponía de datos sueltos que había recabado a partir de comentarios ocasionales, nunca de respuestas a sus preguntas. La granja del siglo XV cerca de Bath era el único hogar que Susan había conocido. Aparentemente había «pertenecido a la familia desde siempre», pero había sido casa de veraneo hasta que Jassmine decidió ir a vivir allí, poco antes de que Susan naciera. La propia Jassmine se había criado en algún lugar del centro de Londres, evidentemente en el seno de una familia adinerada, dado que la granja contaba con más de una hectárea de terreno y había sido reformada al menos dos veces en el último siglo.

Pero Susan nunca había conocido a ningún pariente vivo. Solo estaban ella y su madre.

Con todo lo que se había metido Jassmine en el pasado, era prácticamente un milagro que Susan hubiera conseguido sacarle nombres y fragmentos de información sobre hombres que podrían ser su padre. Solo con echar un vistazo a Frank Thringley había sentido en las tripas que no era su padre, y la explicación de Greene sobre esa sensación desagradable que desprendían los sorbedores se lo había acabado de confirmar. Thringley había sido el candidato que menos le había costado investigar, gracias a los regalos de Navidad y a la dirección postal actualizada. En los otros casos, solo tenía nombres de pila y algún apellido posiblemente mal escrito; un carné de biblioteca, presumiblemente del Museo Británico, que parecía haber pasado por la lavadora, con un nombre medio borrado; y una pitillera de plata con una especie de emblema grabado, o quizás un símbolo heráldico que podría tener alguna relación con su antiguo propietario, o no.

Sin embargo, antes de que pudiera empezar su investigación, Susan necesitaba un trabajo. Estaba acostumbrada a trabajar en cafeterías, restaurantes y pubs (desde los catorce años, de forma ilegal, aunque en el campo nadie se fijaba en esas cosas), pero con la llegada de la recesión no resultaba fácil encontrar trabajo, ni siquiera algo informal en un pub. Sin embargo, Susan tuvo suerte, y en su primer día, tras solo catorce intentos, entró en un pub justo en el momento en que una camarera lo dejaba para volverse a su Australia natal. Enseguida se entendió con los dueños, que la contrataron por la «astronómica» cifra de sesenta peniques por hora, pagados en mano, por un turno reducido pero fijo en el Twice-Crowned Swan, que estaba en Cloudesley Road, a poco más de quinientos metros de Milner Square.

El Swan era un buen pub, dentro de todo. Estaba limpio, estaba bien gestionado y el dueño y su compañero —el señor Eric y el señor Paul, tal como insistieron en que los llamara— habían actuado antes en un circo; habían hecho un número de fortachón/acróbata durante veinticinco años, en el que se lanzaban el uno al otro hacia arriba y daban saltos mortales, se tiraban entre sí unos objetos pesadísimos y hacían malabares con ellos. Pese a todo el tiempo que había pasado desde entonces, ambos eran capaces de hacer un mortal hacia atrás en el suelo, así como levantar un barril de cerveza con cada brazo. Nadie se metía con ellos, por lo que los problemas que solían tener los borrachos con la gestión de la agresividad en otros pubs en los que había trabajado Susan allí solían ser pocos y se resolvían enseguida.

El señor Eric y el señor Paul eran muy controladores, pero a ella eso no le importó, en cuanto aprendió que en realidad eran solo maniáticos con el ángulo «exacto» en que había que sostener un vaso a la hora de tirar una pinta, o que la botella de tónica tenía que ir a la «izquierda» de la copa de ginebra, y que había que contar el cambio, sin fiarse de lo que dijera la caja registradora.

En cuanto empezó a trabajar en el pub, a Susan no le quedó mucho tiempo para pensar en lo que había ocurrido en Highgate Wood, ni para ocuparse de muchas otras cosas. Su turno iba de las once de la mañana a las once y media de la noche, o incluso a la medianoche, dependiendo de lo que tardara en limpiar después de servir las últimas

copas, a las diez y media. El pub cerraba de tres a cuatro y media de la tarde, pero siempre había trabajo, limpiando, poniendo cosas en su sitio o ayudando al señor Paul en la cocina.

Sin embargo, tras la primera semana en el Twice-Crowned Swan, estaba a punto de llegar su primer día de fiesta, y su subconsciente reaccionó decidiendo procesar lo ocurrido en Highgate Wood. Eso hizo que se despertara aterrada a las cuatro de la mañana, huyendo de una pesadilla en la que la niebla negra se colaba por las ventanas y la Bestia Negra subía por las escaleras. Dio gracias por que el trabajo la hubiera tenido ocupada y cansada durante tanto tiempo. Si hubiese tenido aquella pesadilla la primera noche, se habría despertado chillando, y no solo jadeando de pánico.

Aun así, se levantó y encendió la luz, y comprobó la puerta y la ventana. Ambas estaban cerradas con llave. No había nadie en la calle ni en los jardines de la plaza. No se veía la luna, el cielo estaba nublado, y la única luz de la calle era la que procedía de las farolas de delante del edificio. Al principio tuvo la impresión de que no había nada en particular que hubiera podido provocarle aquel sueño.

Luego miró por el ventanuco de atrás, que daba a un jardín estrecho y muy largo en la parte trasera de la casa. En su mayor parte estaba cubierto de césped, salvo por un huerto en la parte derecha, y había un cobertizo de madera con el tejado a dos aguas en la parte más alejada, junto a la valla.

Sobre el tejado del cobertizo había algo.

Un bulto oscuro entre las sombras, con unos ojos brillantes de color verde azulado.

Un zorro, se dijo Susan. O Míster Nimbus, el gato de la casera.

Pero era mucho más grande que un gato o un zorro, y sus ojos no reflejaban la luz de la casa, porque no había luces en la parte trasera. Tenían su propia luz, como si en su interior ardiera un fuego de un azul turquesa intenso…

De pronto, los ojos y el cuerpo misterioso desaparecieron. No corriendo, como un zorro o un gato.

Desaparecieron. Se desvanecieron.

Susan comprobó la ventana. Tenía un buen pestillo, y un pasador en

la guillotina. Ambos estaban cerrados.

Por allí no podía entrar nada. O al menos no con facilidad. Para eso tendría que romper la ventana.

Aun así, aquello no la dejó muy tranquila. Se puso su vieja camiseta de los Clash y su raído mono negro, dudó sobre el calzado, pero al final optó por sus Doc Martens, y luego bajó las escaleras y fue hasta la cocina, donde tomó prestado el rodillo de amasar de la señora London. Era viejo, un cilindro de madera maciza y dura como el hierro, con los extremos más finos. Luego se sentó en su butaca, desde donde podía controlar la puerta de su habitación, la gran ventana que daba a la calle y —lo más importante— el ventanuco que daba atrás, y se quedó allí, de guardia, el resto de la noche.

Por la mañana se tomó su desayuno inglés completo, sin morcilla —la señora London ya había aprendido que no le gustaba—, y se planteó volver a la cama. Los otros inquilinos se fueron a su trabajo, a su estudio, a lo que fuera que hicieran, y la señora London les ofreció su habitual e incomprensible despedida glasgowiana, que probablemente significara «que tengan un buen día», en el momento en que todos se levantaron de la mesa.

Susan había estado pensando en iniciar la búsqueda de su padre, pero la sombra que había visto sobre el cobertizo por la noche le hizo cambiar de opinión. Tenía que hablar con Merlín, y eso significaba encontrar una de las librerías que había mencionado la inspectora Greene.

Media hora después del desayuno, salió a la calle. En cuanto cerró la puerta se dio cuenta de que había alguien en los escalones de la entrada: una joven rubia muy glamurosa con un sombrero vaquero blanco, una chaqueta de cuero motera y un vestido de algodón azul; llevaba unas Docs muy parecidas a las de Susan, pero negras. El atuendo se completaba con una bolsa de pelo de yak teñido que hizo que Susan la mirara dos veces. Entonces reaccionó:

—¿Merlín?

—¡Susan! —dijo Merlín con una gran sonrisa en el rostro. Subió las escaleras y se inclinó levemente, en algo que quedaba a medio camino entre un saludo y una reverencia.

—Hum… ¿Te has transformado? —preguntó Susan, incrédula—. En mujer, quiero decir.

—No —dijo Merlín—. Ese tipo de transformación requiere tiempo, y tenemos que ir a Silv…, a un sitio especial para hacerlo. Pero de vez en cuando me gusta ponerme un vestido bonito.

—Hoy iba a ir a tu librería, a ver si te encontraba —dijo Susan—. ¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía —dijo Merlín—. No me han dado el alta hasta esta mañana, y lo primero que me han encargado las autoridades es que viniera a buscarte para charlar un rato.

—Eh… ¿Cuando dices «las autoridades» quieres decir… las autoridades de verdad…?

—No, quiero decir mi tío abuelo Thurston y probablemente también mi tía abuela Merrihew —respondió Merlín—. ¿Por qué querías venir a verme?

—Anoche…, anoche vi algo —dijo Susan—. Bueno, más bien esta madrugada. En el jardín, observando mi ventana. Una especie de zorro, pero más grande, con ojos luminosos.

—¿De qué color?

—Como verde azulado. Turquesa. Y luego desapareció. Quiero decir que lo estaba mirando fijamente, y de pronto ya no estaba. No se fue corriendo, ni de un salto.

Merlín levantó una ceja.

—¿Y estaba en tu jardín? ¿Aquí, detrás de la casa?

—Sí, bueno, en el tejado del cobertizo. ¿Qué era?

—Será mejor que eche un vistazo.

Susan aún tenía la llave en la mano. Abrió la puerta y se encontró con la señora London de pie en el vestíbulo, algo agitada, a solo unos pasos, como si hubiera retrocedido de pronto al oír la llave en la cerradura. Merlín, que estaba justo detrás de Susan, la saludó alegremente agitando la mano izquierda, enfundada en un guante blanco.

—¡Buenos días, señora L! ¿Cómo está?

—Pues no estoy mejor porque me lo hayas preguntado —replicó la señora London—. ¿Tú cuál eres? Tengo que escribirlo en el registro.

—¿Cuál…? Me rompe el corazón, señora L. Merlín, por supuesto.

—Pensé que eras tu hermana. Tú siempre con esos trucos…

—Es fácil distinguirnos, señora L —respondió Merlín, quitándole hierro al asunto—. Ella se ha vuelto diestra.

—¿Qué quiere decir con eso del registro? —preguntó Susan—. ¿Quiere decir para la policía?

—Para la inspectora —dijo la señora London, con gesto adusto—. No es exactamente lo mismo. ¿Y tú qué es lo que quieres? La inspectora dijo que Susan ya no debía tener más contacto con vosotros.

—Desgraciadamente parece que no es así —respondió Merlín—. Necesito echar un vistazo a su jardín, señora L. Anoche hubo algo allí. En el cobertizo, al menos.

—Ya me parecía raro que Míster Nimbus olisqueara tanto el cobertizo esta mañana —dijo la señora L—. Venga, pues, entra.

—¡Gracias! —respondió Merlín, con una gran sonrisa. Pasó junto a la casera a paso ligero.

Susan le siguió de cerca. Atravesaron la cocina y salieron por la puerta de atrás.

—¿Quién es Míster Nimbus? —le susurró él, cuando estuvieron solos.

—Su gato —respondió Susan.

—¿De verdad? Es nuevo… Me pregunto qué le pasaría a Terpsícore, la gata que tenía antes. Los gatos son útiles. Ya sabes lo que dicen: «Gatos, búhos y cuervos siempre a mano; ven más cosas que cualquier humano».

—¿Quién dice eso?

—Lo he leído en algún sitio —dijo Merlín, que siguió avanzando por el borde del césped, inclinándose para examinar los ladrillos del borde —. Por cierto, ¿te gusta este vestido?

—Hum…, sí, claro.

—¿Te gusto más con vestido o con pantalones?

—En realidad, no me lo he planteado… —murmuró Susan, que sí había pensado en ello.

Merlín esbozó una sonrisa misteriosa y pasó la mano izquierda por

los adoquines que delimitaban el espacio del césped. El cobertizo quedaba del otro lado.

—Las guardas están intactas.

—¿Eso qué significa?

—Las guardas son líneas mágicas de protección, fronteras que un ente hostil no puede atravesar. Esta casa y los jardines están muy protegidos y, por lo que yo veo, no ha habido ningún intento de interferencia.

—¿Por lo que tú ves?

—Esto es más bien cosa de los diestros —dijo Merlín—. Pero no hay signos evidentes de intrusión. Te queda bien ese peto, por cierto.

—Eh…, gracias.

—A mí también me queda bien el peto —añadió Merlín, pensativo—. Eso cuando encuentro uno de mi talla.

Susan observó que estaba asintiendo automáticamente y paró.

—¿Te apetece beber algo más tarde? ¿O ir al cine? —preguntó Merlín.

—¿Me estás pidiendo salir?

—Sí —respondió Merlín, aunque parecía algo sorprendido él mismo, como si no hubiera sido su intención pedírselo.

—Apenas nos conocemos —dijo Susan, fingiendo desinterés.

Le atraía Merlín, cómo no, pero no le gustaba ver que él era plenamente consciente de ello. Parecía uno de esos guapos que disfrutan poniendo a prueba sus encantos cada vez que se encuentran con alguien nuevo, y ella no pensaba caer en la trampa.

—Nos hemos salvado la vida mutuamente —dijo Merlín—. No está mal, para romper el hielo. Dime…

—¿Qué hay de esa cosa del cobertizo? —le interrumpió Susan, volviendo al tema que le preocupaba—. ¿Y no tenías que llevarme a la librería? Además…, tengo a alguien en mi pueblo.

—¿De verdad? Pero rompiste cuando te marchaste, ¿no? No sería justo que no lo hubieras hecho. ¿Cómo se llama? ¿Es un chico o una chica? En cualquier caso no te preocupes: el kexa no puede ir más allá del cobertizo.

—¿El qué? Y se llama Lenny, por cierto. Toca la trompa.

Nada más decirlo, Susan se arrepintió de haber dado tantos detalles, aunque Merlín se limitó a levantar imperceptiblemente una ceja.

—Kexa. O gato cicuta, si lo prefieres. Una bestia felina de las horas más oscuras de la noche, cuyo aliento es tóxico. Alguien lo enviaría para que echara un vistazo, o quizá para que lo exhalara sobre alguien. Supongo que esto lo confirma.

—¿Qué es lo que confirma? —preguntó Susan, algo agitada y al mismo tiempo molesta: Merlín no tenía derecho a ser tan atractivo, misterioso e irritante a la vez.

—Confirma que el tío abuelo Thurston tiene razón, lo que, para ser justos, a veces ocurre, cuando se pone las pilas. Los mayores necesitan verte. Venga, el taxi está esperando.

Se giró y se puso a caminar por el césped, pero se paró cuando Susan lo sujetó del hombro.

—¡Au!

—¡Ay, lo siento! ¿Aún te duele?

—Pues claro —respondió Merlín—. Durante dos semanas solo puedo hacer trabajos ligeros. Nada de desempaquetar libros ni limpiar estanterías. Maravilloso.

Iba a girarse otra vez, pero tuvo que pararse al oír a Susan, que le hablaba con tono decidido y muy serio:

—¡Merlín! ¿Por qué quieren verme tus familiares? ¿Y quién envió al…, al…?

—Kexa.

—Kexa. La inspectora Greene me advirtió que corría peligro si me quedaba en Londres…

—Sí —dijo Merlín—. Mucho más de lo que pensábamos al principio, si tienes a un gato cicuta merodeando por aquí. Por eso tienes que venir a la tienda.

—Greene me dijo que haría mejor en no mezclarme más contigo ni con los libreros.

—Sí, era un buen consejo. En ese momento.

—¿Qué quiere decir «en ese momento»? ¿Y por qué te intereso ahora?

—Bueno, personalmente debo decir que me gustas y…

—Merlín…

—Un kexa te busca, pero, aparte de eso, mi sabio tío abuelo tiene la idea de que el guardián Raud Alfar que encontramos en el bosque no estaba disparándome a mí. Aunque debo reconocer que fui yo quien le planteó esa posibilidad, después de pensar en lo ocurrido.

—¿Qué quieres decir? ¡Fue a ti a quien hirieron!

—Sí. Yo me metí en medio. Pero el guardián te disparaba a ti.

—¡¿A mí!?

—Y los Raud Alfar no disparan a mortales. Normalmente. Así que mi apreciado tío abuelo (técnicamente tatara-tatara-unas cuantas veces más tatara-tío abuelo) ha consultado con mi querida tía abuela, igual de tatara-tía abuela que él, y se han preguntado: ¿en qué te convierte eso?

—Eso no me convierte en nada —protestó Susan.

—Tu madre era amiga de un sorbedor —señaló Merlín—. ¿A quién más conocía en aquella época?

—Eso es lo que intento descubrir —dijo Susan—. ¿Y cómo puedes estar seguro de que el guardia de los Raud Alfar me disparaba a mí?

—Estoy seguro. El tío abuelo Thurston lo ha comprobado; envió al primo Norman a investigar.

Susan abrió la boca para seguir preguntando, pero Merlín se apiadó de ella y respondió antes de que tuviera ocasión de hablar.

—Norman es uno de los diestros, y una especie de vidente. Un oráculo inverso, podríamos llamarlo. Puede ver cosas que ya han ocurrido. Y sí, antes de que lo preguntes, hay otros diestros que pueden ver cosas futuras, pero es mucho más difícil interpretar lo que ven. Así que no te pueden leer el futuro.

—No iba a preguntarles por mi futuro —dijo Susan, haciéndose la ofendida—. Solo que… si Norman puede ver el pasado, quizá pueda ver a mi padre, lo que me facilitaría mucho las cosas.

—Humm. Cuanto más tiempo ha pasado, más difícil es discernir algo en particular —dijo Merlín—. Especialmente en el caso de Norman, que a decir verdad es algo cortito. Venga, ya te he dicho que el taxi está esperando.

—¿De verdad? —preguntó Susan, siguiéndolo al interior de la casa

—. Desde luego eres de lo más extravagante. Yo no puedo permitirme siquiera tomar un taxi; no hablemos ya de dejar uno esperando.

—¡No, si yo no pago! —exclamó Merlín—. Trabajo en una librería, ¿recuerdas? Cobro una miseria. Nunca tengo dinero. Toda mi ropa, por estupenda que sea, es de Oxfam. O heredada de algún pariente. No, tenemos tres taxis; dos de ellos los conducen la tía Audrey y el tío Jerome, y varios de mis primos se turnan con el tercero. A mí no me dejan conducir, por esa vez que estampé el Jensen de Emilia, pero no tienen en cuenta que lo hice adrede para detener… Bueno, no importa.

»A la tía abuela se le ocurrió la idea de usar taxis viendo ese viejo programa de televisión, esa serie de espías. Ya sabes, la de la bombilla que se balancea y estalla después de que se oiga un disparo, da-da-dum, da-da-da-dum, da-da-dum, da-dada-dum, ¡pum!

—Calla —dijo Susan—. La he visto. Supongo que tiene sentido para pasar desapercibidos. Aunque yo diría que la mayoría de las veces es más rápido tomar el metro.

—Nosotros no podemos tomar el metro —dijo Merlín.

Franqueó la puerta, pero se detuvo en el último escalón y apoyó una mano en la barandilla de hierro. Susan cerró la puerta tras ellos y se quedó en el escalón siguiente, esperando que Merlín reemprendiera la marcha. Pero él no se movía; no dejaba de mirar a un lado y a otro de la plaza.

—El concepto del palimpsesto mítico del que te hablé…, bueno, en Londres las capas de realidad son muy espesas y están muy pegadas unas a otras; especialmente en el subsuelo. Hay muchas cosas bajo nuestros pies que están controladas o que han caído en el olvido, y es mejor dejarlas tal como están. Y otras que están en estado de guardia, pero no preparadas para entrar en acción. Nuestra presencia las altera. Solo tomamos el metro cuando es absolutamente necesario.

—Qué poco práctico —murmuró Susan—. ¿Y el autobús?

—Oh, sí, podemos tomar autobuses —dijo Merlín—. Pero es mejor usar uno de nuestros taxis. He tenido suerte de que me dejaran usar uno esta mañana. O les resultas interesante, o les da pena lo débil que estoy.

—Siento haberte apretado el hombro —se disculpó Susan—. Tendría que haberme acordado.

—Si te digo la verdad, no he notado nada, pero que no se entere nadie —dijo Merlín, que seguía mirando arriba y abajo—. ¿Dónde se ha metido la tía Audrey?

Susan también miraba. Había muchos coches aparcados por la plaza, pero ninguno era el clásico *cab* de Londres.

—¡Habrá cogido algún cliente, maldita sea! —exclamó Merlín—. Si puede hacer una carrera corta, no la deja escapar; así se gana unas libras. Eso no lo haría con nuestros primos mayores. Y va a llover.

—Así que al final vamos a tener que tomar el autobús —dijo Susan. Levantó la vista y vio que el cielo se estaba nublando. Iba a llover, a pesar de la efímera promesa de que la primavera iba a convertirse en un verano anticipado, con cielos azules y sol. Eso solo había durado, aproximadamente, de las 8.20 a las 9.13—. Por cierto…, ¿adónde vamos?

—A la Librería Nueva —respondió Merlín, sin dejar de mirar los coches de la plaza—. En Mayfair. Stanhope Gate.

—Oh. La inspectora Greene me dijo que los libros nuevos los vendíais en una gran librería de Charing Cross Road. He estado en Foyles. ¿Es cerca de allí?

—En la Librería Nueva se venden libros antiguos, de colección, y rarezas —respondió Merlín, que seguía sin bajar el último escalón. Siguiendo su mirada, Susan vio que estaba observando una furgoneta Ford verde con dos hombres dentro—. La Librería Vieja vende libros nuevos, y es la que está en Charing Cross Road. A unos cien metros de Foyles.

—Vaya lío —dijo Susan—. ¿Las tiendas se llaman así de verdad?

—Sí —confirmó Merlín—. La Librería Nueva, tal como está ahora, fue construida en 1802; la Librería Vieja fue construida en 1729. De ahí lo de Nueva y Vieja. ¿Has visto esa furgoneta verde antes? ¿En la plaza?

Susan miró. Era una furgoneta sin nada de particular, tendría al menos diez años, y en el lateral llevaba la inscripción «CONSEJO METROPOLITANO DE LONDRES».

—No sé —respondió ella—. No me fijo mucho en los coches.

Los hombres vieron que eran observados, se miraron uno al otro y cruzaron unas palabras. Ambos asintieron. Abrieron las puertas y salieron. Eran dos obreros vestidos con mono, sin más. Aunque los pasamontañas y los martillos sí que resultaban algo raros…

Uno de ellos señaló a Susan.

—¡Tú, Susan Arkshaw, ven aquí!

—Entra y dile a la señora London que apriete el botón —dijo Merlín sin alterarse, al tiempo que abría su bolsa.

Metió la mano enguantada y sacó un revólver de gran tamaño, un Smython .357. Susan metió la llave en la cerradura a toda prisa y abrió la puerta.

—¡Señora London! ¡Merlín dice que apriete el botón!

En el exterior, Merlín hablaba sin levantar la voz:

—Soltad esos martillos y levantad las manos… bien alto.

La señora London bajó las escaleras al trote, con Míster Nimbus pegado a sus pies.

Susan no oyó bien qué era lo que decía uno de los hombres con pasamontañas, pero fue algo del tipo: «Muchachita…, esa pistola es demasiado grande para…».

A esas palabras las siguió un disparo, un grito, el golpe de los martillos al caer al suelo, y Merlín que seguía dando instrucciones con gran tranquilidad:

—¡Libreros! —exclamó la señora London, corriendo hacia la lámina titulada «La caza del ciervo», rodeada de un marco dorado, que colgaba en el salón, sobre el teléfono que había pegado a la pared.

Empujó una esquina, ladeando el cuadro y dejando a la vista un botón hundido en la pared, y apretó firmemente con el pulgar durante más de un segundo.

Susan se hizo a un lado y observó, atónita, que la casera se sacaba del delantal una pistola automática de cachas azules y que la sostenía con ambas manos, apuntando al suelo, con una soltura digna de una profesional.

—Humpf —dijo. Y al ver que Susan se acercaba, añadió—: No. Tú quédate ahí.

Merlín les estaba diciendo algo más a los hombres. Susan se tensó, a la espera de oír más disparos. Pero no los hubo. A lo lejos oyó varias sirenas.

—¿Qué está pasando?

—Hay dos hombres muy tontos tendidos boca abajo en la acera; uno de ellos probablemente haya perdido medio pie —dijo la señora London.

Sonó el teléfono. La señora London dejó la puerta entreabierta, pero no la perdió de vista. Retrocedió y recogió el auricular con la mano izquierda.

—London. Sí. Está controlado. Dos atacantes en la calle, uno con herida de arma de fuego en el pie, necesita una ambulancia. Un LIBER MERCATOR ESPECIAL ahí fuera, una… mujer joven, rubia, vestido azul, chaqueta de cuero, con un revólver. Se lo diré.

Susan observó que hablando por teléfono había perdido todo el acento de Glasgow.

La señora London colgó y gritó en dirección a la puerta. El acento había vuelto de pronto.

—¡Merlín! Dos coches de respuesta D11 a unos minutos, y el panda de Tolpuddle. Ten las credenciales a la vista.

—Lo haré —le respondió Merlín, también gritando—. Y ahí viene la tía Audrey, toda compungida. Desde luego tiene motivos. ¿Dónde estabas, tiita?

—Hazla entrar —le dijo la señora London.

Unos segundos más tarde, una mujer baja y risueña, de piel oscura y cabello negro, entró en la casa. Tendría poco más de cuarenta años, y llevaba vaqueros, camiseta, chaqueta de pana y un viejo guante de piel en la mano izquierda. En la mano derecha, sin guante, llevaba algo envuelto en papel de aluminio que olía delicioso.

—Vaya, señora L —dijo—. Por un momento que me voy a buscar un kebab… Merlín tardaba muchísimo y no había desayunado. Hola, tú debes de ser Susan. Yo soy Audrey.

—Eh… Hola, Audrey —dijo Susan. La señora London soltó una especie de gruñido; las sirenas se oían cada vez más cerca—. Ahora… ¿tendré que volver a la comisaría?

—No —dijeron Audrey y la señora London a la vez.

La casera añadió:

—Pero la inspectora Greene querrá hablar contigo.

—Primero tiene que venir con nosotros —apuntó Audrey—. ¿Reconoce a esos dos tipos, señora L?

—No —dijo la señora London—. No son de por aquí. No pueden serlo, si no saben lo que es este lugar. O eso, o son tontos de remate.

Las sirenas siguieron aumentando de volumen; luego se oyó el frenazo de unos neumáticos y el ruido de un montón de puertas de coche al cerrarse. El vestíbulo se iluminó con las luces azules que entraban por la puerta entreabierta.

—¡Policía, policía! ¡Que nadie se mueva!

Audrey abrió el papel de aluminio de su kebab por el extremo y le dio un buen bocado. La señora London volvió a meterse la pistola en el delantal.

—Démosles cinco minutos para limpiar la zona y nos vamos —dijo Audrey con la boca llena.

5

> En lo profundo de la tierra, bajo la ciudad,
> los goblins de la feria duermen a la espera
> del día de mañana, la hora certera
> para buscar a su víctima y atacarla sin piedad.

—Estás muy callada —dijo Merlín, en la parte trasera del taxi.

Estaba sentado frente a Susan, en el asiento plegable, mirando a derecha e izquierda por las ventanillas, observando los coches que pasaban a su lado mientras avanzaban lentamente por Euston Road. Había un tráfico terrible, como era habitual, y había empezado a llover, como sin ganas.

—Yo soy una estudiante de Arte, de pueblo —dijo Susan—. Vine a Londres a estudiar y a encontrar a mi padre…, no…, no a formar parte de… lo que sea que sea esto. Ya tuve bastante con aquella «mierda rara», como lo llama Greene, pero ahora esos matones… ¿Por qué yo?

—Buena pregunta —dijo Merlín—. Yo también querría saberlo.

Susan se lo quedó mirando, pero no dijo nada. No volvieron a hablar hasta que pasaron la Broadcasting House, en Portland Place.

—La BBC —señaló Merlín, con el tono de quien enseña la ciudad a un paleto.

—Lo sé —replicó Susan, malhumorada—. Ya te dije que no es mi primera visita a Londres. Hasta hace poco solíamos venir cada año por mi cumpleaños.

—Ah —respondió Merlín—. Era solo por hablar. Estabas muy callada…

—¿Por qué le clavaste un alfiler de plata a Frank Thringley? —le interrumpió Susan—. Nunca me lo dijiste.

Merlín miró por encima del hombro, en dirección a Audrey. La mampara de cristal separador entre el compartimento de pasajeros y

el del conductor estaba abierta.

—Buena pregunta, cariño —dijo Audrey—. ¿Por qué lo hiciste, Merlín?

—No quería responder a mis preguntas —contestó Merlín, contrariado—. Y eso que le pregunté muy educadamente. Además, intentó clavarme una navaja.

—Tienes suerte de que Thringley no te pusiera en grandes aprietos —dijo Audrey—. «En grandes aprietos» para lo que suele ser, ya sé lo del piojo gigante y todo eso. Si no, a estas horas estarías plantando calabazas en los campos de la Thorn House.

—Lo sé —respondió Merlín, malhumorado.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Susan, irritada—. Y aún no has respondido a mi pregunta: ¿qué es lo que andabas buscando?

—La Thorn House es una de nuestras casas en el campo —dijo Merlín—. En Dorset. Cultivan muchas verduras. Probablemente te sentirías como en casa. Yo no, por lo que es el lugar ideal al que enviarme como castigo.

—Que haya crecido lejos de Londres no me convierte en campesina —dijo Susan—. ¿Qué es lo que querías descubrir?

Merlín suspiró.

—Mi madre murió hace seis años —dijo, bajando la voz y mirándose las manos: tenía la derecha, desnuda, apoyada sobre la izquierda, enguantada—. Un disparo de escopeta. Un accidente, se supone, uno de esos casos en que se dice que alguien está en «el lugar equivocado, en el momento equivocado». Se encontró en medio de un robo, en Sloane Street. Tres hombres armados salieron de una joyería justo en el momento en que ella salía de su floristería favorita, justo al lado. Ella consiguió abatir a los ladrones, pero había otro en un coche en la calle, con una escopeta de cañones recortados. Le descargó ambos cartuchos por la espalda.

»Cuando cumplí dieciocho años y fui iniciado, pude ver el archivo de Scotland Yard. Sería curiosidad morbosa, supongo, pero cuando lo leí tuve la impresión de que no había sido en absoluto un accidente. Estoy seguro de que a aquellos cuatro hombres los habían enviado para matar a mi madre. El golpe a la joyería era una tapadera. Así que

el último año he ido investigando, en mis ratos libres.

—A pesar de que te dijeron que lo dejaras estar —intervino Audrey. El tráfico se había parado de nuevo en Oxford Circus, así que tuvo ocasión de girarse y hablar por la mampara. Sus palabras desprendían un fuerte olor a kebab de ternera y a cebolla—. Nada hacía pensar que fuera un asesinato planeado.

—Nada, salvo una imbecilidad inusual por parte de los atracadores —espetó Merlín—. Los entrevisté a todos en la cárcel. Bueno, a todos menos a Craddock, el que disparó: mamá vivió lo suficiente como para pararle el corazón. Y todos eran unos completos idiotas. Estoy seguro de que habían manipulado sus mentes. Todos contaban la misma historia.

—Quizá fuera cierta —sugirió Audrey, aunque no parecía muy convencida—. Hay muchos delincuentes de pocas luces. Espera, que nos ponemos en marcha otra vez.

Metió la primera y el taxi arrancó. Audrey aprovechó hábilmente el estrecho hueco que se había abierto entre una Ford Transit blanca y un autobús antes de que la furgoneta pudiera bloquear el espacio y cortarle el paso a Oxford Street otros diez minutos.

—Los delincuentes nunca cuentan exactamente la misma historia —dijo Merlín—. Sobre todo no lo hacen una y otra vez, a lo largo de los años, palabra por palabra. Se equivocan, se les olvida algún detalle. Pero eso lo tenían grabado en la mente, y muchas otras cosas también. Así que tuve que investigar un poco, profundizar en sus registros, en sus colaboraciones con otros delincuentes, etcétera. Para encontrar alguna conexión, algo que los vinculara.

—Y no encontraste nada de nada —dijo Audrey, girando el volante a la derecha para meterse por Hanover Street—. Y te dijeron que lo dejaras. Una vez más.

—Sí, no encontré nada concluyente —reconoció Merlín.

—¿Qué hay de tu primo? —preguntó Susan, que llevaba pensando en él desde que Merlín le había hablado de su poder—. El «oráculo inverso».

—¿El qué? —preguntó Audrey.

—Es un término que he usado para intentar explicarle a Susan lo

que hace Norman —dijo Merlín, pomposamente—. De hecho, Norman pudo ver algo, pero habían pasado cinco años y sus visiones solo son precisas hasta un mes o dos. Pero hay… entidades… que pueden ayudar a recrear el pasado o a mirar al futuro, que dan pistas para ayudar a descifrar lo sucedido. Así que me dirigí a una de ellas.

—Contraviniendo las normas —precisó Audrey.

—Es una zona gris —se defendió Merlín.

—¿De verdad? —comentó Audrey con indiferencia, y de pronto soltó un improperio, al tener que dar un volantazo para no atropellar a un hombre que había empezado a cruzar sin mirar junto al lugar donde una cuadrilla de obreros contemplaban un agujero a medio cavar en el asfalto, como si fuera algo raro y pudiera irse de allí si no lo vigilaban bien.

—En cualquier caso, lo que… me contó… fue lo siguiente.

Merlín tomó aire, apoyó la espalda en el respaldo y recitó, con una voz extraña y monocorde:

> Busca al sorbedor, al siniestro sorbedor
> al robacarteras, al vil timador,
> jefe de una banda
> al norte, al norte
> de la Ciudad de la Luna.
> Él sabe, él sabe lo que esconde,
> pero es sometido, es silenciado
> por los juramentos y las promesas
> a los que está vinculado.

—Ahí tenías una pista —dijo Audrey—. La parte de que no hablaría, quiero decir.

—Todo el mundo sabe que los oráculos pueden resultar confusos y engañosos —reconoció Merlín—. Yo decidí considerar que al final del acertijo había un «a menos que…» o que (tal como podría ser el caso) encontrar al tipo en cuestión pudiera llevarme a otra pista. «Ciudad de la Luna» significa «Luan-Dun», o Londres, por cierto. Así que busqué sorbedores que también fueran delincuentes en el norte de Londres, y hablé con dos que no eran exactamente jefes (en realidad, uno es un corredor de apuestas y el otro un carterista), pero me llevaron a

Thringley que, desde luego, tenía un grupito de delincuentes a sus órdenes. Hablé con los dos primeros sorbedores tranquilamente, y la cosa habría seguido así de no ser porque el «tío Frank» de Susan echó mano de la navaja…

De pronto dejó de hablar y se echó adelante para mirar por encima del hombro de Susan, a través del parabrisas trasero, y luego se giró para mirar por el delantero. El taxi avanzaba muy despacio por Curzon Street, ya había dejado atrás Bolton Street. No solo había mucho tráfico, sino también muchos peatones, gran parte de ellos turistas.

—¡Audrey! —exclamó Merlín—. ¡Niños de la calle!

—Ya los veo —dijo Audrey, incrédula—. ¿Cómo es que de pronto salen todos a la luz del sol?

Susan miró por la ventanilla lateral, empañada por la lluvia, intentando ver lo que tanto inquietaba a Merlín y a Audrey. Ella no veía nada raro, solo un mar de coches, furgonetas y motos en la calle, así como una marea informe y multidireccional de peatones bajo paraguas de todos los tamaños, formas y colores; los que no llevaban paraguas esquivaban a los demás, intentando moverse más rápido para evitar la lluvia, o eludir que les sacaran un ojo con una varilla.

—No hace sol —dijo ella—. ¿Y qué es lo que…?

—Es una figura retórica —dijo Merlín—. Los niños de la calle nunca salen de día… He contado tres, Audrey…

—Cuatro —respondió la conductora—. Cinco… ¡Maldito tráfico! ¡Seis! ¡Siete! ¡Muévete, idiota!

Se quedaron completamente inmovilizados por culpa de una furgoneta de reparto que daba marcha atrás unos metros más adelante, donde no había espacio para que lo hiciera. El atasco fue inmediato.

—¿Nos quedamos o nos vamos? —preguntó Merlín, con urgencia.

Audrey miró por el parabrisas, y luego a la izquierda, a la derecha y hacia atrás.

—Están rodeando el taxi para hacer una danza de Mayo —dijo, muy seria—. El hierro frío «podría» evitar que se nos llevaran. No lo sé, esto es nuevo para mí. Nunca he visto tantos, y para que intenten algo

así a plena luz del día… ¡Olvídalo! ¡Más vale que nos vayamos!

—Vale —dijo Merlín—. ¿Tú al este? ¿Nosotros al oeste?

—Sí —dijo Audrey.

—¿Tienes algo lo suficientemente antiguo con que darles?

En respuesta, Audrey cogió un bastón de endrino que tenía sujeto al techo, justo por encima de la visera. Era de madera nudosa y dura como el hierro, de un metro de longitud, sin remates metálicos ni ningún otro adorno. La madera tenía dos protuberancias naturales que no se habían tallado y que formaban una especie de mango. Audrey se la pasó por la mampara.

—Quédatelo tú —dijo a toda prisa—. Deben de ir a por Susan.

—Gracias —respondió Merlín.

—Si lo consigues, desconecta la guardia.

—Lo mismo digo.

—¿Listos? —preguntó Audrey—. ¡Vamos!

—¿Qué? —preguntó Susan, que seguía mirando por la ventana.

A ella la escena le parecía completamente normal. En ese momento apareció un niño junto a la ventanilla. Un niño raro, de unos cinco o seis años, con el rostro de pajarillo, ojos brillantes y carrillos rojos, vestido con una camiseta de un rojo intenso, hecha jirones y que le venía grande, como un payaso que hubiera pasado por un túnel de viento.

Se puso a hacer cabriolas, contribuyendo aún más a ese aspecto de payaso, y de pronto sonrió de oreja a oreja, mostrando unos dientes negros y estropeados, salvo por un par de largos incisivos blancos con vetas amarillas.

Susan retrocedió de un salto. Merlín la cogió de la mano y salió por la puerta de su lado a toda prisa, igual que Audrey, que hizo lo mismo desde la otra. Una docena de niños extraños, vestidos con ropas estrafalarias, danzaban alrededor del taxi, agarrándose de las manos, aunque aún no habían acabado de completar el corro. Merlín soltó un mandoble con el bastón, golpeando dos manos a punto de entrar en contacto, se abrió un hueco y pasó por en medio como una exhalación. Susan lo siguió, acercándose a él todo lo que pudo para evitar que le desencajara el brazo del hombro.

Merlín siguió por la calzada, corriendo junto al coche que tenían delante, pero de pronto se paró al ver que cada vez aparecían más de aquellos niños extraños y aterradores que avanzaban dando brincos y cabriolas, saltando por todas partes.

En ese momento, Susan observó, horrorizada, que todos los demás peatones habían desaparecido, que no había ni rastro de paraguas de colores, de gabardinas con el cuello levantado, de optimistas sin abrigo caminando apresurados. Solo había decenas y decenas de esos niños, que evidentemente no eran niños; una multitud que avanzaba cada vez más, buscándose unos a otros para unir las manos. Pero sus manos solo tenían tres dedos, tenían los pulgares en el lado contrario y flexionados hacia atrás, y unas uñas larguísimas, que hacían que parecieran espolones de una rapaz. Los niños danzarines ya habían formado un segundo corro más amplio en torno al taxi vacío, a Merlín y a Susan, un círculo compuesto por cuarenta o cincuenta niños que se movían en dirección contraria a las agujas del reloj. No hacían ningún ruido, salvo por el roce contra el suelo de sus pies envueltos en harapos, aunque tenían la boca abierta, mostrando sus colmillos y sus encías podridas, y exhalando un aliento fétido. Giraban sin parar, avanzando y dando saltos, avanzando y dando saltos…

Merlín tiró de Susan, cogiéndole con fuerza la mano izquierda con su derecha y sosteniendo el bastón al lado del cuerpo.

—Demasiado tarde. Nos han metido en una danza de Mayo. No te sueltes.

—¿Dónde han ido a parar…? —empezó a decir Susan, pero no acabó la frase.

Miró alrededor, más atónita que asustada. Más allá del corro de los niños de la calle, no solo había desaparecido la gente normal, sino que ahora la calle, los coches y los edificios también iban desapareciendo; en su lugar apareció un campo abierto hacia el norte y, muy cerca, un conglomerado de tiendas de campaña, chozas, carretas y puestos ambulantes. Incluso las nubes y la lluvia habían desaparecido, el cielo era de un azul intenso y hacía calor, como en pleno agosto, aunque en realidad estaban a 19 de mayo, o lo habían estado hasta un momento antes.

—No aceptes nada que te den gratis —le advirtió Merlín—. Sobre todo nada de comer ni de beber.

—Pero si no hay nadie… —dijo Susan, aunque tampoco acabó esa frase, porque de pronto vio a gente, una multitud.

Era gente vestida con ropajes medievales, jubones, blusones y calzas, botas y sencillos zapatos de cuero. De pronto volvió el sonido, los vendedores voceando su mercancía, gente hablando y riendo, músicos a lo lejos, sonido de gaitas acompañadas de tambores. Los olores se mezclaban: hedor de personas sudorosas y sin lavar junto al de los campos, mezclados con los de la carne y la grasa al fuego, y el de humo y la ceniza.

El corro de danzarines se detuvo, riendo al unísono, y de pronto se soltaron y sus componentes salieron corriendo en todas direcciones, mezclándose con la multitud, esquivando a la gente y colándose por los resquicios hasta desaparecer.

—¿Dónde estamos? —preguntó Susan, parpadeando repetidamente. Había algo siniestro en todo aquello, pero no podía precisar qué era…

—La Feria de Mayo —dijo Merlín—. O, más exactamente, un reflejo mítico de la feria que se celebró aquí durante siglos y que daría el nombre de «Mayfair» a esta zona de Londres. Es una trampa… Los niños de la calle…, que en realidad, para ti, son más bien goblins…, nos han traído aquí con su danza, lo que difiere extraordinariamente de lo que suelen hacer. Son pillos, pero normalmente bastante inocuos. Por ejemplo, nunca matan, al menos intencionadamente…

—Dame un beso, cariño —dijo de pronto a voz en grito un borracho vestido solo con un blusón que se arremangaba muy por encima de las rodillas.

Se inclinó hacia Merlín, que lo esquivó y le golpeó detrás de las rodillas con el bastón de enebro, haciéndole caer estrepitosamente contra el suelo fangoso. El librero agarró la mano de Susan aún con más fuerza y se la llevó de allí, dejando a aquel hombre tirado entre los charcos de lo que antes era Curzon Street, riéndose a carcajadas, como si estuviera encantado de estar allí.

—Son de verdad —dijo Susan, horrorizada, sintiendo el contacto de una bandeja de pequeñas tartaletas aún humeantes que llevaba una

mujer sonriente—. Y todos parecen extrañamente felices.

—Son de verdad para nosotros, de momento —dijo Merlín—. Y están felices porque, tal como te he dicho, esta es una versión idealizada de los mejores días de la feria. Los niños de la calle nos han atrapado aquí. Pero tienen que seguir la tradición y darnos la ocasión de escapar…

Se echó a un lado de un salto para esquivar a un niño que correteaba —un niño humano, no uno de esos con cara de pájaro y afilados colmillos—, y Susan tuvo que saltar con él para no soltarle la mano.

—Al igual que la Bestia Negra, los goblins tienen que seguir las normas de la leyenda. Aparte de nosotros dos, habrá algo más que no encaje, que no esté bien. Tienen que enseñárnoslo tres veces. Si no lo reclamamos, nos quedaremos atrapados aquí para siempre; olvidaremos quiénes somos y nos convertiremos en arquetipos, atrapados en la feria mítica.

—¿Algo que no encaje? —preguntó Susan, arrastrando las palabras, distraída por un oso que se les acercaba caminando por el callejón que tenían a la derecha, entre las tiendas. Era un oso de manto brillante atado a una endeble cadena que bailaba como si disfrutara junto a su guardián, que imitaba los pasos del animal: daba la impresión de que ambos bailaban juntos.

—Podría ser un objeto, una persona, cualquier cosa rara, fuera de lugar —dijo Merlín, que le tiró de la mano, apartándola del oso y situándola frente a una mesa llena de salchichas grasientas de diferentes tipos que formaban una pirámide sobre la que volaba una nube de moscas. En una rejilla, sobre un fuego de carbón, se estaban cociendo muchas más.

—¡Salchichas! ¡Las mejores salchichas! ¡Dignas de un rey… o de una reina! —voceaba la vendedora, una mujer muy pequeña pero de voz estentórea que hizo una reverencia ante Susan y le tendió el tenedor con que las asaba; en su extremo tenía pinchado un trozo de salchicha—. ¡Probad un poco, alteza!

Efectivamente, las salchichas olían de maravilla, a pesar de lo desagradable de las condiciones higiénicas. A Susan se le hizo la boca

agua y se sintió muy tentada. Sin embargo, antes de que pudiera alargar la mano, Merlín tiró de ella, pasando junto a tres malabaristas y a un concurso de chapuzones en el que los participantes se lanzaban al barril más grande que había visto nunca Susan, corriendo hacia un espacio angosto entre dos cabañas de cañas y barro apartado del bullicio de los feriantes.

—¡Recuerda, no comas nada! —la riñó Merlín—. Si lo haces, te quedarás aquí atrapada. Ojalá estuviera con nosotros Vivien.

—¿Quién es Vivien?

—Mi hermana. Es diestra. Se le dan muy bien los acertijos. ¿Has visto algo hasta ahora?

—¿Cómo voy a saber si hay algo fuera de lugar? —protestó Susan —. ¡Es la primera vez que piso una feria medieval! Aunque sea una recreación moderna.

—Más vale que sigamos caminando —dijo Merlín—. Tú mantén los ojos bien abiertos, y no me sueltes la mano.

—Toda esta alegría es inquietante, tantas sonrisas y carcajadas —murmuró Susan, mientras avanzaban por el estrecho callejón que desembocaba en uno más ancho, en el corazón de la feria—. Quiero decir que es más inquietante que si estuvieran todos malhumorados.

—El otro lado de la feria también aparecerá, en algún punto. Ya lo verás. Los aspectos más oscuros, la desesperación, los robos y asesinatos ocultos bajo todo este brillo y esta diversión. Tenemos que salir de aquí antes de que la feria se convierta en eso. ¡Pero no veo nada fuera de lugar!

En el siguiente cruce de callejones, Susan se paró un momento para ponerse de puntillas y mirar alrededor. De todos modos era más alta que la mayoría, algo a lo que no estaba acostumbrada, y que le resultaba útil. Un grupo de músicos-bailarines venían hacia ellos: varios tocaban el tambor, dos llevaban laúdes, unos cuantos más tocaban unos instrumentos que parecían grabadoras, y otro llevaba lo que parecía una enorme gaita. Pero en el momento en que los dos laudistas se separaron, haciendo piruetas, vio a una joven tras ellos con un enorme cesto de flores, y se dio cuenta de que era eso lo que estaba fuera de lugar, y lo que le había incomodado desde el

principio.

—¡La vendedora de flores! —exclamó, colándose por entre un grupo de gente vestida de arpillera que miraban encandilados las proezas de dos bufones que caminaban con zancos, imitando los movimientos de un cortejo amoroso fallido, posiblemente de insectos. Esta vez fue ella quien tiró de Merlín.

—¿Qué pasa?

—Todo tiene un color más vivo de lo normal —dijo Susan, colándose bajo una bandeja de tartas que seguramente le habían puesto delante para cortarle el paso.

Merlín tuvo que hacer un quiebro para seguirla.

—¡Todo parece como una película de super 8! Supersaturado, con una intensidad artificial. Pero la vendedora de flores tiene una flor sin color. ¡Ahí está!

La florista estaba alejándose de ellos, y la multitud que los separaba se volvió más densa. De pronto, todo el mundo se había dado la vuelta y se dirigía otra vez hacia el cruce que tenían delante, con la evidente intención de evitar que Susan y Merlín pudieran llegar hasta la joven, sin detenerlos directamente, para justificar que se ceñían a la antigua ley que dictaba que tenían que darles la oportunidad de escapar.

Merlín volvió a ponerse al frente y agitó su bastón de enebro. La gente fue apartándose, como si les asustara el contacto con la madera, pero cuando impactaba en ellos no mostraban ningún signo de dolor, y seguían sonriendo y riéndose.

La chica de las flores giró por uno de los callejones más estrechos; cuando lo hizo, Susan vio de nuevo la flor, y esta vez también la vio Merlín. Una rosa de tallo largo, una flor translúcida que podía ser de cristal, salvo que el tallo se curvaba y los pétalos temblaban a cada paso de la florista.

—¡Es la segunda vez que la vemos! —exclamó Merlín—. ¡Deprisa!

Introdujo el bastón entre las piernas de una vendedora de anguilas, haciendo que la mujer y la cuba de anguilas que llevaba sobre la cabeza cayeran al suelo; las anguilas se retorcían y la gente resbalaba al pisarlas y caía torpemente encima, todos riéndose a carcajadas, como si aquella fuera una experiencia por la que hubieran pagado

encantados.

Merlín y Susan saltaron sobre las anguilas y siguieron corriendo tras la florista, que estaba a solo unos metros de ellos, caminando a paso ligero por un callejón mucho más estrecho, entre las fachadas traseras de una serie de pequeños teatros, unas carpas con armazón de madera y lonas pintadas de colores que podían llegar a tener dos o tres niveles.

Mientras corrían, el cielo se ensombreció sobre sus cabezas; las nubes cubrieron el sol y el azul del cielo y, de pronto, el aire se volvió frío.

—¡Venga ya, no jugáis limpio! —gritó Merlín, acelerando hasta conseguir tocar la espalda de la florista con su bastón, apenas rozándola.

Ella se giró y los miró. La primera vez que la había visto, a Susan le había parecido una jovencita guapa y sonriente, pero ahora se le había afilado el rostro, tenía la piel escamosa y la boca llena de dientes rotos y cariados, salvo por los afilados caninos de un goblin. Además, había menguado, y ahora medía treinta o cuarenta centímetros menos.

—Nosotros no pertenecemos a este tiempo y lugar, ni tampoco la rosa —declamó Merlín—. Entréganos…

De pronto se oyó un gruñido, el único aviso que recibió Merlín antes de aquel ataque repentino. Se giró sobre sí mismo y golpeó con el bastón las fauces de un enorme perro greñudo que había saltado sobre ellos desde las sombras entre las barracas. El propio peso de la bestia hizo que Merlín retrocediera varios pasos, y dado que no iba a soltarle la mano a Susan, ella también se vio arrastrada con él, cayendo de lado sobre el fango. Consiguió poner la mano que tenía libre en el suelo, amortiguando el golpe, pero aun así sintió un dolor agudo en la cadera. Muy agudo.

—¡Perro malo! —gritó, sin pensar en lo que decía—. ¡Perro malo! ¡Suelta eso ahora mismo!

Para sorpresa de todos, quizás incluso para la propia bestia, el perro soltó el bastón.

—¡Siéntate! —ordenó Susan, poniéndose en pie.

Estaba furiosa: furiosa por haber caído en el barro, furiosa por

haberse visto arrastrada a aquel mundo de fantasía, furiosa con todo.

El perro se sentó. Susan miró a la florista.

—¡Y tú! ¡Niña de la calle, goblin, lo que seas! ¡Entréganos la rosa!

La florista sacó la rosa incolora de entre los coloridos ramilletes de la cesta y se la dio a Susan, hincando una rodilla en el suelo al mismo tiempo.

Susan la cogió.

La Feria de Mayo desapareció como una estatua de hielo fundiéndose a cámara rápida, y sus vivos colores fueron reemplazados por la realidad, gris y sombría; el hedor medieval, por los humos de escape de los coches; y el bullicio humano de la Feria de Mayo, por el sonido del Mayfair actual.

Estaban en la acera, en Curzon Street, cerca de la entrada al Shepherd Market. Llovía con fuerza, y una gota le dio a Susan en pleno ojo. Al lado tenían a dos jóvenes estadounidenses, evidentemente turistas.

—¿Has visto a esos chavales? —le preguntó uno de los turistas a su amiga—. ¿Los que han pasado corriendo hace un segundo?

—¿Qué? Perdona, me he quedado traspuesta unos segundos. Debe de ser el *jet lag*. ¡Oye, mira qué pasaje más chulo! ¡Un pub inglés de verdad!

—Se van a llevar una sorpresa —dijo Susan—. Pintas de cerveza a temperatura ambiente y jóvenes norteamericanos no son una buena combinación…

—En realidad, lo que me ha mordido el bastón era un lobo, ¿sabes? —dijo Merlín, frunciendo el ceño y examinando las profundas señales que había dejado el animal en la madera. Suspiró y se frotó las salpicaduras de barro del vestido, creando trazos que de algún modo parecían un diseño intencionado, moderno, un poco *punk*—. Ahora sí que me pregunto quién… o qué… eres tú.

—Soy yo —dijo Susan, enfatizando cada palabra. Aún tenía la rosa en la mano, pero ahora era de cristal, rígida y frágil—. Siempre se me han dado bien los perros.

—¿Ah, sí? —preguntó Merlín, divertido. Se puso el bastón sobre el hombro al más puro estilo Gene Kelly y chapoteó en un charco,

haciendo girar el vestido mientras miraba a Susan, inmóvil y sumida en sus pensamientos—. ¡Venga, la librería no queda lejos!

6

> No es música, pues, lo que amansa las fieras,
> sino los zurdos, con su ataque, su valentía y su entrega.
> Relatos arcanos que les enfrentan al enemigo
> para frenarlo, vencerlo, dominarlo y hundirlo.

La Librería Nueva solo tenía una pequeña placa junto a la puerta principal que revelara que aquella imponente casa georgiana de cinco plantas era realmente un negocio. Y ante la puerta se extendía un pórtico columnado, por lo que era improbable que nadie entrara en la tienda si no la estaba buscando realmente.

Curiosamente, pasada la puerta principal se abría una especie de vestíbulo, un corto pasillo con una puerta de bronce antiguo al final. La puerta tenía una imagen en relieve, la de dos gigantes barbudos blandiendo sendas porras con clavos; en sus enormes ojos brillaban unos cristales incrustados que tenían aspecto de diamantes, pero que eran demasiado grandes para ser gemas de verdad. En el momento en que Merlín hizo pasar a Susan, la puerta exterior se cerró tras ellos, con un sonoro clic, como si hubiera saltado un pestillo.

—Alguna vez hemos tenido visitantes no deseados —le explicó Merlín, que pasó delante y apretó el timbre situado junto a la puerta interior—. No tendremos que esperar mucho.

—Eso es una obra de arte —dijo Susan, observando los gigantes moldeados en el metal de la puerta.

—Gog y Magog —dijo Merlín.

De pronto, los ojos de cristal de los gigantes se iluminaron, asustando a Susan, que dio un paso atrás.

—La puerta la construyó el «Gran Rondelhyde, artesano mágico», en 1899 —explicó Merlín—. Uno de los diestros. En realidad, se llamaba Ronald Biggins. Entre otras cosas, se dedicó a crear material para

ilusionistas, hacia finales del siglo XIX, armarios para simular desapariciones, etcétera. Le encantaban ese tipo de cosas. Y a nuestros clientes también.

—¿Hace algo? —preguntó Susan—. Quiero decir… ¿De verdad es una puerta mágica?

—No —contestó Merlín—. Las luces de los ojos son eléctricas y sirven sobre todo para ver quién espera. Pero es una puerta muy sólida, de bronce de cinco centímetros de espesor y marco de acero.

Susan levantó la vista. Había un extraño espejo incrustado en el techo.

—¿Un espejo transparente de observación? —preguntó ella.

—Oh, no, eso sí es mágico —dijo Merlín—. Dos puñados de agua de…, digamos… de un lago sagrado… recogidos en el mismo momento de orillas diferentes. Si fuera lo suficientemente grande podrías pasar al otro lado, aunque como del otro lado no hay más que un salón de té, sería toda una decepción. Ya está.

Con un sonoro chirrido metálico, la puerta de bronce empezó a abrirse. Llegó a la mitad, lo justo para que uno de los dos gigantes desapareciera de la vista; entonces se paró. Susan pudo ver por el hueco una acogedora biblioteca iluminada con lámparas de araña. Había seis filas de estanterías con puertas de vidrio, llenas de viejos volúmenes encuadernados en piel o bocací verde, rojo, azul y negro; o con materiales más exóticos como piel de animales raros o incluso metal. A ambos lados de cada estantería había una vieja butaca de cuero, para poder sentarse a hojear los libros plácidamente.

Justo delante tenían dos grandes mesas de caoba con montones de antiguos libros encima, y en el pasillo que quedaba entre ambas había un librero de mediana edad y ojos vivos, con una barba sorprendentemente larga recogida en tres trenzas. Llevaba un delantal verde con numerosos bolsillos sobre su traje azul, algo arrugado y con los codos brillantes por el uso, una camisa a cuadros y una pajarita mustia de color verde pálido. En la mano derecha lucía un guante blanco de algodón; Susan observó que el delantal disponía de un bolsillo largo que servía de vaina para un abrecartas muy largo y fino.

—La puerta se ha vuelto a atascar —observó—. A medio Gog, como

solemos decir nosotros. Me alegro de volver a verte, Merlín. Prácticamente todo el mundo te busca, en ambas tiendas.

—Entonces, ¿Audrey ya ha llegado?

—Pues sí, con noticias sorprendentes y bastante inquietantes —respondió el librero—. Nadie recuerda que los niños de la calle se hayan atrevido jamás a ejecutar una danza como la de hoy, al menos ante alguno de nosotros. Oh, por favor, perdóname. Tú debes de ser Susan. Yo me llamo Eric. ¿Te puedo ofrecer una toalla, quizá?

Susan bajó la vista y se miró. Todo había sucedido tan rápido que ni se había dado cuenta de que estaba empapada; sus Docs estaban cubiertas de barro hasta el tobillo. Merlín también estaba chorreando, pero de algún modo conseguía que le quedara bien, como si se hubiera mojado a propósito.

—Eh…, sí, por favor —dijo, interpretando, acertadamente, la rápida mirada de reojo de Eric, que indicaba que lo que le preocupaba era que mojara los libros.

—Pasa por aquí, todo recto por entre las mesas y llegarás a los baños del personal —dijo Eric—. Y a ti te esperan arriba, Merlín.

—¿Los dos mayores? —preguntó Merlín—. ¿Ha venido Merrihew?

—Sí. Hoy están aquí los dos —respondió Eric, que vaciló un momento y luego añadió—: Buena suerte.

Merlín hizo una mueca y le entregó el bastón de endrino.

—Dáselo a Audrey cuando vuelva, ¿quieres?

Eric asintió, se acercó a la puerta y lo metió en un paragüero hecho con un tocón de árbol, con sus raíces y todo, en el que había varios bastones parecidos más, dos paraguas negros con mango de marfil de aspecto antiguo, y un espadón con el mango de bronce en forma de dragón que era más largo que alto era él.

—¿Quieres que me quede tu rosa de cristal? —preguntó Eric.

—Eh, no, me la quedaré —dijo Susan.

No estaba segura del motivo, pero sabía que quería mirarla más de cerca en cuanto tuviera ocasión. La había visto oscilando, curvándose con el movimiento, los pétalos agitándose, y aunque ahora era de cristal sólido y rígido, seguía teniendo un aspecto natural, como una obra de artesanía, no como algo hecho en una fábrica con un molde.

Susan pasó por entre las mesas, siguiendo a Merlín, hasta llegar a una puerta en la parte trasera de la librería, prestando atención a no girarse bruscamente para echar un vistazo a los interesantes libros que veía y evitar así salpicarlos con gotitas de agua. Como los libros eran antiguos y la mayoría no tenía sobrecubierta, costaba ver sus títulos pasando tan rápidamente por delante, especialmente sin girar la cabeza, pero consiguió leer las inscripciones grabadas en dorado o plateado sobre algunas tapas; reconoció algunos títulos y nombres: *La tempestad*, *Ivanhoe*, *Persuasión* o *Cumbres borrascosas*, Shakespeare y Walter Scott, Austen y Brontë. Varios estantes contenían únicamente Biblias, algunas de ellas evidentemente muy antiguas, y había un expositor entre dos librerías donde se detuvo un momento, impresionada por lo que contenía: los *Bocetos poéticos*, de William Blake, una primera edición de *Los siete pilares de la sabiduría*, de T. E. Lawrence, y, en el centro, nada menos que el *First Folio*, de Shakespeare.

Junto a la puerta trasera había un gran armario con puertas de vidrio donde los libros no estaban uno junto al otro, sino de frente, sobre soportes individuales. Susan se paró al ver títulos que había disfrutado en su infancia, mucho más reconocibles porque muchos eran modernos en comparación con los demás y porque tenían sobrecubiertas. Estaban *La caja de las delicias*, de John Masefield; Las Crónicas de Narnia, de C. S. Lewis; *Burro de turba*, de Patricia Lynch; *El invierno del encanto*, de Victoria Walker; *Los malvados de Battersea*, de Joan Aiken; varias de las novelas históricas de Rosemary Sutcliff, entre ellas la favorita de Susan, *La rama de plata*; *El castillo ambulante*, de Diana Wynne Jones; *La piedra fantástica de Brisingamen*, de Alan Garner; *Cinco niños y eso*, de E. Nesbit, y muchos otros. La mayoría de ellos eran ediciones que había visto en la biblioteca, solo que estaban en mucho mejor estado, y las sobrecubiertas parecían impecables, protegidas por forros transparentes.

—Escritores de historias infantiles —dijo Merlín—. Unos tipos peligrosos. Nos causan muchos problemas.

—¿Cómo es eso?

—No lo hacen a propósito —dijo él, abriendo la puerta—, pero

muchas veces descubren el modo de revivir algún mito antiguo o de liberar algo que debería permanecer inmovilizado, y comparten ese conocimiento en sus libros. Las historias no siempre son historias sin más, ya sabes. Ven, vamos.

Susan se alejó de los libros infantiles y siguió a Merlín; atravesaron un despacho atestado de muebles en el que había dos escritorios de persiana, un viejo archivador de madera con seis cajones y un soporte para armas largas con seis fusiles Lee-Enfield .303, sus bayonetas de 1907 en un soporte inferior, y una caja verde de munición por debajo con la inscripción «300 cartuchos 7,7 x 56».

Merlín llevó a Susan hasta la salida trasera del despacho, que daba a un angosto pasillo con dos puertas a la izquierda y una gran escalera a la derecha. La puerta de la izquierda presentaba un dibujo de un estilizado tocado femenino en dorado, y la de la derecha, un sombrero de copa.

—¿Qué baño quieres usar? —le preguntó Merlín—. Dentro hay toallas, y también encontrarás ropa; puedes cambiarte si quieres. Pero solo hay monos, me temo, y la mayoría serán grandes. Creo que compramos todos los monos viejos de Winston Churchill. Al menos estarán secos.

—¿Tú no te cambias? —preguntó Susan con recelo. No se imaginaba a Merlín vestido con un mono enorme como los que usaba Churchill.

—Más tarde —contestó él—. Solo te sugería que te cambiaras porque la verdad es que estás rebozada de barro…

Susan se miró, observó que tenía razón y se metió en el baño con el cartel del tocado femenino. Se imaginó que el servicio de las mujeres estaría más limpio que el de los hombres. Tenía experiencia limpiando baños de pub, y era perfectamente consciente de la diferencia. Cuando salió, diez minutos más tarde, se encontró a Merlín esperando. De algún modo había conseguido limpiar y secar su vestido azul; con esa toalla en la cabeza a modo de turbante no parecía un bobo, sino más bien alguien que estuviera lanzando una nueva moda.

Sin embargo, Susan no sintió demasiada envidia. Pese a lo que le había dicho Merlín, había encontrado un mono azul exactamente de

su talla que conservaba el cinturón, a diferencia de los que había visto siempre en las tiendas de beneficencia. Con el cinturón ajustado, el mono tenía cierta forma aceptable, y sus numerosos bolsillos, que podían resultar muy prácticos, compensaban el tacto áspero del tosco algodón. Con la ropa que se quitó se hizo un hatillo y se sintió como una vagabunda de una película de los años treinta, aunque quizás estaba demasiado limpia.

—¿Cómo lo has hecho para encontrar uno de tu talla? —preguntó Merlín—. ¡Yo he buscado en ambos baños un montón de veces! ¡Siempre son enormes! ¿Había alguno más de esa talla?

—No —dijo Susan.

—Típico —masculló Merlín.

—¿Para qué son todas esas botas? —preguntó Susan.

Además de estantes llenos de monos azules cuidadosamente doblados, en el enorme baño había varios muebles llenos de pesadas botas negras bien lustradas, grandes, aparatosas y sin duda bastante incómodas. Más que un baño, aquello parecía un vestuario de colegio; desde luego no era algo que uno esperara encontrar en la trastienda de una librería.

—Son cosas de uso ceremonial —dijo Merlín, encogiéndose de hombros— que nos obligan a ponernos ocasionalmente. Ven. El tío abuelo Thurston y la tía abuela Merrihew están arriba.

Susan subió dos escalones y se detuvo. La escalera central era más antigua que el resto de la casa. Era medieval, no georgiana, con barandillas de roble negro y escalones hechos con tablones. Levantó la vista y vio que había al menos seis plantas, lo cual habría sido una más de las que había contado desde el exterior. Miró hacia abajo y observó que la escalera se perdía en la oscuridad tres o cuatro tramos más allá; en los niveles inferiores no había luz eléctrica, ni siquiera las antiguas lámparas que se veían en los pisos superiores y que arrojaban una luz muy tenue.

—Sí, hay una especie de ático que no se ve desde la calle —comentó Merlín, como si nada—. Y las escaleras llegan hasta muy abajo. Este lugar se construyó sobre los restos de un edificio anterior, y este sobre una estructura aún más antigua. Vamos.

—Son muchas cosas que asimilar —protestó Susan, sentándose en el primer escalón—. Lo lógico sería que estuviera lloriqueando en un rincón, pidiendo que alguien me despertara de esta pesadilla.

—¿De verdad? —preguntó Merlín, retrocediendo—. Pero… ¿te encuentras bien?

Susan se detuvo un momento a pensar; luego asintió.

—Sí —dijo—. Aunque a lo mejor la reacción al *shock* me viene con retraso. Puede que más tarde me ponga a tartamudear. —Vaciló y añadió—: En cierto modo, incluso he tenido la sensación de que… no era del todo inesperado.

—¿Verte transportada a una Feria de Mayo de fantasía por la danza de unos goblins?

—Sí… —respondió Susan, que luego frunció el ceño—. Quizás es que aún no sé lo suficiente como para asustarme realmente.

—Quizá —dijo Merlín. Parecía que iba a decir algo más, pero no lo hizo. En lugar de eso se puso a subir escalones—. Último piso. ¡Vamos!

Susan se puso en pie y le siguió, aunque en el primer rellano se paró de golpe. Las puertas que daban a izquierda y derecha tendrían dos metros y medio de altura y estaban pintadas con escenas de las obras de Shakespeare. La de la izquierda mostraba a Macbeth y a las brujas reunidos en torno a un enorme caldero de hierro de un tamaño exagerado, casi tan alto como las mujeres. La puerta de la derecha mostraba a Próspero y Miranda, de *La tempestad*, con Calibán acechando en la oscuridad, tras ellos, en una cala. Susan reconoció las pinturas inmediatamente, o más bien reconoció que eran versiones ampliadas de una misteriosa artista del siglo XVIII llamada Mary Hoare, que Susan conocía solo porque era una de las favoritas de su profesora de arte, la señora Lawrence.

—¡Son las obras de Mary Hoare! —exclamó Susan, acercándose a mirar—. Pero mucho más grandes… y al óleo. ¿Sabe alguien que las tenéis?

—Espero que no —dijo Merlín—. Mary Hoare era de los nuestros, diestra, ¿sabes? Entre los diestros se cuentan muchos artistas visuales; los zurdos tendemos más a la poesía y a la música. Creo que la imagen

de Miranda es un autorretrato, más o menos. Y el caldero también…, humm…, se basa en…, no importa.

Susan no hizo caso al repentino frenazo de Merlín, que dejó a medias lo que iba a decir del caldero. Se acercó más para observar la puerta pintada.

—Si son originales, las pintarían en… ¿Hacia el 1800?

—En 1796 —dijo Merlín—. Pero tendríamos que darnos un poco…

—¡Me encantan! —exclamó Susan, y se puso a subir las escaleras—. ¿Hay más?

—Eh…, no —respondió Merlín—. Quiero decir que no hay más de Mary Hoare. Frena un poco…

Susan estaba subiendo los escalones de tres en tres, pero bajó el ritmo al llegar al siguiente rellano; Merlín oyó que emitía un suspiro de decepción. Las puertas de ese piso eran de hierro pintado de gris, con remaches en los bordes; no habrían estado fuera de lugar en un barco, que era precisamente el lugar de donde procedían: eran puertas blindadas del almacén del acorazado HMS Benbow, de la Primera Guerra Mundial.

—Estas son de un barco de guerra —dijo Merlín, siguiendo a Susan, que iba por delante—. A lo largo de los años, los encargados de la decoración del lugar han ido cambiando, y como prácticamente nunca dejamos que los visitantes vayan más allá de la librería, jamás hemos tenido necesidad de buscar uniformar…

—¿Prácticamente nunca dejáis que entren visitantes? —preguntó Susan—. ¿Y yo qué?

—Tú eres una excepción, evidentemente —dijo Merlín—. Venga, a ver si sabes decirme quién es el artista responsable de las puertas del siguiente piso.

Susan se paró de nuevo en el rellano del tercer piso.

—No…, son preciosas. Diría que parecen obra de un artista alemán.

Las puertas eran muy antiguas; en cada hoja había nueve paneles de madera de tilo con profundos relieves que representaban escenas de la vida de la Edad Media, de estilo gótico tardío. Había campesinos cosechando, mercaderes sopesando unas monedas, caballeros en una justa, monjes en un *scriptorium*, un carro en una barrera de peaje… y

varias imágenes de libreros rodeados de su mercancía, pero con espadas ocultas tras los libros, y extrañas criaturas, incluso un dragón. Todo ello representado con gran detalle; eran tallas de gran belleza.

—Eres buena —dijo Merlín—. Son de Tilman Riemenschneider. Un escultor del siglo XV. Trabajó en Würzburg casi toda su vida, aunque estas las talló aquí.

—¿Uno de los diestros?

—Oh, no, no era de los nuestros. Pero tenía una deuda con un miembro de la familia, y nos hizo estos paneles. Me temo que las puertas de los dos pisos siguientes son perfectamente ordinarias, pero tenemos numerosas obras de arte repartidas por la casa… y en otros sitios. Quizá te las pueda enseñar en algún momento. Antes de que salgamos a cenar o lo que sea. La gente suele darnos cosas cuando los ayudamos, y los diestros son inveterados coleccionistas de arte.

—Te doy un punto extra por eso de «inveterados» —dijo Susan mientras seguían subiendo. Decidió pasar por alto el comentario implícito de que algún día saldrían juntos—. Es la primera vez que oigo a alguien usar esa palabra.

—Nosotros vivimos entre libros —dijo Merlín, encogiéndose de hombros.

—¿Y los zurdos coleccionan algo? —preguntó Susan, al llegar al siguiente rellano, que tenía unas puertas muy decepcionantes, que no habrían estado fuera de lugar en el colegio de Susan, construido en los años cincuenta.

—Armas —respondió Merlín.

En el rellano del quinto piso, donde acababa la escalera principal, había tres puertas. Las de izquierda y derecha eran iguales que las de la planta inferior, piezas de fábrica, sin ningún encanto, que solo destacaban porque parecían mucho más nuevas que el resto del edificio, hechas de un feo contrachapado pintado de posguerra.

Sin embargo, enfrente había otra puerta que, aunque no tenía ningún adorno artístico, poseía el impresionante lustre de una caoba muy antigua y muy pulida. No había pomo ni manilla, pero sí un picador en el centro, un anillo colgado de las fauces de un león cuya impresionante melena de bronce se extendía más de palmo y medio en

todas direcciones.

Merlín se acercó a la puerta y llamó tres veces.

—No te preocupes —le dijo, girándose a mirarla—. Todo irá bien.

—¿Qué? —preguntó Susan, que hasta entonces no estaba preocupada porque algo pudiera ir mal—. ¿Qué quieres decir?

—Yo estoy contigo —respondió Merlín, dando un paso atrás cuando se abrió la puerta.

Allí no había nadie, solo una estrecha escalera entre paredes de piedra con un revoque de yeso irregular. La escalera estaba cubierta por una gruesa alfombra roja con varillas de bronce para fijarla a los escalones, y unas lámparas de gas iluminaban el lugar. Mientras subían, Susan oyó incluso el silbido del gas.

—¿Por qué necesito a alguien «conmigo»? —preguntó Susan—. ¿Y por qué las lámparas de gas?

—Los mayores tienen una edad; les gustan las cosas que les resultan familiares —dijo Merlín—. Es cuestión de apego, supongo. Todos tendemos un poco a eso.

Susan se lo quedó mirando, preguntándose cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que una casa de Londres, o de cualquier rincón del Reino Unido, estuviera iluminada con lámparas de gas. Pero como Merlín no parecía dispuesto a dar más explicaciones ni a bajar el ritmo, lo siguió.

La escalera ascendía un buen trecho; a medida que subían, el yeso de las paredes desapareció y la piedra se hizo más evidente.

Por fin, tras lo que a Susan le pareció una subida equivalente a tres o cuatro pisos, llegaron ante otra puerta de madera tosca. Merlín volvió a llamar con la mano izquierda, la del guante, y enseguida le abrió una mujer alta, elegante y de piel muy oscura que parecía tener unos treinta años, con una larga melena negra recogida en una redecilla dorada, un vestido de seda de un rojo encendido que le llegaba a los tobillos y unas botas de combate ligeras. Tenía la luz del sol detrás, y el contraluz creaba un efecto muy llamativo. Llevaba en la mano derecha una pluma estilográfica de esmalte azul, y un cuaderno en la izquierda. Por un momento a Susan le pareció que llevaba un guante de brillante tela plateada, hasta que se dio cuenta

de que su mano izquierda era en realidad de color plateado brillante; no llevaba ningún guante.

—¡Prima Sam! —exclamó Merlín—. No sabía que habías vuelto. ¿Escribiendo un poema?

—Pues sí —dijo Sam—. He tenido que volver; necesitaba un poco de lectura restauradora y de composición poética terapéutica, después de mi contratiempo con las piedras rodadoras y el Ojo Plateado. Pero me han hecho dejar mi estudio para vigilar un poco a los mayores; parece ser que la cosa anda algo revuelta.

—¿Soneto? ¿Villanelle? ¿Canción de trova?

—Limericks —respondió Sam, muy seria—. Con una temática común.

—No veo la hora de que llegue la próxima noche de poesía —dijo Merlín—. ¿Tú…?

Una voz de mujer con acento escocés, algo quejumbrosa, le interrumpió. Procedía de algún punto por detrás de Sam.

—¡Sam! ¿Son Merlín y la chica? ¡Hazlos pasar enseguida, no tengo todo el día!

Sam se hizo a un lado y les indicó con un gesto que pasaran. Susan siguió a Merlín hasta un gran apartamento de planta abierta con ventanales del suelo al techo por todos los lados. Se veía Hyde Park al oeste, y las casas al sur de Stanhope Gate y el hotel Dorchester al norte, pero curiosamente todos esos edificios quedaban por debajo de ellos, aunque Susan habría jurado que el hotel, por lo menos, tenía que ser mucho más alto que la librería. Había dejado de llover, y el cielo estaba bastante azul, aunque no se acercaba siquiera a la perfección del de la Feria de Mayo a la que les habían transportado los goblins.

Sam se sentó en una silla junto a la puerta y levantó su cuaderno. Junto a ella, en la pared, colgaba una espada envainada, a su lado un AK-47 y una bolsa de lona militar con tres revistas enrolladas dentro, y más allá un bastón de madera de endrino muy parecido al que llevaba Audrey en el taxi. Susan intentó no quedarse mirando la brillante mano plateada de Sam, y aunque le costó un poco, por fin lo consiguió.

Al otro lado de la sala, Susan observó una escultura de bronce de un hombre a tamaño natural que, o era *La Edad del Bronce*, de Rodin, o —más probablemente— una copia, pues estaba bastante deteriorada y no parecía que se la tomaran muy en serio: le habían puesto una vieja gabardina Burberry y una especie de poncho impermeable sobre la cabeza. Aparte de la escultura y de una gran alfombra persa o turca muy desgastada, la gran sala tenía pocos muebles. En el centro había un diván *art déco* —o casi— de los años veinte, así como tres sillones de cuero más antiguos enfrentados al diván, y en medio, a modo de mesilla auxiliar, un gran barril de whisky cortado por la mitad con superficie de cristal. En los tablones del barril, escrito con letras rojas de quince centímetros medio borradas, se leía «Milltown 1878».

Dos personas de unos setenta años, o quizá de algunos más, dejaron sus libros y se levantaron de sus sillas para recibirlos. Un hombre de cabello gris y rostro arrugado vestido con un viejo traje de *tweed*, con un guante marrón en la mano derecha; y una mujer mucho más bajita y menuda, aún guapa aunque con muchas arrugas, con el cabello de un blanco cándido peinado y recogido en una cola, con una cinta negra. Llevaba un atuendo muy excéntrico: un chaleco verde de pescador lleno de moscas de colores colgando de unos ganchos sobre los bolsillos, y debajo un vestido de algodón negro sin mangas que dejaba a la vista sus brazos, sorprendentemente musculosos pese a las arrugas. En el antebrazo izquierdo lucía un tatuaje muy desvaído con la imagen de una larga daga con tres gotas de sangre. En la mano izquierda llevaba un guante de jardinería con la palma de goma.

—El tío abuelo Thurston y la tía abuela Merrihew —dijo Merlín—. Esta es Susan Arkshaw.

—Ya era hora —dijo Merrihew, con un fuerte acento escocés—. Ya sabes que todo esto nos resulta de lo más inconveniente, Merlín. Acércate, jovencita. No mordemos.

—Yo no, por lo menos —gruñó Thurston—. No tienes nada que temer.

Tenía un marcado acento de Yorkshire. Susan se acercó a las sillas, mirándolos a los dos, y observó que Thurston estaba leyendo *Un espejo lejano*, de Barbara Tuchman, y que había situado un punto de libro

con todo cuidado antes de cerrarlo; Merrihew, por su parte, se había limitado a dejar su ejemplar de *El tigre en la niebla* abierto boca abajo sobre la mesita hecha con el barril de whisky. Aunque lo que más le sorprendió a Susan fueron sus voces. Hasta entonces no había pensado en ello, pero Merlín tenía una voz elegante, de alumno de colegio privado. La de Audrey, por su parte, era claramente suburbial. Sam, que estaba junto a la puerta, parecía canadiense, o quizás estadounidense. Y ahora se encontraba una escocesa y ese abuelo con acento de granjero de Yorkshire. Le confundía mucho, como le habría pasado a cualquier británico, que consciente o inconscientemente habría deducido la clase social de cada uno según su acento.

—A decir verdad, siempre hay cosas que temer —dijo Merrihew—. Quizá seamos nosotros los que debamos tenerte miedo a ti.

7

Un simpático librero, habrían dicho sus clientes,
eso sí, con un guante de lo más llamativo.
Con su traje azul intenso caminaba, bien altivo,
provisto de una pistola o dos…
El simpático librero, armado hasta los dientes.

—¿Miedo a mí? —preguntó Susan, sorprendida—. ¿Por qué ibais a tenerme miedo a mí?

—Bueno, es un decir. No sabemos si deberíamos tenerte miedo o no, porque nos falta información —dijo Merrihew—. ¿Te apetece un té?

—Eh…, sí, gracias —respondió Susan—. Mirad, yo no entiendo…, bueno, no entiendo nada, la verdad.

—Siéntate, muchacha, siéntate —dijo Thurston, señalándole uno de los sillones con su enorme mano derecha enguantada—. Lo que quiere decir Merry es que nos sorprende que el guardián de los Raud Alfar te disparara como si representaras alguna amenaza para ellos; y hoy han montado un buen número para evitar que llegaras aquí, enviando a esos matones y nada menos que a los goblins de la Feria de Mayo, ¡en pleno día!

—La cuestión es: ¿eres tú la causa de esas dos acciones? —planteó Merrihew—. ¿Fueron escenificaciones de un secuestro pensadas solo para que no pudieras llegar hasta nosotros?

—¿Qué? —exclamó Susan, apartándose del sillón en el que estaba a punto de sentarse. Miró a Merlín, que esbozó una sonrisa tranquilizadora—. Yo ni siquiera había oído hablar del Mundo Antiguo ni de nada de todo esto antes de conocer a Merlín. Solo soy una estudiante de Arte…, bueno, casi. Y quiero averiguar quién es mi padre, eso es todo.

Merrihew miró a Thurston, que asintió. Se sentó y se puso a buscar

algo en los bolsillos de su chaleco.

—Sí, desde luego, dice la verdad, al menos hasta donde le consta —murmuró—. Nuestras disculpas, señorita Susan. ¿Dónde está ese té?

—Iré a ver, tío abuelo —dijo Merlín, desapareciendo de allí.

Susan lo siguió con la mirada, malhumorada, y lo vio desaparecer en un cuartito en el que no había reparado, de donde salió una mano que tiró de él. Era una mano fina, femenina, enfundada en un guante de satén. Con botones a la altura de la muñeca. Susan sintió una leve punzada de celos y tuvo que hacer un esfuerzo para ahuyentar esa sensación. Una vez más se recordó a sí misma que Merlín no era un buen candidato a novio; era evidente que se quería más a sí mismo de lo que podría llegar a querer nunca a nadie. Desde luego, su interés por ella no perduraría una vez que la hubiera conseguido, y a ella no le interesaba ese tipo de relación. Su propia madre había caído demasiadas veces en ese error.

Desde luego tenía que reconocer que Merlín era mucho más fascinante que el pobre Lenny, que como novio nunca había sido más que un recurso temporal. Sí, tocaba la trompa muy bien, era muy hábil con las manos y tenía un precioso cabello rizado, pero le faltaba algo…

—Bueno, ¿por qué no nos cuentas cómo fue vuestro encuentro con los goblins? —dijo Merrihew—. Audrey nos ha contado que se os llevaron con su baile. ¿Cómo conseguisteis huir de la feria? ¿Fue Merlín quien encontró lo que estaba fuera de lugar?

—No, no —fui yo—, dijo Susan, alejando de su mente esos pensamientos en los que estaba sumida, comparando a Lenny con Merlín. Le mostró la flor de cristal. Esta flor de cristal…, solo que estaba viva; era transparente, mientras que todo lo demás estaba lleno de color.

—Ah, a los zurdos esas cosas no se les dan tan bien —dijo Thurston tranquilamente, mientras abría una bolsita de cuero que llevaba colgada del cinturón para sacar un pellizco de tabaco, al tiempo que buscaba en otro bolsillo una pipa o algo de papel—. Aunque si les toca enfrentarse y luchar, son los mejores, desde luego. Bueno, desde el principio: cuando esos irritantes goblins se pusieron a bailar a vuestro

alrededor, ¿qué pasó?

Susan se lo contó lo mejor que pudo. Observó que Merlín seguía en el cuartito donde hacían el té, asomando la cabeza para escuchar.

—Humm, eso es interesante —dijo Thurston—. Y el perro soltó el bastón cuando se lo ordenaste, ¿eh? Me parece que vamos a tener que descubrir quién es tu padre, jovencita.

—¿Por qué? —respondió de inmediato Susan.

—Bueno, los Raud Alfar creen que supones algún peligro para ellos —explicó Thurston, deshaciendo las hebras de tabaco mientras movía la mano para enfatizar sus palabras—. Y esos dos rufianes que fueron a por ti… La inspectora Greene nos ha dicho que no ha podido sacarles nada con sentido, que están idos, lo que nos hace pensar que alguien de nuestro negociado ha estado interfiriendo con sus mentes mortales. Eran de Birmingham, miembros de la Milk Bottle Gang. Ni a Greene ni a nosotros nos consta que esa banda tenga alguna relación con el Mundo Antiguo, ni aquí ni allí. De hecho, es muy raro que la delincuencia organizada tenga tratos con lo mítico, y viceversa. A algunos mortales les tienta la idea de servir a entidades malignas: son lo que conocemos como cultistas de la muerte. Pero no esos delincuentes de medio pelo. No, no, qué va.

Hizo una pausa, posiblemente para dar dramatismo al momento, pero más probablemente para evitar que el pellizco de tabaco se le escapara de entre los dedos.

—Cuando además consideramos los relativamente pocos personajes o entidades que serían capaces de obligar o animar a los goblins de la Feria de Mayo para llevarse a dos mortales en plena luz del día, y uno de ellos librero…, bueno…, aquí pasa algo. ¿Y cuál es el elemento de conexión entre todas estas cosas? Susan Arkshaw. ¿Y qué es lo más significativo de Susan Arkshaw? Su padre desconocido.

—Eso es asunto mío —dijo Susan, indignada—. No le he pedido a nadie que husmee en mi historia familiar.

—Ni tenemos un interés especial en hacerlo —respondió Thurston—. De hecho, nos resulta bastante inoportuno…

—Extremadamente inoportuno y probablemente inútil —le interrumpió Merrihew, que parecía estar impacientándose—. ¿Dónde

está ese té?

—¡Ya llega! —dijo Merlín desde la distancia, y al momento se oyó el tintineo de las tazas, los platillos y las cucharillas desde el cuartito, y unas voces apagadas.

—Como iba diciendo —prosiguió Thurston—, nosotros podemos ayudarte a descubrir quién es tu padre…, o quién era…, más rápido que si lo hicieras por tu cuenta. O incluso sin ayuda de nadie. ¡Ah!

Encontró su pipa en un bolsillo interior de la americana y la sacó. Viendo la cánula curvada y la gran cazoleta, Susan, que era una gran fan de Tolkien, pensó que bien podría ser algo que hubieran robado a un *hobbit*. Thurston cebó la pipa con lo que quedaba del pellizco de tabaco que llevaba en la mano.

—Espero que no tengas pensado encender esa monstruosidad —dijo Merrihew, cuando vio que Thurston se llevaba la pipa a la boca y se ponía a tantear sus bolsillos otra vez—. ¿Recuerdas? Nada de fumar en las librerías. Lo acordamos el año pasado.

—Ah, sí —rezongó Thurston, quitándose la pipa de la boca y mirándola con tristeza.

—El té está listo —dijo Merlín.

O no, Merlín no. Alguien con una voz parecida, pero más aguda y sensual. Susan se giró y vio a una joven que se parecía mucho a Merlín tal como lo había visto la primera vez, con traje. En este caso era un traje diplomático azul marino con finas rayas azul pálido, y debajo una blusa de seda celeste, con una corbata medio suelta con el patrón de algún instituto o facultad, un diseño que seguramente significaría algo para alguien. Era un poco más llenita que Merlín, y al menos un par de centímetros más alta, aunque llevaba zapatos de cuero calado, en lugar de las Docs de él. Un guante de satén azul pálido con botones le cubría la mano derecha, con la que sostenía una jarrita de porcelana blanca y negra para la leche. Merlín, a su lado, llevaba una bandeja plateada con tazas, platillos, azucarero y cucharillas.

—Tú debes de ser Vivien —dijo Susan.

—Desgraciadamente, mi hermano pequeño y yo nos parecemos bastante —respondió Vivien, esperando un momento a que Merlín

apoyara la bandeja en la mesita del barril de whisky antes de dejar ella también la jarrita.

Le tendió la mano a Susan, que se puso en pie y se la estrecho; luego ambas se sentaron.

—Bienvenida a la Librería Nueva —dijo Vivien—. Y gracias por venir a visitarnos. Creo que esa parte nos la hemos saltado, ¿no?

—Humpf —refunfuñó Merrihew, mientras Thurston agitaba la mano en un gesto que podría no significar nada, pero que quizá supusiera una tímida disculpa.

—Vivien heredó toda la gracia y la elegancia de la familia —dijo Merlín, sentándose a su vez sosteniendo la tetera—. Sirvo yo, ¿queréis?

—Los zurdos tienen el pulso muy firme sirviendo, eso hay que reconocerlo —observó Thurston.

—Gracias, tío abuelo —respondió Merlín—. ¿Leche, Susan? ¿Y azú…?

—Galletas —le interrumpió Merrihew de pronto. Se puso en pie y se dirigió al cuartito—. He dicho específicamente que el té lo sirvierais con galletas.

—A la tía abuela Merrihew le encantan las galletitas de naranja con chocolate —dijo Merlín—, pero se contiene y las come únicamente cuando tenemos visita, lo que ya te he dicho que ocurre muy raramente.

—No quiero azúcar, gracias —dijo Susan, cogiendo su taza y levantándola para admirar su decoración.

No le resultaba familiar, era floreada, en tonos rosados, así que le dio la vuelta al platillo. Pero no había marca de fábrica. Le gustaba la cerámica, era una disciplina a la que había pensado que podría dedicarse. La señora Lawrence había intentado canalizar el entusiasmo de Susan por las diversas facetas del arte en unas pocas disciplinas, para que se centrara en algo concreto, pero no lo había conseguido.

—H & R Daniel —señaló Vivien—. Hacia 1830. La jarrita de la leche no, por supuesto. Es Marks and Spencer, creo, de hace unos cinco minutos.

—Volvamos a tu padre —dijo Thurston, observando fijamente a

Susan por encima de la taza de té, para luego vaciar su contenido de un solo sorbo—. ¡Ahhh! Qué buena taza de té. Demasiado pequeña, pero buena. Tu padre. ¿Qué es lo que sabes?

Susan observó a Merlín, que levantó una ceja. Vivien echó el cuerpo adelante y le dio una palmadita en el hombro a Susan.

—Vamos a ayudarte quieras o no —dijo—. Siento que tenga que ser así, pero hay muy buenos motivos para ello. El Mundo Antiguo puede ser extraordinariamente peligroso, y el mayor peligro es no saber a qué te estás enfrentando. Por favor, deja que te ayudemos.

Susan respiró hondo y todos se quedaron en silencio unos segundos. Thurston se sirvió otra taza de té y murmuró algo sobre la ventaja de las tazas grandes. Merrihew no volvía del cuartito, donde se oía un ruidito que hacía pensar que estaba manipulando un paquete de galletas.

—No creo que tenga elección —dijo Susan por fin—. Pero espero…, espero no verme arrastrada otra vez a ese…, a todas esas cosas raras. Quiero descubrir quién es mi padre, trabajar este verano e iniciar las clases. Eso es todo.

—Bueno, vamos paso a paso —replicó Vivien, que no resultaba nada tranquilizadora—. Sé que fuiste a ver a Frank Thringley como posible candidato a padre. ¿Qué te llevó allí? ¿Y qué otra información tienes?

—Frank era el recurso fácil —dijo Susan—. Nos enviaba felicitaciones en Navidad, con su dirección y todo. Pero antes incluso de verle… ya tuve esa sensación extraña…, y supe que era improbable. Mamá siempre ha estado en su nube; parece ser que tomó mucho ácido en los años sesenta, aunque ella lo niega, y me dijo que Frank era «uno de sus amigos», solo que lo dijo con un tono algo diferente, ya me entendéis.

—¿Tu madre suele mostrarse ausente, como perdida en sueños? —preguntó Vivien—. ¿Desconectada de lo que ocurre a su alrededor?

—Va a ratos —respondió Susan, a la defensiva—. Pero sí, podría describirse así.

Merlín le sirvió más té a Susan. Merrihew regresó de la cocinita con un plato de sus galletas de chocolate y naranja, y se sentó, apoyó el

plato sobre sus rodillas, cogió una y se puso a comérsela.

Vivien y Thurston se miraron.

—¿Qué pasa? —preguntó Susan.

—Bueno, en algunos mortales…, eso de estar ausente, como perdido en sueños, podría ser la señal de un contacto prolongado con el Mundo Antiguo. De haber pasado tiempo en algún lugar como la Feria de Mayo a la que te llevaron, o con entidades que están fuera de nuestro mundo. O incluso la señal de que han interferido deliberadamente en su mente.

—Oh —respondió Susan, que contuvo una lágrima, pensando en las dificultades de su madre—. Ya veo. Supongo que tiene sentido. Siempre me ha dicho que no ha tomado drogas, aunque pasó mucho tiempo con montones de grupos musicales antes de que yo naciera…, los Stones, los Kinks y otros…, haciendo fotografías: es fotógrafa, y pintora. Habría tenido que creerla…

—¿De qué otras pistas dispones? —preguntó Merlín con delicadeza.

Susan sacó una pitillera plateada de uno de los numerosos bolsillos de su mono. La llevaba consigo a todas partes, desde el día que se la había regalado su madre, en su duodécimo cumpleaños: le había dicho que era de su padre, aunque luego lo negaría y afirmaría que no la había visto nunca antes. La pitillera también le resultaba práctica para llevar el resto de las pruebas que había ido recopilando a lo largo de los años, que no eran muchas.

—Según parece, esta pitillera era de mi padre —dijo, pulsando el mecanismo para abrirla. En su interior apareció un trozo de papel doblado y un viejo rectángulo de cartulina impresa—. Me la regaló mi madre para mi cumpleaños. De hecho, estábamos aquí, en Londres. Me dijo que algo o alguien le habían recordado a él, pero no se acordaba de lo que era, y luego me dio esto. Sin embargo, no volvió a hablar de la pitillera. Nunca. Así que no me ha sido muy útil.

—¿Eso es un escudo o una insignia? ¿Lo que está grabado encima? —preguntó Vivien, muy interesada.

—Quizá… —respondió Susan, inclinando la pitillera para que todos pudieran ver el grabado, muy desgastado.

—Da la impresión de que podría ser la cabeza de algún tipo de

animal —apuntó Thurston—. Es bastante abstracto, con todas esas líneas rectas. No es un jabalí, ni un caballo, ni un león… Humm…

—Lo llevé a *Antiques Roadshow,* el *show* de televisión ese en el que un grupo de anticuarios valoran las antigüedades que les lleva el público, cuando grabaron el programa desde Bath, hace unos años. Aunque no parecían muy interesados. El especialista en plata confirmó algo que yo ya había comprobado anteriormente; dijo que todos los sellos de contraste que tiene están mal, y enseguida concluyó que debía ser una falsificación. Tiene el ancla de Birmingham, y el león indica que es plata de ley, y el año 1962. Pero también hay una mano, que suele ser indicativa de Sheffield, y por supuesto no puede haber sido elaborada en Sheffield y Birmingham a la vez. Además, la mano está invertida. El experto tampoco pudo identificar la marca de fábrica. Es una especie de runa, pero no nórdica, ni como las de Tolkien. Por supuesto, no me seleccionaron para participar en el programa.

—¿Birmingham? ¿Y un sello de contraste más? Bueno, bueno… —musitó Thurston—. ¿Puedo verla?

Del bolsillo del chaleco sacó una lupa ocular y se la ajustó al ojo. Susan sacó los papeles de la pitillera y se la entregó.

—La tarjeta ha pasado por la lavadora —dijo, poniéndola sobre la mesa—, pero aún se lee «CARNÉ DE LECTURA» y parte de un número: dos cifras más, siete y tres. Sin embargo, el nombre estaba escrito en tinta azul y se ha borrado casi por completo. Yo he pensado que podría ser de la sala de lectura del Museo Británico.

—No lo es —respondió Vivien al momento—. El diseño y la forma no coinciden. Es de una biblioteca privada. Eso podemos averiguarlo fácilmente, y puede que podamos recuperar el número, y quizá también el nombre.

—¿Con la magia?

—No —dijo Vivien—. Primero probaremos con los medios habituales. Nuestro taller de restauración está en la Librería Vieja, lo cual, por supuesto, no tiene sentido, porque todos los libros antiguos están aquí, en la Librería Nueva…

—Resulta que en la Librería Vieja hay más espacio y una luz mejor

—precisó Thurston, levantando la vista de la pitillera—. Aquí las cosas se hacen con método, joven Vivien.

—El caso es que la tía Helen y la tía Zoë están entre las mejores restauradoras de papel del mundo. Muchos museos les envían libros y documentos para que los analicuen, los reparen y los conserven —dijo Vivien—. Estoy segura de que podemos descubrir de dónde es, y quizá hasta descifrar el nombre.

—Y tal como pensaba —dijo Thurston, devolviéndole la pitillera a Susan—, esto es obra de Harshton & Hoole, nuestros plateros diestros. Plata esterlina, Birmingham, 1964. La marca de la mano invertida indica que fue un regalo para sellar un pacto, para forjar algún tipo de acuerdo o alianza entre entidades míticas que en ese momento debían de estar en forma humana. Aunque no puedo decir que recuerde nada de eso a principios de los sesenta. Ni nada que tenga que ver con pitilleras…

—Probablemente podamos comprobarlo —dijo Vivien—. Aunque 1964… Harshton & Hoole se incendió ese año, ¿no? ¿O fue en 1963?

—No, fue en 1964 —respondió Thurston, pensativo—. Fue por causas eléctricas. Habrían tenido que reconstruir toda la fábrica después de la guerra, porque había quedado dañada durante los bombardeos. Y al final tuvimos que hacerlo igualmente en 1970. Pero en el incendio de 1964 no se perdió gran cosa. Su documentación está archivada en la mina, con todo lo demás.

—No hace tanto tiempo; probablemente el platero que la hizo aún siga en activo —dijo Vivien—. Les escribiré una nota para preguntar.

—Y conociéndolos tendrás suerte si consigues una respuesta antes del solsticio —protestó Thurston—. Así que tenemos la pitillera, un carné de lectura… ¿Y qué hay en ese papel?

—Una lista de nombres —respondió Susan—. Mamá nunca quiso darme un nombre completo, o quizá no podía hacerlo, pero había ocasiones en que mencionaba a alguien… y cosas que habían sucedido o a personas con quien había hecho alguna cosa; me fui apuntando los nombres de los hombres que mencionaba repetidamente. Pero no sé qué nombre corresponde a cada apellido. Salvo en el caso de Frank Thringley, del que sabía por las felicitaciones navideñas y porque

mamá nunca hablaba de él igual que hablaba de esos otros.

—Bueno, ¿y qué es lo que tienes? —preguntó Vivien.

Susan desdobló el trozo de papel y lo alisó sobre la mesa. Todos se acercaron a mirar, salvo Merrihew, que estaba muy ocupada dando cuenta de su tercera galleta y que no podía inclinar el cuerpo sin arriesgarse a que se le cayera el plato.

—Pues ya veis…, tengo un John, un Magnus, un Edwin, un Rex…, pero solo mencionó tres apellidos más de una vez, y no pude asociarlos a ningún nombre en particular, ni a los acontecimientos de los que me hablaba. Son Smith… Sí, ya sé, no vale para nada; Asher o Usher; y Liston o Biston, o quizás alguna otra cosa acabada en «iston».

Merrihew hizo un ruido. Quizá fuera un comentario, pero al tener la boca ocupada con las galletas no se le entendió.

—¡Venga ya, deja esas galletas, Merry! —exclamó Thurston, girándose hacia ella—. ¡Vas a ponerte enferma!

—Sí, sí, ya sé —dijo Merrihew, malhumorada—. ¡Pero es que no hemos tenido visitas desde hace años!

—Con estos nombres no podemos hacer gran cosa —dijo Vivien—. Pero quizá consigamos algo más con los métodos más tradicionales. Sé que la inspectora Greene ya te ha fichado, y nos va a enviar tu ficha. Una vez más, te pido disculpas. Sé que parece una intrusión en tu intimidad…

—¡Es que es una intrusión!

—Ya, yo…, te pedimos disculpas, pero hay que hacerlo. Como aún no tenemos la ficha, para que tome nota, si no te importa… ¿Tu lugar y fecha de nacimiento? Supongo que tendrás una partida de nacimiento, aunque no indicará el nombre de tu padre, ¿no?

—Sí, padre desconocido, y 1 de mayo de 1965 —respondió Susan—. ¿Por qué os miráis todo el rato?

—Te pido disculpas, niña —respondió Thurston, con su acento de Yorkshire, ahora más evidente que nunca—. El hecho de que hayas nacido el primero de mayo es significativo. El Mundo Antiguo se acerca al Nuevo en determinadas ocasiones, y esa es una de ellas.

—El 1 de mayo —repitió Vivien, pensativa—. ¿Sabes a qué hora naciste?

—Al amanecer —dijo Susan—. Con la salida del sol, como solía decir mi madre. Quizás influida por el nombre del *pub* donde ocurrió.

—¿Cómo se llamaba, y dónde estaba ese *pub*? —preguntó Vivien.

—El Esplendor del Sol; está en un pueblecito a pocos kilómetros de Glastonbury. Mamá había ido a visitar a unos músicos amigos suyos que vivían cerca de allí, en lo que ella denominaba una «majestuosidad decadente», y yo llegué antes de lo esperado. Iba de camino al hospital, pero solo llegó hasta el *pub*.

—Glastonbury —musitó Thurston—. El valle de Avalon…

—Antes has dicho que solíais venir a Londres por tu cumpleaños —recordó Merlín—. El primero de mayo. ¿Estabas aquí, en Londres, el 1 de mayo de 1977?

—Fue cuando cumplí doce años —respondió Susan—. Sí.

—¿Recuerdas dónde te alojaste? ¿Dónde fuiste? —preguntó Merlín, levantando la mano para frenar a Vivien, que estaba a punto de interrumpir.

—Donde nos alojábamos siempre, en un viejo hotel cerca de Victoria Station. Creo que mamá conocía a los dueños; le hacían un buen precio. Ya no existe: derribaron el edificio y construyeron un bloque de oficinas. Dejamos de venir cuando cerraron; de eso hace tres años. ¿Por qué?

Merlín miró a Vivien.

—A madre la mataron el primero de mayo de 1977, a apenas un kilómetro de Victoria Station. Nunca descubrimos para quién eran las flores que había comprado… La atacaron unos matones contratados, como los dos que han venido hoy a por Susan. ¡Tiene que haber alguna relación!

—¡Coincidencia! —espetó Merrihew—. No tenemos pruebas de nada más.

—Son casos muy diferentes —dijo Thurston—. Cuando llevas en esta tierra tanto tiempo como yo, Merlín, acabas viendo muchas cosas que son simples coincidencias… o accidentes.

—Yo quiero investigarlo —dijo Merlín, decidido.

—No en tu tiempo de trabajo —replicó Merrihew.

Thurston suspiró y se frotó el puente de su nariz aguileña con la

mano enfundada en el guante.

—Merrihew dirige a los zurdos, pero tienes derecho a investigar si lo haces en tu tiempo libre. Ahora mismo, probablemente lo primero que tenemos que hacer es encontrar al padre de la señorita Susan. Vivien, tú puedes dirigir esa investigación. ¿Estás de acuerdo, Merry?

—Supongo —dijo Merrihew, limpiándose las migas de la boca con un pañuelo negro—. Esto ahora me viene muy mal, justo cuando la vieja carpa se está dejando ver en el lago de la cantera. Pero parece que esta chica atrae miradas extrañas, así que supongo que necesitamos más información para poder ocuparnos de ella como corresponde.

—Es usted muy maleducada —dijo Susan, molesta—. No soy «esta chica». Tengo un nombre. ¿Y qué significa eso de «ocuparnos de ella»?

—Soy una persona maleducada —reconoció Merrihew.

—Lo mejor será que le pongamos protección —dijo Thurston—. Hasta que sepamos qué es lo que pasa.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Merrihew.

—Sí —dijo Merlín.

Merrihew miró a Merlín.

—Estos días no vas muy cargado de trabajo, ¿verdad? Supongo que puedes cuidar de… Susan.

—¿Qué? ¿Yo solo? Tendríamos que ser al menos cuatro personas, todo el día…

—Todos están ocupados —le interrumpió Merrihew—. Te puedes quedar en casa de la señora London hasta que todo esto se solucione. Ya lo arreglaré con Greene.

—Has dicho que anoche había un kexa rondando cerca de las guardias de Milner Place, ¿no? —preguntó Thurston, intrigado.

Merlín asintió.

—Eso también podría ser una coincidencia —dijo Merrihew, quitándole importancia—. Pero, en cualquier caso, no puede atravesar las guardias.

—Hay otras cosas que sí podrían —adujo Merlín—. Y luego está la perspectiva policial…

—Eso es bastante extraño —reconoció Thurston—. Aunque esas

cosas a veces se sienten atraídas por la mera presencia de protecciones mágicas.

Merlín no parecía muy convencido.

—Ya avisaré a quien lleve los taxis para que pasen por ahí esta noche, cuando puedan —dijo Merrihew, quitándole importancia al tema con un gesto de la mano—. Con eso debería ser más que suficiente.

Merlín asintió, pero no estaba nada contento. Era evidente que a él no le parecía suficiente.

—¿Vosotros creéis que van a… pasar más cosas? —preguntó Susan.

—Nah —dijo Thurston, echándose en la taza las últimas gotas de la tetera.

—No —negó Merrihew, metiéndose otra galleta en la boca.

—Sí —dijo Merlín.

8

Antiguo, antiguo era, y cortante,
cortante como una hoja.
Fino como una cuchilla y sediento,
sediento de sangre,
sangre de la que beber.

—Los jóvenes siempre se ponen nerviosos —le dijo Thurston a Susan, haciendo caso omiso de Merlín—. Pero lo más probable es que no haya motivo de preocupación, y llegado el momento localizaremos a tu padre. Así que ya podéis marcharos…

Se calló de pronto y se tensó, como un perro al detectar un rastro, ladeando su enorme cabeza hacia un lado como si estuviera escuchando a alguien, o algún sonido que solo él podía oír.

Susan miró a Merlín, que levantó ligeramente la mano, indicándole con un gesto que esperara.

Pasados unos diez segundos, Thurston suspiró, irguió la cabeza y volvió a hablar:

—Parece que vosotros, jovencitos, tenéis que llevar a Susan ante la abuela.

—¿Qué? —preguntó Merlín—. ¿La abuela? ¿Ahora?

—Sí, ahora —respondió Thurston—. Puede que reconozca el origen familiar de Susan, ya sabes.

—¿De verdad te parece que sea algo en lo que haya que implicar a la abuela? —replicó Merrihew—. Parece algo rutinario, como poco.

—A ella se lo parece —dijo Thurston—. ¿Tienes algo en contra?

Merrihew suspiró.

—¿Cuál de ellas es?

—No lo sé —dijo Thurston—. Pero ha hablado.

Merrihew hizo una mueca.

—Si ha hablado, ha hablado.

—¿Cómo lo va a hacer vuestra abuela para reconocer a mi familia? —preguntó Susan, pero no le respondió nadie. Se hizo una larga pausa, que rompió Vivien, pero fue para dirigirse a sus tíos abuelos.

—¿Cómo está la abuela?

—Como siempre —dijo Thurston—, supongo.

Vivien miró a Merrihew, expectante.

—Yo no lo sé —espetó esta—. No la veo desde hace una eternidad. Siempre digo que es mejor dejar que descanse.

—¿La ha visto alguien últimamente? —preguntó Merlín—. ¿Tío abuelo Thurston?

—Fui a ver cómo estaba hace unos años —dijo Thurston—. Quizá fuera hace cinco o seis años. No ha pasado nada por lo que tuviéramos que molestarla.

Se levantó pesadamente de su butaca y recogió las prendas tiradas sobre *La Edad del Bronce*: le pasó el impermeable a Merrihew y él se puso la gabardina.

—¡Todo irá bien! —dijo—. Ya podéis marcharos.

—¿Qué…, qué pasa con tu abue…? —balbució Susan, dirigiéndose a Merlín.

—Ya te lo explicaré —dijo él—. Venga. Vamos a ver a la abuela. Luego Vivien nos llevará a almorzar a algún sitio chulo.

—No, no lo haré —respondió Vivien, airada—. En primer lugar, porque estaré trabajando para descubrir quién es el padre de Susan, y en segundo lugar porque estoy sin blanca. Pelada. Sin un chavo. En la miseria. Entre otras cosas, porque me debes cincuenta libras, Merlín. ¿Recuerdas?

Merlín apartó la mirada con cara de culpabilidad.

—Bueno, pues sándwiches en la sala de personal, entonces —dijo.

—Después de ver a la abuela.

—Muy bien. Adelante —les animó Thurston, que sorprendió a Susan al abrir un hueco en el musculoso abdomen del joven de Rodin para sacar de dentro el auricular de un teléfono.

El tenso cordón enrollado se enroscó de un modo bastante obsceno ante la entrepierna de la estatua.

—Aquí Thurston. Ahora salimos. Volveré enseguida; más vale que no empiecen a desempaquetar sin mí. Dile a Neil que llame a un taxi para Merrihew. Se va a…

Miró a Merrihew, que tenía un reloj sumergible de plástico colgado de la pechera de su chaleco de pescador. Lo cogió y miró la hora.

—Directo a Paddington —dijo ella—. A ver si llego a coger el de las 12.47 que para en Ledbury.

—No funciona desde 1965 —respondió Thurston—. El Plan Beeching de reestructuración ferroviaria. ¿Recuerdas? El primero que puedes tomar es el de las 2.26 a Hereford.

Merrihew se encogió de hombros, contrariada.

—Bueno, de todos modos, me voy ya a Paddington.

—Merrihew va a Paddington —dijo Thurston al teléfono. Volvió a colgar, cerró la trampilla y miró a Susan con una gran sonrisa en el rostro—. Espero que podamos solucionar lo suyo muy pronto, señorita Arkshaw. Adiós.

Susan asintió y repitió la acción con Merrihew, que la saludó con un movimiento de la mano mientras seguía a Thurston hacia la escalera. Sam, la prima guardiana, ya había dejado de escribir limericks y se había colgado el petate al hombro, la espada envainada al cinto, y sostenía el AK-47 con la mano izquierda, ahora enfundada en un guante que ocultaba su piel plateada. Pasó por delante de los dos mayores y salió a la escalera, dejando atrás el bastón de endrino, apoyado contra la pared.

—¿Quieres una galleta? —masculló Merlín con la boca llena.

—No, gracias —dijo Susan, adelantando la cabeza y cogiéndosela con las manos—. ¿Cuánto va a durar todo esto?

—¿Qué quieres decir con «esto», exactamente?

—Esto de que tengas que protegerme y de que me ataquen matones y goblins.

—Bueno, los goblins de la Feria de Mayo no te harán nada —dijo Merlín—. Ya han usado su única arma; dudo que tengan fuerza para volver a hacer una Danza de Mayo en años, aunque sea de noche.

—No estás respondiendo a mi pregunta —replicó Susan.

—No es una pregunta tan fácil de responder —dijo Vivien—. Hay

varias posibilidades. Una es que descubramos rápidamente quién es o quién era tu padre y que eso nos lleve a saber qué o quién tiene tanto interés en ti, para poder afrontar la situación. Suponiendo que podamos resolverla satisfactoriamente, no correrás más riesgo que ningún otro mortal que haya tenido algún contacto casual con el Mundo Antiguo.

—Supongo que las otras posibilidades son mucho menos halagüeñas para mí —respondió Susan, malhumorada. Miró a Merlín—. ¡Ojalá no te hubiera conocido nunca!

—Si no me hubieras conocido, estarías muerta, diría yo, o cuando menos te habrían hecho prisionera —dijo Merlín—. Fuiste tu quien decidió ir en busca de Frank Thringley.

—Estaba a punto de marcharme cuando apareciste.

—No lo creo —replicó Merlín—. El único modo de entrar o salir de la casa era la ventana de la planta superior. Me preguntaba por qué habrían bloqueado las puertas e instalado guardas en todas ellas. Ahora veo que era para que no escaparas. Al menos hasta que Thringley pudiera entregarte a quienquiera que fuera la persona o la cosa ante quien rendía cuentas.

—¿De verdad?

—No miente —dijo Vivien—. Los diestros nos damos cuenta de esas cosas. *Verum ponderet dextrum*: la mano derecha sopesa la verdad.

—Y ya te he dicho que después fuiste tú la que me salvó la vida —dijo Merlín—. Así que está claro que estamos hechos para estar juntos.

Vivien soltó un soplido burlón.

—Hagas lo que hagas, no te enamores de mi hermano —le advirtió—. Los zurdos no son de fiar en lo relativo a los asuntos del corazón.

—¡Venga ya, Vivien! Tú eras zurda hasta el año pasado…

—Pero ya no lo soy, ¿verdad? ¿Y qué es lo que os pasa con esas galletas? Si has acabado de atiborrarte, ¿podemos llevar a Susan con la abuela? Más vale hacerlo ahora, con la luz de día.

—Ahí abajo no llega la luz del día —observó Merlín.

—Sabes perfectamente que el sol afecta a muchas cosas, aunque no esté a la vista. Igual que la luna. ¡Venga!

Susan afianzó su postura en la butaca, apoyándose en los brazos.

—No voy a ir a ningún sitio hasta que me digáis dónde vamos y por qué os pone tan nerviosos a los dos ir a ver a vuestra abuela.

—El «dónde» es la parte fácil —dijo Merlín—. Abajo. Supongo que podríamos llamarlo el sub-subsótano. Por debajo del refugio antiaéreo de la guerra. Hay un templo romano, un mitreo… La abuela… Bueno, ¿cómo te lo diría…?

—No es simplemente nuestra abuela. Es…, bueno…, todas nuestras abuelas. Como el conjunto de vestigios espirituales que moran en este lugar —le interrumpió Vivien—. Se remontan a mucho mucho tiempo atrás, y nunca puedes estar muy seguro de qué…, de a qué abuela te encuentras. Va cambiando.

—¿Son espectros?

—Nosotros no usamos esa palabra; son lo que llamamos sombras, reliquias míticas de entidades antes vivas de gran fuerza mágica…

—Espectros —repitió Susan, convencida—. ¿Son peligrosos?

—Sí —dijo Merlín.

—No —dijo Vivien, casi al mismo tiempo.

—Y no —añadió Merlín—. Depende.

—La abuela solo es peligrosa si se olvida de que somos familia, o si uno de sus perros decide que no le gusta tu olor.

—¡Perros! ¿Qué perros?

—Bueno, es una vieja tradición: las ancianas del clan Saint Jacques siempre han tenido perros, de modo que también hay sombras de esos perros.

—¿Y qué pasa si se olvidan de que sois familia o si a los perros no les gusta vuestro olor? —preguntó Susan.

—Pues que toca correr, claro. El truco está en no alejarse de la puerta. Y en llevar buen calzado. Eso lo llevas bien.

—Pero yo no soy familiar suyo —protestó Susan.

—Es cierto, pero estarás conmigo —dijo Merlín—. Yo te cogeré de la mano. Como en la feria.

—Espero que no. Aún me duele el hombro de los tirones que me llevé.

—Mira…, ¿sabes qué? —exclamó Vivien—. Podemos poner a la abuela de buen humor de inmediato. Sea quien sea.

—¿Cómo? —preguntó Merlín—. ¿Es que alguna vez está de buen humor? Yo solo la he visto una vez, y estaba de lo más gruñona. Además, es imposible saberlo.

—Yo he bajado tres veces y, a diferencia de ti, yo me fijo. Ella…, a todas sus encarnaciones… les gustan los regalos. Dale tu rosa de cristal, Susan —propuso Vivien—. Una creación de los goblins, de la Feria de Mayo, que podrá incluso tocar… Le caerás estupendamente.

—Yo pensaba quedármela —dijo Susan.

—Tampoco te duraría más allá de la puesta de sol —señaló Vivien —. Es obra de los goblins. Hecha bajo el sol, desaparecerá con el anochecer.

—Oh —respondió Susan, encogiéndose de hombros y poniéndose en pie—. Vale. No había caído en ello. Típico. Vuestra abuela…, o vuestras abuelas… pueden quedársela.

—Ojalá tuviéramos además un hueso de goblin —murmuró Merlín —. Para el perro. Espero que no sea ese horrendo perro lobo, Nebrophonus. ¿O son todos iguales?

—Cállate, Merlín —dijo Vivien, que le sonrió a Susan—. Todo irá bien. Vamos.

Susan echó un último vistazo alrededor antes de bajar por las escaleras. Seguía sin entender muy bien cómo podían estar tan por encima de los otros edificios, pero aparte de eso todo le parecía perfectamente normal. El constante flujo del tráfico en Park Lane, la gente paseando por Hyde Park, las estelas de los aviones que se dirigían a Heathrow en el cielo…

Bajaron las escaleras, Merlín delante y Vivien detrás.

—¿Vuestra vida siempre es así? —preguntó Susan, mientras Merlín abría la puerta inferior—. Quiero decir, ¿siempre tenéis estos problemas con los sorbedores, las bestias negras, los goblins… y todo eso?

—¡Oh, no! —respondió Vivien, riéndose—. ¡Dioses! Eso sería insoportable. No, hoy en día el Mundo Antiguo está casi siempre en letargo; llevamos una época muy tranquila desde principios de los años sesenta. De vez en cuando pasa algo que agita las cosas, todo el mundo tiene que activarse, y luego las cosas se calman de nuevo y

podemos seguir con nuestro trabajo diario. Tranquilamente. Como el resto de hoy, espero.

—¿Y qué hacéis cuando no estáis…, bueno…, metidos en esas cosas raras, como dice la inspectora Greene?

—Yo trabajo en la Librería Vieja tres días a la semana —respondió Vivien, mientras salían por la puerta, en dirección a las escaleras principales—. Y llevo dos años estudiando en la London Business School.

—¿Estás estudiando gestión empresarial? —preguntó Susan, incrédula.

—Estoy haciendo algo nuevo —respondió Vivien—. Un máster en administración de empresas, a tiempo parcial.

—Plutócrata —dijo Merlín, medio en broma.

—¿Y tú? —le preguntó Susan a Merlín—. Da la impresión de que te pasas el día yendo de un lado a otro.

—Es mi carácter dinámico —respondió Merlín—. Los zurdos hacemos casi todo el trabajo que se ve, ya que somos los agentes de campo. Y también hay que entrenar. Pero, al igual que Viv, al menos la mitad del tiempo trabajo en las librerías, normalmente transportando paquetes de un lado a otro, lamento decir. Según parece, no se fían de que pueda atender a los clientes, a pesar de que no hay duda de que conmigo se duplicarían las ventas.

—Ya te pusieron a prueba —replicó Vivien—. Y lo que se duplicó fue el tiempo que perdías charlando con las clientas guapas sin venderles nada.

—¡Vendí un ejemplar del libro *Ashley de los nudos* que nadie conseguía vender! —protestó Merlín—. ¡Un libro de tapa dura de cincuenta libras!

—Vender un solo libro de cincuenta libras en dos semanas tiene mucho menos valor que vender doscientos o trescientos libros de dos o tres libras en ese mismo tiempo —replicó Vivien—. Y he oído que no conseguiste vender nada cuando te pusieron de vendedor aquí, ¡y con la cantidad de bibliófilos que acuden, es todo un logro por tu parte!

—Todos los clientes eran viejos —dijo Merlín—. Y Eric y Alison se agenciaban a todos los buenos.

—No hay más preguntas —contestó Vivien.

—Quizá podrían ponerme en Pedidos Especiales —sugirió Merlín—. Eso sería mejor que el almacén.

—Te cansarías de tener que consultar constantemente el registro de libros impresos y acabarías cargándote el lector de microfichas —dijo Vivien—. Por eso es un trabajo para diestros.

—¿Todo vuestro personal… son libreros diestros o zurdos, específicamente? —preguntó Susan.

Ya estaban en la planta baja y seguían bajando. Cada vez estaba más oscuro, pues no había lámparas, solo el reflejo de la luz de arriba.

—No todos, pero la mayoría sí —dijo Vivien—. Espera un segundo.

Se pararon a dos niveles por debajo de la planta baja, aunque la escalera seguía descendiendo. Vivien pasó la mano por la pared, encontró un interruptor de tamaño industrial y lo giró, conectándolo. Una luz tenue se iluminó sobre sus cabezas, apenas suficiente para poner en evidencia las letras pintadas en blanco sobre una vieja puerta de acero medio oxidada: «REFUGIO ANTIAÉREO; AFORO: 39 PERSONAS».

También iluminó una caja de madera en el suelo, de las que se usan para la fruta. Vivien se agachó y rebuscó dentro hasta encontrar tres cabos de vela prácticamente consumidos sobre unos platillos de porcelana. Le entregó uno a Merlín y otro a Susan.

—Extiende el brazo —le dijo a Susan, y sopló sobre la vela con un leve silbidito.

De su boca salió una chispa y el pábilo cobró vida. A Susan se le escapó de las manos, y la llama estuvo a punto de apagarse, pero enseguida reaccionó y cogió el platillo al vuelo. Lo sostuvo con el brazo firme, y la llama creció, alzándose.

—Lo siento —se disculpó—. No sabía que podías hacer algo así.

—Aquí es fácil —dijo Vivien, que frunció los labios y sopló otra vez para encender su vela; luego repitió el proceso con la de Merlín—. Hay muchísimo poder mítico, cada vez más, cuanto más nos acercamos al viejo templo. Y a la abuela.

—Y a otras cosas —añadió Merlín.

—¿Qué otras cosas? —preguntó Susan en voz baja, aunque no tenía muy claro por qué había bajado la voz.

—Oh, no te preocupes —respondió él—. La abuela las tiene bajo control. Ya no falta mucho.

A medida que descendían iba haciendo más frío, y las paredes ya no estaban revocadas, ni eran de piedra tallada, sino de una áspera roca gris pálido, y estaban surcadas por regueros de agua. Del techo también goteaba agua. Tras lo que a Susan le pareció mucho más que dos plantas, llegaron a una gran caverna, cuya mayor parte no podían ver a la luz de las velas. Lo único visible era la enorme verja al otro lado, las pálidas piedras en la oscuridad y la entrada abierta, aparentemente más oscura aún que los bordes de la caverna. Sobre el mármol vio imágenes talladas que le parecieron escenas de guerra, aunque no podía estar segura.

—Una vez pasada la verja no debemos dar más de tres pasos —susurró Vivien. Se acercó a Susan, por la derecha, y Merlín se situó a la izquierda—. Mantente alineada. No te adelantes.

Avanzaron juntos y pasaron la verja, a la temblorosa luz de las velas. Luego se pararon. Susan no entendía muy bien qué era aquel lugar. No podía ver nada más allá de la escasa claridad que los rodeaba, y sus pasos resonaban sobre la piedra, irregular y erosionada, como si hubieran entrado en una caverna o cámara mucho mayor.

De pronto volvió a hacer mucho más frío, y vio el vaho que creaba su aliento, lo que le hizo darse cuenta de que estaba respirando demasiado deprisa. Se obligó a aguantar la respiración un momento y exhaló el aire muy lentamente, contando hasta seis. No quería que Merlín y Vivien vieran que tenía miedo, aunque así fuera.

—Dioses… —murmuró Merlín—. Es Nebrophonus.

Un enorme perro lobo, cadavérico y blanco como el hielo, emergió lentamente de la oscuridad, gruñendo y con las patas tensas.

—No te muevas —susurró Vivien, que se acercó aún más a Susan, hasta que sus hombros se tocaron, mientras Merlín deslizaba la mano derecha por su brazo para cogerle del codo.

El perro lobo se acercó, olisqueando, levantando su enorme cabeza peluda y arrugando el morro para dejar al descubierto sus enormes colmillos.

No parecía un espectro, ni un resto espiritual, ni nada de todo eso

que había dicho Vivien. Parecía muy real. Susan tenía razón cuando comentó que los perros se le daban muy bien; casi siempre la obedecían. Pero alguien a quien se le dan bien los perros también sabe cuándo apartarse de los evidentemente peligrosos.

—Hemos traído a una amiga, abuela —dijo Vivien en voz alta—. Una amiga con un regalo para ti. Soy yo, Vivien, y mi hermano Merlín.

—Los hijos de Antigone —añadió Merlín—. Hija del cuarto Henry, hijo de Teresa, a la que llamaban Mintie, a su vez hija de Serena.

—Y Serena hija de Claude, el segundo con ese nombre, y él hijo de Sofía, que era hija de la quinta Guinevere, la última que usó el nombre Saint Jaques, en línea familiar directa con los orígenes —añadió Vivien.

Se oyó un silbido en la oscuridad. Nebrophonus giró la cabeza y luego, muy lentamente, como un trasatlántico girando, se dio la vuelta y se retiró por donde había venido, perdiéndose en la oscuridad.

Un momento después, una mujer apareció ante el agitado trío. Era una anciana bajita, con un vestido gris pálido de cintura alta y sin adornos, con un pañuelo en torno al cuello, un sombrerito azul descolorido sobre el cabello plateado y un guante blanco en la mano derecha.

Tenía los ojos oscuros y profundos, así como una mirada muy inquietante. Miró a Susan como solía hacer un viejo de Bath, un tipo algo loco que se paseaba por las calles vestido de Jane Austen cada vez que lograba escapar del control de su familia.

Vivien y Merlín hicieron una reverencia, tirando de Susan para que ella también la hiciera.

—Vivien y Merlín, pues —dijo la mujer. Y no era una pregunta. Hablaba bajito, con una voz áspera intrigante y algo amenazadora—. Venís a ver a la vieja abuela. Pero queréis algo… Siempre hay algo…

Vivien no respondió a eso. Dio medio paso adelante y habló con desenvoltura:

—Esta es nuestra amiga Susan Arkshaw, abuela. Te trae un regalo.

Merlín le dio un empujoncito a Susan y le soltó el codo.

Susan dio un paso aún más corto que el de Vivien y le tendió la

rosa. Instintivamente bajó la cabeza y flexionó la rodilla derecha.

La abuela cogió la flor y, en el mismo momento en que lo hizo, la rosa de cristal se volvió real otra vez, aunque seguía siendo transparente, y el tallo se dobló. La anciana se la llevó a la nariz y aspiró su perfume; los pétalos temblaron.

—Ah —dijo, con tono melancólico—. ¡Cuánto tiempo hacía que no olía una rosa! Te doy la bienvenida, Susan Arkshaw.

Susan oyó perfectamente el suspiro de alivio de Vivien, que se interrumpió de pronto cuando la abuela bajó la rosa y miró por encima, con ojos traviesos.

—Pero no tiene color. Debería ser roja, queridos míos. Rojo es el color de las rosas. De las rosas y de la sangre. Merlín, el zurdo, tú llevas encima uno o dos cuchillos. Úsalos.

Susan miró a Merlín, que a su vez miraba ligeramente de lado. A Nebrophonus, que había vuelto a aparecer y que lo miraba fijamente, con la mandíbula a la altura de su entrepierna, y a apenas dos palmos de distancia.

—Susan está aquí como invitada de los Saint Jacques —dijo Vivien, con decisión, aunque la mano derecha le temblaba bajo el guante—. Como visitante tiene derecho a pan y agua…, bueno, a té y galletas, en este caso.

La abuela soltó una carcajada, y a punto estuvo de atragantarse de la risa. Susan contuvo el impulso de dar media vuelta y salir corriendo. El perro lobo le daría caza si lo hiciera, y Merlín y Vivien no habían dicho nada, ni se habían mostrado mínimamente dispuestos a huir.

—Venga, tontitos —dijo la abuela—. Solo necesito unas gotas. Queréis saber quién es la gente de Susan, ¿no es así? Una gota de color para la rosa, una gota para mí para que pueda resolver el misterio y una gota de premio para Nebrophonus. Eso es todo.

—¿Tres gotas de mi sangre…, y podrá decirme quién es mi padre? —preguntó Susan.

—Tu gente —dijo la abuela—. No puedo decir ningún nombre en particular.

—¿Hay truco? —preguntó Susan, sin rodeos.

La abuela volvió a reírse.

—A veces es mejor no saber esas cosas —dijo—. Eso es todo.

—¿Vivien?

—No creo que pase nada —susurró Vivien, asintiendo—. Nosotros también le damos sangre alguna vez… Ayuda a la abuela a conectarse con el Nuevo Mundo, a hablar, y todo eso. Les pasa a los ancianos.

—De otro modo resultan totalmente incomprensibles, sobre todo los más antiguos —susurró a su vez Merlín, acercándose a la otra oreja de Susan—. Usan extraños dialectos del latín, y cosas así. Son los peores parientes que puedas tener.

—Te he oído, jovencito —le advirtió la abuela—. No voy a permitirte faltas de respeto.

—Perdón, abuela —se apresuró a disculparse Merlín. Y, por una vez, parecía que lo decía de corazón.

—No tengo todo el día —dijo la abuela—. Bueno, más bien es esta rosa la que no tiene todo el día, y me gustaría disfrutar de ella plenamente. ¿Qué has decidido?

—Le daré las tres gotas, señora —dijo Susan. Y su precaución innata, combinada con recuerdos de viejos cuentos de hadas, le hizo añadir—: Pero nada más, y a cambio usted me dirá quiénes son los míos, y ahí se acabará el trato entre nosotras.

Mostró la mano, con la palma hacia arriba, y extendió el dedo índice. En la mano izquierda de Merlín apareció un fino puñal muy afilado, como si lo hubiera sacado de la nada. Le sujetó la muñeca suavemente con la mano derecha y, de un movimiento rápido, le pinchó el dedo. Apareció una gota de sangre, que se quedó pegada a la piel.

—La primera gota para Nebrophonus —dijo la abuela, que hizo un gesto para que el perro lobo se acercara y, con su gran lengua rasposa, lamiera el dedo de Susan, llevándose la gota de sangre. Dio media vuelta y, mientras se alejaba, meneó el rabo, satisfecho.

Apareció más sangre en la herida. La abuela acercó la rosa, y un pétalo entró en contacto con la siguiente gota temblorosa. La sangre penetró en la flor, extendiéndose por los pétalos, que se tiñeron de un rojo espléndido, e incluso el tallo se coloreó, de un tono más oscuro,

entre el verde y el negro.

La abuela levantó la flor y volvió a olerla, cerrando por un momento sus penetrantes ojos oscuros y con una sonrisa que revoloteó en su huesudo rostro como un pajarillo de vivos colores entre las oscuras copas de los árboles.

—Y una para mí, para que pueda averiguar tu línea de sangre —dijo la abuela.

Susan se quedó atónita al ver que la anciana le cogía la mano, porque la señora no era un espectro insustancial. Su carne era sólida y más fría incluso que el ambiente de la estancia.

La abuela levantó la mano de Susan hasta la altura de su boca y, como si nada, como si estuviera probando una cucharada de sopa, le chupó el dedo. Se limpió la boca con el dorso de la mano y frunció el ceño.

—Oh —dijo—. Es antiguo, antiguo…, demasiado antiguo para mí…

Se dio la vuelta sin moverse del sitio y de pronto apareció otra anciana diferente, esta más alta y de porte regio, con una capa de color borgoña cubierta de joyas y debajo un vestido de color negro del siglo XV. El cabello, cubierto con un velo, le caía sobre los hombros. En la mano derecha llevaba un guante de ante, y un enorme anillo encima, en el dedo medio, con una fulgurante esmeralda.

Nebrophonus también había desaparecido, y en su lugar había un scottish terrier, que descansaba sobre un cojín. El perro bostezó, mirando a los visitantes sin aparente interés.

—*Nay*, esto es más antiguo que yo, *Nan* —dijo la anciana, con tono amable, al tiempo que se giraba, como ejecutando una danza, siguiendo a un compañero de baile invisible.

Ahora sí que apareció una mujer realmente antigua, apoyada en un bastón de endrino, ataviada con un sencillo vestido con cintas de colores en el cuello y en los puños, y con un guantelete de piel en la mano izquierda. A su lado tenía a su perro, de alguna raza ya extinguida o incorporada a otras, de manto rubio, con grandes orejas caídas, el pelo rizado y mirada de satisfacción y no demasiadas luces.

Esta abuela habló en latín, inclinó la cabeza y también se dio la vuelta.

Susan echó una mirada rápida a Vivien, buscando una explicación, pero enseguida volvió a girarse al ver que Vivien miraba perpleja a la abuela siguiente.

Esta tenía el rostro oculto bajo la capucha de una túnica blanca que recordaba vagamente una toga romana, y tenía ambas manos enfundadas en guantes de color morado con fragmentos de tesela incrustados que brillaban a la luz de las velas. Estaba sentada en un tocón de roble que un momento antes no se encontraba allí, y el perro que tenía a sus pies era otro perro lobo, parecido a Nebrophonus, pero de un color castaño intenso.

Dijo unas cuantas palabras en latín, se calló y se retiró la capucha. No era tan vieja como las otras, quizá tendría cincuenta años, y su cabello era claro, no canoso, sino de un rubio pajizo. Sonrió, con un gesto más amable que el de las otras abuelas, y siguió hablando en un inglés con un extraño acento, poniendo el énfasis en partes de la frase en el que no cabía esperarlo.

—Así es más fácil para ti, ¿no?

—Sí, gracias —dijo Susan.

La abuela se humedeció los labios.

—Antigua de verdad, sí —dijo—. Nada menos que sangre de los antiguos, los soberanos de antaño, los hacedores de juramentos, los sometedores de vasallos, la dinastía de los grandes reyes y las grandes reinas. Diluida con esencia de mortal. Aun así, poderosa, de lo más poderosa. Tened cuidado, hijos míos, porque si se adueña del poder de su progenitor, podría dominaros incluso a vosotros, sometiéndoos con sal, hierro y sangre.

Dicho eso, abuela, perro y tocón desaparecieron, y una ráfaga de aire apagó las tres velas, dejando a los tres muchachos completamente a oscuras.

9

Era joven entonces, o eso te parecía,
un fuego intenso, una chispa repentina,
brillante como el sol, borrando las sombras
cuando al amanecer despertaban las alondras.

—Bueno, ¿y qué significa todo eso? —preguntó Susan mientras la metían en el taxi de Audrey, al que también se subieron Vivien y Merlín. Observó que el bastón de endrino había vuelto a su posición, sobre las viseras, y Audrey le dio la bienvenida con un guiño—. Pensaba que íbamos a almorzar en la sala de personal.

—Ya comeremos algo por ahí —dijo Vivien, que los había sacado a toda prisa del subsuelo y le había hecho atravesar la librería a la carrera, empujándola al llegar junto a Eric y otra librera que habían intentado entablar conversación—. Aquí tienen siempre unos sándwiches horrorosos. De pasta de anchoa, y porquerías así.

—Horribles —confirmó Merlín—. Mira, tengo que cambiarme; ¿por qué no paramos en mi habitación y pedimos que nos traigan algo? Creo que podré afrontar el cargo.

—¿Te traen la comida a casa? ¿A cuenta?

—Merlín vive en un hotel —dijo Vivien—. Es nuestro, pero es solo para dormir, y las comidas se cobran. En la Northumberland House; está cerca de la Librería Vieja, y cumple una importante función para los jóvenes, que casi sin excepción son absolutamente nulos en las tareas domésticas…

—¡Eh! —protestó Audrey.

—He dicho casi sin excepción, y tú eres una de ellas —se defendió Vivien—. Además, tú nunca has vivido allí, ¿no?

—Por no decir que tampoco es ya tan joven —le susurró Merlín a Susan.

—Siempre he vivido con mi madre en Grove Road, y yo creo que siempre lo haré —dijo Audrey, haciendo caso omiso a la pulla de Merlín—. Salvo por Wooten, claro, y cuando estuve en Durham.

—¿La universidad? ¿Y qué es Wootton? ¿Es de esa historia de Tolkien, *Smith of Wootton Major*? —preguntó Susan—. Yo pensaba que erais todos una enorme familia y que viviríais todos en una casa encantada, o algo así…, pero todos tenéis acentos diferentes…

—Venga, Viv, explícaselo; tú eres la diestra —dijo Audrey, acelerando de golpe para aprovechar una breve pausa del tráfico y colarse así entre los coches que avanzaban lentamente por Park Lane —. Sí, hice dos años de historia en Durham, y lo dejé para unirme a un grupo de música; soy percusionista, ¿sabes? ¿A la Northumberland House, pues? Espero que no tengamos problemas con los leones de Trafalgar Square.

—¡¿Qué?! —exclamó Susan, dando un brinco hacia delante y casi colando la cabeza por la mampara, lo que hizo que Audrey frenara y que el taxi que los seguía tuviera que dar un quiebro, casi rozando el parachoques, al tiempo que soltaba un bocinazo—. ¿Los leones? ¿Las estatuas?

—Es una broma —dijo Audrey, acelerando de nuevo para reincorporarse al ritmo del tráfico—. Después de que aparecieran esos niños de la calle y que se os llevaran, y todo eso… Los leones no van por ahí de día, y nunca en mayo.

—Pero, entonces, ¿sí salen por ahí alguna vez? —preguntó Susan, recostándose otra vez en el respaldo mientras Audrey giraba, dejando Park Lane y metiéndose en el callejón adyacente al London Hilton, edificio bastante feo de los años sesenta, para cruzar hasta Piccadilly y evitar el atasco de Hyde Park Corner—. Es que… mi madre… siempre quería que visitáramos Trafalgar Square, y solía apoyarse en un león y contarme historias… que yo pensaba que eran cuentos, relatos divertidos para niños… en los que los leones se despertaban.

—En realidad, las estatuas no cobran vida, ni se mueven —precisó Merlín—. Las cosas que nosotros llamamos leones estaban ahí antes de las estatuas, antes incluso que la plaza o que la ciudad. En realidad, no tienen aspecto de león. Pero son fieras, y cazan en manada, y rugen. Y

les gusta la carne cruda. No es ninguna broma. Pero están profundamente dormidas, y no se pueden despertar solas.

—Yo creo que mamá debía de saber algo del Mundo Antiguo…

—En respuesta a tu pregunta sobre si somos una gran familia —la interrumpió Vivien—, somos más bien como un clan disperso. Todos tenemos un padre o una madre no librero. Es como ser católico advenido, porque te casas con un católico, y tienes que aceptar que tus hijos se críen de una forma determinada. Lo que significa ir al colegio a Wooten Hall (escrito con una «T» y una «E», no como el de la historia de Tolkien, aunque supongo que Tolkien debió de enterarse de su existencia de algún modo). ¡Los escritores de fantasía son nuestra perdición! Wooten Hall está en Gloucestershire; a los siete años nos ingresan como internos. Por eso tenemos todos acentos diferentes; cuando entramos, a los siete años, ya tenemos el acento bastante fijado, y por supuesto, en vacaciones volvemos a casa y lo reforzamos. Aunque a algunas personas, y no quiero mencionar a nadie…, Audrey…, les gusta exagerar un poco su acento natural.

—Un acento *cockney* siempre va bien para que los norteamericanos te den más propinas —se defendió Audrey—. No te imaginas cómo aflojan la mosca…

Se puso a reír, y los otros tres elevaron una protesta unánime.

—No sé de dónde sacas tiempo para llevar a pasajeros normales —dijo Vivien—. Ni cómo te atreves a hacerlo. ¿Qué harás si Merrihew se entera?

—Le ofreceré la mitad —respondió Audrey, sin pensárselo—. En el fondo, Merrihew es un poco pirata. Mientras no afecte a ninguna operación, no se quejará. Y eso no pasará nunca.

Susan aún estaba asimilando la información sobre los padres de los libreros, pero también lo que le había dicho la abuela. Había observado que Vivien no quería hablar de eso, ni de su madre, lo que suponía que no quería hablar de sus orígenes. Al menos no había querido hacerlo en la Librería Vieja, ni tampoco en el taxi. Y eso le hacía pensar que no quería que se enteraran los demás libreros.

—Bueno, y hablando de padres… —dijo, con bastante malicia.

Y, tal como se esperaba, Vivien la interrumpió de inmediato.

—Mejor no almorzar en la Northumberland —dijo—. Allí la comida es bastante mala. Conozco un *pub* muy tranquilo cerca…

—Pensaba que estabas en la ruina —replicó Merlín.

—Lo estoy —dijo Vivien, con aire ofendido—. Puedes pagar tú.

—Podemos hacer que nos envíen unas hamburguesas a la habitación —propuso Merlín—. No tendré que pagar la cuenta hasta final de mes.

—Pagaré yo, siempre que nadie se pase —dijo Susan—. Ayer cobré.

—Oh, muy bien —dijo Merlín.

—¡No, ni hablar! —replicó Vivien casi al mismo tiempo—. Merlín tiene dinero, pero no quiere gastárselo.

—En cualquier caso, quería preguntaros por vuestro padre —dijo Susan, mientras Merlín mascullaba algo sobre hermanas, pero sin negar que, efectivamente, quizá tuviera algo de dinero—. ¿Quién es?

—Un arqueólogo. Conoció a mamá en una excavación donde… las cosas se complicaron… Ella le salvó la vida, se enamoraron. Pero estar casado con uno de nosotros no es fácil. Se fueron distanciando, y por supuesto en cuanto nosotros fuimos al colegio…

—Lo vemos de vez en cuando —dijo Merlín, con una voz que denotaba una total ausencia de devoción filial—. Se llama Richard Upbright; es un arqueólogo bastante conocido, profesor de Prehistoria Europea en Cambridge.

—Merlín Upbright —dijo Susan, para ver cómo sonaba.

Merlín se estremeció.

—No, por favor.

—Pues no es peor que Arkshaw —dijo Susan—. Casi diría que es mejor. Me pregunto cuál será el apellido de mi padre.

—Lo descubriremos —dijo Merlín, convencido.

—¿Qué quería decir la abuela con…?

—¡Oh, mira, una carreta de publicidad! Me encantan los percherones.

Una carreta bastante grande, decorada con carteles de cerveza Greene King, pasó lentamente a su lado, ocupando un carril y medio y bloqueando el tráfico tras ella. Los dos cocheros subidos al pescante, vestidos con bata de trabajo, se mostraban tan indiferentes a las

protestas de los conductores que tenían detrás como los cuatro Clydesdales que tiraban de la carreta.

—A mí no —dijo Audrey—. No deberían permitir la circulación de coches de caballos por la ciudad: entorpecen el tráfico. Las calles ya son lo suficientemente lentas, y ni siquiera transportan cerveza. No tendría que estar permitido…

Mientras Audrey seguía con su diatriba sobre los problemas del tráfico de Londres, Susan se acercó a Vivien y le susurró al oído:

—¿Por qué no quieres hablar de lo que me ha dicho tu abuela delante de otros libreros?

—¡Qué espléndidos caballos! A mí no me importa ir despacio, si voy tras ellos —exclamó Vivien en voz alta, y luego, muy rápidamente, girándose hacia el hombro de Susan, de modo que Audrey no pudiera verle la boca por el retrovisor, susurró con vehemencia—: Más tarde, ¿vale?

—Pues yo digo que el cambio de la guardia es una cosa, si vas por el Mall puedes esperártelo, pero es algo periódico, programado, no caballos que aparecen así de pronto, por cualquier sitio…

Susan asintió y se recostó en el asiento. Audrey seguía hablando de las intrusiones de los caballos y de otros animales domésticos y/o salvajes en las calles de Londres, pasando después al tema de los peatones que no sabían por dónde iban, para acabar, de algún modo, con un monólogo sobre uno de sus libros favoritos: *El misterio del carruaje*, de Fergus Hume. Según parecía era una novela del siglo XIX que trataba sobre el apuesto conductor de un carruaje en Melbourne, Australia, de modo que Susan no tuvo muy claro si Audrey lo veía como una especie de referencia para ella, que conducía por Londres. En cualquier caso, la disertación de Audrey, moteada de comentarios ocasionales sobre el tráfico, les proporcionó conversación suficiente hasta llegar al lado sur de Trafalgar Square, donde tomaron Northumberland Street hasta parar frente a un hotel victoriano enorme pero bastante deslucido.

En el momento que salían, un atribulado grupo de padre, madre y tres niños de entre tres y seis años, con abundante equipaje apilado en la acera, empezó a meterse en el taxi, y la madre anunció, con un

marcado acento del Medio Oeste norteamericano:

—Tenemos que llegar a Heathrow muy rápido, conductora.

—¡No hay problema, señora! ¡Salimos pitando! —respondió Audrey, mostrándose de lo más servicial y saliendo para ayudarlos con el equipaje.

—Acompañadme mientras me cambio —dijo Merlín.

—No tardes —dijo Vivien—. Me muero de hambre.

Susan siguió a Merlín al hotel, que estaba muy concurrido. El vestíbulo, que al igual que la fachada era elegante, pero que había visto mejores días, estaba lleno de gente haciendo cola para registrarse para algún tipo de conferencia. Un setenta por ciento aproximadamente eran hombres —puesto que otros países aún no tenían avanzadas las reformas igualitarias que había promovido el Reino Unido a partir de la posguerra—, y daba la impresión de que todos se conocían, a pesar de la variedad de acentos y de que por su aspecto quedaba claro que eran de diferentes partes del mundo.

—Dentistas —dijo Merlín, con desdén—. Quinientos de ellos, creo. Hoy no cabrá un alfiler en el bar.

Susan observó que había un par de adolescentes merodeando junto a una de las enormes falsas columnas del centro del vestíbulo. Su estilo se podría definir como neorromántico, a medio camino entre Boy George y Adam Ant, con encajes, volutas y maquillaje en los ojos, pero también llevaban un guante blanco.

—¿Hay más de los tuyos? —preguntó Susan a Merlín, mientras se abrían paso por entre la horda de odontólogos, que no tenían para nada el aspecto serio que uno les presupone a unos dentistas que asisten a un importante evento profesional. Muchos de ellos llevaban incluso camisas hawaianas.

—No —respondió Merlín, divertido—. Yo diría que esos no tienen muy claro de quién son fans, no saben si quieren ser Michael Jackson o uno de los Duran Duran. Los nuestros trabajan aquí. ¿Ves a esa botones? Es la prima Heather.

—Pero lleva guantes en ambas manos.

—¡Es botones! Tiene que protegerse las manos. Manipular equipaje desgasta mucho la piel.

—*Billie Jean* nos ha ayudado mucho a pasar desapercibidos —dijo Vivien, volviendo al tema del modelito de los adolescentes—. Ahora todo el mundo cree que somos fans de Michael Jackson, sin más. Desde que salió la canción ya casi nadie me pregunta por qué llevo un solo guante.

—Entonces…, ¿por qué no lleváis guantes en ambas manos, y así os ahorraríais preguntas?

—La gente siempre nos preguntaría por qué llevamos guantes —replicó Vivien, como si eso respondiera a la pregunta.

—Venga, subiremos por las escaleras —dijo Merlín.

La cola de los dos ascensores, extrañamente pequeños, era muy larga, y el atasco se hacía aún mayor porque los dentistas se paraban para saludarse entre sí, con abundantes abrazos y apretones de manos, mientras las puertas intentaban cerrarse infructuosamente una y otra vez.

—¿En qué piso estás? —preguntó Susan, que ya estaba cansada de subir y bajar escaleras, aunque al menos en aquel hotel suponía que no la llevarían a lugares tan raros como en la Librería Nueva. De hecho, pensó, estaba cansada en general, con eso de que no había dormido desde la aparición del kexa, y todo lo demás…

—En el sexto —respondió Merlín—. ¡Venga, una carrera!

Salió corriendo escaleras arriba, cual Pegaso alado, provocando que se giraran unas cuantas cabezas, tanto de hombres como de mujeres. Ni Susan ni Vivien corrieron tras él; siguieron caminando a la misma velocidad, o quizás aún más despacio.

—¿Siempre es así? —preguntó Susan.

—Solo tiene dos posiciones: apagado o encendido —dijo Vivien—. Pero cuanto antes llegue arriba, menos tendremos que esperar a que se cambie.

Había algo en cómo lo dijo que hizo que Susan levantara una ceja.

—Ya verás —dijo Vivien—. Merlín y la ropa…

Vivien tenía razón. Cuando empujaron la puerta de la habitación 617, la primera impresión que tuvo Susan fue la de entrar en el vestuario de una gran pasarela de moda, hasta que vio la estrecha cama oculta entre los colgadores de ropa. Colgadores con ruedas,

evidentemente robados de diversas tiendas de moda o de almacenes de ropa. Había prendas de hombre y de mujer de todo tipo, desde vestidos de día y de noche hasta un colgador solo con ropa vaquera, en todas las variaciones posibles de pantalones y chaquetas, desde los clásicos Levi's a con parches, agujeros y elementos decorativos que probablemente se habrían exhibido en alguna pasarela.

Para quitar aún más espacio a la pequeña habitación, había montones de libros bajo los colgadores. Por lo que Susan veía, casi todos eran ediciones en rústica de Penguin, con el lomo naranja, ordenados alfabéticamente por autor, en montones de seis o siete ejemplares. Parecían bastante nuevos, pero era evidente que habían sido leídos, y conservaban algún punto de libro. Uno de ellos —*La guerra del rey 1641-1647*, de C. V. Wedgwood— estaba sobre la cama, abierto, con una pinza de la ropa marcando la página, a mitad del libro.

No se veía a Merlín por ningún lado, al menos hasta que una puerta antes oculta por un colgador se abrió, dejando a la vista un pequeño baño con una ducha en la que apenas cabría una persona. No había bañera. Merlín apareció en la puerta, vestido con pantalones de cuero negro, una camisa blanca con volantes y una cazadora de cuero granate. También lucía un gran bigote que parecía más bien como una enorme babosa rubia y peluda pegada bajo la nariz.

—¡Estoy listo! —anunció—. Susan, coge lo que quieras, si quieres cambiarte.

—Me gusta este mono —dijo ella.

Vivien hizo una mueca.

—Merlín, ese bigote…, de verdad…

Merlín se acarició el mostacho.

—Chulo, ¿verdad? Un amigo que trabajaba en la agencia D'Oyly Carte me lo regaló con un montón de otras cosas el año pasado, cuando cerraron. Este bigote lo llevaba el General Mayor de *Los piratas de Penzance*.

Susan asintió, aliviada al saber que no le había crecido en unos minutos. Le había hablado de que podía «cambiar físicamente», y por un momento se había convencido de que era eso lo que había

ocurrido.

Merlín se aclaró la garganta y se puso a cantar unos versos de la ópera, con potente voz de barítono:

> Soy un modelo de General Mayor moderno,
> tengo información sobre todo vegetal, animal y mineral…

Vivien se le echó encima y lo agarró del cuello con ambas manos. Los hermanos forcejearon, haciendo que los colgadores entrechocaran, hasta que Merlín se rindió:

—¡Basta, basta! Vale, no cantaré —dijo, con un grito ahogado.

—Bien —replicó Vivien—. Vamos a comer. Estoy hambrienta.

Pero Susan no se movió. Cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó en ella.

—¿Por qué tengo que seguir haciendo esto? No voy a ninguna parte, y desde luego no voy a invitar a almorzar a nadie hasta que me digas por qué no quieres que los otros libreros sepan lo que ha dicho vuestra abuela de mis antepasados —dijo, decidida—. Está claro que estoy de mierda hasta el cuello, y quiero saber en qué dirección tengo que nadar para salir de ella.

—Yo creo que la metáfora funcionaría mejor con «un mar de mierda», no con «mierda hasta el cuello». Por lo de nadar… —dijo Vivien.

—¡Respóndeme a la pregunta!

Merlín parpadeó y levantó las cejas. Vivien frunció el ceño.

—Necesita saberlo —le dijo Merlín a su hermana.

—¡Ya lo sé! Mira, Susan, según la abuela, tú no eres una mortal como cualquier otro.

—Sigue.

—Creo que Merlín ya te ha explicado que el mundo mítico tiene capas y divisiones muy localizadas. Las entidades y los entornos suelen estar limitados a una zona geográfica particular, y en muchos casos también a momentos del día o de la noche, a fases de la luna, ese tipo de cosas. Incluso al tiempo, ya que hay cosas que solo pasan después de llover… o cuando nieva. Y están condicionadas por la tradición y la costumbre, que hacen que se comporten de un modo

determinado. Y, por supuesto, hoy en día la mayoría está en letargo.

»Pero por encima de estas entidades locales, que son decenas de miles, hay unos novecientos seres superiores, que pueden mandar a estas entidades menores fuera de sus límites de acción, que pueden ser geográficos, temporales, o que pueden estar definidos de algún otro modo. Esos también suelen estar inactivos, pero la posibilidad existe. Y quizá lo más importante es que, si de algún modo se les despierta, tienen el poder de someter a nuevos vasallos y ponerlos a su servicio, asegurándose de forma mágica una lealtad prácticamente absoluta. Los llamamos los «antiguos», o los «soberanos de antaño», o a veces los «grandes reyes y reinas de Faerie».

—¿Como Oberon y Titania? —preguntó Susan.

—Shakespeare sabía demasiado —murmuró Merlín.

—Bueno, más o menos; hay dos soberanos de antaño que han usado esos nombres, aunque no son como se les representa en *Sueño de una noche de verano*. Tienen un poder inmenso, que alcanza gran parte de lo que hoy llamamos Inglaterra, aunque solo durante un día, el solsticio de verano. Y esos dos no han ascendido al mundo presente al menos desde hace seiscientos o setecientos años.

—Pero ¿qué tienen que ver los soberanos de antaño conmigo?

—Tu padre debe de ser uno de ellos —respondió Vivien, sin más.

Susan se quedó boquiabierta, y sin conseguir cerrar la boca de nuevo.

—Muchas entidades míticas pueden adoptar una forma mortal y deambular por el mundo, aunque en una forma reducida, más vulnerable —se apresuró a añadir Merlín, viendo que Susan no conseguía articular palabra—. Cuando adoptan esa forma mortal, pueden tener hijos con personas normales. Según la abuela (que raramente se equivoca), tú eres fruto de uno de esos casos.

Susan soltó el aire lentamente, al darse cuenta de pronto de que estaba aguantando la respiración; cerró los ojos y la boca para contar hasta tres antes de seguir adelante.

—Y eso es un problema porque…

—No sucede a menudo, y normalmente el padre o madre no es una entidad significativa, así que no nos preocupamos mucho —dijo

Vivien—. Pero si son importantes… Mira, los antiguos más poderosos pueden controlar prácticamente a cualquiera, o cualquier cosa, del Mundo Antiguo y del Nuevo. Incluso a nosotros. Los Saint Jacques, los libreros, zurdos y diestros.

—Así que una hija de un soberano de antaño es una noticia muy mala —dijo Merlín.

—Y, en el pasado, nuestra política para los casos en que se descubría uno de estos hijos era…, hum…, ejecutarlos —dijo Vivien.

Merlín se agachó y recogió su bolsa de pelo de yak, cubriéndola con la mano izquierda. Susan pensó en el revólver que había dentro, así como en las otras armas que sin duda llevaría encima.

10

Como humilde librero, entre libros vivía
ensalzando su prosa, alabando su poesía,
pero era todo impostura, todo falsedad,
pues libros y autores criticaba sin piedad.

—Por lo menos, eso es lo que nos enseñaron en el colegio —prosiguió Merlín, hurgando en su bolsa de pelo de yak hasta encontrar un peine de carey con el que se puso a alisar el enorme bigote.

—Hace mucho tiempo que no aparecen descendientes de entes míticos y mortales —añadió Vivien—. Por lo menos de los que tengamos constancia. El último fue en 1818, si mal no recuerdo. Tendría que buscarlo.

—Bueno —dijo Susan—, entonces… ¿vais a matarme?

—Dios mío, no —dijo Vivien—. Era otra época, todo era más simple, y teníamos más libertad. Imagínate ahora qué jaleo. Además, si tuvieras el poder de un antiguo, lo notaría. Y no lo tienes.

—Yo no mato a mis amigos —dijo Merlín—. Al menos no voluntariamente.

—Pero Thurston y Merrihew no solo son muy viejos, sino que también están muy chapados a la antigua y (lo que quizá sea más importante) son tremendamente vagos. Es probable que quisieran que te encerráramos, porque sería lo más fácil, e incluso quizás optaran por la solución tradicional al problema —dijo Vivien—. Así que es mejor que no conozcan tu linaje mientras podamos evitarlo, lo que, según mis cálculos, será unos dos días, dado que Merrihew se ha ido a Wooten, supuestamente para hacerse cargo del colegio, pero en la práctica para pescar; por otro lado, la Librería Vieja ha comprado la biblioteca de sir Anthony Blunt, de modo que Thurston estará ocupado catalogando y regodeándose por lo menos un par de días, si no más.

Ambos están mucho más interesados en sus aficiones mundanas que en nuestras responsabilidades, mucho más esotéricas.

—Motivo por el que deberían retirarse y dejar que otros se pusieran al frente —dijo Merlín—, pero esa es otra historia. El caso es que tenemos unas cuarenta y ocho horas para descubrir quién es tu padre exactamente.

—¿Y eso de qué servirá? —preguntó Susan, que no se sentía realmente implicada en aquello, como si no le afectara a ella.

Habían pasado demasiadas cosas y demasiado rápido; de pronto, se encontraba amenazada de muerte por personas que se suponía que debían ser una fuerza del bien. Era como si la inspectora Greene le hubiera anunciado tranquilamente que la policía tenía orden de abatirla apenas la vieran.

Y luego estaba la noticia sobre su padre.

Un ser mítico, ni siquiera un humano…

—Bueno, algunos de los soberanos de antaño son mucho más malignos que otros —dijo Vivien—. Muchos son pasivos, y hay algunos que incluso son benignos. Los hacedores de juramentos, por ejemplo, llamados así porque ratifican juramentos hechos por otros, más que someter a personas o entidades menores.

—Los hacedores de juramentos suelen vivir en las piedras, o cosas parecidas —explicó Merlín—. Que pueden llegar a confundirse con su propio ser, de modo que si se hiciera un juramento sobre la piedra de Fingael, por ejemplo, sería un juramento inquebrantable, porque Fingael… reside, supongo que podría decirse así…, en la piedra.

—¿Estás diciendo que mi padre podría ser una piedra?

—Bueno, las entidades míticas suelen tener su *locus* físico primario: una piedra, una colina, un viejo árbol, un tramo de un río, un manantial o un pozo…, ese tipo de cosas… Obviamente tu padre no puede ser solo una piedra o un estanque o algo así, dado que tendría que adoptar su forma mortal para…

Vivien le lanzó una mirada de reprobación y Merlín se calló.

—Aún no estoy segura de entender de qué puede serviros descubrir quién es mi padre —dijo Susan—. Quiero decir… Si es uno de los malos, eso empeorará aún más las cosas, ¿no?

—No necesariamente —dijo Vivien—. El conocimiento es poder, como dicen. Y por norma general nosotros preferimos llegar a acuerdos con entidades míticas, en lugar de adoptar medidas más duras.

—Además —añadió Merlín—, no se trata solo de tu padre. Estoy seguro de que él… y tú… estáis conectados de algún modo con la gente que mató a nuestra madre.

—Merlín… —dijo Vivien.

Susan se le adelantó.

—Puede que tengas razón. He estado pensando en esos viajes a Londres. El de 1977, cuando tenía doce años, fue diferente. Mamá estaba emocionada porque tenía que ver a alguien… Estoy bastante segura de que no era un hombre, porque se habría comportado de otro modo. Y luego se quedó triste cuando al final no hubo encuentro. Y… se me había olvidado, hasta que hablaste de la florista… Esa tarde encontramos un ramo de flores impresionante en la habitación del hotel, y el recepcionista se mostró impresionado, porque venía de una floristería famosa de Kensington, una que estaba muy de moda en aquella época. Yo nunca supe quién las había enviado, pero supongo… Supongo que podrían ser de vuestra madre.

—¿Cómo? —exclamó Merlín—. Si en el informe policial no había nada…

—Estaba saliendo de la floristería —dijo Vivien, con la mirada fija en la pared, evitando la de Susan—. Pero no llevaba flores. Debió de encargar que se las enviaran a alguien.

—Esos polis incompetentes —exclamó Merlín, furioso—. Nunca lo investigaron como asesinato, en ningún momento se lo plantearon.

—Hace seis años —dijo Vivien—. Dudo que conserven registros en la floristería. Pero hablaré con ellos. Tu madre no se acordará, ¿no?

—Es poco probable… —respondió Susan—, aunque es imposible saber qué recordará o no. La llamaré esta noche o mañana, y se lo pregunto.

—La pregunta es: ¿por qué iba a quedar tu madre con la nuestra? —preguntó Merlín.

—¿Era zurda o diestra? —preguntó Susan.

—Ambas cosas —dijo Vivien—. Sí, es posible. No es habitual. Mamá era una de los ambidiestros, pero en esa época trabajaba sobre todo como diestra, no entrando en acción.

—¿Sabéis en qué trabajaba, o qué intereses tenía?

—Estábamos en el colegio —respondió Vivien—. Ni idea.

—Cuando empecé a investigar a fondo, el año pasado, pregunté por ahí —dijo Merlín—. Pero nadie quería hablar de ello. Los mayores pensaban que estaba perdiendo el tiempo, y todo el mundo adoptó la misma postura que ellos. Sin embargo, la prima Onyeka sí dijo que a mamá le gustaba trabajar sola; disfrutaba «resolviendo misterios».

—A todos nos gusta «resolver misterios» —replicó Vivien—. Eso es prácticamente lo que define a los diestros.

—Pero no en solitario —dijo Merlín—. A todos vosotros os encanta demostrar vuestras aptitudes intelectuales, destrozar las teorías de vuestros colegas. Por no mencionar que muchas veces colaboráis. ¿Hay algún diestro en alguna de las librerías o en alguno de los puestos avanzados que esté haciendo algo que ninguno sepáis, en lo que no haya nadie más implicado o con quien nadie quiera interferir?

—Sí, tienes razón —dijo Vivien—. Nadie trabaja completamente a solas. La verdad es que no había pensado en ello. Aunque mamá nunca hablaba demasiado. Era una persona muy reservada.

—Así que pongamos que encontró pruebas de que un soberano de antaño había tenido una hija el Día 1 de Mayo al amanecer, cerca de Glastonbury —dijo Susan—. Querría seguirle el rastro, ¿no?

—Por supuesto. Pero ¿qué pruebas? ¿Qué podría haberle llevado a saber de tu existencia, Susan, y a la identidad de tu madre?

Susan no tenía respuesta para eso.

—Si podemos determinar quién es el padre de Susan, eso podría ayudarnos —respondió Merlín—. Y también podríamos saber quién hay en el mundo del crimen —o en el Mundo Antiguo, pero que tenga relación con delincuentes— que pueda querer a Susan fuera de combate.

—¿Fuera de combate? —preguntó Susan.

—No quería decir «muerta» —dijo Merlín, con una gran sonrisa en el rostro—. Además, no creo que quienquiera que sea te quiera ver

muerta; de lo contrario, ya te habrían pegado un tiro desde lejos o algo así. Esos dos matones, la furgoneta, eso fue un intento de secuestro. Y los goblins…, quizás era para tenerte apartada, o en una prisión temporal, antes de entregarte.

—¿Y qué hay del Raud Alfar que decías que había disparado contra mí? Ese quería matarme.

—Eso es otra cosa, pero tiene sentido. Los Raud Alfar van por su cuenta. Quizá tengan miedo de lo que pueda hacer la hija de un soberano de antaño: podrías exigirles lealtad y ponerlos a tu servicio. Así que les parecería que debían aprovechar la ocasión de matarte antes de que desarrollaras todo tu poder. Y ese es otro tema interesante, la naturaleza y el alcance que pueda llegar a tener tu poder, cualquiera que sea.

—Así que los Raud Alfar de Highgate Wood deben de saber quién eres, y por tanto quién es tu padre —dijo Vivien, pensativa—. Me pregunto cómo lo saben…

—Podrías ir a preguntárselo —sugirió Merlín.

—Aprecio demasiado mi vida, hermano. Ya sabes que el solsticio de verano es el único día en que no nos alcanzarían las flechas, y eso queda demasiado lejos.

—Pues estamos donde estábamos —concluyó Susan—. Necesitamos descubrir quién es mi padre. Lo único que ha cambiado es que ahora quizá tengáis que matarme cuando lo sepamos.

A medida que hablaba, se dio cuenta de que aquello no era todo. No solo tenía que descubrir quién era su padre; necesitaba encontrarlo. Tanto si los libreros querían llegar a él como si no.

—Yo diría que eso es todo —dijo Merlín, sin más—. Vamos a almorzar y pensemos cómo identificar a tu padre y qué hacer para que no tengamos que matarte. Ah, y he encontrado esto, para que ni siquiera tengas que pagar.

Echó mano al bolsillo de su chaleco y, con una floritura, sacó un arrugado billete de veinte libras que agitó delante de Susan y Vivien.

—Usted primero —dijo Vivien, que se acercó a Susan para que le oyera su hermano—. Te lo he dicho —le susurró—. Siempre tiene dinero escondido por los rincones. Nunca le pagues nada. Se

acostumbrará.

—Te he oído, hermanita —dijo Merlín, con un tono engolado. Abrió la puerta y salió al pasillo, pero al instante volvió a entrar de un salto y cerró de un portazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Vivien.

—No lo sé —dijo Merlín, muy serio y con la mano izquierda dentro de su bolsa—. Algo no va bien.

Vivien se acercó a la puerta y arrugó la nariz. Susan también olisqueó el aire. Detectó un leve olor de algo que no conseguía identificar.

—Huele a laurel —dijo Vivien, alarmada.

—A lo mejor a alguien le gusta el jabón de Alepo —sugirió Merlín, no muy convencido.

—Con un toque de amaranto —añadió Vivien—. No es de alguien con obsesión por la limpieza. Cubre un leve pero evidente rastro de carne putrefacta.

—Sin embargo, ya no quedan. ¡No ha habido ninguno desde hace más de trescientos años! —exclamó Merlín—. Y si los hubiera, ¿cómo iban a atravesar las guardas?

—No lo sé —dijo Vivien—. ¡Pero el olor… es de libro!

—Debería ir a echar un vistazo —dijo Merlín, pero no abrió la puerta de nuevo.

Sacó la mano de su bolsa y buscó entre las dos gabardinas Burberry del colgador más cercano, de donde sacó una espada, un antiguo sable de caballería con la guarda curvada, de bronce dorado, la empuñadura de piel de tiburón y el pomo de bronce, en forma de cabeza de león.

—Deberías llamar a los de abajo, Viv.

Vivien asintió y miró a su alrededor.

—Detrás del impermeable de PVC —dijo Merlín.

Vivien apartó un colgador y levantó un impermeable de un rosa intenso, dejando a la vista un teléfono, en una mesilla algo apartada de la cama. Levantó el auricular y marcó «0». Por algún motivo, a Susan el familiar clic-clic-clic del dial al regresar a su posición le provocó una sensación extraña e inquietante.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Nunca había visto a Merlín tan preocupado, ni siquiera en la niebla, cuando los perseguía la Bestia Negra. Y era evidente que Vivien estaba intranquila.

—Por el olor, es un revivido —dijo Merlín—. Huelen a flores de cementerio y a muerte…, y he tenido una sensación peculiar de que algo no iba bien, que no había sentido nunca.

—Hum… ¿Qué es un revivido? —preguntó Susan.

—Alguien muerto que han hecho revivir metiéndolo en un caldero mágico —dijo Merlín como si nada, evidentemente manteniendo a raya sus emociones—, lo cual, por cierto, hace que resulte muy difícil matarlo otra vez. Hay que cortarlos en trocitos muy pequeños, y quemarlos. Así que las pistolas no valen de mucho. Ah, y están completamente sometidos a la voluntad del señor o la señora del caldero, con lo que se convierten en una especie de marionetas, una extensión de la mente del dueño del caldero.

—¿Un…, un caldero mágico?

—Sí —dijo Merlín—. Ya sabes, una olla enorme. Lo suficientemente grande como para que quepa una persona de pie. Ya viste uno, en la pintura de la puerta de la Librería Nueva.

—¿Y pueden resucitar a los muertos? ¿Los convierten en zombis, o algo así?

—En algo considerablemente peor que los clásicos zombis de las películas —respondió Merlín—. Porque, tal como te he dicho, están controlados por el señor del caldero. Así que son listos. Y si el cadáver está lo suficientemente fresco cuando se hacen con él, ni siquiera parece que estén muertos.

Susan se quedó pensando en eso unos segundos.

—¿Tienes otra espada?

Detrás de Susan, Vivien hablaba agitadamente con la recepción.

—Hay una bajo la cama —dijo Merlín—. ¿Sabes usarla?

—Hice cuatro años de esgrima en el colegio. Sable y florete. Así que al menos… daré algo de guerra.

—Vale. ¿Sable? Pues quédate con este —dijo él, y le tendió su sable por la empuñadura.

Luego buscó bajo la cama y sacó una espada de hoja recta, mucho

más antigua. La guarda, estrecha y plana, de forma ovalada, era de bronce sólido; la empuñadura tenía tiras de marfil incrustadas y en el puño había esmeraldas sin tallar.

—¿Sabe alguien que tienes eso? —preguntó Vivien, colgando el teléfono.

—Avisé de que me la llevaba —se defendió Merlín, con un tono que a Susan le pareció claramente evasivo, aunque Vivien no se dio cuenta.

—Vale, parece que el primo Armand no cree que haya nada de qué preocuparse, teniendo en cuenta solo el olor —dijo Vivien—. Pero va a seguir el protocolo. Aquí solo hay tres zurdos, pero cubrirán las escaleras de incendios; Armand, el vestíbulo; y ya está en camino un equipo de respuesta rápida de la Librería Vieja, encabezado por… la tía Una.

Merlín hizo una mueca.

—¿Qué pasa con la tía Una? —preguntó Susan.

—Problemas generacionales —dijo Vivien—. En su opinión, ningún zurdo de menos de sesenta años vale para nada, ni tiene idea de nada. Y Merlín, que es uno de los zurdos más jóvenes, siempre recibe. Supongo que también piensa que Merrihew debería dejar ya el cargo, y que podría ocuparlo ella.

—Más vale que echemos un vistazo al pasillo —propuso Merlín, lo que sonó como si estuviera intentando convencerse a sí mismo. Susan contuvo un escalofrío. Si también Merlín tenía miedo…

—Por otra parte, si es un revivido, debe de estar fuera de control, o no habría llegado hasta aquí —dijo Vivien.

—¿Quieres decir que pueden descontrolarse? —preguntó Susan.

—Yo solo sé lo que aprendí en el colegio; no he investigado más sobre el asunto. Pero, por lo que sé, cuantos más revividos controlas, más difícil resulta hacerlo, porque te llega todo lo que sienten y perciben a la vez, junto con tus propias sensaciones y percepciones. Históricamente, así era como nos enfrentábamos a ellos, cuando un señor del caldero intentaba imponer su voluntad a demasiados revividos y perdía el control.

—Y, entonces, ¿qué pasa? —preguntó Susan—. ¿Se quedan

paralizados, o caen muertos otra vez, o algo así?

Plantó bien los pies en el suelo y flexionó las rodillas. Luego tanteó el sable de caballería, dando unos mandobles y un golpe ralentizado que paró en seco. Era considerablemente más pesado que los sables de esgrima, y tenía un equilibrio diferente. En la hoja aparecía una inscripción grabada con muchas florituras que decía que había sido usado en Waterloo por un tal Cornet *nosequé nosequé*, del cuerpo *nosequé*, o de algún regimiento de húsares. Los nombres estaban tan desgastados y la caligrafía era tan barroca que resultaban indescifrables.

—Esperamos que pierdan el contacto con la mente de quien los controla —dijo Vivien—, para que se conviertan…

—En unas bestias descerebradas y salvajes —apostilló Merlín—, que odian, odian, lo odian todo y a todo el mundo, de modo que se lanzan contra lo que tienen más cerca. Incluidas otras bestias como ellos, con lo que nos hacen un favor. ¿Lista?

Vivien asintió.

—¿Tú no quieres una espada? —preguntó Susan, suponiendo que tres espadas serían mejor que dos si tenían que enfrentarse a unos monstruos no muertos que habría que cortar en trocitos—. Seguro que Merlín tiene media docena más guardadas por ahí.

—Los diestros no luchamos con armas físicas —respondió Vivien—. Para eso tenemos a los zurdos.

—Quédate un poco detrás de mí —le indicó Merlín a Susan—. Si encontramos a un revivido, golpéale por el costado izquierdo, y yo le daré por la derecha. Ve a por las rodillas, para que caiga lo antes posible. Y cuidado no me des a mí.

—Vale.

—Viv, tú les sacas los ojos, o haz lo que puedas —dijo Merlín.

—Lo intentaré —respondió Vivien—. Depende de quién esté dentro de su cabeza, ¿no?

—Eso es lo que me preocupa —dijo Merlín en voz baja. Levantó la antigua espada con la mano izquierda y bajó la manija con la derecha, para abrir la puerta.

El pasillo del hotel no parecía diferente a cuando habían subido;

tenía esa imagen triste y decadente, con su remendado papel de pared de lirios azulados y coronas rosadas sobre un fondo beis, y una vieja alfombra que en otro tiempo había sido de color azul Francia, pero que ahora estaba tan desgastada que en el centro prácticamente había perdido todo su grosor, dejando a la vista la urdimbre. La iluminación creaba esa penumbra perpetua tan típica de ciertos hoteles que no suelen sustituir la mitad de las bombillas fundidas.

—Se ha ido —anunció Merlín.

—¿Adónde? ¿A una habitación? —preguntó Vivien, olisqueando el aire—. El olor prácticamente ha desaparecido.

—Quizás haya vuelto a los ascensores —dijo Merlín—. Si iba bien vestido, pasaría desapercibido, al menos a los ojos de…

De pronto se abrió una puerta, tres habitaciones por detrás de ellos, y el trío se giró de golpe, pero no era más que una pareja de ancianos que salieron cargados con sus impermeables y sus paraguas.

Susan se quedó mirando la espada que llevaba en la mano y se la pegó al cuerpo. Miró a Merlín, que no se molestó en disimular: se cargó la suya a la espalda, apoyando la hoja en el hombro, con lo que resultaba de lo más visible.

—¿No verán las espadas? —le susurró Susan.

—Para eso está Vivien —dijo Merlín—. Les nublará la mente.

—Pegaos a la pared y no digáis nada —les ordenó Vivien.

Merlín y Susan obedecieron, poniéndose de espaldas a la pared. La pareja de ancianos se acercaba, bamboleándose un poco al caminar y discutiendo algo en voz baja sobre el hervidor de agua de la habitación, que no era lo bastante grande como para llenar una tetera «como Dios manda». Se habían traído su tetera de casa y, la última vez que se habían alojado allí, con ocasión de la coronación de la reina, treinta años antes, los hervidores de agua eran más grandes, la habitación estaba más limpia y tenía más luz, y todo había sido mejor.

—Callad —susurró Vivien.

Respiró hondo y contuvo la respiración mientras la pareja se acercaba. Pasaron de largo sin mirar siquiera a Merlín ni a Susan, ni sus espadas. Llegaron al ascensor y, lentamente, el hombre apretó el botón de llamada tres veces. Ninguno de los dos se giró hacia el

pasillo.

Vivien suspiró y ladeó la cabeza, como para limpiar la mente.

—Voy a llamar a Armand. Hay que avisarle de que el revivido puede haber bajado con el ascensor.

—En cualquier caso deberíamos volver a la habitación y esperar a que llegue el equipo de la tía Una —dijo Merlín, que se llevó la mano al labio superior—. Y ahora que lo pienso «quizás» este bigote sea un poco demasiado…, demasiado rotundo. Tengo que quitármelo.

Se retiraron a la habitación de Merlín, que se metió enseguida en el baño, aunque dejó la puerta entreabierta.

Susan no soltaba su sable. Se sentía mejor con aquella pesada arma en la mano. Vivien descolgó el teléfono y marcó el número de la recepción.

—¿Armand? Merlín cree que puede haberse metido en el ascensor. ¿No hay señales de nada? ¿Las guardias pueden haberse visto comprometidas? ¿Una puerta lateral, o algo así?

Se quedó escuchando la respuesta y luego colgó. Merlín salió del baño, pero sin bigote.

—Armand no ha visto nada —anunció Vivien, frunciendo el ceño—. Y por las escaleras no ha bajado nadie. Quizá fuera alguien que se ha dado un baño de un perfume raro.

—No lo creo —dijo Merlín, con gesto adusto—. Siento una presencia. Algo indefiniblemente malo.

—¿Y cómo ha podido superar las guardias?

—¿Los revividos tienen que ser invocados, como los vampiros? —preguntó Susan.

—Los vampiros no existen —dijeron Merlín y Vivien al unísono.

—Los sorbedores no cuentan —añadió Merlín.

—Este hotel…, todos nuestros edificios…. están protegidos contra las criaturas malignas, y eso sin duda incluye a los revividos. Trazamos los límites y renovamos las guardias dos veces al año, el Día 1 de Mayo y la víspera del Día de los Muertos. Supongo que habrían podido desactivar alguna, o incluso romperla, con sangre fresca y mercurio, pero sin duda alguien se habría dado cuenta…

El teléfono sonó. Vivien descolgó antes de que lo hiciera por

segunda vez.

—Sí, soy Vivien. Merlín fue el primero que lo detectó; luego yo percibí el olor. Sin duda a laurel y amaranto, sobre un fondo de podredumbre. Creemos que se fue al ascensor. Le he pedido a Armand que compruebe las guardias…, si…, si… la que se llevaron los goblins de la Feria de Mayo…, sí…, es ella…, no, no nos movemos.

Vivien colgó.

—La tía Una quiere que nos quedemos aquí. Van a peinar cada planta. Ha informado a Thurston, pero Merrihew aún sigue en el tren.

—¿Tú crees que Una nos cree? —pregunto Merlín.

Vivien se quedó pensando un momento y meneó la cabeza.

—No, pero es una tiquismiquis y le gusta hacer las cosas bien.

Merlín se sentó en su cama y apoyó la punta de la espada en el suelo, donde hizo un corte a la ya deshilachada alfombra; apoyó las manos en el pomo y la barbilla sobre las manos.

—Quizá no debiéramos quedarnos esperando —dijo lentamente.

—¿Qué? —replicó Vivien—. La tía Una ha sido muy específica. Era una orden directa.

Merlín frunció el ceño.

—Sí, pero yo estoy pensando en el revivido. Si hay uno por aquí, ¿cómo lo han creado? ¿Y quién?

—Humm —dijo Vivien, pensativa. Y recitó de memoria—: «El pueblo de Ishur rompió el Caldero de Piedra y arrojó sus pedazos al mar en los cuatro extremos de Britania; el Caldero de Cobre se perdió en tiempos de Antoninus Pius, y nadie volvió a verlo; el Caldero de Bronce, considerado símbolo de idolatría, fue fundido durante el primer año de la Commonwealth de Cromwell; el Caldero de Hierro es nuestro, y está en manos del Guardián del Grial». —Hizo una pausa y añadió—: Al menos eso es lo que dice la historia.

—El último revivido salió del Caldero de Bronce en 1643, ¿verdad? —preguntó Merlín.

—Sí —confirmó Vivien.

—Pero el Caldero de Bronce desapareció; lo fundieron los cabezarredondas. El Caldero de Piedra también ha desaparecido. Nadie ha visto el Caldero de Cobre desde que Adriano construyó el

muro. ¿Qué nos queda?

Vivien sacudió la cabeza.

—El nuestro. El Grial. Pero es imposible…

—¡Un momento! —los interrumpió Susan—. ¿Vosotros tenéis uno de esos calderos? ¿Vosotros, los libreros?

—Sí, el Caldero de Hierro, aunque nosotros lo llamamos el Grial —dijo Merlín—. Así suena más respetable.

—Y no metemos muertos dentro para revivirlos —señaló Vivien.

—¿Qué hacéis con él, pues?

Merlín y Vivien se miraron.

—Es secreto, por supuesto —dijo Merlín—, pero te lo puedes imaginar.

—Los calderos no son solo para crear monstruos —dijo Vivien—. De hecho, no es ese su propósito. Darles esa utilidad es una perversión. Son reliquias míticas de gran poder que amplifican enormemente cualquier tipo de magia, y tienen muchos usos diferentes. Cada uno de los calderos tiene o ha tenido poderes únicos, además de sus propiedades habituales…

—Venga, cuéntaselo, Viv —dijo Merlín, impaciente.

—Cuando cumplimos siete años, metemos las manos dentro —dijo Vivien—. Eso es lo que nos convierte en lo que somos, aunque nadie sabe si acabará siendo zurdo o diestro.

—¿Y por qué solo las manos?

—Porque si se sumergiera a una persona viva en el caldero, se destruiría; su poder desaparecería para siempre —explicó Merlín—. Ah, y moriría, por cierto.

—Así pues, ¿alguien podría estar usando vuestro caldero, grial o como lo llaméis para crear revividos?

—No —respondió Vivien.

—No es imposible —matizó Merlín.

—Pero es muy muy improbable —dijo Vivien, con decisión—. El Guardián del Grial no dejaría…, no…, es mucho más probable que estemos equivocados y que no haya ningún revivido. Una coincidencia de olores; tú mencionaste el jabón de Alepo, que contiene aceite de laurel; quizá yo imaginara el amaranto y pasara alguien que oliera

mal…

—Yo he sentido una presencia maligna, y de eso no hay duda —insistió Merlín—. Era como el azote repentino de una ráfaga de viento helado dentro de mí. He tenido que contener los escalofríos.

—A lo mejor te has resfriado.

—Pero ¿y si hay un...? —empezó a decir Susan, que se interrumpió de pronto al oír que llamaban a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Merlín.

—El servicio de habitaciones, que te trae una maldita botella de champán. ¿Tú qué crees?

—La tía Una —dijeron Merlín y Vivien a la vez.

Merlín abrió la puerta.

Una motera vestida de la cabeza a los pies de cuero negro, con un holgado chaleco fosforescente con la inscripción «ENTREGA URGENTE DE LIBROS» por encima de la chaqueta, entró a paso rápido como una valquiria vengadora, soltándose la larga melena negra con una sacudida de la cabeza. Bajo el brazo llevaba el casco, decorado con una calavera y unos huesos cruzados fosforescentes. Por su aspecto tendría poco más de treinta años; era de piel morena y muy atractiva, como una modelo india americana que imitara a Suzi Quatro en un anuncio de Harley-Davidson. O de un ron muy caro. O ambas cosas. Solo que no sonreía: parecía bastante cabreada.

Llevaba mitones en ambas manos, pero el de la mano derecha era de cuero negro liso, mientras que el izquierdo estaba reforzado con unas cadenas de anillos enlazados por encima de los nudillos, como una malla medieval.

—Podía esperar que tú me hicieras perder el tiempo, Merlín —dijo, haciendo caso omiso de Susan—, pero no lo esperaba de ti, Vivien.

—No te estamos haciendo perder el tiempo, tía Una —dijo Vivien, sin alterarse.

El *walkie-talkie* que Una llevaba al cinto sonó. Lo sujetó y lo levantó, dejándolo a cierta distancia de su oído. Se oyó una voz masculina y áspera.

—No hemos encontrado lo que has dicho.

—Vale —dijo Una—. ¿Y tú, Darren?

Otra voz más suave respondió, también en negativo.

—¿Diarmuid? —preguntó Una.

—Nah, nada digno de mención. Vamos a la azotea.

—¿Sabah?

—Aquí nada.

Una se volvió a colgar el *walkie-talkie* del cinturón.

—¿Y se supone que no me estáis haciendo perder el tiempo?

—Me ha llegado un olor a laurel y amaranto, con un fondo de carne podrida —dijo Vivien, que, consciente de la incredulidad de Una, ya no mostraba la misma seguridad—. Y Merlín ha sentido una presencia. ¿A quién has enviado a revisar las guardias? Eso es trabajo para un diestro.

—Al tío Jake —dijo Una—. ¿Qué pasa? Estaba disponible.

—No es su especialidad —observó Vivien.

—¿Es que tiene alguna especialidad? —murmuró Merlín.

—Sí, sí que la tiene —dijo Vivien—: un conocimiento enciclopédico de los novelistas de las décadas de 1920 a 1950, en inglés y traducidos.

—Yo quería decir…, bah, no importa —dijo Merlín.

—El tío Jake es perfectamente capaz de comprobar si una guardia está comprometida o no —les espetó Una—. Así que oliste algo, Merlín sintió algo, y llegáis a la conclusión de que es un revivido, cuando no ha aparecido ninguno desde hace más de trescientos años. ¿Por qué iba a venir hasta aquí un revivido? ¿Quién iba a crearlo y a dirigirlo?

Merlín se encogió de hombros. Vivien frunció el ceño.

—Ha sido un día muy raro —dijo—. Los goblins se llevaron a Merlín y a Susan a la Feria de Mayo con su danza. Y antes de eso, dos matones mortales, pero con la mente manipulada, habían intentado secuestrarla. Así que si había un revivido, probablemente habría venido por Susan.

—¿Por qué? —preguntó Una, echándole una mirada desconfiada, como la que podría lanzarle un chef a un carnicero que le estuviera entregando un corte de conejo haciéndoselo pasar por pollo.

—En realidad, aún no lo sabemos —se apresuró a responder Merlín

—. El padre de Susan es persona de interés. Los mayores nos han encargado que descubramos quién es.

—Entonces deberíais poneros al trabajo —dijo Una. Su *walkie-talkie* emitió un pitido. Lo cogió y respondió—: ¿Qué hay?

—No hemos encontrado nada. Estamos de vuelta en el vestíbulo. Cero en todas las plantas. El tío Jake dice que todo está «superlativo». Lo que supongo que quiere decir que está bien.

—Pues nos volvemos a la librería —decidió Una—. Y Jake no se viene conmigo; te lo llevas tú, Diarmuid.

—¿Por qué yo?

—Porque lo digo yo. Vamos.

—Voy a echar un vistazo a las guardias yo misma —dijo Vivien—. Jake no puede haber comprobado todas las entradas. ¿Y la cocina?

—Buena idea. Pierde tú el tiempo, en lugar de hacérmelo perder a mí. Nos vemos más tarde.

Dio media vuelta y salió de allí como una exhalación, como un ciclón cambiando de sentido de pronto.

—Supongo que no sería un revivido —dijo Vivien—. Nos hemos… precipitado un poco.

Merlín no respondió enseguida, pero luego habló, despacio y meditando sus palabras:

—No recuerdo exactamente la lección, pero… ¿no había algo sobre los señores de los calderos que decía que a veces usaban ratas o pájaros muertos? ¿Qué les pasaba luego?

—Lo mismo que con los humanos —dijo Vivien—. Los pájaros se usaban más que las ratas, aunque según parece a ambos costaba más encontrarlos que a los humanos. Sus sentidos son diferentes. Y los pájaros vuelan.

—En las puertas y ventanas de este edificio hay guardias —dijo Merlín—. Pero ¿qué hay de los desagües y las cañerías? Las ratas pueden colarse por ahí nadando.

—Los conductos de agua están protegidos, y supongo que las grandes cañerías también —dijo Vivien—. Pero podrían haberse dejado alguna.

—Una rata revivida sería una espía perfecta. Si quisieran seguir la

pista a alguien, por ejemplo.

—Seguimos con la duda de quién, por qué y con qué caldero —dijo Vivien—. Mira, creo que simplemente estamos demasiado susceptibles. Vamos a almorzar, luego iremos a la Librería Vieja y le pediremos a las tías que examinen el carné de biblioteca de Susan. Si pueden identificarlo, podemos seguir esa pista. ¿Vale?

—Supongo que sí —dijo Merlín, mirando a Susan, que preguntó:

—¿Podemos llevarnos las espadas?

—Buscaré una bolsa —respondió Merlín de inmediato, y en ese mismo momento Vivien quiso decir «No», pero se lo pensó mejor.

—No puedo nublarles la mente a muchas personas a la vez —les advirtió—. Así que no vayáis exhibiendo esos espetones innecesariamente.

Merlín sacó una clásica bolsa de críquet de cuero decorada con un monograma dorado críptico con las letras «PDBW» y la abrió. Envainó las espadas y las introdujo con cuidado. Susan observó, intrigada, que su sable tenía una funda hecha por completo de hierro, con apliques de madera, mientras que la de Merlín era una pesada funda de cuero antiguo, con bandas y punta de un bronce verdoso. Tenía el aspecto de haber pasado mil años en una turbera.

—Si no te importa cargar con esto —dijo, entregándole la bolsa a Susan—, pienso que yo debería tener las manos libres.

—Será un placer —dijo Susan, que también metió su montón de ropa en la bolsa y se puso a balancearla, como sopesándola. La bolsa en sí habría sido un arma contundente, aunque no llevara las espadas dentro. Con un golpetazo violento podrían derribar a cualquiera.

—Por lo menos, una rata revivida sería más fácil de despedazar —observó Merlín, abriendo la puerta—. Eso sí, costaría más localizarla. Y si intentara atacarnos por sorpresa… —Vaciló un momento y luego añadió—: ¿Sabéis qué? Aunque su sala de personal esté tan mal surtida como la de la Librería Nueva, ¿por qué no vamos directamente a la Librería Vieja y comemos algo allí? Dejemos lo del *pub*. Si nos damos prisa, quizá podamos hacer que nos lleven en moto los chicos de Una. Siempre es divertido. Eso, si no te caes del asiento.

—Y cuantos más seamos, más seguros estaremos —dijo Vivien—. Tú

sigues convencido de que aquí ha habido algún revivido del tipo que sea, ¿verdad?

Merlín no respondió, pero se fue hacia el ascensor a paso ligero. Susan y Vivien no esperaban esa reacción, y los tres avanzaron rápidamente por el pasillo. Cuando estaban a solo unos pasos, todos corrieron para apretar el botón de llamada lo antes posible, pero fue el dedo índice de Merlín el que llegó primero.

11

Sé escritor, si es lo que quieres
o no lo seas, lo mismo da.
Ordena tus estantes, o no lo hagas,
mata o besa a quien te importa de verdad.
Pero escribe.

Tal como había prometido Merlín, ir de paquete en una Honda CB400N Superdream, detrás de un librero zurdo claramente trastornado —cuya idea de avanzar entre el tráfico tenía mucho que ver con el arte del encaje, de hacer filigranas por entre los vehículos más lentos o detenidos, siempre a alta velocidad— fue divertido. Daba algo de miedo porque estaba lloviznando y el asfalto estaba mojado, y Susan se encontró con que resbalaba del asiento más de lo esperado, ya que llevaba la bolsa de críquet colgada del brazo izquierdo, por lo que solo tenía la derecha para agarrarse.

Susan, Merlín y Vivien llegaron a la Librería Vieja en un *sprint* de tres minutos por toda Charing Cross Road. Nada más parar delante, Sabah le espetó a Susan un «Baja» y le dio solo cinco segundos de tiempo para desmontar antes de que saliera pitando con Una y los demás por un callejón, en dirección a algún garaje o muelle de carga escondido en la parte trasera del edificio.

La Librería Vieja era otro edificio georgiano de seis plantas, con lo que parecía una torreta victoriana añadida en un extremo, pero era completamente diferente a la Librería Nueva de Mayfair. La planta baja, que daba a la calle, tenía unos escaparates que iban del suelo al techo, con un magnífico montaje publicitario de *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, que incluía un castillo de cartón a la izquierda de la puerta giratoria central, así como una selección de obras nuevas de misterio y suspense apiladas formando pirámides en el escaparate de

la derecha, entre otras *La chica del tambor*, de John Le Carré, *Una carrera hacia el poder*, de Jeffrey Archer, y *Las alas del águila*, de Ken Follett. Otros montajes en el extremo de los escaparates presentaban obras de no ficción, como para dar el contrapunto, con títulos como *La vida de John Milton*, de A. N. Wilson, una biografía de Frida Kahlo, y *Las aventuras de un guionista en Hollywood*, de William Goldman, que a Susan le llamó la atención porque, por lo que ella sabía, era una de las pocas personas en el mundo que había leído *La princesa prometida*. No conocía a nadie que hubiera oído hablar de aquel libro. Su madre se lo había comprado porque William Goldman también era el autor de su película favorita: *Dos hombres y un destino*.

A diferencia de la discreta placa de latón de la Librería Nueva, la Librería Vieja lucía un rótulo de neón de un metro de altura que decía: «LIBRERÍA VIEJA. TODOS LOS LIBROS NUEVOS DE HOY». Y debajo había otro más pequeño que anunciaba con un llamativo color naranja: «LIBRERÍA INTEGRAL PENGUIN».

Asimismo, a diferencia de la otra librería, estaba llena de clientes, y la gente entraba y salía sin parar por su puerta giratoria central y por la puerta lateral, más pequeña, bajo la supervisión de dos mujeres menudas de mediana edad que debían de ser gemelas y que iban comprobando las bolsas muy sonrientes, al tiempo que le lanzaban una mirada acusatoria a un estudiante vestido con un enorme abrigo que llevaba lleno de libros robados. Evidentemente había cometido el error de pensar que estaba en Foyles y ahora se apresuraba a devolver todos los libros a sus estantes correspondientes sin decir palabra, percibiendo de algún modo la amenaza de la enguantada mano izquierda de las gemelas y de su alegre sonrisa.

Las gemelas tías Kristen y Kersten (según Vivien) los recibieron con sonrisas y un gesto de reconocimiento; pasada la puerta giratoria, se encontraron en una cueva del tesoro de los libros, con estantes perfectamente ordenados y etiquetados por todas partes, bajo una luz potente y con agradables empleados que se ofrecían a ayudar a los clientes. Había cómodas butacas en rincones estratégicos, todas ellas ocupadas por gente que leía.

—Por aquí —dijo Vivien, pasando frente a la caja central, donde un

trío de empleados diestros con guantes de algodón iban cobrando a una fila de clientes que esperaban su turno pacientemente, con la clásica flema británica, junto a un expositor de revistas y periódicos.

Acababan de llegar los periódicos de la tarde, todos con unos titulares parecidos que llamaron la atención de Susan. El *Sun* decía: «¡Gánsteres disparando a matar!»; el *Daily Mirror* exclamaba: «¡Ola de asesinatos entre bandas!»; *The Times* proclamaba: «La delincuencia organizada alcanza niveles nunca vistos»; y el *Guardian* escribía: «Asesinatos en los bajos fondos».

Ninguno de los empleados les dijo nada, sin embargo, Susan observó que todos sonreían a Merlín y que muchos bajaban la cabeza ante Vivien, en un gesto que no podía calificarse de simple saludo. A Susan le pareció que a ella también la miraban, con curiosidad, pero nada más. Al estar con Vivien y Merlín, y claramente en una misión, por lo rápido que se movían, nadie le prestaba mayor atención.

Vivien giró a la izquierda al llegar a los estantes de «Ficción: novedades», tomando el pasillo de «No ficción: novedades», y siguió adelante hacia la parte trasera de la planta baja, donde una amplia escalinata de mármol de imitación con barandillas de bronce subía y bajaba a las otras plantas. A su lado había una vieja escalera mecánica con escalones de madera, junto a un cartel que indicaba «A LOS ASCENSORES» con una flecha a la derecha.

Sobre las escaleras brillaba un cartel iluminado con el logotipo de Penguin en negro y una flecha roja señalando hacia abajo. Vivien y Merlín siguieron en esa dirección, dando saltitos peldaño a peldaño hasta que, quizá dejándose llevar por un impulso infantil, ambos se sentaron sobre la barandilla de bronce para deslizarse escaleras abajo.

Susan se había parado un momento a mirar el cartel indicador que había junto al ascensor y observó que había tres plantas por encima, que incluían una sección infantil, una de «MAPAS Y ATLAS» y otra de «LIBROS TÉCNICOS». Había dos plantas por debajo, primero la que contenía la «LIBRERÍA INTEGRAL PENGUIN», en la planta sótano 1, y luego la de «GANGAS Y DISCOS», en la planta sótano 2.

Cuando Susan apartó la mirada del cartel, Merlín y Vivien ya estaban deslizándose por la barandilla, a más velocidad de la que

podría alcanzar ella bajando a pie, así que siguió su ejemplo. Pero tuvo que colocarse la bolsa de críquet sobre las piernas, lo que hacía mucho más difícil mantener el equilibrio, y a punto estuvo de caer dos veces. Al final llegó tambaleándose a la planta inferior y bajó de un salto, trastabillando y yendo a parar a una gran sala de un intenso color naranja, esquivando por el camino un pingüino de cartón enorme que sostenía un cartel enorme en el que aseguraba que «La Librería Integral Penguin cuenta con todos los títulos en catálogo».

Aunque muchos libros Penguin ya los imprimían con cubiertas ilustradas, los lomos seguían siendo casi todos del color naranja clásico; la enorme cantidad de ejemplares que había sobre los estantes explicaba el intenso color dominante, aunque también había algunas colecciones menores con el lomo de otro color, como la de misterio (con el lomo verde), o la de no ficción (con el lomo azul).

Esta parte de la librería también estaba muy concurrida, aunque los compradores decididos no eran tantos como los curiosos y los lectores aficionados, que parecían dispuestos a leer libros enteros sin salir de la tienda. El vendedor, diestro, levantó las cejas y le dijo algo a Vivien tan solo moviendo los labios; Susan no pudo descifrar qué era, porque pasaron a toda velocidad en dirección a una puerta en la parte trasera que decía «¡SOLO PERSONAL!».

—Esta es mi parte favorita de la tienda —dijo Vivien, con satisfacción—. Está muy al día. Cada noche llamamos al almacén de Penguin en Harmondsworth con la lista de los ISBN de los libros vendidos ese día y nos envían los ejemplares de reemplazo al cabo de dos o tres días, en lugar de tener que hacer pedidos en papel, como con los otros editores, que tardan semanas. Muy eficiente.

—Lo mejor es desempaquetar los envíos —dijo Merlín—. En particular cuando no sabes qué títulos se han pedido, de modo que es una sorpresa.

—Es muy terapéutico —coincidió Vivien.

Merlín miró a Susan.

—Ese es uno de los otros motivos por los que los Saint Jacques somos libreros. O libreros sobre todo. Los libros nos ayudan a mantener el vínculo con nuestras almas. O a restablecerlo.

Especialmente en el caso de los zurdos, por el tipo de cosas que tenemos que hacer.

—Escribir también ayuda —dijo Vivien—. Poesía en particular. Todos somos poetas, en cierto modo.

Llamó a la puerta trasera con los nudillos. La puerta se abrió aparentemente sin intervención humana, revelando un largo pasillo tenuemente iluminado y lleno de cajas de cartón con los logotipos y las marcas de diversas editoriales: Penguin, William Collins, Hodder & Stoughton, Pan Macmillan, Oxford University Press, Victor Gollancz Ltd y otras.

Vivien los condujo por el pasillo hasta una puerta de acero que tenía colgado otro cartel de «¡SOLO PERSONAL!». Llamó otra vez. Se abrió una mirilla por la que podían ver desde dentro, pero no al revés, y un momento más tarde se oyó cómo corrían un pestillo y la puerta se abrió de golpe. Al otro lado apareció Darren, uno de los moteros zurdos que habían acudido al hotel con el equipo de Una.

La puerta de acero daba a un almacén muy grande con altas estanterías de metal atestadas de libros y cajas, y con una mesa de clasificación llena de ejemplares, y más allá había un muelle de descarga con una rampa a un lado y media docena de motos y un coche deportivo antiguo, un Jensen Interceptor azul, junto a una puerta automática para camiones, entonces cerrada. A su lado había otra puerta basculante metálica más pequeña abierta. Uno de los moteros de Una estaba de pie allí mismo, como montando guardia, con un L1A1 SLR al hombro. Susan reconoció el modelo de rifle: eran los que usaba la UNIT de *Doctor Who*. Los otros moteros del equipo de respuesta rápida estaban muy ocupados en la mesa de clasificación, junto con otros libreros diestros y zurdos, todos más jóvenes. Estaban abriendo cajas, comprobando el material y metiendo los libros en cestas de la compra, para llevarlos al lugar correspondiente de la tienda, o envolviendo pedidos para los clientes que los hubieran hecho por correo o por teléfono.

La propia Una estaba sentada en una silla plegable de aluminio, junto al muelle de carga, leyendo *Calor y polvo*, de Ruth Prawer Jhabvala y bebiendo té de una gran taza azul. A su lado, en el suelo,

tenía una espada similar a la de Merlín, junto a una escopeta recortada de dos cañones. Levantó la vista del libro al verlos llegar, resopló y volvió a su lectura.

—No me había dado cuenta de lo grande que es esta librería —dijo Susan—. Debe de ser aún más grande que Foyles.

—Y es mucho mejor —apuntó Vivien—. Todos somos libreros profesionales. Ven.

—Foyles tiene un encanto que Vivien no percibe —dijo Merlín—. A mí me gustan las librerías de todo tipo, no solo las nuestras.

Su hermana le lanzó una mirada desdeñosa y giró a la izquierda. Cruzaron el almacén y llegaron a otra puerta, señalizada como «SALIDA DE INCENDIOS». Luego subieron cinco pisos por unas escaleras de emergencia hasta lo que Susan pensó que sería lo más alto del edificio, aunque si era como en la Librería Nueva, probablemente no fuera así. Una nueva puerta de incendios daba paso a un bonito taller con un techo victoriano de hierro y cristal. Aún llovía, pero de forma inconsistente, y las gotas que golpeaban los cristales descendían lentamente en finos regueros. En un día de sol habría entrado muchísima luz del exterior; sin embargo, en esta ocasión la luz solar necesitaba el apoyo de unas lámparas *art déco* muy grandes y extrañas distribuidas por la parte más alta del techo.

El suelo era de antiguos tablones de roble, que daban calidez al ambiente, y muchos de los tablones eran extraordinariamente largos, como si los hubieran cortado del mástil de un velero. En el centro de la sala había dos mesas de trabajo, y junto a una pared una prensa de encuadernación con su alto eje de giro; un soporte para una cámara; una máquina de coser industrial; un puesto de encolado con una campana de extracción de humos; una estación de corte y guillotinados; un ordenador TRS-80 y una impresora de agujas sobre un estrecho escritorio que bien podría proceder de un barco; una mesa antigua con superficie de cuero verde y bordes dorados sobre la que descansaban nada menos que seis máquinas de escribir —desde una Underwood de la década de 1920 a una Brother muy moderna, toda de plástico—, una cajonera de caoba para mapas con doce cajones; y un reloj de pie francés del Segundo Imperio con elaboradas tallas en la

caja. También se veían otras mesas de trabajo con una función menos evidente, soportes de herramientas y estantes con papiros, vitelas, papel y cartulina, y otros materiales de escritura.

En la mesa más cercana a ellos había una mujer de unos cincuenta años con el cabello rizado y oscuro, salvo por algunas canas, que examinaba una página de una Biblia medieval gigante encuadernada en piel y hierro, con una cadena y todo. No llevaba guantes, y sus dos manos tenían ese mismo brillo plateado que Susan había visto ya en la prima Sam, en la Librería Nueva.

La mujer de la mesa siguiente tendría unos diez años más que la primera. Estaba sentada en una silla de ruedas ligera con los bordes plateados. Tenía el cabello completamente blanco y menos espeso, y estaba enfrascada en separar hojas pegadas de un papel extraordinariamente fino con lo que parecía una pequeña espátula de marfil o de hueso, y unas largas pinzas. Al igual que las otras mujeres, llevaba un traje chaqueta blanco de corte perfecto, casi como si fuera un uniforme de la Marina. Tampoco llevaba guantes y tenía unas manos plateadas preciosas.

—Sí —susurró Vivien—. Las dos son ambidiestras.

Algo en cómo lo dijo le dejó claro a Susan que Vivien también desearía ser ambidiestra.

—¡Tía Zoë, tía Helen! —las llamó Merlín.

Ambas mujeres siguieron con sus tareas varios segundos y, de pronto, al mismo tiempo, se giraron y miraron a los visitantes.

—Hola, queridos —dijo la que estaba más cerca—. Recibimos una nota de Thurston diciendo que ibais a venir para consultarnos un pequeño misterio. Pero ahora mismo estamos muy ocupadas. ¿Podríais venir…?

—No, me temo que no —respondió Vivien—. Lo siento, pero creo que esto es más urgente de lo que cree el tío abuelo Thurston. Humm…, esta es Susan Arkshaw, por cierto. Susan, nuestra tía Helen y, detrás de ella, nuestra tía Zoë.

La tía Helen parpadeó y se subió la lupa que tenía frente a los ojos hasta la altura de la frente, como un caballero que se levantara la visera del yelmo. La tía Zoë frunció los labios y echó el cuerpo

adelante, al tiempo que levantaba las cejas, intrigada.

—Creemos que podría estar relacionado con lo que le sucedió a mamá —añadió Merlín en voz baja.

—Pobre Antigone —dijo Helen.

Detrás de ella, Zoë asintió.

—Bueno, ¿qué es lo que queréis que examinemos?

—Un carné de biblioteca —dijo Vivien, empujando a Susan para que se adelantara—. No sé de qué biblioteca es, y el nombre del titular se ha borrado. Y además tenemos una pitillera Harshton & Hoole de 1964. Ya sé que es plata, no papel, pero hay algo en el diseño frontal… Me gustaría que nos dierais vuestra opinión. A mí me recuerda algo…

—¡Veámoslo! —decidió tía Helen, acercándose con su silla de ruedas y tendiendo su reluciente mano derecha.

Zoë se puso en pie y se situó detrás de su prima.

Susan sacó la pitillera del bolsillo de su mono, la abrió y se la entregó. Helen sacó el carné de biblioteca de su interior y lo levantó para que lo iluminara la luz; le dio varias vueltas. Zoë observaba atentamente, pero luego alargó la mano y Helen se lo entregó por encima del hombro sin girarse.

Luego examinó la pitillera, y al momento sonrió.

—Vaya, desde luego en Harshton & Hoole tienen unos artistas de lo más ingenioso —dijo—. Casi podría perdonarles por los libros que abandonaron tras el gran cisma de 1553.

—Entonces, ¿sabe lo que es? —preguntó Susan.

—Lo sabré enseguida —dijo Helen.

Acercó su silla de ruedas a una de las mesas más pequeñas y rebuscó en las cajas que había encima.

—Carboncillo, carboncillo… Ah, aquí está.

—¡Oh! —exclamó Susan—. ¡Un *frottage*! Tenía que haberlo pensado.

Helen cogió un cilindro de un material negro intenso y se lo llevó, con la pitillera, a su mesa. Colocó la pitillera sobre un pesado bloque de madera que tenía la inscripción «Fortnum & Mason» pirografiada en la esquina, le colocó una hoja de papel encima y la frotó con el carboncillo. Al momento se formó una imagen. Al principio no

parecían más que un montón de líneas, pero, al cabo de unos segundos, las líneas cobraron sentido, aunque seguían formando una imagen abstracta.

—Es una montaña —dijo Merlín—. O también una colina. Con nubes.

—Sí —dijo Helen, pensativa—. Unas líneas muy simples, las más finas son casi invisibles en la plata, de ahí la necesidad del *frottage* para verlo claramente. A mí me recuerda algo, un fragmento de un paisaje mayor, de una pintura o un dibujo… Me atrevería a decir que me vendrá a la mente antes o después…

—Muchas gracias —dijo Susan—. Eso ya me ayuda muchísimo. Si puedo…, si podemos determinar dónde está esa montaña…

—No es una montaña muy distintiva —murmuró Merlín.

—¿Y qué hay del carné de biblioteca? —preguntó Vivien.

—El «dónde» es fácil —respondió Zoë, sorprendiendo a Susan, porque tenía un acento norteamericano muy marcado—. Es de la biblioteca Robert Southey, que desgraciadamente no sobrevivió. Cerró en 1967. La colección se vendió a la Biblioteca de Londres, que también absorbió a sus socios.

—¿Y el nombre? —preguntó Susan—. A mí me parece que quizás empiece por O.

—Es más bien una C, creo yo —la corrigió Zoë—. En este tipo de carnés solía escribirse primero el apellido; creo que aún se ve la coma que separaba apellido y nombre. La buena noticia es que, aunque la tinta se haya borrado casi por completo, probablemente aún podamos recuperar el nombre con una técnica fotográfica, usando luz ultravioleta.

—Gracias —dijo Susan—. Os estoy muy agradecida.

—Pero no tenemos esa luz ultravioleta aquí; una amiga del museo nos hace esas labores especializadas —dijo Zoë—. Cuando tiene un rato.

—Yo creo que esto es realmente urgente —insistió Vivien.

—Llamaré a Jocelyn y veré si lo puede hacer mañana por la mañana —dijo Zoë—. Siempre pedimos que incluyan esa lámpara de ultravioletas para la cámara oscura en el presupuesto de gastos anual,

pero nunca lo aprueban. Creo que Thurston no quiere firmar la autorización porque las bombillas hoy en día vienen todas de Estados Unidos; la fábrica británica que las hacía quebró hace unos años.

—El *made in Britain* —murmuró Merlín.

—No hablemos de eso —dijo Helen—. Al fin y al cabo, tú eres *made in Britain*. Seguimos haciendo muchas cosas bien, y nadie como nosotros sabe valorar lo antiguo.

—Ya —suspiró Merlín, mostrándole a su tía una sonrisa tan amplia y encantadora que Susan sintió la necesidad de apartar la mirada, porque notaba que le fallaban las rodillas—. Supongo que…, no sé…, sigo en ascuas.

—Y hambriento, como nosotras —añadió Vivien, mirando el reloj de pie—. ¡Son más de las cuatro y aún no hemos almorzado!

—Pues hoy en la cantina hay empanada de sardinas —dijo Helen, para animarlos, pero los chicos se encogieron de hombros.

—Y carne en conserva y sándwiches de encurtidos.

Susan se animó al oír eso y contuvo la tentación de relamerse. Merlín no pareció animarse demasiado.

—Estoy segura de que Jocelyn, la del museo, nos ayudará en cuanto pueda —dijo Helen—. De qué se trata, ¿por cierto?

Susan miró a Merlín, que miró a Vivien.

—La pitillera y el carné probablemente fueran de mi padre —dijo Susan, algo violenta—. Estamos intentando descubrir quién era, porque…, *hum*…, bueno, un guarda de los Raud Alfar disparó contra mí, y han intentado secuestrarme unos matones primero y los goblins de la Feria de Mayo después. Y parece ser que todo eso tiene que ver con mi padre.

—¿Qué ha dicho la abuela? —preguntó Zoë—. Thurston dijo que ibais a ir a verla esta mañana. ¿Cuál de ellas os habló?

—Al final la mayor de todas —respondió Vivien, que no parecía saber muy bien cómo seguir—. Bueno…

—No se lo diremos a Thurston ni a Merrihew —la tranquilizó Helen, y miró a Susan—. Sí, puedo leer un poco las mentes. Y veo que nuestra abuelita os dijo algo que os asusta.

—Sí que lo hizo —reconoció Susan tímidamente—. Según parece,

mi padre es de los antiguos, uno de los soberanos de antaño.

—Con eso me basta —dijo Helen, que hizo rodar la silla para acercarse a Susan y levantó sus manos luminosas—. ¿Puedo tocarte la cara, niña? No te haré daño.

—Eh… Supongo —dijo Susan, algo incómoda.

Inclinó el cuerpo hacia delante. La mayor de las mujeres apoyó suavemente las manos en las mejillas de Susan, envolviéndole el rostro como haría una abuela con su nieta. Aguantó la respiración un minuto entero, en un silencio total. Susan apenas se atrevía a respirar. Por fin Helen respiró, se recostó en su silla y apoyó las luminosas manos en el regazo.

—Aún queda una chispa de un gran poder antiguo en tu interior —dijo—. No es más que un rescoldo…, pero los rescoldos pueden avivarse y crear grandes incendios. ¿Has celebrado algún cumpleaños significativo últimamente?

—El 1 de mayo —dijo Susan—. Cumplí dieciocho años.

—No sé qué poder es ese ni de dónde procede —confesó Helen—. Ni si crecerá o no. Pero tengo la impresión de que es la promesa de algo…

Vaciló un momento, pero luego añadió:

—No querría darte malas noticias, pero sospecho…, solo lo sospecho, no puedo decirlo con seguridad…, que no conservarías esa pequeña chispa en tu interior si tu padre siguiera presente, en el Mundo Antiguo o en el Nuevo. Tiene pinta de ser un regalo dejado en herencia, una porción mínima de una magia mucho más poderosa que ya no está presente entre nosotros.

—¿Quieres decir que mi padre está muerto?

—Los antiguos no mueren, no exactamente —dijo Helen—. La mayoría duerme, quizá para no despertar nunca más, pero siguen aquí. Algunos se han vuelto casi imperceptibles. Sin embargo, unos cuantos han sido… eliminados, supongo que podríamos decir. Destruidos por completo. Si es el caso de tu padre, lo siento.

—No pasa nada —respondió Susan, con entereza—. Siempre pensé que estaría muerto. Si no, ya sabéis, habría…, no sé… Al menos me habría escrito. Tengo a mi madre, un hogar donde he vivido una

infancia feliz. Soy afortunada.

—Y seguro que estarás superhambrienta —dijo Vivien—. Podemos dejarles el carné de biblioteca a Zoë y a Helen. Vamos a comer y te llevaremos a casa.

—Sí —dijo Susan—. Tengo hambre. Y estoy cansada. Se me había olvidado que me he pasado media noche en vela, después de ver el kexa observándome desde el tejado del cobertizo.

—¿También viste un kexa? —preguntó Zoë, frunciendo el ceño—. La nota de Thurston no mencionaba la mitad de todas esas cosas. Solo lo de los goblins de la Feria de Mayo.

—Y en la Northumberland House había un revivido —añadió Merlín de pronto.

—¡¿Qué?! —exclamaron Zoë y Helen.

—No podemos estar seguros del todo. Yo lo sentí, y Viv percibió un olor a laurel, a amaranto y a podrido —dijo Merlín—. Pero Una y su equipo no encontraron nada, y el tío Jake supervisó las guardias, que según parece estaban intactas.

—¿Thurston y Merrihew han sido informados?

—Tía Una dijo que llamaría a Thurston; Merrihew probablemente está aún de camino a Wooten.

Helen y Zoë intercambiaron una mirada que los chicos interpretaron —correctamente— como una falta de confianza en los actuales líderes de los libreros.

—Nos aseguraremos de seguir este caso —dijo Helen.

—Me pregunto si habrán informado al Guardián del Grial —dijo Zoë, pensativa—. Yo creo que, teniendo en cuenta las circunstancias, habría que hacerlo.

—Lo dudo —dijo Merlín amargamente—. El tío abuelo Thurston está obsesionado con la compra de una biblioteca, y Merrihew solo piensa en capturar esa carpa gigante en el viejo lago de la cantera de arcilla. Una vez más.

—Humm —dijo Helen.

—Además —añadió Merlín—, si hubiera un revivido, ¿cómo iban a crearlo? ¿Quién tiene un caldero, aparte de nosotros?

Helen y Zoë negaron con la cabeza.

—No, Merlín —dijeron a la vez—. El Guardián del Grial nunca lo permitiría.

—Pero…

—No —dijeron las dos mujeres al unísono, con firmeza.

—Informaremos al Guardián del Grial, aunque los mayores no lo hayan hecho —dijo la tía Zoë—. Mañana puedo ir un momento al Serpentine.

Susan la miró, atónita, pero no tuvo ocasión de preguntar qué demonios significaba aquello, pues Helen se le adelantó con otra pregunta:

—¿Te alojas con Merlín en el Northumberland, Susan?

—No —dijo Susan, y notó que se ruborizaba.

—Está en casa de la señora London; ya sabéis, el lugar que usa la Sección Especial para aparcar a los bichos raros —dijo Merlín—. Aunque últimamente también han metido allí a un par de desertores soviéticos y un exinfiltrado en una organización pacifista que ha sido descubierto.

—¿Eso son? —preguntó Susan, a la que efectivamente la identidad de sus compañeros de residencia la tenía perpleja. Y era evidente que aquellos personajes tenían aún menos ganas que ella de hablar de quiénes eran o de por qué estaban allí.

—¿Es suficientemente seguro? —preguntó Zoë—. Habéis mencionado un kexa.

—Tiene las guardias habituales —dijo Vivien—. Y está en territorio neutral. Es de lo mejor que se puede tener en Londres. Ninguna entidad conocida del Mundo Antiguo reside en esa zona, ni la reclama; no está en la soberanía de ningún soberano de antaño.

—Y yo estaré ahí con Susan —señaló Merlín.

—En la casa, en general —precisó Susan—. No en mi habitación, ni nada así.

Merlín asintió, como si fuera evidente. Quizá fuera realmente evidente, pensó Susan. No sabía qué era peor. No era tan narcisista y vanidoso como pensaba ella, pero eso no hacía que fuera menos atractivo…

—Aunque no es tan raro que algunas de las entidades menores y

que algunos humanos hagan sus incursiones —dijo Helen—, esa actividad dirigida por los goblins (que desde luego no responderían a instrucciones de ningún mortal), en combinación con la de los matones, es algo muy infrecuente. No puede ser una coincidencia. ¿Y tú crees que eso tiene relación con lo que le sucedió a tu madre?

—No lo sé, pero creo que vale la pena investigarlo —respondió Merlín.

—Desde luego que sí —dijo Zoë—. Si Jocelyn no puede hacer las fotos en el museo mañana, buscaré a alguien que las pueda hacer. En cualquier caso, lo tendré ya resuelto a media mañana. Llamadme.

—Me daré una vuelta por aquí —dijo Vivien—. En cualquier caso estaré en la librería. Mañana me toca turno en el mostrador principal.

—¡Oh! —exclamó Susan—. Yo también tengo que trabajar mañana. Se me había olvidado, con todo esto… Pero supongo que en el *pub* estaré segura, ¿no?

—Yo estaré contigo —dijo Merlín, alegremente—. Como una rémora pegada a una ballena…, bueno, no…, más bien como una fresa en una copa de champán…

No acabó la frase, porque Vivien le dio un manotazo en el estómago que le hizo plegarse en dos.

—Tened cuidado, niños —dijo Helen, haciendo girar su silla de ruedas y volviendo a su mesa de trabajo.

—Sí, mucho cuidado —dijo Zoë—. ¡Y no comáis de esa empanada horrenda que tienen abajo!

12

> Los relatos cortos te atrapan,
> las novelas te apasionan,
> el drama del teatro es profundo como el mar,
> y aun así… solo los poemas saben cantar.

Susan y Merlín volvieron a la casa de la señora London hacia las siete, porque tras el almuerzo tan tardío, que desde luego no incluyó la empanada de sardinas, primero tuvieron que ir a la Northumberland House a dejar a Vivien, que quería echar un vistazo a las guardias instaladas allí, y para que Merlín llenara una maleta enorme con un ingente equipaje.

A petición de Merlín, y gracias a las dotes diplomáticas de Vivien, que fue quien lo consiguió realmente, viajaron en uno de los taxis de los libreros, esta vez conducido por el primo Wendover, mucho más callado que Audrey.

Susan estaba agotada; lo único que quería era darse un baño e irse a la cama, pero no tuvo ocasión, porque nada más entrar en el vestíbulo se abrió la puerta de lo que la señora London llamaba sala común y apareció la inspectora Greene, que llevaba exactamente la misma ropa que la semana anterior, cuando había acompañado a Susan a aquella casa desde la comisaría de Highgate. Su imagen de identidad.

—Ya era hora —murmuró, indicándole con un gesto que se acercara —. Venga, tenemos que hablar.

—¿No podemos hablar mañana? —preguntó Susan—. Estoy muerta de cansancio.

—No, porque necesito saber qué demonios está pasando —replicó Greene, dando un paso atrás para dejarles entrar—. Igual que mi colega de Crimen Organizado, que nos ha honrado con su presencia. Susan Arkshaw, Merlín Saint Jacques, os presento al superintendente

en jefe Holly.

—¡Reg Holly! —dijo su acompañante con una voz estentórea. —Era de cierta edad y corpulento, y tenía el tipo de un exboxeador. Seguramente en otro tiempo habría sido atractivo. Llevaba un traje de tres piezas gris marengo, camisa de un blanco reluciente, una corbata muy formal y un reloj voluminoso de acero que asomaba bajo el puño de la camisa, ajustado con unos gemelos dorados. Parecía más un banquero que un agente de policía—. Llamadme Reg.

Merlín miró a Holly y luego a Greene.

—Esto es un asunto para libreros —dijo—. Fuera de su unidad no hay nadie en quien podamos confiar, Greene. Ningún agente de policía normal. Ya lo sabe.

—No corras tanto, muchacho —dijo Reg—. En otro tiempo, yo ocupé el puesto de Greene, hasta que encontré algo mejor —profesionalmente, quiero decir—, algo que ya le he aconsejado a la joven Mira repetidamente, porque trabajar con vosotros, los libreros, no lleva a ningún sitio. Y miradme ahora; de superintendente en jefe, encargado de controlar lo que yo llamo el crimen incompetentemente organizado.

—El superintendente tiene un historial récord de casos resueltos —dijo Greene, como si nada.

—Y he llamado a Merrihew para asegurarme de que no tenían problema en que metiera la nariz —dijo Reg—. Ha dicho que sí, así que aquí estoy.

Susan se dejó caer en un sillón. Merlín permaneció de pie, mirando a Holly con recelo.

—Así que tú debes de ser Susan… Arkshaw —respondió Holly, mirándola con interés. A Susan le pareció que tenía unos ojos pequeños y maliciosos, y apartó enseguida la mirada—. Una recién llegada a todos esos líos en los que se meten los libreros.

—La señorita Arkshaw no tiene nada que ver con su área de competencias…, señor —dijo Greene.

—Lo que yo querría saber —dijo Reg, haciendo caso omiso a Greene— es qué tiene que ver tu llegada y el… fallecimiento de nuestro querido Frank Thringley, al que seguramente nadie echará de menos,

con esos matones de Birmingham que de pronto se han presentado en la puerta de tu casa.

—Señor, aún tengo que informar al subinspector —dijo Greene, intentando interrumpir, pero Holly siguió adelante.

—Matones de Birmingham, crimen organizado, ese es mi terreno —dijo, casi con un gruñido, aunque cuando se giró de nuevo a mirar a Susan parecía otra vez relajado—. Así que tengo que preguntar qué tiene que ver la llegada de Susan Arkshaw con la muerte de Frank Thringley, los matones del norte de Londres y los sorbedores, y con la aparición de esos desgraciados aquí, y con el repentino estallido de violencia entre una serie de bandas de Londres, Birmingham, Liverpool, Mánchester, Leeds y Newcastle que no solían dar problemas. En otras palabras, de todas las ciudades importantes, ya que en Escocia y en Gales (o en el noventa y nueve por ciento de sus territorios) no parece que esté pasando nada.

—¿Qué? —preguntó Susan—. No tiene nada que ver conmigo.

—Bueno, como no hay nada escrito, ni declaraciones, como suele suceder con vuestro grupo, hasta esta mañana no me he enterado, y por fuentes informales, de que existías siquiera y de que estabas presente cuando Frank Thringley fue eliminado por nuestro amigo Merlín Saint Jacques, aquí presente.

—El asunto no le concierne y no debería haber sido informado de ninguna…

—Cállate, Greene. Ya te lo he dicho, he hablado con Merrihew y ella me ha autorizado a hablar con quien quiera.

Una vez más, ese tono de perro de presa desapareció en el momento en que se giró hacia Susan. Ella frunció el ceño, preguntándose por qué demonios se molestaría en cambiar de tono, como si no se diera cuenta de lo grosero que estaba siendo con Greene. Podía mostrarse encantador con ella, pero eso no impedía que viera que era un capullo integral.

—Bueno, eso fue hace una semana, así que quizá todas esas trifulcas no estén relacionadas. Pero esta mañana dos miembros de la Milk Bottle Gang se han presentado aquí con malas intenciones y se han llevado su merecido, por no hablar de que el señor Merlín, aquí

presente, estaba en la puerta con un cañón de mano, nada menos. ¿Por qué han venido hasta aquí? ¿Cuál es la conexión?

—¿Por qué no se lo pregunta, Reg? —sugirió Merlín, aunque ya conocía la respuesta.

—Se lo he preguntado, después de que los chicos de Greene lo hubieran intentado, y tenían la mente como un plato de puré de guisantes. No sabían dónde estaban, lo que estaban haciendo ni para quién lo hacían. Los habían manipulado, y entiendo que habrá sido alguien que se supone que vosotros, los libreros, tendríais que mantener a raya, o quizá fuera alguno de los vuestros incluso. Yo lo que querría saber es quién ha metido mano a la materia gris de mis matones de siempre.

—Nosotros también querríamos saberlo —dijo Susan—. Yo, en particular, preferiría que no volvieran a intentar secuestrarme.

—¿Y no sabéis nada que podáis contarme? —insistió Reg, poniendo lo que evidentemente él consideraba una cara de súplica, aunque sus orejas de coliflor y su nariz fracturada le daban el aspecto de un perro carlino algo demente.

—Yo no sé nada sobre las bandas de Londres, ni de ningún otro sitio —dijo Susan, que desvió la mirada para no cruzarse con la de Holly. Había percibido algo en aquellos ojos, un *flash* momentáneo. Por un segundo, el policía la había mirado como miraría un gato particularmente cruel a un pájaro herido.

—¿Y qué hay de ti y de los tuyos? —le preguntó Reg a Merlín, recuperando la expresión de oficial de policía, distante e impersonal —. ¿Algo que me puedas contar?

—No —dijo Merlín, muy seco.

—¡Tenéis que tener algo! —protestó Holly—. Mira, llevo en este trabajo dieciocho años, y todo ha ido como una seda. Sí, claro, ha habido delitos, las bandas hacen lo que hacen, pero siempre todo muy pulcro, todo queda entre ellos; y si no, al menos no sale de los bajos fondos. Raramente se producen asesinatos, ni palizas siquiera, que afecten a honestos ciudadanos de la calle. No hay nada que llegue a los periódicos ni a la televisión. Yo me jubilo dentro de seis meses. Hasta ahora tenía un historial perfecto, y hoy, de pronto, se va todo a

pique. Tenéis que saber algo. Susan, tú eres hija adoptiva de Thringley, o algo así, ¿no es cierto? Venga, necesito ayuda.

—¡Yo no soy hija de Frank Thringley, ni adoptada ni de ningún otro tipo! —replicó Susan—. Solo era un viejo amigo de mi madre.

—Oh, pues deben de haberme informado mal —dijo Holly—. ¿Quién es tu padre, pues? Solo tengo el nombre de tu madre. Vive cerca de Bath, ¿verdad? Bonita ciudad, una campiña preciosa.

Susan se preguntó si debía tomarse aquello como una amenaza de algún tipo, pero el tono de su voz no denotaba tal cosa, y sus palabras eran de lo más inocentes. Aun así, de algún modo estaba convencida de que podía serlo. En cualquier caso, ya empezaba a estar harta del superintendente en jefe Holly.

—No puedo ayudarle —dijo Susan con decisión—. Estoy realmente cansada. Voy a darme un baño y a meterme en la cama.

—Muy bien, muy bien —dijo Reg, levantando las manos al aire—. Puedes quitarte de encima al viejo poli pesado. Pero si realmente te preocupa que puedan intentar secuestrarte otra vez, más te valdría ayudarme. Yo puedo ayudarte. De hecho, ¿qué te parecería si le presto a Mira Greene un par de agentes para que mantengan controlado este lugar? No es que tenga nada contra la Unidad M, sin embargo, si se les ocurriera venir a un puñado de matones de los bajos fondos de Londres decididos a intentarlo de nuevo…, bueno, yo no querría correr riesgos.

—Lo tenemos controlado, gracias, señor —dijo Greene—. Y poner al corriente a cualquiera de sus agentes de los asuntos relacionados con el Mundo Antiguo iría en contra de las órdenes directas del comisario.

—Yo creo que los que deberían preocuparte, Susan Arkshaw, son los criminales de este mundo —le dijo Reg a Susan, haciendo caso omiso de lo que decía Greene—. Pero eres libre de cavarte tu propia tumba. Aquí tienes mi tarjeta, por si cambias de opinión.

Ni Susan ni Merlín alargaron la mano para cogerla, así que la dejó en la mesita auxiliar y salió de allí. Greene dio media vuelta y le siguió, y oyeron que los dos policías hablaban de camino a la puerta principal.

—No sabía que se jubilaba, señor. ¿Se va a la Costa del Sol?

—A la mierda, Greene. Ríete si quieres. Sabes que me quedaría si pudiera; me obligan a retirarme. Será en la costa de Cumbria, más probablemente, teniendo en cuenta lo que me quedará de pensión. Y no me gusta que sugieras que soy un corrupto. ¡Nada menos que la Costa del Sol!

—Buena suerte, señor.

El portazo dejó a medias el sonoro «¡Que la fo…!» de Holly.

Greene regresó al salón unos segundos más tarde.

—Siento lo ocurrido. Holly es como un zombi que no sabe reaccionar. El motivo de que las bandas no hayan creado problemas desde hace tanto tiempo es que él les deja hacer lo que quieren. Es un vago redomado, que siempre está en algún seminario, o de baja por enfermedad, o lo que sea. Y seguro que se deja sobornar; nadie podría ser tan poco efectivo de forma accidental. Ahora contadme qué demonios está pasando.

—Son asuntos de libreros —dijo Merlín.

—Pero cuando interfieren con los asuntos de la policía, también son asuntos míos —dijo Greene—. Ojalá tuvierais algún interlocutor que no fuera Thurston. O Merrihew, que nunca está en ninguna de las librerías, y cuando la llamo al campo, tardan media hora en conseguir que se ponga al teléfono, y me cuesta una fortuna. Hoy he tenido que llamar a Thurston tres veces, y las tres me han dicho que estaba demasiado ocupado para responder a mis preguntas.

—Está muy ocupado —confirmó Merlín—, desempaquetando la biblioteca personal de sir Anthony Blunt. O antiguo sir, supongo, ya que le retiraron el título de caballero.

—¿El traidor? ¿Tienen algo que ver los soviéticos…?

—No, por supuesto que no —respondió Merlín—. Lo siento. Thurston…, a mí también me pone nervioso. Pero no tiene nada que ver. Es solo que Blunt tenía una biblioteca impresionante, llena de primeras ediciones y de ejemplares de colección. Todos se han vuelto como locos en la Librería Nueva, y Thurston no puede dedicar una neurona a ninguna otra cosa. Ojalá se jubilara.

—¿Eh? ¿Tú crees que lo hará alguna vez? Los datos que tengo son muy limitados, de lo que he podido encontrar por mi cuenta, en el

trabajo, aunque, según parece, Thurston y Merrihew dirigen las operaciones de los Saint Jacques desde 1887.

Susan dio un respingo, sorprendida.

—¿1887?

—Sí, más o menos es eso —dijo Merlín, con gesto cansino—. En el caso de Thurston. Merrihew lleva aún más tiempo al mando de los zurdos. Desde 1815, unos meses después de Waterloo. Algunos de los nuestros viven mucho. Si no nos matan, claro. Mire, es mejor que no sepa lo que podría estar pasando. Quiero decir que, a pesar de su trabajo y todo eso, no deja de ser una mortal, y por norma general cuanto más se sabe, más peligro se corre.

—Así es mi trabajo —dijo Greene—. ¿La señorita Arkshaw corre peligro?

Merlín vaciló un momento.

—Yo creo que sí, aunque los mayores dicen que no. Voy a hacerle de guardaespaldas por un tiempo: me quedaré aquí esta noche. Y los taxis van a ir pasando periódicamente.

—La señora London me ha dicho que alguien intentó franquear las guardias esta noche —dijo Greene—. Según parece era algo que llamáis kexa. Mi predecesor nunca me habló de kexas, pero, claro, mi periodo de formación fue de risa, y tampoco he podido encontrar ninguna referencia. ¿Qué es un kexa?

—La señora L tiene un oído de primera —protestó Merlín—. Un kexa es un gato cicuta. Y puede ver lo que es en *La rama dorada*…, no, espere…, tiene razón, no aparece en la versión que se llevó a la imprenta. Bueno, el caso es que un kexa es un lacayo invocado para que emerja de la sagrada urna fúnebre de un gato faraónico; los romanos trajeron unos cuantos desde Egipto, sin embargo, a lo largo de los años nosotros hemos ido haciéndonos con la mayoría. Es evidente que no con todos. Es una criatura muy peligrosa, pero no pudo entrar, y solo merodean de noche, cuando el cielo está claro y cuando no hay ni luna llena ni luna nueva.

—Como anoche —dijo Greene—. ¿Se le puede pegar un tiro? Quiero decir… ¿Las balas pueden matarlo?

—En teoría sí —dijo Merlín—. Pero es muy difícil acertar, porque se

mueven entre este mundo y otro lugar que no está…, bueno…, aquí. Aunque supongo que sería más fácil que enfrentarse a los niños de la calle.

—¿Por qué? —preguntó Susan.

—Porque para cargarte a un goblin necesitas algo antiguo. De hierro frío o de acero…, y tiene que ser un acero preindustrial, de más de tres siglos de antigüedad. O piedra o madera antiguas. Como el bastón de endrino de Audrey.

—¿Corre peligro la gente de la calle por lo que sea o quien sea que vaya detrás de Susan? Y hablando de goblins, tengo entendido que se ha producido un hecho excepcional en Mayfair esta mañana.

—Ningún viandante ha corrido peligro —dijo Merlín—. Los niños de la calle nos buscaban a nosotros exclusivamente. Se nos llevaron de este tiempo y ofuscaron la mente de todos los que estaban cerca durante los pocos segundos que necesitaron para conseguirlo.

—Salvo la de esa turista estadounidense —precisó Susan, bostezando—. Pero supongo que pensará que ha sido una ilusión óptica por efecto del *jet lag*, o algo así.

—¿Crees que la situación de la señorita Arkshaw…?

—Llámeme Susan. Ya lo hacía antes.

—¿Crees que la situación de Susan, sea la que sea, se puede resolver en un futuro próximo? ¿En breve?

—No lo sé —respondió Merlín—. Pero tal como suelen decir ustedes, la investigación avanza.

—Quizá todo se calme pronto —dijo Susan, no muy convencida—. Y que pueda ir en busca de mi padre… Bueno, tengo que subir. No me aguanto de pie.

—Iré a ver cómo va un poco más tarde —dijo Merlín—. Esto…, no te olvides tu bolsa de críquet.

—Ah, sí, tienes razón —respondió Susan, que cogió la bolsa con las espadas y su ropa, haciendo caso omiso de la mirada inquisitoria e incrédula de Greene.

Salió de la sala y a punto estuvo de chocar con la señora London, que tenía en la mano un plumero rosa y fingía quitar el polvo al pasillo. Míster Nimbus estaba en las escaleras: era un gato muy

elegante, negro con calcetines blancos. Miró a Susan con los ojos entrecerrados. No exactamente con gesto de desconfianza, sino más bien de precaución, como si pensara que necesitaba tener ambos ojos puestos en ella, que con uno no bastaba.

—Buenas noches, señora London —dijo Susan—. Hoy me recojo pronto.

—Bien hecho —respondió la señora London—. ¿Quieres que te lleve una taza de té?

—No, pero se lo agradezco. Me daré un baño rápido y luego me iré a la cama enseguida. Tengo la impresión de que estaré dormida antes de que la cabeza entre en contacto con la almohada.

—«¡Ven, sueño, oh, dulce sueño, el lazo infalible de la paz!» —recitó la señora London, para sorpresa de Susan.

Ya estaba en la cama cuando Merlín llamó a la puerta.

—¿Susan? Soy yo, Merlín. ¿Puedo entrar?

—Hum, sí —dijo Susan, algo nerviosa, y molesta consigo misma por estar nerviosa—. Estoy en la cama.

Merlín abrió la puerta y pasó la mano por el borde, encontró el pestillo y lo corrió adelante y atrás varias veces. No de forma sugerente.

—No cierres con pestillo a menos que yo te lo diga. Y ten la ropa y las botas a mano. Por si tenemos que marcharnos deprisa.

Susan, que se sentía muy a gusto en la cama después de haberse dado un baño relajante, hizo un esfuerzo y levantó la espalda del colchón. De pronto se dio cuenta de que no se había puesto para dormir una de sus camisetas de grupos rock, sino que llevaba una enorme con una imagen de los Teleñecos, pero se recordó que de todos modos no quería nada con Merlín. ¿O sí? Una vocecita en su interior le decía que probara suerte: ¿qué era lo peor que podía pasarle? Que su madre hubiera tenido malas experiencias con hombres muy atractivos no significaba que a ella tuviera que pasarle lo mismo.

—¡¿Qué?! Quieres decir… ¿Tú crees que va a pasar algo más? ¿Aquí?

—No, pero quiero estar preparado —respondió Merlín—. Como un

buen *boy scout*, ya sabes. Y…, esto…, ha llamado Vivien. Una de las guardias de la Northumberland House estaba en mal estado. No era una tubería ni un desagüe. Una guardia que se supone que debe evitar el paso por una puerta de servicio a la sala que controla el aire acondicionado de toda la planta. Alguien vertió sangre fresca mezclada con azogue (lo que tú llamarías mercurio) por debajo de la puerta, lo que puede mermar una guardia de poca potencia…

—¡Sangre fresca!

—Hum, sí. Debieron de matar a alguien unos minutos antes, y muy cerca de allí, aunque aún no hemos encontrado ningún cadáver. En cualquier caso, la guardia estaba desactivada, de modo que podría haber pasado cualquiera con malas intenciones, lo cual en principio no parecía suponer ningún problema, porque según los planos no había ninguna conexión entre esa sala de control y el hotel en sí, pero Viv ha encontrado un espacio por el que podrían reptar y acceder a la lavandería, de modo que…

—Podría haber sido un revivido.

Susan se puso en pie de un salto, abrió la bolsa de críquet y sacó el sable que ya consideraba suyo.

—Sí. Probablemente sea buena idea —dijo Merlín, sacando su propia espada.

Susan dejó el sable apoyado en la cama, con la empuñadura a mano, y se volvió a meter bajo las sábanas. Sus botas y el mono que se había quitado —y también la ropa interior que había llevado ese día, algo que la incomodaba un poco— estaban amontonados al pie de la cama, así que podría vestirse a toda prisa si la ocasión lo requería.

—Esta casa tiene guardias de gran potencia en todo el contorno, y también alarmas contra los intrusos más habituales —dijo Merlín—. Vivien vendrá a comprobar el estado de las guardias. La inspectora Greene también ha decidido quedarse, y habrá patrullas de policía en la plaza. Yo preferiría que ella no estuviera aquí si aparece algo de lo que me tenga que encargar personalmente, pero según parece puede resultar muy útil en caso de que nos ataque algún gánster. Yo estoy en la habitación de al lado, por cierto, y Mira estará al otro lado del pasillo…

—¿Así que de pronto es Mira? —preguntó Susan, que no pudo evitar pensar que la inspectora era algo mayor para sucumbir a los encantos de Merlín. Debía de tener treinta años, o quizá más.

—En ocasiones nos llamamos por el nombre de pila —dijo Merlín, muy serio—. Pero es una relación profesional, ya sabes. El caso es que en la casa no hay nadie más, salvo por la señora L. Los rusos y el activista antinuclear han sido reubicados temporalmente.

—¿Por qué? ¿Corrían demasiado peligro?

—Sí —respondió Merlín—. Y el caso es que no tenían que estar aquí, según nuestro acuerdo con la policía. Se ve que la Sección Especial intenta ahorrar un poco en el presupuesto a nuestra costa. Pero no pasará nada. Duerme un poco. ¿A qué hora empiezas a trabajar, por cierto? Y…, bueno, ¿dónde es exactamente?

—A las once —respondió Susan—. En el Twice-Crowned Swan. Cloudesley Street.

—Bueno, pues nos vemos en el desayuno, pongamos que a las ocho y media, una hora civilizada —respondió Merlín—. ¿Quieres un besito de buenas noches, por cierto?

—Me parece que no —dijo Susan, tras pensarlo un momento. Seguía imponiéndose la prudencia, aunque suponía un considerable ejercicio de fuerza de voluntad y de sentido común—. Tengo la impresión de que tus besos de buenas noches podrían acabar quitándome el sueño.

—En otra ocasión, quizá —dijo Merlín, sonriendo, y salió por la puerta.

Un poco más tarde volvieron a llamar a la puerta. Susan se despertó sobresaltada; la habitación estaba a oscuras, salvo por la escasa luz procedente de la plaza, que creaba numerosas sombras amenazantes.

—¿Susan? Soy Vivien. ¿Podemos hablar un segundo?

Medio adormilada, Susan se sentó en la cama y se frotó los ojos. Sin pensarlo siquiera, la mano se le fue hasta la empuñadura del sable que tenía junto a la cama.

—Sí. Pasa.

La puerta se abrió y apareció la silueta oscura de Vivien a contraluz, iluminada por detrás por las lámparas del pasillo. Se había quitado el traje y ahora vestía vaqueros oscuros, una camisa caqui y una

chaqueta de cuero antigua forrada de borreguillo. Por un momento, Susan pensó que era Merlín, haciéndose pasar por su hermana por algún motivo.

—Siento despertarte —dijo Vivien—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió Susan, frotándose los ojos otra vez y acabando de despejarse—. ¿Y tú?

Vivien no respondió directamente, ni se movió del umbral de la puerta.

—He comprobado las guardias de toda la casa y todas están en buen estado —dijo—. Pero…

—¿Qué? —replicó Susan, que no llevaba muy bien eso de que la despertaran tanto.

—Nosotros…, los diestros…, solemos tener premoniciones; algunos incluso tenemos visiones —dijo—. Sobre el posible futuro… y sobre el pasado. Como el primo Norman, que creo que el idiota de Merlín te lo describió como un «oráculo inverso».

—¿Y?

—Pues que he tenido una. No exactamente una premonición. Una fuerte sensación de que debería darte algo, solo que no sé si es lo correcto.

—¿De qué se trata?

Vivien frunció el ceño. Susan nunca la había visto tan indecisa. Al igual que Merlín, siempre parecía absolutamente competente. Y, sin embargo, ahora estaba ahí de pie, en el umbral, apoyada en un pie, vacilando.

—Venga. Ya me has despertado. ¿De qué se trata?

Vivien hizo una mueca, como si de pronto hubiera sentido un dolor penetrante, agónico, pero por fin dio un paso adelante y le tendió tres sobrecillos de sal de Wimpy y un untador de mantequilla con el mango de hueso.

—Lleva esto encima —dijo—. El cuchillo es del mejor acero de Sheffield y tiene un buen filo, así que puede servir para sacar sangre.

—¿Eh? ¿Y por qué iba a querer sacarme sangre? —preguntó Susan sin coger lo que le daba—. Oh, lo que dijo tu abuela…, sal, acero y sangre… Pero ¿qué significa?

—Es un método usado por los soberanos de antaño, entre otros, para someter a gente… y a cosas… y ponerlos a su servicio —dijo Vivien—. Uno de los modos más seguros y más fáciles, si llegas a desarrollar ese poder. Mezcla un poco de tu sangre con sal sobre la hoja del cuchillo; pídeles que se la traguen, si están dispuestos a hacerlo. O frótala sobre una herida abierta, o acuchíllalos, si no se muestran dispuestos a colaborar. Tu sangre, la sal y el acero vincularán a la persona o la cosa que tú decidas, con algunas excepciones. Al mismo tiempo tienes que darles una orden. Algo como «Ahora me servirás a mí» o «Yo soy tu ama», ya sabes, algo así.

—«¿Yo soy tu ama?» ¡No quiero someter a nadie ni a nada! —exclamó Susan, escandalizada—. ¿Qué pasaría después? ¿Me seguirían a todas partes, ofreciéndose para ayudarme, con la cabeza gacha… o algo así?

—No —dijo Vivien—. Puedes liberarlos cuando quieras. Eso es sencillo: solo tienes que apoyar la mano en su cabeza (o lo que tengan más parecido a una cabeza) y decir algo de tipo: «Por mi sangre, la sal y el hierro, te libero». O puedes ordenarles que vivan su vida hasta que los llames, o que duerman hasta que los necesites, o lo que quieras, básicamente. Y el vínculo se debilitará con el tiempo, si no se renueva o si no se emplea ningún otro método para reforzarlo.

—¿Y podría hacérselo a quien fuera? ¿Eso de extendérselo sobre una herida? ¿Podría arañar a alguien en sueños y untarle la mezcla, por ejemplo?

—Sí. Si es que has heredado el poder de tu padre —dijo Vivien—. Quizá no lo tengas.

—¡Esto es horrible! —replicó Susan—. ¡No quiero tener el poder de someter a la gente, a ninguna entidad, a nadie!

—Todo podría ser puramente teórico. Y aunque consiguieras el poder, eso no quiere decir que tengas que usarlo —dijo Vivien—. Pero yo creo que has de saber que existe la posibilidad…

—No la quiero —espetó Susan, echándose de nuevo en la cama y cubriéndose la cabeza con las sábanas—. No quiero el cuchillo ni esa estúpida sal. ¡Vete y déjame dormir!

—De acuerdo —dijo Vivien—. Perdona.

Se giró para marcharse y se topó con el mono de trabajo que había quedado tirado por el suelo a los pies de la cama. Dudó un momento, pero luego se agachó y metió los sobrecitos de sal en un bolsillo lateral, y el cuchillo en un bolsillo largo y fino hecho para contener una regla. A Vivien se le escapó una sonrisa socarrona… Susan podía acabar teniendo que recurrir a aquello, por mucho que ahora le pareciera impensable. Salió de la habitación y cerró la puerta con delicadeza.

Merlín estaba en el vestíbulo. Se había cambiado y ahora llevaba pantalones oscuros, deportivas negras y un suéter de cuello alto negro bajo un chaleco antibalas con la palabra «Policía» delante y detrás. Tenía la vieja espada colgada a la derecha del cinto, y la Smython, en su funda a la izquierda, con la culata hacia delante, al estilo de los viejos pistoleros. Era evidente que esperaba problemas, pese a lo que decían los demás.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—No lo quería —dijo Vivien—, pero le he metido el cuchillo y la sal en los bolsillos de su mono.

—Aún no sé cómo pudo encontrar un mono de su talla —observó Merlín.

—Espero no haber cometido un grave error —murmuró Vivien.

—Tu media de aciertos en las premoniciones está en un ochenta por ciento, más o menos —señaló Merlín—. Recuerda cuando papá casi nos pilla, hace tres años, aquella vez que le estábamos robando una botella de champán muy especial de su bodega. Si no hubieras percibido su regreso, se habría puesto como una fiera.

—El Dom Pérignon de 1959 —recordó Vivien, con un suspiro—. Aunque no supimos apreciarlo.

—Habla por ti —dijo Merlín—. Pero vamos a lo que nos ocupa: ¿tienes alguna sensación «específica» de por qué iba a necesitar Susan la sal y el acero? ¿Algo decisivo?

—No —dijo Vivien, y en ese momento tembló—, aunque tengo un presentimiento de peligro.

—Ya. Pero ¿cuándo y dónde?

—No lo sé. Quizá debiera quedarme aquí también —dijo Vivien—.

Iba a volver a la Librería Nueva para comprobar los registros de Harshton & Hoole, a ver si tenemos algo sobre esa pitillera. Un dibujo de una montaña, y un regalo para sellar un pacto o un acuerdo, no puede ser muy común. Quizás haya algo de correspondencia al respecto, lo que significa las microfichas, ya que todo lo anterior a 1979 ha ido a parar a la mina de sal.

—Tú lo encontrarás antes que yo —dijo Merlín.

—Obviamente —respondió Vivien, levantando la mano derecha—. Así pues, ¿me quedo o me voy?

—Vete. Las guardias están bien. Barlow está aquí, también la señora L, y tenemos las alarmas. Los tres taxis están de ronda toda la noche, y hay un turno extra del D11 de guardia (dos coches de la comisaría de Islington), por si son los gánsteres los que suponen la mayor amenaza, tal como cree el superintendente en jefe Holly.

—¿Quién?

—El superintendente en jefe Holly. Es el jefe de la División de Crimen Organizado, aunque hace unos años ocupaba el puesto de Greene. Ha pasado por aquí, haciendo preguntas.

—Eso es muy poco frecuente —observó Vivien—. No hay precedentes.

—Greene dice que es un vago y que está a punto de jubilarse, que solo hace el paripé. Está molesto porque han aumentado los casos de violencia entre bandas y él cree que tiene que ver con Frank Thringley. Y con Susan. Porque ella estuvo allí, y porque esos gánsteres de Birmingham han intentado llevársela.

—Otra vez la conexión con las bandas —dijo Vivien—. Ya de paso, miraré lo que tenemos sobre Holly.

—Reg Holly —dijo Merlín—. Pero ve con cuidado: no pidas su dosier por el canal habitual. Greene dice que es influyente. Y parece que se lleva bien con Merrihew.

—Vale. Veré qué encuentro, y pasaré por aquí a primera hora de la mañana, antes de ir a trabajar a la librería. ¿Piensas dormir algo?

—Puede que no —respondió Merlín.

—Tienes que cuidarte, tontorrón —dijo Vivien, mientras echaba a andar por el pasillo. En lo alto de las escaleras se detuvo y se giró

hacia su hermano—. Y cuida a Susan. Me gusta.

—A mí también —dijo Merlín, que al momento frunció el ceño, preguntándose por qué sería: Susan no se parecía en nada a nadie con quien hubiera tenido trato antes, ni en su aspecto ni en su procedencia ni en su modo de comportarse. Era atractiva, desde luego, pero no era solo eso. Le gustaba cómo se movía, cómo hablaba y cómo había asimilado todo lo que le había ido pasando, con lo extraño que debía de resultar para alguien que no había tenido nunca contacto alguno con el Mundo Antiguo.

Fuera lo que fuese lo que empezaba a sentir por Susan, Merlín era consciente de que no era algo sin importancia. No obstante, él no era de los que se implicaban; no quería nada más de lo que tenía. Nunca lo había necesitado, al menos hasta ahora…

13

Por el muro una sombra trepa,
otras en la casa penetran.
Danzan y saltan, caen y se alzan,
pero todas necesitan luz y no tiniebla;
ninguna avanza por una noche negra.

Susan volvió a despertarse en plena noche. Por un momento, no supo qué era lo que le había despertado, hasta que estuvo lo suficientemente consciente como para reconocer una campanilla, una campanilla muy estridente, como una alarma de incendios, aunque algo amortiguada. Venía de algún punto de la parte baja de la casa. Dos segundos después, Merlín llamó a la puerta. Con golpes fuertes y mucha urgencia.

—¡Susan! Soy yo. ¡Levántate y vístete!

Un momento después abrió la puerta y se fue corriendo hasta la ventana trasera, que daba al jardín, levantando la mano para protegerse los ojos de una repentina luz blanca muy penetrante que invadió toda la parte trasera. Con la puerta abierta, el estruendo de la alarma se volvió aún más intenso.

Susan bajó de la cama de un salto y se puso la ropa interior sin molestarse en quitarse la camiseta de los Teleñecos, en un reflejo automático, y luego se puso el mono de trabajo encima, recogiendo los bordes de la camiseta y encajándolos dentro.

—¿Qué está pasando?

—Se han activado las alarmas perimetrales traseras. Cuando lo hacen, encienden las luces de atrás y suena la alarma en la habitación de la señora L —dijo Merlín, apostado junto a la ventana, asomando la cabeza con precaución.

—Baja la cabeza, no te acerques.

Susan estaba concentrada en atarse los cordones de sus Docs.

—¡Mierda! —exclamó Merlín, que se apartó de la ventana y se fue corriendo por la puerta para gritar por el hueco de la escalera—: ¡Greene! ¡No dispare hasta que estén dentro de la propiedad! No…

Le interrumpió el estampido de cuatro disparos en rápida sucesión. Merlín volvió a la ventana y miró otra vez.

—¡Maldita sea! Muy listos. Susan, coge tu espada y atranca la puerta.

—¿Qué está pasando?

—Efecto pantalla. Dos pistoleros, disfrazados con túnicas y con azogue en las manos. Con los disparos de Greene han derramado su sangre en el perímetro; la sangre y el mercurio desactivarán esas guardias, aunque sea brevemente y… Lo que yo pensaba… Es un revivido. ¡Atranca bien la puerta!

Salió y se quitó el guante, dejando a la vista su mano izquierda, plateada y brillante. Susan cogió su sable, lo desenvainó y fue a echar el pestillo a la puerta. Luego volvió a la ventana, con el corazón latiéndole en el pecho más rápido que nunca.

Imitó a Merlín y se apostó a un lado de la ventana, asomándose a mirar con suma precaución. Vio a un hombre vestido con una bata de hospital azul que ondeaba al viento. Avanzaba lentamente, como desorientado, iluminado por la cegadora luz. Parecía un borracho que hiciera esfuerzos para caminar recto, hasta que vio que la cabeza se apoyaba de un modo extraño sobre el cuello, y luego, perpleja, observó que la sombra que arrojaba no era humana en absoluto, sino más bien una masa de tentáculos que se retorcían como espirales de humo, que solo se conectaba con los talones del hombre y que no reflejaba la silueta de su cuerpo ni sus movimientos.

Se oyeron más disparos y Susan contuvo la respiración. Alguien —Greene, o la señora London— estaba disparando desde la puerta de atrás. Vio que las balas impactaban en la cabeza y en el pecho del intruso, del que salían despedidos fragmentos de carne y hueso, pero no había sangre, y el revivido apenas se tambaleó, como si simplemente luchara contra una ráfaga de viento.

De pronto apareció Merlín con su espada. Corrió con una agilidad

inesperada, pasando junto al revivido y lanzando su espada contra las rodillas del monstruo, pero este de pronto aceleró, saltó sobre la hoja cortante y giró sobre sí mismo, y a punto estuvo de agarrar a Merlín, que consiguió esquivarlo. El chico se giró y hubo un intercambio de golpes de espada y de garras, muy rápido. La espada arrancó fragmentos del revivido, pero era como tallar astillas de una figura de madera, y Susan volvió a contener la respiración al ver al revivido; le faltó poco para agarrar a Merlín del brazo. Instintivamente, supo que, si conseguía aferrarlo, no lo soltaría.

Merlín retrocedió hacia el cobertizo del jardín; Susan comprendió que estaba intentando alejar al revivido de la casa. Sin embargo, el intruso tenía clara su misión. Avanzó un paso hacia el librero, pero de pronto dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta trasera, donde se encontró con la señora L armada con un espadón, una imitación de los medievales que se blandían a dos manos. Consiguió llevarse un trozo del hombro del revivido, pero no tenía la velocidad de un librero zurdo. El revivido se agachó y le dio un puñetazo en el costado, lanzando a la mujer al huerto. Cayó al suelo pesadamente y quedó tendida, inmóvil.

Sin embargo, la señora London había conseguido frenarlo, quizás a costa de su propia vida. Merlín llegó por detrás y, girando sobre sí mismo, le soltó un tremendo golpe en el cuello con la espada. El cuello del revivido ya tenía un corte anterior, probablemente el que le había causado la muerte a aquel hombre, y el mandoble lo decapitó: la cabeza salió volando y fue a dar contra la valla.

Aun así, el cuerpo decapitado se revolvía, intentando agarrar a Merlín. Atónita, Susan observó mientras el muchacho troceaba el cuerpo a golpes de espada, una y otra vez, fragmentando los brazos y las piernas, cambiando de lado y dando pasos atrás para que no pudiera agarrarle. Algo más allá, junto a la valla, la cabeza sacaba la lengua y abría la mandíbula una y otra vez, intentando en vano girar sobre sí misma para ver, pero tenía los ojos medio hundidos en la tierra.

Mientras tanto, en la habitación, Susan oyó un ruidito que le hizo darse la vuelta. Unos golpecitos, *toc, toc*, un suave tamborileo, como

amortiguado. Con la poca luz que había no pudo ver nada, pero oyó otro golpecito suave, bastante cerca.

Le cayó algo en el rostro. Se llevó la mano a la mejilla y notó que era algo líquido. Levantó la vista, repasando mentalmente las posibilidades a toda prisa. No había llovido demasiado, nunca había tenido goteras…

De pronto cayó junto a la puerta un gran pedazo de escayola y de madera del techo, levantando una nube de polvo de yeso. Del boquete empezó a caer sangre a chorro —Susan sabía que no podía ser otra cosa—, la misma sangre usada para atravesar las guardias de protección del tejado. Un momento más tarde, le siguió el estruendo del impacto en el suelo del cuerpo de un hombre muerto o moribundo. Aun con la poca luz que había, Susan pudo ver que le habían cortado la garganta de lado a lado. De una especie de chaleco salvavidas que llevaba, que también presentaba un profundo corte, caía lentamente un chorrito de mercurio. El rastro plateado se mezclaba con la sangre, que se extendía rápidamente. Susan levantó la espada y se preparó para defenderse, al tiempo que gritaba con todo el aire de sus pulmones y con toda la fuerza de los músculos de su garganta:

—¡Merlíííííín! ¡Merlíííííín!

Empezaron a caer goblins por el agujero, montones de ellos, de dos en dos o de tres en tres, un torrente de goblins que aterrizaban unos sobre los otros, rodando, saltando y riéndose, pero con una risita apenas audible, distante, como amortiguada. Físicamente eran como los niños de la calle de la Feria de Mayo, con esa cara de pilluelos, el rostro enjuto y las mejillas rosadas, aunque estos solo llevaban unos delantales de cuero que se les levantaban por los extremos según iban cayendo y rebotando por el suelo, mostrando unas piernecitas como palillos que se unían al torso, sin barriga intermedia y sin genitales. Como unas Barbies o unos Madelman encogidos por arte de magia y convertidos en criaturas de carne y hueso.

Susan golpeó al primero con la espada y se preparó para el contacto, el chorro de sangre, el horror. Pero la hoja atravesó al goblin y su delantal de cuero como si fueran humo. Al no encontrar resistencia, Susan se desequilibró y a punto estuvo de dar una vuelta

sobre sí misma.

En un instante tuvo a los goblins encima; no les costó nada agarrarla por todas partes. Susan soltó la espada, que no le servía de mucho contra aquellos extraños seres, y empezó a soltar patadas y puñetazos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Goblins!

Los goblins la agarraron de los brazos y de las piernas, tirando de ella hasta tumbarla en el suelo. En cuanto lo consiguieron, la amordazaron con la funda de su propia almohada y le ataron los tobillos y las muñecas con cordones de cuero, inmovilizándola, para luego levantarla y sujetarla sobre sus cabezas, como si fuera una cantante de *rock* dejándose llevar por el público en un concierto. Por el agujero siguieron cayendo goblins, que formaron una pirámide, colocándose unos sobre otros. Susan fue pasando de unos a otros; la izaron hasta pasarla por el agujero del techo. Las vigas estaban rotas y habían desaparecido numerosas tejas. Allí cerca había otro cadáver, el de un joven *skinhead,* un adolescente con el cuello cortado. Evidentemente habían usado su sangre para atravesar las protecciones. A su lado había una botella de mercurio vacía con una calavera y unos huesos cruzados en la etiqueta de laboratorio.

Los goblins se llevaron a Susan hasta el tejado. Ella intentó arquear la espalda para liberarse, para obligarlos a caer de nuevo por el agujero, pero la sujetaban al menos una docena de goblins, seis por cada lado. Avanzaban con agilidad a pesar de la inclinación del tejado, y se la llevaron a la casa de al lado. A ambos costados había restos de una alambrada de concertinas que antes protegía el acceso. Susan siguió revolviéndose y consiguió quitarse la mordaza que le habían atado a toda prisa, pero tenía la boca seca y estaba sin aliento. Los goblins seguían avanzando a paso ligero por el tejado de la casa vecina, y de ahí a la siguiente y a la de más allá, hasta llegar a la azotea de la última casa de la manzana, donde había una escalera de cuerda por la que la bajaron al jardín. Susan cerró los ojos, convencida de que la dejarían caer. Sin embargo, los goblins tenían una fuerza tremenda para lo pequeños que eran, y resultaban muy hábiles. Se agarraron a los travesaños con sus enormes mandíbulas y con una

mano, mientras sujetaban con fuerza a Susan con la otra, en fila de a cuatro.

La situaron en el centro del jardín y dieron un paso atrás, pero de pronto salieron corriendo en todas direcciones, como cucarachas asustadas al ver la luz.

Por un momento, Susan pensó que Merlín habría acudido al rescate, pero luego consiguió girarse y levantar la vista; vio la oscura silueta de un lobo realmente enorme. Tenía el tamaño de un microbús y ocupaba prácticamente la mitad trasera del jardín. Sus ojos, más grandes que las luces de las farolas de la calle, eran de un rojo apagado, como las brasas de una hoguera. Tenía la enorme boca abierta, y sus dientes eran de un marfil amarillento y largos como un antebrazo; su lengua, larguísima, se retorcía como una serpiente oscura.

—¡Merlín! —gritó Susan, que por fin había recuperado la voz.

Se retorció, intentando alejarse del enorme lobo, moviéndose como una lombriz, pero la bestia apoyó una enorme pezuña sobre su cuerpo, inmovilizándola; bajó la cabeza, abriendo la inmensa boca. Susan levantó los pies, que tenía atados, y le soltó una patada en la mandíbula. Sin embargo, la patada no impactó contra una masa de carne y pelo. Fue más bien como lanzarse al agua fría desde cierta altura, una sensación refrescante pero impactante a la vez, y sintió un repentino hormigueo que le subía desde los pies y por las pantorrillas.

El lobo bajó la cabeza aún más, hasta agarrar a Susan con la boca, pero presionó lo justo, sin cerrar las mandíbulas, para poder recogerla con delicadeza. Susan dejó de retorcerse al ver lo que estaba ocurriendo, y el lobo cerró un poco más la boca para sujetarla bien. Si iba a comérsela, podía engullirla sin más, sin tomar tantas precauciones.

Tenía razón. El lobo se la colocó bien en la boca y la levantó lentamente, con la cabeza y los pies de Susan asomando a ambos lados de la boca. Desde luego no tenía la sensación de estar en las fauces de un ser vivo. Aunque estaba bien agarrada, la sensación era muy extraña, como si los dientes del lobo no estuvieran allí del todo, como si no estuvieran presentes en el mundo real. Susan tuvo la

desagradable sensación de estar flotando en algo parecido al aceite, algo mucho más denso que el agua, con una presión de la que resultaba imposible liberarse.

Permaneció inmóvil mientras el lobo ladeaba lentamente la cabeza, desplazándola un poco hacia atrás para asegurarla justo detrás de sus enormes caninos.

—¡Susan!

Era la voz de Merlín. Por el sonido, debía de estar en el tejado de la casa. Susan se giró y gritó, pero el lobo ya se había puesto en movimiento, girando sobre sí mismo. Se tensó para dar un salto, se oyó una especie de golpe amortiguado y el lobo soltó un gemido que Susan no solo oyó, sino que sintió. Luego dio un salto y le tocó el turno de chillar a ella, con el dolor que le produjo el aterrizaje, a pesar del efecto amortiguador de las extrañas mandíbulas del lobo.

El salto los llevó a Waterloo Terrace, a cincuenta o sesenta metros. Inmediatamente el lobo aceleró y adoptó un trote ligero, pero manteniendo la cabeza todo lo inmóvil que podía para no hacerle daño. Susan vio las farolas que iban dejando atrás; no podía calcular la velocidad, aunque le pareció que iban muy rápido. Adelantaron a un coche, y luego a otro, y el lobo giró hacia el norte, por Upper Street.

Allí encontraron una larga fila de coches y camiones, pero al lobo no pareció importarle, y se abrió paso rodeando los vehículos más lentos, usando ambos lados de la calle e incluso saltando por encima de los vehículos, en caso necesario. Los conductores no lo veían, ni reaccionaban ante su presencia. No hubo ningún quiebro ni ningún frenazo de emergencia. Susan cerró los ojos para no ver sus maniobras de adelantamiento, las veces que el lobo calculaba mal y estaba a punto de chocar contra algún automóvil en dirección contraria. Aunque los humanos no pudieran ver al monstruo, este intentaba evitar cualquier colisión, lo que resultaba un alivio. El lobo seguramente sobreviviría a cualquier impacto. Ella seguro que no.

El lobo no se paraba en los semáforos en rojo. Corría tan rápido y el ángulo al que la tenía agarrada la tenía tan confundida que no podía distinguir bien los edificios y las luces que veía, con lo que no tenía ni

idea de adónde iban, hasta que giraron en Highbury Corner y se situó.

El lobo había tomado la A1, que subía por Holloway Road. Hacia Highgate y la casa de Frank Thringley, pensó Susan. Allí donde había empezado todo.

Susan movió las muñecas en busca de algún borde afilado de un diente con el que segar las cuerdas, sin embargo, no encontró nada parecido. Veía los dientes gigantes perfectamente, sabía que estaba atrapada entre ellos, pero, cuando movía las manos atadas contra la superficie de los dientes que tenía debajo, solo sentía la resistencia de algo blando. Conseguía hundir un poco las manos, solo por un momento, aunque lo único que conseguía era que le dolieran los brazos por el esfuerzo.

Susan dejó de mover las manos e intentó ladear la cabeza para ver mejor adónde se dirigían. Al principio solo veía las calles y el tráfico de Londres, pero luego vio el gran viaducto de Archway Road, lo que confirmó sus sospechas sobre el destino al que se dirigían, pero solo de momento, ya que algo más tarde observó, sorprendida, que el lobo «no» giraba por Muswell Hill Road, sino que seguía avanzando por la A1.

Y siguió adelante, en dirección a la M1, la autopista de Londres a Yorkshire.

Al norte, siempre al norte.

Merlín soltó un improperio cuando el fenris huyó de un salto con Susan entre sus poderosas mandíbulas, llevándose su espada clavada en el flanco izquierdo, aunque él había intentado darle en la parte trasera de la cabeza. La herida lo frenaría un poco, pero no había indicios de que eso fuera a ocurrir enseguida, y la espada había quedado tan clavada en su carne que también sellaba la herida, de modo que no habría ningún rastro de sangre evidente que pudiera seguir.

Que pudiera seguir alguno de los diestros, claro, dado que él no sabía cómo seguir el rastro de icor de un ser mítico que existía y a la vez no existía en el mundo contemporáneo.

Corrió de nuevo por los tejados y se dejó caer por el agujero del techo. El cadáver que se encontró era de un *skinhead*, con imperdibles

en la oreja y cadenas colgándole hasta la altura de a cintura. Probablemente sería alguien de por allí, que no tendría ni idea de que iba a ser sacrificado para conseguir que los goblins pudieran atravesar las guardias del tejado. Los matones que habían muerto en el jardín trasero, abatidos por la inspectora Greene, probablemente tampoco lo sabían. Aunque se preguntaran por qué los obligaban a ponerse aquellas extrañas túnicas con tubos rellenos de mercurio. Merlín se preguntó si de verdad Greene no sabía que no había que derramar sangre sobre las guardias, o si en realidad no estaría implicada en lo que ya tenía claro que era una conspiración. Aunque quizá la misma persona que había planeado aquello ya tenía pensado dispararles por la espalda igualmente, para derramar tanto el azogue como la sangre, y Greene simplemente se había adelantado.

Bajó hasta la habitación de Susan y vio que el hombre muerto también vestía un chaleco cargado con mercurio. Era un tipo de mediana edad, llevaba una funda con un par de tenazas cortaalambres y anillos tatuados en los dedos, lo que le distinguía como miembro de una entidad maléfica. De los que los Saint Jacques llamaban «cultistas de la muerte». Este sí sabría para qué era el chaleco y se habría ofrecido voluntariamente para el sacrificio. Probablemente había sido él quien había matado al *skinhead* en el tejado antes de someterse a un destino libremente elegido.

La alarma seguía sonando con fuerza en el pasillo, y Merlín oyó varias sirenas acercándose.

Corrió escaleras abajo y se encontró a Greene hablando por teléfono y por radio a la vez, lanzando órdenes a voz en grito por uno y escuchando por la otra. Miró a Merlín.

—¿Los libreros han sido informados? —preguntó Merlín.

—Sí —dijo Greene—. Es lo primero que he hecho. Vuestros equipos de respuesta rápida están de camino.

—Voy a recoger a los revividos —dijo Merlín.

—¿Qué…?

Merlín ya se había puesto en marcha. El librero entró en la cocina y abrió todos los armarios hasta que encontró las cazuelas. Cogió una olla enorme, con su tapa, y salió de nuevo al jardín.

Greene había sentado a la señora London apoyándole la espalda en la fachada trasera de la casa, dejándole la pistola en el regazo. No presentaba ninguna herida visible, pero sangraba por la comisura de la boca, y estaba muy pálida.

Estaba consciente.

—Las costillas se me han clavado en los pulmones…, probablemente también en los otros órganos —dijo, casi sin aliento, mientras Merlín la examinaba.

—La ambulancia está de camino —dijo Merlín, que no sabía muy bien cómo hablarle—. ¿Alguna vez avisó a Greene de cómo funcionan las guardias? ¿De lo que pueden hacerle la sangre fresca, mezclada con mercurio?

—No —respondió, jadeando—. Aunque lo sabía. El problema de siempre… en este trabajo… Nadie sabe lo que… ya sabe cada uno… o lo que se supone que tiene que saber.

—Eso es cierto —dijo Merlín, suspirando—. Hum… ¿Hay algo que yo pueda…?

Desgraciadamente, la saliva de sorbedor no se podía aplicar a las heridas internas. Y solo los diestros tenían poderes sanadores.

Pero él no era diestro.

—«Después de un breve sueño, despertaremos eternamente…» —susurró ella, y cerró los ojos.

Merlín la dejó y cruzó el césped hacia el lugar donde aún quedaban varios fragmentos del revivido, retorciéndose, intentando unirse unos con otros. Pero Merlín lo había cortado en muchos pedazos de pequeño tamaño y los había pisoteado sobre la hierba húmeda, de modo que no habían podido ir muy lejos. La cabeza la había dejado intacta, porque sabía que los diestros querrían hablar con ella. Aún estaba en el huerto, pero había conseguido avanzar un poco por la tierra usando la barbilla. Merlín se agachó y la metió en la olla de acero inoxidable. Tuvo que mantener la tapa apretada, ya que la cabeza se debatía y golpeaba los laterales con la barbilla y con la lengua. Luego se llevó la olla a la casa, pisoteando de nuevo los fragmentos que quedaban esparcidos por el césped, ejecutando una extraña danza.

Al acercarse a la entrada observó que la señora London ya no respiraba y que tenía la cabeza caída hacia un lado. De la boca le salía mucha más sangre que antes, brillante y espumosa.

—«Y la Muerte ya no existirá. ¡Muerte, tú morirás!» —susurró él, recordando los últimos versos de un soneto de John Donne.

Dejó la olla en el suelo y se sentó encima, inclinándose hacia delante para cerrar con delicadeza los ojos de la señora London con su luminosa mano plateada.

14

> En primavera brotes verdes,
> pequeñas señales de un triunfo renovado
> escapando de la tenaza de la muerte.

Vivien llegó a la casa de Milner Square cinco minutos después de que los equipos de respuesta rápida de ambas librerías y, aparentemente, después de todos los otros vehículos de emergencias de la ciudad. La calzada frente a la casa segura estaba llena de vehículos: dos coches patrulla, un Land Rover blindado de la policía, una furgoneta y dos motocicletas también de la policía, dos ambulancias, una moto de un médico de Urgencias y dos camiones de bomberos, uno de ellos con una escalera de rescate que estaban extendiendo hasta el tejado de la tercera casa a la derecha de la vivienda de la señora London. Había agentes de policía uniformados prácticamente frente a todas las casas, mandando a sus casas a la gente que salía a la calle a ver qué estaba pasando. El breve tramo de calzada que cruzaba el extremo norte del jardín de la plaza estaba bloqueado por dos de los taxis de los libreros y por una docena de motos del equipo de respuesta rápida de la Librería Antigua.

Vivien iba en el tercer taxi, conducido por Audrey, que exclamó «¡Que me aspen!» y aparcó en el arcén, en el extremo sur del jardín. Vivien bajó del coche antes incluso de que Audrey hubiera apagado el motor.

Dos agentes de policía que montaban guardia frente a la casa segura reaccionaron de golpe al verla venir, levantando sus subfusiles MP5, pero los bajaron enseguida al ver las credenciales de Vivien, y le dejaron pasar adonde estaba el agente desarmado de la entrada, que tomaba nota del personal que iba llegando. Este miró su tarjeta unos segundos, hizo una mueca y le permitió pasar sin escribir nada.

Mientras subía los escalones de la entrada, un grupo de sanitarios salieron con un cuerpo tendido en una camilla y tuvo que hacerse a un lado. Habían cubierto el cuerpo con una manta verde, pero Vivien vio los zapatos y se detuvo, atónita.

Eran los zapatos de punta cuadrada de la señora London, para pies delicados, que conseguía a través de algún proveedor que inexplicablemente seguía haciendo negocio entrado el siglo XX. Unos zapatos dignos de Florence Nightingale.

—Adiós, señora L —susurró Vivien, y entró en la casa.

Greene estaba hablando por el teléfono del vestíbulo, prácticamente en posición de firmes, escuchando a alguien que parecía disfrutar con el sonido de su propia voz.

Vivien —que, como todos los diestros, tenía un oído extraordinariamente fino— consiguió descifrar casi toda la conversación, en especial porque se repetía mucho y con gran vehemencia que había que «negarlo todo». La inspectora cubrió el auricular con la mano y le dijo: «Merlín está atrás». Vivien pasó corriendo a su lado. Merlín, que tenía la mano izquierda enfundada en una manopla de cocina en lugar de guante, estaba de pie en el césped del jardín trasero, iluminado por los potentes focos, hablándole con vehemencia a la tía Una, que por una vez le escuchaba atentamente.

El joven librero tenía el pie apoyado sobre una olla en cuyo interior se oían golpes. Los otros zurdos del equipo de respuesta estaban recogiendo… pedazos de carne que se retorcían sobre sí mismos… del césped y del resto del jardín, usando tenedores y pinzas de barbacoa, y metiéndolos en media docena de cacerolas más pequeñas, clasificándolos de algún modo, porque no los metían en la primera que encontraban. Tres de los libreros diestros del equipo de respuesta de la Librería Nueva tomaban notas y hacían dibujos de los pedazos, mientras que otros dos estaban agachados, inspeccionando las guardias de la parte trasera del jardín.

Tenían dos cadáveres al lado, justo en el límite del recinto, hombres vestidos con monos de trabajo y caretas de plástico con la cara de un cerdo, en un charco de sangre medio seca y reluciente mercurio. Uno aún tenía en la mano una recortada; el otro tenía junto a él un subfusil

automático Sterling. En el extremo más alejado había tres forenses con trajes protectores y fundas de color azul para el calzado, esperando su turno y esforzándose por mirar hacia otro lado y no ver lo que hacían los libreros. Todos llevaban guantes hasta el codo y se toqueteaban las máscaras de gas con gestos nerviosos.

Vivien oyó que los forenses susurraban algo sobre MI5, armas biológicas y químicas, dejando claro que no estaban seguros, pero no les hizo mucho caso.

—Revivido —susurró Vivien, detrás de Merlín, tras examinar la situación—. Diferentes recipientes para trozos diferentes, para que no pueda recomponerse, ¿verdad? Y supongo que la cabeza está en esa olla.

Merlín se giró. Tenía un aspecto terrible.

—Vivien. Tienen a Susan.

—¿Qué? ¿Quiénes?

—Todo esto ha sido para secuestrarla. Hombres muertos aquí y en el tejado, sangre fresca y mercurio para romper las guardias. Luego se han colado por el techo de la habitación de Susan. Goblins de Islington, ya sabes, la banda del delantal de cuero. Se la han llevado a un jardín unas casas más allá y un fenris la ha atrapado. Le he lanzado mi espada y le he dado, pero teniendo en cuenta cómo saltaba, no debo de haberle hecho mucho daño.

—¿Un fenris? ¿Cuál?

—¡No lo sé!

—Solo hay siete en Inglaterra —dijo Vivien—. ¿Viste algún rasgo característico? ¿Pelos plateados en el morro? ¿Dedos de más? ¿Una cola más ancha?

—¡No, no, estaba oscuro y era un maldito lobo, enorme, así que no me paré a identificarlo! —respondió Merlín—. Yo estaba en el tejado, y él se preparaba para saltar, así que le tiré la espada a modo de lanza, y ya sabes lo duro que es eso. No conseguí darle en la cabeza, le golpeé en el muslo. Pensé que lo frenaría un poco, estaba muy clavada, pero la espada se quedó hundida en la herida y el fenris salió corriendo.

—¿La espada? ¡«Esa» espada! ¿También la has perdido?

—No la he perdido; está clavada en un fenris que se dirige al norte —dijo Merlín—. Y en cuanto acabe aquí voy a encontrar al lobo, a Susan y la espada.

—Aquí ya has acabado —dijo Una—, pero no puedes irte corriendo al norte. Los mayores te quieren ver lo antes posible. Merrihew incluso se ha subido a un helicóptero de noche, y ya sabes que odia hacer algo así.

—Los mayores pueden esperar —replicó Merlín—. Ya les llamaré por el camino.

—¿Cómo vas a descubrir dónde se ha llevado a Susan el fenris? —le preguntó Vivien—. ¿Y si la espada se le cae por el camino?

—¡No me preocupa la espada! —respondió Merlín, muy tenso—. Si es necesario, encontrará el camino de vuelta hasta el Guardián del Grial; siempre lo hace, ¿no? Es Susan la que me preocupa. ¿Quién se tomaría todas estas molestias para secuestrarla? ¿Y por qué? Cuatro…, cinco… mortales muertos, los goblins de Islington tan asustados como para llevarse a Susan, aunque supieran que ahora estarían en nuestra lista negra durante años, uno de los siete lobos sagrados de Inglaterra obligado a convertirse en secuestrador…

—Sí —dijo Vivien, pensativa—. Aunque podría ser su propio padre, por supuesto.

—¿Qué? —exclamó Una.

—No quieras saber —respondió Merlín precipitadamente, echándole una mirada a Vivien.

—Sí, bueno, creo que necesito saber —dijo Una, con gesto amenazante, señalando la olla que tenía Merlín bajo el pie, que no dejaba de moverse.

—¿Un revivido que ataca una de nuestras casas seguras y nosotros lo dejamos en manos de la Policía de Londres? Yo soy la zurda de más rango aquí. Cuéntame.

—Precisamente porque ha sido un revivido quiero mantener esta información muy en secreto —dijo Merlín.

—¿Qué?

Merlín respiró hondo.

—¿Quién tiene un caldero? —preguntó en voz muy baja, hasta el

punto de que Una tuvo que acercar la cabeza—. ¿Y quién va a Silvermere más a menudo?

—Los mayores… —respondió Una, pero no acabó la frase—. No pensarás en serio…

—No lo sé —respondió Merlín, algo incómodo—. Pero quiero centrarme en recuperar a Susan; para eso hay que informar a la menor cantidad de gente posible de lo que estamos haciendo, ¿vale?

Una mantuvo silencio tras largos segundos.

—Se lo hemos contado a las tías Helen y Zoë —dijo Vivien—. Ellas no creen que las sospechas de Merlín tengan fundamento, pero van a consultar al Guardián del Grial, tanto si lo hacen Thurston y Merrihew como si no.

Una asintió lentamente. Y luego miró a Merlín muy fijamente.

—¿Vivien va a ir contigo?

—Por supuesto —respondió Vivien al vuelo.

—Me llamaréis por el camino, al menos una vez cada dos horas —aseguró Una, y no era una pregunta, parecía una orden.

—Sí —dijo Merlín.

—Pues en marcha. Y sed listos.

Merlín levantó el pie, dio media vuelta y se fue con paso decidido. La olla se agitó vigorosamente. Una le puso el pie encima; cuando levantó la vista, Merlín y Vivien ya estaban dentro de la casa.

Soltó un gran suspiro y miró a uno de sus compañeros.

—Darren, dame tu cinturón.

—¿Por qué?

—Para atar esta maldita olla.

—Pero se me caerán los pantalones. Tú también tienes cinturón.

—Sí, pero yo no quiero que se me caigan los pantalones. Venga ya, no pongas esa cara. Ve a ver si consigues alguna cuerda o un cordón. O cinta de precinto. Los polis tendrán cinta. Tráeme algo de eso.

Merlín y Vivien subieron al piso de arriba a la carrera. Merlín recogió su guante y se lo puso, en lugar de la manopla de cocina, metió la Smython y otras cosas en su bolsa de pelo de yak y cogió su maleta, mientras Vivien observaba el agujero en el techo. Los dos forenses —un hombre y una mujer— que estaban examinando el

cuerpo que había caído por el agujero se pusieron de espaldas y se susurraron algo. Al hombre parecía que le gustaba Vivien, y no le importó siquiera cuando la mujer le llamó la atención, describiendo a la librera diestra como «una de esas tipas raras».

Al salir, lo primero que tuvieron que hacer fue esquivar a Míster Nimbus, que estaba agazapado en el vestíbulo, con el lomo erizado. Observaba la puerta con los ojos fruncidos, en dirección al lugar por donde se habían llevado el cadáver de su dueña, y por donde ahora intentaba entrar el superintendente en jefe Holly, mientras la inspectora Greene intentaba mantenerlo fuera.

Aunque parecía improbable que estuviera haciendo *jogging* a las tres de la madrugada, el superintendente llevaba zapatillas de atletismo y un chándal azul oscuro con una caricatura de Bruce Lee en el lado izquierdo de la pechera, con la inscripción «APÚNTATE A LA POLICÍA», y una toalla negra alrededor del cuello. Parecía más joven, menos voluminoso y más eficiente que antes, con su traje de tres piezas.

—No debería estar aquí, señor —dijo Greene, muy decidida—. Ya conoce el procedimiento. No puede haber altos oficiales presentes en el escenario de un incidente *Liber Mercator Special*. Hemos acordonado la plaza, pero alguien podría hacer una foto con teleobjetivo, quizás uno de los vecinos, para vendérsela a los periódicos. Usted es muy conocido. Tiene que salir de aquí de inmediato.

—Saldré de aquí en cuanto eche un vistazo —dijo Holly—. Tienes unos cuantos cadáveres, ¿no? ¿Tipos de por aquí, armados? Probablemente pueda identificarlos enseguida; te ahorraría mucho tiempo.

—No, señor —replicó Greene—. He hablado con su subcomisaria hace unos minutos. Me ha confirmado que tengo el control operativo. Debe marcharse enseguida o tendré que hacer que se lo lleven.

Greene miró a los dos agentes junto a la puerta, cuya expresión fría y dura perdió algo de fuerza ante la perspectiva de tener que esposar a un oficial superior.

—Tiene que irse, señor —repitió Greene.

Holly chasqueó la lengua y levantó las manos. La manga del chándal se le corrió lo suficiente como para dejar a la vista un trozo

de una maciza pulsera de plata que Merlín no había visto antes, o a la que no había prestado atención.

—Vale, vale, tienes razón. Pero en cuanto sepas quiénes son los intrusos que han muerto, quiero que me llames. Necesito descubrir qué es lo que está provocando este lío en las bandas, y cuanto antes…

En ese momento vio a Merlín y a Vivien, bajó ligeramente los brazos y salió por la puerta, murmurando:

—Mejor.

Greene se quedó mirando cómo se iba.

—Está tramando algo —les dijo en voz muy baja a Merlín y a Vivien. Su voz apenas se oía entre las de tanta gente, las interferencias de la radio, el ruido de motor de los vehículos que pasaban por la calle y ahora también el del rotor de un helicóptero que sobrevolaba la zona—. Pero no sé qué es.

—Desde luego sabe más de lo nuestro de lo que me esperaba —dijo Vivien, también en voz baja. Miró a Merlín—. ¿Has visto su pulsera? Es una especie de talismán. Aunque no sé para qué. Ni de dónde procederá.

—He visto la pulsera —dijo Merlín—. No sé qué era, pero me ha llamado la atención.

—Quizá la obtuviera de nosotros, cuando ocupaba su puesto —le dijo Vivien a Greene—. Probablemente sea algún tipo de talismán de defensa, pero no hizo ese trabajo demasiado tiempo. De 1959 a 1964, y luego se fue al Departamento de Investigación Criminal como inspector jefe, para luego pasar a Bandas en 1965, primero como superintendente y luego, en 1979, como superintendente en jefe.

—Lo habéis investigado a fondo —observó Greene—. ¿Hay algo más que debiera saber? Quiero decir… además de todo lo demás que no sé.

—A Merlín le ha parecido sospechoso —dijo Vivien—. Eso es todo. Y resulta raro que alguien que no trabaja con los nuestros lleve un talismán. ¿Por qué tiene tanta curiosidad de pronto?

—No lo sé —murmuró Greene—. Es la primera vez que interfiere en mis asuntos. Ya os he dicho que es famoso por ser el superintendente en jefe más vago del departamento. Es lo último que necesito. Es un oficial muy veterano, tiene conexiones en las altas esferas. Al menos se

jubilará pronto.

—Ha dicho que tenía permiso de Merrihew para curiosear —dijo Merlín—. Debe de ser cierto. Es demasiado fácil comprobarlo. Pero ¿por qué iba a darle permiso Merrihew?

Nadie le respondió, aunque Vivien puso cara de hastío.

—Ya, probablemente no quería tomarse la molestia de decirle que no —dijo Merlín—. Estando de pesca, con la vieja carpa por la zona…

—¿Cómo has dicho que se llamaba ese monstruo que has tenido que cortar en pedazos? —preguntó Greene.

—No lo he dicho —respondió Merlín—. Un revivido.

—¿Hay… más de esos por ahí?

—Francamente, espero que no —dijo Merlín—, pero es posible.

—Supongo que podríamos coger un montón de machetes de algún almacén del ejército, o algo así…

—Les iría mejor con espadas y alabardas de la Armería Real; en la Torre de Londres tienen muchas —sugirió Vivien—. El acero antiguo es lo mejor.

Greene se la quedó mirando.

—No es una broma.

—No. Si estuviera en su lugar, empezaría a organizar eso.

Greene hizo una mueca y soltó un gruñido lastimero.

—¿Y sigues diciendo que no sabéis qué es lo que pasa?

—En realidad no sabemos lo que pasa —dijo Vivien.

—Pero da la impresión de que todo gira en torno a Susan —añadió Merlín.

—Que ha sido devorada por un lobo gigante —dijo Greene—. Yo he ido detrás de ti, Merlín, solo que más despacio, porque no soy medio elfa, ni nada de eso. He visto lo que ha ocurrido desde la ventana de su habitación. Tendría que haber insistido en que se fuera inmediatamente a su casa cuando la detuvimos…

—No ha sido devorada —la interrumpió Merlín—. El fenris se la ha llevado a algún sitio, y ha ido con mucho cuidado para no hacerle daño, así que supongo que eso significa que, quienquiera que lo haya enviado, la quiere viva e ilesa. Vamos a descubrir dónde está y a rescatarla. ¿Medio elfa? Vaya, no la tomaba por fan de Tolkien. A

decir verdad, no creía que leyera mucho. Una mujer de acción. No se ofenda.

—Tengo que frecuentar vuestras librerías muy a menudo —dijo Greene—. Leo. Y tu «no se ofenda» significa «voy a ser o acabo de ser asquerosamente ofensivo».

—Sí. Perdón.

—Creo que me gusta un poco más C. S. Lewis que Tolkien —dijo Greene—. La Bruja Blanca me recuerda a algunas personas del departamento. Buena suerte con la búsqueda de Susan. Y en cuanto podáis decirme algo… decídmelo. ¿Vale?

Se volvió hacia el teléfono, donde empezó a sonar otra voz, muy superior a la anterior, preguntándole qué había pasado y si podían atribuírselo al IRA.

Merlín y Vivien salieron al exterior, pasando junto al agente que tomaba notas y a los policías armados. No había señales de vida del superintendente en jefe Holly, aunque probablemente las luces rojas de un Jaguar Serie III XJ que se alejaban de la plaza indicaran su partida por el extremo norte, ya que le dejaron atravesar el cordón policial. Aún había mucho ruido, entre los motores de los vehículos, el rotor del helicóptero que volaba bajo, los vecinos a los que había que pedir constantemente que volvieran a sus casas y otros curiosos que intentaban entrar en la plaza y que eran repelidos en los puntos de control establecidos en las entradas norte y sur, y también en el Almeida Passage, callejón peatonal casi escondido en una esquina.

Audrey esperaba junto a su taxi, observando el cielo y fumando. Cuando llegaron dio un golpecito a su cigarrillo para eliminar la ceniza, muy seria. Por la expresión de los hermanos tenía claro que lo ocurrido no era nada bueno.

—Necesitamos tu taxi, Audrey —dijo Merlín.

—Claro. ¿Volvemos a la Librería Nueva?

—No, quiero decir que tenemos que ir más lejos, fuera de Londres. Aunque puedes llevarnos tú, si quieres.

—¡Eh, un momento! —dijo Audrey—. ¿Qué está pasando?

—Un revivido ha atacado la casa, con ayuda de los goblins de Islington, y un fenris se ha llevado a Susan —respondió Vivien—.

Tenemos que seguirlo. Al norte.

—¿Qué? —exclamó Audrey, escupiendo la boquilla de su cigarrillo —. ¿Habéis llamado a Thurston? ¿Qué ha dicho Una?

—No hemos llamado a Thurston. Una ha dicho que vayamos —respondió Merlín—. Mira, algo huele a podrido en Dinamarca. No sabemos quién está implicado. Pero tenemos que recuperar a Susan, y eso significa ir tras el lobo sin que nadie más lo sepa.

—¿A podrido…? Pero no querrás decir…

—Quizá no a podrido, quizás a turbio, ya sabes lo que queremos decir —matizó Vivien—. Pretendemos recuperar a Susan y luego hablar del tema. Pero no queremos contárselo a Thurston ni a nadie de las librerías porque está claro que ha habido alguna filtración, intencionada o no.

—Entonces, ¿por qué me lo contáis a mí?

—Porque confiamos en ti. ¿Podemos usar tu taxi?

—¿Una ha dado el visto bueno? ¿Y vais a ir los dos?

Vivien asintió. Merlín hizo una mueca.

—¿Qué pasa? ¿Es que nadie confía en mí?

—No mucho —dijo Audrey—. Maldita sea, Merrihew me matará…

Vaciló unos segundos y luego soltó una maldición entre dientes.

—Id, pues. Las llaves están en el contacto. ¿Ya sabéis usar la radio?

—Sí —dijo Merlín.

—No —dijo Vivien al mismo tiempo.

—Control no podrá recibiros una vez que paséis la M25 —dijo Audrey—. Aunque supongo que…, si vais de incógnito, será mejor que os llame yo, ¿no? ¿Le digo al tío Desmond que estaré aquí por lo que pueda pasar?

—Buena idea —dijo Merlín, que chasqueaba suavemente los dedos de la mano derecha, gesto que Vivien sabía perfectamente que denotaba impaciencia y ansiedad.

Audrey abrió la puerta y metió la cabeza. Oyeron un clic y el zumbido de un equipo de radio, el «Vamos, Control» y el «Sí, ¿qué pasa?» del tío Desmond.

—Aquí el tres, Des; voy a quedarme un rato por aquí, creo. Voy a encerrar a Nelly y a tomarme un café en algún sitio.

Audrey se echó atrás y se oyó la voz de Desmond dándose por avisado, sin demasiado interés.

—Supongo que debería hacer lo que le he dicho —les dijo a los chicos—. Id con cuidado, ¿vale?

Merlín y Vivien asintieron. Merlín enseguida metió su maleta en la parte de atrás; tiró su chaleco antibalas y la vaina de la espada encima, y se sentó al volante, con su bolsa de pelo de yak al lado, para tener el revólver cerca en caso necesario. Vivien se subió atrás y se sentó en el centro, para que les resultara más fácil hablar por la divisoria mampara.

Audrey se quedó mirando a Merlín fingiendo desconfianza, pero la broma no duró mucho: enseguida se fue caminando hacia Almeida Passage, mientras encendía un cigarrillo.

—Entonces… ¿tienes un plan? —le preguntó Vivien a Merlín, echando el cuerpo hacia delante para hablar a través de la divisoria—. ¿Has pensado en cómo vamos a encontrar a Susan?

—No, pero supongo que tú sí lo tienes —respondió Merlín—. Lo tienes, ¿verdad? Te lo vi en la cara mientras hablaba con Una.

Aprovechó el reducido radio de giro del taxi para dar media vuelta al final de la plaza, casi rozando otro coche de policía que recorrió aquellos últimos veinte metros a toda velocidad, como si fuera el primero en llegar a la escena del crimen y fuera cuestión de segundos.

—Supongo que ese es mi plan, ahora que lo pienso. Que tú tengas un plan. Así que cuenta.

—¿La espada se quedó bien clavada en el fenris herido?

—Sí.

—De modo que, allá donde esté la espada, estará el fenris (al menos hasta que se la entregue a alguien) y Susan también.

—Sí.

—Pues si encontramos la espada, encontraremos al lobo, y encontraremos a Susan. Y el hierro frío (y esa espada en particular) hará que el lobo vaya más despacio, lo que nos da más posibilidades de atraparlo.

—Sí…, pero… ¿cómo encontramos la espada?

Vivien levantó la funda para que Merlín pudiera verla por el

retrovisor. Él se sobresaltó un poco y dio un pequeño bandazo, alarmando a los agentes de policía del puesto de control, que se apartaron mucho más rápido de lo esperado. Merlín les hizo un gesto con la mano, disculpándose.

—Por supuesto. Se me había olvidado. Hum…, ¿cómo funcionaba?

—¿Alguna vez lo has sabido?

—Eh…, no, en realidad no —respondió Merlín, girando por Theberton Street.

Vivien se puso la funda sobre las rodillas y se quitó el guante. Su mano derecha iluminaba la cabina en penumbra, pero se la cubrió con la izquierda, y apoyó ambas en la funda. Inspiró muy lentamente, más de veinte segundos, contuvo la respiración al menos un minuto y luego dejó salir el aire igual de despacio.

—La espada se mueve rápidamente; aún debe de estar clavada en el lobo —anunció. Se quedó pensando un momento—. Aunque no tan rápidamente como debería; el hierro debe de estar afectando al fenris. Está a unos cincuenta kilómetros nornoroeste. Toma la A1 y pásame el atlas de carreteras de Audrey. No el metropolitano, he visto que tiene uno de todo el país… Sí, ese.

—¿Y qué hacemos cuando recuperemos a Susan…, si es que lo conseguimos?

—No lo sé —respondió Vivien—. No lo sé…

15

Oh, lobo, de mandíbula fuerte,
oh, lobo, de ojo cetrino,
detén tu matanza, cambia tu destino.
Escoge otra vía, escoge otra suerte,
una vía de amor y no de muerte.

El camino del lobo se volvió más fácil cuando llegaron a la M1. Corrió por el arcén, superando a los coches del carril rápido, lo que significaba que iba al menos a ciento treinta kilómetros por hora. Susan movía lentamente las muñecas y los pies adelante y atrás, con la esperanza de aflojar las ataduras, pues no había nada cortante que pudiera usar para segarlas. El lobo no parecía notarlo siquiera, pero aquel movimiento tampoco tenía efecto alguno sobre las cuerdas. Se sentía extrañamente tranquila pese a estar en la boca de un lobo, viajando a alta velocidad hacia algún destino desconocido. Probablemente fuera la adrenalina, pensó, pero no le parecía que el lobo le hubiera causado ninguna herida grave al cogerla con los dientes. Le dolían la espalda y los hombros, y también el cuello y los brazos, aunque no era algo insoportable. Le preocupaba un poco que se le cortara la circulación, aunque las cuerdas no le apretaban tanto como se temió en un principio.

No tenía ni idea del tiempo que hacía que se la había llevado. Todo había ocurrido muy rápido al principio, y ahora todo era muy raro. Seguramente haría más de una hora, pero también podía ser mucho más.

—Piensa con anticipación —murmuró Susan para sí.

En el colegio había asistido a más de una charla sobre cómo reaccionar ante los avances de extraños, pero como allí siempre les recomendaban gritar y salir corriendo si alguien intentaba hacerles

entrar en su coche, no parecía que eso fuera a servirle de mucha ayuda en esta ocasión. No recordaba ningún consejo para cuando te secuestran. ¿Mantener la calma, quizás? Ese era el consejo genérico que daban en su colegio para todo: mantener la calma.

Estaba tranquila. Demasiado tranquila. Y lo único que se le ocurría que podía hacer era intentar forzar las ataduras, con lo que sin duda solo estaba consiguiendo arañarse las muñecas. Pero si conseguía aflojarlas lo suficiente para liberarse, entonces podría hacer algo cuando…, si… el lobo la escupía o la soltaba. Tendría que reaccionar con rapidez, porque estaba segura de que habría alguien esperándola.

Al lobo lo había enviado alguien, igual que a los goblins, y a los hombres que habían sido asesinados para hacer saltar las guardias. Alguien del Mundo Antiguo que también era capaz de someter a los delincuentes del Nuevo.

Susan pensó en ello. Unas guardias que pudieran inutilizarse derramando sangre humana no parecían muy seguras. Pero por lo que habían dicho Merlín y Vivien, el Mundo Antiguo y el Mundo Nuevo no solían entrar en contacto a menudo, así que asesinar a mortales para inutilizar las guardias debía de ser algo bastante extraordinario.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, levantando la cabeza al caer en lo obvio—. ¡Debía de haber alguien o algo más para matar a esas personas! Merlín dijo que los goblins son incapaces de matar.

El lobo gruñó, como respondiéndole, o para decirle que se callara.

Susan obedeció e intentó deducir dónde se encontraban. Con el brillo cegador de las luces de la autopista y el viento dándole en los ojos, le costaba distinguir los carteles, pero de vez en cuando conseguía ver algo. Seguía en la M1, avanzando hacia el norte.

Al cabo de un rato, Susan cerró los ojos, porque el viento la hacía llorar y las intensas luces de las farolas le molestaban. Muy pronto se sumió en algo que no era exactamente un sueño, sino más bien un sopor que quizás estuviera relacionado con el *shock*.

Susan se despertó de golpe cuando el lobo tropezó. A punto estuvo de caerse. Cerró más la boca, que sintió dura, con unos dientes de pronto mucho más presentes y firmes. Soltó un chillido y se debatió un instante, pero enseguida el lobo aligeró la presa y los dientes

volvieron a ser una presencia más que difusa, permitiéndole respirar cómodamente de nuevo.

Seguía siendo de noche, sin embargo, se acercaba el alba. Había más tráfico, pero la mayoría en sentido contrario. El lobo seguía adelantando a los pocos coches que encontraba en su mismo sentido, mientras ascendía por una cuesta pronunciada. Susan vio un cartel, pero lo único que decía era «SALIDA 35,8 KILÓMETROS». Eso no la ayudaba, ya que nunca había tomado la M1 y no tenía ni idea de dónde se encontraban las salidas. Pero esta vez le había costado menos leer el cartel, porque el lobo iba más despacio cuesta arriba. Muy pronto se hizo evidente que el animal empezaba a tener dificultades. Por primera vez, Susan cayó en la cuenta de que no respiraba, no respiraba en absoluto. Debería sentir el aire inspirado y espirado por la bestia; cualquier lobo o cualquier perro estaría jadeando con tanto ejercicio. Pero no notaba respiración ninguna.

Tampoco había saliva, pensó Susan un momento más tarde, lo cual era un alivio. Y también resultaba inquietante. Su captor tenía la forma de un lobo gigante, pero ¿qué era en realidad?

La criatura bajó aún más el ritmo y gruñó, esta vez exasperada.

Giró la cabeza a uno y otro lado, mirando hacia atrás, observándose el cuerpo. Susan estiró el cuello para intentar ver algo; cuando lo giró, vio cuál era la causa de sus problemas.

El lobo tenía la vieja espada de Merlín clavada en el muslo izquierdo; iba dejando un rastro de espesa sangre dorada que resbalaba por la pata del animal, lenta y viscosa como la miel.

Aquella debía de ser la causa del ruido sordo que había oído, así como del gañido del lobo. Aunque al principio no le había provocado nada, ahora era evidente que le dolía y le hacía ir más despacio. De pronto la situación empezó a parecerle menos desesperada, aunque sabía que todo dependería del tiempo. Tendrían que rescatarla antes de que el lobo llegara dondequiera que estuvieran yendo, allí donde la entregaría a quienquiera que hubiera ordenado su secuestro.

Si el lobo llegaba a su destino…

Volvió a ponerse en marcha, pero ya cojeaba ostensiblemente, arrastrando esa pata trasera. No siguió ascendiendo colina arriba por

el duro arcén de la autopista, sino que saltó una pequeña valla y atravesó un campo de heno segado, recogido en balas repartidas aquí y allá. Desde el campo, el lobo tomó un estrecho sendero, avanzando lentamente y con precaución, para no toparse con ningún vehículo. Una vez tuvo que esquivar de un salto un Land Rover; a partir de ese momento, pese a seguir el camino hacia el oeste, intentó avanzar por la vegetación a los lados del sendero.

Susan no vio más carteles de carreteras, A pesar de que iban más despacio, aún estaba demasiado oscuro como para leer los viejos carteles blancos con los nombres de los caminos. Además, dudaba de que pudiera reconocer ningún nombre. Le había sorprendido el repentino cambio de dirección del lobo, porque hasta ese momento no parecía vacilar en su marcha hacia el norte. Daba la impresión de que había dejado la M1 de forma improvisada.

De hecho, el lobo parecía tan perdido como Susan, o al menos daba la impresión de que iba buscando el camino constantemente. En cada pequeño cruce se paraba y olisqueaba el aire y el suelo, zarandeándola.

Al cabo de un rato, el cielo empezó a clarear: comenzaba a amanecer. No obstante, la luz no era un gran consuelo. Le dolía todo el cuerpo y las ataduras no se habían aflojado lo más mínimo, pese a todos sus esfuerzos. El lobo abandonó de nuevo la carretera, esta vez para tomar un camino de herradura que se adentraba en un bosque antiguo. Había un cartel al inicio del camino, pero Susan no había conseguido leer el nombre. Curiosamente, aunque el lobo era enorme y tenía que abrirse paso por entre los árboles, agitando las hojas y doblando las ramas, ninguna de ellas llegó a romperse, ni cayeron hojas al suelo, de modo que no quedó ni rastro de su paso.

Aún cojeaba, pero se movía con mayor seguridad, como si por fin hubiera encontrado lo que buscaba.

El camino de herradura giró, saliendo del bosque y ascendiendo por la cresta de una pequeña colina desnuda, pero entonces el lobo dejó el camino y se internó de nuevo en el bosque. La vegetación allí era más espesa, tanto que Susan habría jurado que no había espacio para el paso del lobo; aun así lo consiguió, avanzando entre robles, hayas y

abedules. Iba con cuidado de no golpear a Susan contra los árboles, aunque no parecía preocuparse demasiado de sí mismo.

Llegó un punto en que la vegetación volvió a clarear y la inclinación se fue reduciendo hasta que llegaron a un llano. El lobo salió a una hondonada, un claro natural en el corazón del bosque. Había un pequeño estanque en el centro, de unos seis metros de diámetro, rodeado de piedras bajas cubiertas de musgo. Era una especie de pozo. A su alrededor crecían abundantes campanillas y, en otras circunstancias, si hubiera llegado allí de algún otro modo, Susan habrá disfrutado de la placidez y la belleza del lugar.

El lobo bajó la cabeza y depositó a Susan junto al pozo con delicadeza, aunque aun así ella notó el impacto. Luego bebió un poco, retrocedió unos pasos y se tendió en el suelo, girando la cabeza para lamerse la zona cercana a la espada, pero con cuidado de no tocar el arma.

Susan se retorció y rodó algo más allá hasta llegar a un lugar donde el terreno era más blando, y comprobó lo apretadas que tenía las ataduras. Notó que una parte cedía, posiblemente lo suficiente como para liberar una mano, sin embargo, el lobo había dejado de lamerse la herida y la miraba. Susan se quedó inmóvil y esperó a que la bestia regresara a lo suyo antes de volver a poner a prueba la cuerda, esta vez más disimuladamente.

Un mirlo se puso a cantar alegremente en un árbol cercano, pero no se oía ningún ruido humano. Alejado de la interferencia humana, aquel bosque no había cambiado en siglos; los que habían rodeado el estanque natural con piedras habían desaparecido mucho tiempo atrás, y el camino de acceso había caído en el olvido para todos, salvo para las criaturas del Mundo Antiguo. Había gente que vivía a menos de cinco kilómetros del bosque, pero no había ningún camino ni sendero que llevara a aquella hondonada, e incluso quienes hubieran paseado por el bosque toda la vida se sorprenderían si llegaran a saber de la existencia del pozo.

Susan estaba intentando levantar la mano izquierda para liberarla de la cuerda cuando las aguas del pozo empezaron a agitarse y a burbujear. Cuando lo oyó tuvo que rodar hacia un lado para ver qué

estaba sucediendo.

Las aguas de la laguna desbordaban las piedras que la delimitaban, y la superficie se había convertido en espuma, como si un viento repentino la estuviera azotando. Pero no había viento, el aire estaba tan tranquilo como siempre, los árboles en silencio, las hojas inmóviles. La luz de la mañana se iba abriendo paso, eliminando las sombras. Daba la impresión de que iba a ser un día muy bonito, al menos por lo que respectaba al tiempo.

Una mano de agua transparente salió del pozo y se agarró a una piedra; los finos dedos se afianzaron, y unas largas uñas de blanca espuma se clavaron en la roca. Luego apareció otra mano, que tardó un momento en encontrar dónde agarrarse, y un momento después emergió una mujer de agua que se situó al borde del pozo. Era casi transparente, un ser de agua que fluctuaba, agitándose de los pies a la cabeza. Pero sus ojos eran de color pardo negruzco, como las manchas de una trucha, la boca la formaban dos líneas de algas verdes y su cabello parecía una peluca, una masa de juncos azules verdosos que se agitaban sobre las aguas.

Susan se quedó inmóvil, mirando a la mujer de agua y luego al lobo, que soltó un gemido lastimero y bajó la cabeza en señal de sometimiento.

—¿Qué trae a la fenris de Onundar Myrr a mi pozo, con tan extraña carga? —preguntó la mujer, mirando a Susan.

Su voz era atemporal, suave y líquida, pero de algún modo distante, como si viniera de todas partes, no de sus labios de alga, que apenas se movían. Mientras hablaba, le salió de la boca un pececillo. Lo cogió con la mano y el animalillo chapaleó, colándosele a través de la palma para nadar corriente arriba por su brazo.

El lobo volvió a gemir.

La mujer de agua salió del pozo y avanzó por la hierba, dejando un rastro de fango en lugar de huellas. Caminó junto al lobo, que tenía el morro en el suelo, en gesto de dolor, y le pasó una mano de agua por el pelo del costado. Llegó hasta el punto donde estaba clavada la espada, bien visible sobre las manchas de sangre seca. Se detuvo.

—¡Tsa, tsa! Eso es hierro de estrellas y no tendríamos que tener

contacto con él ni tú ni yo, fenris. La espada debe ser extraída…, pero yo no puedo hacerlo.

La mujer de agua se giró a mirar a Susan. A pesar de que su rostro era líquido y transparente, y que solo sus ojos y sus labios tenían color, a la chica le pareció ver cierta expresión. Fue como si levantara una ceja, aunque la mujer no tenía cejas.

—Yo se la sacaré —dijo Susan—. Si me liberas.

El lobo gruñó, pero la mujer le hizo callar tocándole el enorme morro con un dedo de agua.

—Pero entonces te querrá coger otra vez —le advirtió la mujer.

—Pero tendré la espada —dijo Susan, aunque en su fuero interno tenía claro que no serviría de mucho contra un monstruo que debía de pesar veinte toneladas—. Y está herido y debilitado.

El lobo volvió a gruñir y mostró los dientes.

—Herida y debilitada —le corrigió la mujer—. Esta fenris es hembra. Si la espada permanece en la herida…, como diríais vosotros… morirá.

—Ya te he dicho que se la sacaré… si me desatas.

—Para ser mortal, te mantienes bastante entera en mi presencia —dijo la mujer—. Y en la de fenris. La mayoría de los mortales con los que he tenido contacto se muestran muy asustados y salen corriendo, o se derrumban y lloriquean.

—Yo… solo soy medio mortal —dijo Susan. Le resultó muy extraño hablar así, pero algo le decía que no debía demostrar debilidad. De pronto, un recuerdo borroso le hizo añadir—: Además, ya he conocido a alguien como tú antes, creo. En el arroyo de mi casa… Es curioso, siempre se me olvida, y luego lo recuerdo, y luego tengo la impresión de que ha sido un sueño.

—¿Medio mortal? —preguntó la mujer—. A mí me pareces del todo mortal…

Se acercó, aunque no en línea recta, y se arrodilló junto a Susan. Alargó un dedo y con la punta le tocó la frente, dejándole una mojadura en la piel.

—Ah, tienes algo de magia, sobre los animales y seres relacionados. Y la promesa de mucho más que quizá pueda llegarte, de tu poderoso

padre. Pero aún no, aún no, Susan.

—¡Sabes cómo me llamo! ¿Y conoces a mi padre? ¿Quién es?

—Un ser más antiguo y mucho más grande que yo —dijo la mujer, sin responder a la pregunta. Volvió a mirar a la fenris—. Conozco tu nombre igual que conozco los nombres de todos los seres vivos que rodean mi pozo. Ven, la loba sabe que debo ofrecer ayuda a todos los que vienen a buscarla a mi pozo, y tú puedes ayudar.

Volvió a agacharse. Cuando vio que de pronto una especie de anguila asomaba por la mano de la mujer, Susan chilló. Los afilados y brillantes dientes del pez cortaron las cuerdas que rodeaban las muñecas de la chica y luego las de los tobillos; inmediatamente después volvió a desaparecer en el interior de la mujer, perdiéndose en las aguas cristalinas de su cuerpo.

—Vaya —dijo Susan, estremecida.

Intentó ponerse en pie, pero tenía las piernas dormidas y tan rígidas que tuvo que ponerse primero a gatas, gimoteando por el dolor.

La mujer acercó de nuevo la mano y Susan se encogió, aunque esta vez no salió ninguna anguila de sus manos; pasó con delicadeza por encima de su piel, sin tocarla. Una fina bruma se desprendió de sus dedos, humedeciéndole el mono y la piel. Con la bruma, Susan sintió un contacto fresco, no frío como el hielo, sino más bien como el de la mano de una madre sobre la frente caliente de su hijo enfermo. El agarrotamiento de las piernas desapareció, la espalda dejó de dolerle y pudo mover las manos sin que le dolieran.

Susan se puso en pie e instintivamente bajó la cabeza, en señal de reverencia.

—Gracias, hum… ¿Qué…, cómo…, cómo debería llamarte?

—Mucho tiempo atrás los mortales llamaban a mis aguas el Pozo de Morcenna —dijo la mujer, devolviéndole la reverencia—. Morcenna es un nombre tan bueno como cualquier otro. El hierro de estrellas está pasando a la sangre de la loba; cada momento que pasa la intoxica más.

—Sí —dijo Susan, que se acercó a la loba, estremeciéndose ante la inmensidad de aquel monstruo, y en particular de aquellas mandíbulas y de aquellos dientes.

Antes, en la penumbra del jardín de Milner Square, no la había podido ver con claridad. Se dirigió directamente a la loba, hablando alto y claro:

—Si te quito la espada, ¿me dejarás en paz?

La loba negó lentamente con la cabeza. Sus ojos iban perdiendo el brillo, sus encías iban adoptando un tono amarillento y tenía espuma sobre la lengua.

—Debe obedecer a quien la ha sometido a su voluntad —dijo Morcenna, a sus espaldas—. ¿Le quitarás la espada o no?

Susan asintió, sin atreverse siquiera a hablar. Tragó saliva y avanzó por el costado de la loba, intentando pensar. La espada estaba muy clavada. Le costaría sacarla. Pero si corría inmediatamente hacia los árboles… Se giró a mirar la zona con más espesura, donde los robles estaban muy juntos. Si conseguía colarse entre ellos, la loba quizá tuviera problemas para pillarla… y podría pincharle el morro…, aunque no parecía que hubiera tenido demasiado problema en abrirse paso por el denso bosque.

—A cada momento que pasa, la espada la envenena más —la apremió Morcenna.

Susan respiró hondo, sujetó la espada con ambas manos y tiró con todas sus fuerzas. No encontró resistencia alguna; la espada salió como de una funda bien engrasada. Susan salió despedida hacia atrás, tropezó con una de las piedras, soltó la espada y cayó en el pozo, sumergiéndose por completo antes de conseguir salir de nuevo chapoteando, presa del pánico.

—¡Maldita sea! —exclamó Vivien—. El lobo ha dejado la autopista. ¡Para!

Merlín detuvo el taxi en el arcén, junto a un campo de heno recién segado. Estaba saliendo el sol y el tráfico iba en aumento, aunque había mucho más en dirección sur, en el otro lado de la autopista.

—Están al oeste de aquí. Están cerca —dijo Vivien—. Y el fenris ahora va mucho más despacio. Tu espada debe de estar pasándole factura. Tengo que averiguar por dónde entró en el campo: creo que será unos cincuenta metros hacia atrás.

—Hazlo rápido —dijo Merlín—. No deberíamos parar aquí. No

quiero llamar la atención. De nadie.

Salió del coche y abrió el capó, fingiendo que tenía una avería; eso haría que la gente no reparara demasiado en ellos. Vivien trepó a la valla y se dirigió hacia el campo. Lo habían segado hacía poco. Apenas había hierba entre las balas de heno, pero la dirección que había tomado el lobo era bastante obvia. Aunque por su propia naturaleza no dejaba grandes huellas, sí había misteriosas marcas que habrían resultado muy confusas para cualquier persona normal. Si el animal se hubiera tendido en el suelo un rato y el heno hubiera estado alto, habría dejado una marca circular. Vivien siguió el rastro por el campo unos cien metros, observando la distancia entre huellas. También había manchas de sangre, aunque no fueran visibles a los ojos de ningún mortal, y aunque no eran tan grandes ni frecuentes como esperaba Vivien.

Se giró para volver y justo en ese momento vio que un coche patrulla paraba en el arcén, unos veinte metros por detrás del taxi, con las luces azules encendidas, pero sin sirena. Las puertas de ambos lados se abrieron y los policías salieron, pero no se movieron de allí.

Merlín estaba de pie, delante del taxi, inclinado sobre el motor. No salió a saludar a los agentes de policía, sino que se arrodilló; Vivien vio que sacaba la pequeña Beretta de la funda del tobillo.

La chica miró a los agentes de policía, que ya habían sacado sus revólveres y que apuntaban apoyándose en las puertas abiertas. Tomó una bocanada de aire y echó a correr.

El disparo amortiguado de la Beretta.25 le llegó una fracción de segundo después del sonido de los revólveres Smith & Wesson.38 de los policías.

16

Luz de luna en el arroyo y en el agua estancada,
en el silencio de la noche,
aun así, si escuchas
muy atentamente,
lo oirás avanzar
cada vez más cerca,
más cerca,
más…

Merlín disparó dos veces desde la esquina frontal izquierda del taxi, se fue a la derecha y disparó dos veces más. Se oyó ruido de cristales rotos: las balas de los agentes de policía habían atravesado el cristal trasero del taxi y luego el parabrisas, pero no pasaron cerca de Merlín. Tras aquellos primeros disparos, no hubo más.

El chico se agachó y avanzó por el lateral del taxi para echar un vistazo más de cerca. Vio a un agente de policía en el suelo y siguió avanzando, preparado para disparar en caso necesario. Pero la otra agente también estaba en el suelo. Merlín se levantó y corrió hacia delante. Llegó justo en el momento en que Vivien, procedente del otro lado, daba una patada al revólver que había quedado debajo del coche, para luego arrodillarse a ver si podía hacer algo por él.

Merlín echó un vistazo a la agente que tenía más cerca. Estaba tendida boca arriba, cubriéndose con las manos el lado derecho del cuello; la sangre manaba a borbotones y se colaba por entre los dedos. Levantó la vista y miró a Merlín, con expresión de asombro. No de dolor, sino de perplejidad.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Por qué demonios estamos en la M1?

—Te curarás —le susurró Merlín.

Había apuntado al hombro derecho, no al cuello. Le apartó las manos, le abrió la chaqueta e intentó no mostrarse alarmado, pero aquello no pintaba bien.

Sacó un vial de saliva de sorbedor del estrecho bolsillo que tenía en la manga, le quitó el tapón, se lo vació en la boca, le dio vueltas a su contenido y se lo escupió en la herida. El líquido se iluminó al contacto con la piel, creando regueros de luz que contrastaban con la sangre oscura.

Vivien apareció con el equipo de primeros auxilios del coche de policía. Lo abrió, sacó una venda y se la presionó contra el cuello.

—¡Hay que vendarla! —dijo.

—¿Por qué está tan azul el cielo? —preguntó la mujer—. Tan azul.

—¿Cómo está el otro? —preguntó Merlín, levantando la cabeza de la mujer para poder pasarle el vendaje alrededor del cuello.

—Muerto —dijo Vivien.

Se retiró el guante un par de centímetros, dejando a la vista una franja de piel plateada, y la puso contra la herida. Aspiró y contuvo la respiración unos segundos; luego soltó el aire.

—¿Muerto del todo? —preguntó Merlín en voz baja.

—Una esquirla de metal de la puerta del coche ha salido disparada, le ha atravesado el ojo y se le ha incrustado en el cerebro. Muerte instantánea.

—Mierda —dijo Merlín—. Mierda, mierda.

—Creo que ella vivirá —dijo Vivien, apartando la mano y recolocándose el guante—. Pero no solo es la herida: alguien ha interferido con su mente. No sé quién, ni si durará.

Los coches reducían la velocidad al pasar y la gente se quedaba mirando la escena. Merlín levantó la vista cuando oyó que un automóvil se paraba detrás del coche patrulla y al instante volvió a coger su pistola. El coche que había parado era un Vauxhall familiar, salpicado de barro. Una mujer con botas de agua bajó del lado del acompañante, con las manos en alto. El hombre que conducía se había agachado todo lo posible, pero no tanto como para no ver a través del parabrisas.

—¡Soy veterinaria! —anunció la mujer, nerviosa—. ¿Puedo ayudar?

¿Por favor?

—Sí —le gritó Merlín—. Dígale a su amigo que siga hasta el próximo teléfono de emergencias y llamen a una ambulancia y a la policía. Usted puede quedarse aquí y ocuparse de esta persona.

El Vauxhall se puso en marcha. Había más tráfico, pero aún no había atascos. No obstante, ahora todo el mundo reducía la velocidad para mirar, lo que acabaría creando una caravana de kilómetros y llamando la atención en poco tiempo. También podía ser que alguno de los que ya había pasado hubiera parado en el teléfono de emergencias más cercano y hubiese llamado pidiendo ayuda.

La veterinaria corrió hacia ellos, sin bajar las manos. Merlín recogió el revólver calibre .38 del agente para evitar cualquier tentación de intervención heroica; se fue al otro lado del coche para echar un vistazo a la radio, pasando por encima del hombre que había matado.

—El otro agente está muerto —le dijo Vivien a la veterinaria—. Mantenga la presión sobre la herida. Creo que se salvará.

Tal como esperaba Merlín, la radio seguía sintonizada en la frecuencia general de Londres, que allí, en Leicestershire, resultaba inútil. Si aquello hubiera sido algún tipo de misión autorizada, ya habrían llamado a la policía local y habrían solicitado una frecuencia, o al menos se habrían conectado al canal general del condado. Salió y le hizo una señal a Vivien. La veterinaria tenía las manos sobre la gasa que cubría la herida de bala, y estaba concentrada en la mujer, sin mirar ni a Merlín ni a Vivien.

Los dos libreros se dirigieron a paso ligero hacia su taxi.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Vivien.

—Es un coche de la policía de Londres, no de Leicestershire —respondió Merlín—. Eso me hizo sospechar. Además, salieron del coche con movimientos extraños. Me recordaron a los matones que habían ido a por Susan. Esa agente no preguntaba qué hacía en la autopista porque estuviera en *shock*; realmente no sabía cómo había llegado hasta aquí. ¡Tienen que haberle manipulado la mente!

—Sí —dijo Vivien en voz baja—. Ya te lo dije.

—Yo no he disparado hasta que no lo han hecho ellos. ¡Maldita sea, solo quería herirles!

—Lo sé. Venga, tenemos que irnos.

Merlín cerró el capó y se puso al volante. Tuvo que esperar un momento para encontrar un hueco suficiente entre el tráfico; se preguntó si alguien intentaría detenerlos, arremetiendo contra el coche o haciendo alguna otra estupidez. pero las personas que habían visto realmente lo sucedido se encontraron empujadas hacia delante por el incesante flujo del tráfico. Lo único que veían los que ahora pasaban era un clásico taxi londinense fuera de su ámbito habitual —algo relativamente raro, pero no imposible de ver en cualquier autopista— que dejaba atrás la escena de un accidente en el que se había visto involucrado un coche de policía.

—Más vale que dejemos el taxi. La policía de Leicestershire se pondrá a buscarlo enseguida. Tardaremos días, al menos, en arreglarlo con los de Londres —dijo Merlín, pisando el acelerador—. Ojalá no hubiera tenido que disparar.

Guardó silencio unos segundos; luego tomó aire y siguió hablando:

—Tenemos que robar otro coche. Y llamar a Thurston.

—A estas alturas, Merrihew también estará en la Librería Nueva —dijo Vivien, no muy contenta. Tenía la funda de la espada sobre las piernas—. Ya habrán activado la sala de operaciones especiales. Será la primera vez desde los años sesenta, creo.

—¿Dónde está la espada? ¿Y el lobo? ¿Y Susan?

Vivien se concentró, aguantando la respiración una vez más. No se congestionó, pero su mano plateada se iluminó lo suficiente como para que una fina línea de luz asomara por la abertura de su guante.

—Al oeste, a unos seis kilómetros. Y creo… Sí, han parado.

—Tomaremos la siguiente salida —dijo Merlín—. Y a la que encontremos un coche sin vigilar, cambiamos de vehículo.

Los dos eran bastante expertos robando coches, haciendo puentes, usando ganzúas y colándose en casas ajenas. Era parte de su currículo en Wooten.

Los zurdos eran los que solían hacer ese tipo de cosas, pero era muy habitual cambiar de zurdo a diestro y viceversa durante la adolescencia y la juventud. La escuela los entrenaba a todos como agentes de campo, al menos hasta que se volvían decididamente

diestros, momento en que solían perder interés por ese tipo de cosas.

Merlín miró a Vivien por el retrovisor. Parecía muy inquieta.

—Esos agentes de ahí atrás —dijo—. Su vehículo. Matrícula A163SUY. Estaba en la plaza, en la casa segura.

Merlín repasó sus recuerdos.

—Sí —confirmó—. Aparcado en el extremo norte. Con esos agentes dentro.

—Debieron de enviarlos a seguirnos casi inmediatamente —dijo ella —. Podrían habernos atrapado mucho antes, habernos hecho parar.

—Pero se han limitado a seguirnos —observó Merlín—. Hasta que hemos parado…

—Así que quienquiera que les haya dado instrucciones, ha ido a lo sencillo —concluyó Vivien—. Síguelos hasta que paren y luego dispara a matar.

—¿Qué o quién podría introducir una instrucción así en unas mentes mortales? —se preguntó Merlín en voz alta.

—Un soberano de antaño lo haría en sus propios dominios —dijo Vivien, que vaciló. Luego añadió—: Un señor del caldero, probablemente en cualquier sitio; los calderos no tienen fronteras geográficas y todos otorgan poderes especiales a las mentes mortales. Y uno de nosotros también podría haberlo hecho. Un librero diestro con cierto poder.

—Habríamos percibido la presencia de un antiguo —dijo Merlín.

—Lo que digo es que cualquiera hubiera podido hacerlo. Por ejemplo, la tía Una, o los otros de los equipos de respuesta.

Guardaron silencio durante kilómetro y medio. Ambos estaban sumidos en sus pensamientos.

—Salida —dijo Merlín, girando a la izquierda—. Sigo hacia el oeste, ¿verdad?

—Noroeste —dijo Vivien, que miró el Atlas de Carreteras de Gran Bretaña Bartholomew, abierto sobre el asiento, a su lado—. Toma la A50.

—Vale —dijo Merlín—. ¿Quién componía el equipo de la Librería Nueva? Yo he visto a Silas y a Rory…

—El tío Silas, la tía Esther y los primos Rory, Stewart y Darius —

dijo Vivien.

—¿Alguno de ellos podría…?

—No lo creo —dijo Vivien, sin dejarle acabar—. Todos son competentes, a diferencia del primo Jake. Pero esa compulsión de matar mantenida durante horas… Thurston podría hacerlo, por supuesto… El tío abuelo Feroze y la tía abuela Evangeline de Wooten, la tía abuela Sheena…

—¿Quién es la tía abuela Sheena? —preguntó Merlín, frunciendo el ceño.

Ya habían salido de la M1 y habían entrado en una gran rotonda. Tomó la salida de la A50, buscando con la vista algún automóvil que pudieran robar. Solo disponían de unos minutos antes de que todos los coches patrulla y todos los agentes de Leicestershire salieran en busca de un taxi negro de Londres.

—Dirige Harshton & Hoole, en Birmingham —respondió Vivien—. ¿Nunca has coincidido con ella?

—Nunca he tenido relación con los orfebres. ¿Qué hay de los ambidiestros? ¿Podrían crear esa compulsión?

—Todos ellos podrían hacerlo —dijo Vivien—. Pero… no puedo creer que lo hicieran.

Merlín frenó un poco al ver un hotel de carretera con un gran aparcamiento; entró en él buscando una plaza donde el taxi quedara oculto. La encontró detrás de unos árboles que habían dejado en medio del asfalto por algún misterioso motivo.

—¿Qué hay de ese superintendente? Estaba ahí y es sospechoso.

—Pero no podría hacerlo; ningún mortal podría manipular a otra persona para que matara. Quiero decir…, quizás en el mismo momento sí, pero no podría mantener esa influencia durante horas —apuntó Vivien.

—Pues yo creo que tendríamos que estudiar esta posibilidad a fondo —dijo Merlín—. Dijiste que había pasado de la Unidad M a Crimen Organizado para luego dedicarse a las bandas. Su nombre no figuraba en el dosier, pero me pregunto si tuvo algo que ver con la investigación del asesinato de mamá.

—Ojalá pudiéramos volver a la Librería Antigua a investigar todo

eso —dijo Vivien, impaciente—. Yo ya no debería estar realizando labores de campo.

—Tampoco ha pasado tanto tiempo desde que eras zurda.

—Bastante. ¿Qué tal ese Austin 1300 de ahí? —preguntó Vivien.

—No —dijo Merlín—. Quizá tengamos que conducir rápido. Además, tiene pinta de que las ruedas se le van a salir en cualquier momento.

Vivien levantó la cabeza y señaló:

—¡Ese Ford Capri de ahí!

—Quieres ser Bodie, de *Los profesionales*, la serie de televisión, ¿no?

—A mí me gusta —dijo Vivien—. ¿Y qué? A ti te gusta Doyle.

—Doyle es el más guapo de los dos —alegó Merlín.

Salieron del taxi moviéndose con rapidez, pero sin que se les notara la prisa. Merlín recogió su bolsa de pelo de yak y su maleta, Vivien cogió su cinturón, la funda de la espada y el atlas de carreteras. El grupito de árboles les mantenían escondidos de todo, salvo de la última fila de coches del aparcamiento, pero no había nadie mirando. Pasaron junto a tres coches; luego Merlín depositó su maleta en el suelo, se sacó de la bota un trozo de lo que parecía una cinta métrica metálica y abrió la puerta del Capri en tres segundos. Se metió y desbloqueó las otras puertas antes de hacer el puente. Vivien echó sus cosas sobre el asiento de atrás, metió también la maleta de Merlín y se sentó en el asiento del acompañante justo en el momento en que el motor despertaba con un rugido.

Cuarenta segundos más tarde ya estaban de nuevo en la A50, ahora en un Ford Capri 3.0 Mk 11 plateado con capota negra de vinilo exactamente igual que el de la serie de la ITV.

—¿La espada sigue en el mismo sitio? —preguntó Merlín.

—Ahora lo compruebo —dijo Vivien, que tuvo que girarse para coger el atlas y la funda de la espada—. Tú sigue hacia el oeste.

Susan salió a la superficie jadeando y chapoteando. Se agarró al borde de piedra del pozo, buscando desesperadamente su arma. Pero en el agua se había girado sin darse cuenta y había nadado hacia el lado contrario. La espada quedaba lejos de su alcance, y la fenris ya estaba sobre sus cuatro patas, aparentemente recuperada. Los ojos

volvían a brillarle y la espuma de las encías había desaparecido.

La gigantesca loba se lanzó hacia Susan, ya sin cojear, y abrió las mandíbulas.

—No —ordenó Morcenna, cortándole el camino.

Era una imagen inasible frente a la loba, líquida e insustancial. La fenris gruñó, pero sin mucha convicción, casi fue un gemido contenido.

—No. No permitiré que se le haga ningún daño a nadie que esté en mi pozo. Lo sabes, y has sido curada. Ahora debes irte.

La loba agachó la cabeza y se elevó de un salto, convirtiéndose en decenas de cuervos que formaban una masa que recordaba la silueta de la loba. Las aves se alejaron volando, por el luminoso cielo de la mañana, trazando una espiral ascendente y volviéndose cada vez más insustanciales, como si se desvanecieran al contacto de un viento invisible que las arrastraba hacia el norte.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

—Solo ha estado en este mundo el tiempo necesario para traerte hasta aquí —dijo Morcenna—. Los lobos sagrados tienen muchas formas, de diferente consistencia. Ha emprendido el vuelo para informar más rápidamente de su fracaso a quienquiera que la haya sometido.

—Pero ¿de quién se trata?

—De algún gran poder —respondió Morcenna, que se encogió de hombros—. Tú también estás curada de las pequeñas heridas que tenías, así que te pido que abandones mi pozo. Llévate la espada; no quiero que su veneno se quede aquí.

—Eh…, vale —dijo Susan. Se puso en pie, chorreando, y rodeó el borde del estanque para recoger la espada—. Hum…, ¿puedes decirme cuánto tiempo tengo antes de que la fenris llegue allá donde se dirija?

—Va a la velocidad del viento, por encima del aire —dijo Morcenna —. Podría estar en cualquier sitio, dentro de los antiguos límites de Gran Bretaña, dentro de una hora, dos o tres.

—Está bien —dijo Susan—. Hum…, gracias. ¿Por qué no me dijiste que la fenris tendría que dejarme en paz? Quiero decir… antes de que acordáramos que le quitara la espada.

—Quería ver lo que hacías —dijo Morcenna, y sus finos labios de algas se separaron para mostrar sendas filas de minúsculos dientes de pez, muy inquietantes—. Aunque es cierto que debo ofrecer la curación a todo el que acude a mi pozo y que no puedo permitir que nadie haga daño a mis visitantes, soy yo quien decide qué hacer con ellos después de la curación.

—Oh, vale —respondió Susan, nerviosa—. Gracias.

Dudó un momento y luego volvió a agachar la cabeza a modo de reverencia. Morcenna hizo lo propio.

—Yo creo… que me voy —dijo Susan. Miró alrededor. El estanque estaba rodeado de un espeso bosque por todos lados y no había ni rastro de caminos. Se dirigió hacia lo que interpretó que sería el este, la dirección por la que había llegado—. ¿Por dónde está la salida?

—Por todas partes —dijo Morcenna, y se sumergió en su estanque, convirtiéndose en un chorro de agua pura y clara en movimiento, para acabar con un gran chapoteo, como si hubiera caído de una enorme jarra invisible.

—Vale —murmuró Susan.

Miró la espada que tenía en la mano. Aunque resultaba evidente que era muy antigua, el borde brillaba con lo que le pareció un filo muy agudo, por lo que descartó la idea de ocultarla en la pernera de su mono para no aterrorizar a las primeras personas que se encontrara por ahí. Y también descartó llevarla agarrada detrás de la espalda, porque eso daría aún más miedo.

—A lo mejor la gente no hace caso —murmuró para sí misma—. Una jovencita vestida con un mono y con el pelo mal cortado sale de un bosque secular con una espada. Suena a excentricidad, no a terrible locura. Nada de movimientos repentinos. Les pido que me dejen hacer una llamada. Y no pasará nada.

Se encaminó hacia lo que parecía un hueco en el sotobosque, en dirección a lo que pensaba que sería el este. Se alejó del Pozo de Morcenna y se adentró en la espesura.

—Hay un teléfono —dijo Vivien, señalando una clásica cabina roja frente a una cafetería, junto a la carretera—. Más vale que llamemos para informar; han pasado más de dos horas.

—Primero tenemos que encontrar a Susan —dijo Merlín—. ¿Y si vuelven a moverse? ¿O si al fenri se le ha salido la espada? No tenemos tiempo que perder.

—Los mayores estarán furiosos —dijo Vivien—. Sobre todo ahora que…

—¡Ya lo sé, lo sé! —se defendió Merlín—. ¡Yo tampoco quería disparar a ese pobre agente! ¿Dónde giro?

—La siguiente a la derecha —respondió Vivien—. Hay un bosque espeso. Creo que el fenris ha parado ahí dentro.

—Quizá sea su guarida.

—Realmente has olvidado todo lo que aprendimos en el colegio, ¿verdad? —dijo Vivien—. Por aquí no hay ninguna madriguera de fenris. Debe de haber venido de más al norte, aunque eso también plantea diversas posibilidades.

—Entonces, ¿por qué ha parado?

—No lo sé —dijo Vivien.

Ninguno de los dos quería decir en voz alta que la espada podía haberse caído, y que Susan y el lobo tal vez estuvieran en otro sitio desde hacía un buen rato.

—Un coche de policía detrás —dijo Merlín, sin levantar la voz—. A dos coches de distancia. Policía local.

Vivien no se giró a mirar, sino que se acercó a Merlín para ver por el retrovisor.

—Si nos sigue después de girar, es muy probable que hayan denunciado el robo de este coche y que lo hayan relacionado con el taxi —dijo Merlín—. No querría disparar a más inocentes.

—Ya nos habrían hecho parar, o lo habrían intentado —dijo Vivien—. Y estos no estarán armados, ni poseídos, ni intentarán matarnos. Probablemente los pueda dormir, si es necesario. Aquí es. Spendborough Road. Gira aquí.

Merlín bajó la velocidad y puso el intermitente, como mandan las normas, antes de tomar la nueva carretera, más estrecha. Los dos vehículos que tenía detrás siguieron por la A50, igual que el coche de la policía.

—Prueba a poner la radio —sugirió Merlín—. A ver si…, a ver si el

incidente de la autopista sale en las noticias, o si han hecho algún llamamiento solicitando testigos.

Vivien encendió la radio. El coche se llenó inmediatamente de la música de «Moonlight Shadow», de Mike Olfield. Bajó el volumen y apretó uno de los cinco botones de presintonía para cambiar de emisora; en la nueva también sonaba «Moonlight Shadow», solo que la canción estaba más avanzada. Apretó el botón siguiente y sonó una voz seca y afectada hablando de los hábitos de las ratas toperas; el cuarto botón dio paso a la «Recondita armonia» de *Tosca*, de Puccini; la última emisora ofrecía una confusa entrevista con un vicario de Somerset sobre las próximas elecciones generales y las inundaciones, que al menos en opinión del vicario estaban relacionadas…, de algún modo.

—Vuelve a poner «Moonlight Shadow» —propuso Merlín.

Vivien apretó el botón y la música volvió a llenar el coche.

—Tengo hambre —dijo Merlín un minuto más tarde—. ¿Has traído algo de comer?

—No —respondió ella, que miró en la guantera, con la esperanza de encontrar alguna chocolatina o unas patatas fritas, pero solo dio con un paquete de John Player Specials medio vacío, una caja de cerillas y una linterna de petaca.

—Cuando encontremos a Susan, deberíamos cambiar de coche —dijo Merlín.

—Por lo que veo, la espada está…, están… en medio del bosque —dijo Vivien—. En cualquier caso tendremos que caminar.

—Afortunadamente, en mi maleta llevo ropa adecuada —respondió Merlín—. Para ti también, si quieres. Una estupenda falda de tela escocesa con un gorro a juego.

Vivien puso cara de pocos amigos.

—O puedes escoger alguna otra cosa —propuso Merlín—. Tenemos que cambiar de imagen. ¿Quieres el bigote de D'Oyly Carte? Lo he traído. Y una peluca.

—No, gracias —respondió Vivien—. Pero un gorro no sería mala idea. ¿Te das cuenta de que antes o después tendremos que deshacernos de la maleta?

—Desgraciadamente, sí —reconoció Merlín—. Me atrevo a decir que la policía se llevará una buena sorpresa cuando la encuentren.

—¿Por su contenido?

—Quizá. Pero la maleta en sí misma también es muy especial. Perteneció a Noël Coward.

—Sí, claro —dijo Vivien, sin disimular su incredulidad.

—Sus iniciales están debajo del asa, y su etiqueta personal en el interior —insistió Merlín—. Pagué veinte libras por ella en el mercadillo de Portobello.

—¿Veinte libras? Tendrías que haberle dicho a Paddington el oso que regateara por ti. Aunque no creo que tuviera ningún interés. Es algo triste pensar que un oso de ficción es más listo que mi hermano.

Merlín no respondió a la pulla. Pero pasados un par de minutos, Vivien le hizo una oferta de paz:

—Probablemente recuperes la maleta. Más adelante.

—Humm —respondió Merlín—. Agradezco tu optimismo. ¿Seguimos adelante? Hay un camino hacia el noroeste.

La carretera se dirigía a las afueras de un pueblo como tantos otros del interior de Inglaterra, todo de ladrillo rojo y hormigón de los años sesenta, con puestos de comida para llevar y pequeñas tiendas entre las casas a ambos lados de la carretera.

—De momento sigue recto —dijo Vivien—. No vamos al centro, saldremos del pueblo dentro de unos minutos, hay un par de rotondas. Luego tomaremos un camino a la izquierda, el Old Forest Way.

Siguieron adelante, acompañados por «Moonlight Shadow» y luego por «Sweet Dreams (Are Made of This)», de Eurythmics. Tomaron el estrecho camino justo en el momento en que el DJ les decía lo que habían oído y anunciaba que la siguiente canción iba a ser «A Winter's Tale», de David Essex. Vivien y Merlín alargaron la mano a la vez para apagar la radio. Por un momento, la mano izquierda de él chocó con la derecha de ella.

17

Un árbol es fuerte,
pero el viento lo es más.
Una piedra es fuerte,
pero el mar lo es más.
El sol es fuerte,
pero el dolor lo es más.

Susan caminó lo que le pareció que serían al menos dos horas, aunque no podía saberlo con exactitud, porque su Swatch se había parado a las 2.16, más o menos la hora en que la habían atrapado los goblins. Sabía que había caminado mucho, que había recorrido mucho más trecho de bosque que la fenris, aunque también estaba segura de que no había estado caminando en círculos. El bosque era tan denso que costaba ver el sol, pero, de vez en cuando, se hacía un hueco entre las ramas lo suficientemente grande como para verlo y hacerse una idea de dónde quedaba el este.

Tampoco recordaba que la cuesta fuera tan prolongada. No era demasiado pronunciada, sin embargo, combinada con el esfuerzo para abrirse paso entre los enormes troncos de roble, bajo las anchas y puntiagudas ramas de abedul y por entre los arbustos de espino y de acebo, resultaba agotador, y el bosque no parecía acabar nunca.

Tampoco había ni rastro del camino de herradura, pero Susan recordaba que en la cresta cambiaba de dirección, justo en el punto en que la loba había iniciado el descenso por aquel valle escondido cubierto de árboles. Así que, si seguía ascendiendo, acabaría encontrándolo, y de allí podría llegar a la carretera, y a algún teléfono desde donde llamar y pedir ayuda.

No tenía muy claro a quién debía llamar. Suponía que lo más fácil sería a Emergencias, y que fuera la policía quien informara a los

libreros. Pero tenía ciertas dudas: Merlín sospechaba que alguno de los libreros podía tener algo que ver con quienquiera o lo que fuera que había intentado secuestrarla. Así que quizá fuera más sensato intentar no llamar la atención.

Susan se lo quedó pensando y se detuvo para recobrar el aliento y mirar qué llevaba en los bolsillos. En el bolsillo izquierdo del pecho, cerrado con un botón, llevaba la pitillera de su padre. En el bolsillo inferior izquierdo llevaba unas quince libras, un pañuelo y… Notó algo en el bolsillo alargado y sacó el cuchillo de untar. Al tantear el bolsillo inferior derecho, encontró un puñado de sobrecillos de sal, mojados e hinchados, pero enteros.

Al tocar el acero y la sal sintió una extraña descarga eléctrica en el interior del cuerpo. De pronto, una sensación de emoción y de tensión la atravesó de los pies a la cabeza, mientras el poder que tenía aletargado en su interior cobraba vida. De forma instintiva, Susan volvió a meterse rápidamente el cuchillo y la sal en los bolsillos y levantó las manos, como si alejándolas lo máximo posible pudiera evitar lo que fuera que estaba ocurriendo.

La sensación de excitación y de urgencia se diluyó, pero no desapareció del todo. En su interior seguía sintiendo un temblor, una tensión contenida de que algo muy grande estaba a punto de pasar.

—No —murmuró Susan, para sí—. No lo quiero. Quédate tus poderes.

La sensación siguió perdiendo fuerza, como un bebé a punto de ponerse a dormir, pero siempre dispuesto a despertarse y echarse a berrear ante la menor provocación. Susan estaba decidida a evitarlo.

Se levantó del roble contra el que se había apoyado y se puso a caminar, muy concentrada en lo que debía hacer a continuación y evitando pensar en lo que ocurría en su interior. Con solo quince libras, ocultarse no parecía fácil. Intentó pensar cómo podría contactar con Merlín o con Vivien sin que se enteraran los otros libreros. Podía llamar a la Librería Vieja, hacerse pasar por una amiga con otro nombre…, pero probablemente tampoco estarían allí.

Con un poco de suerte estarían buscándola, quizás usando incluso la magia. Pero también lo estaría haciendo quien hubiera enviado la

fenris, y la loba sabía exactamente dónde había estado Susan, así que tenían ventaja. De modo que lo prioritario ahora era alejarse de aquel lugar. Ya se preocuparía de todo lo demás una vez que estuviera a una buena distancia del pozo y del bosque.

Al menos el contacto sanador de Morcenna le había quitado todos sus dolores. Pese a estar aún bastante mojada, Susan se sentía sorprendentemente animada y llena de vida. Estaba viva y libre…, y era agradable encontrarse entre los árboles, respirando aire puro, lejos del bullicio de Londres, oyendo el canto de los pájaros y el movimiento de los animalillos por el sotobosque, quizás erizos o conejos…

Se paró a pensar en todo ello. Solo oía sonidos naturales. No se oían aviones en el cielo, ni el ruido del tráfico de la autopista a lo lejos, ni de ninguna carretera más cercana. Nada. Pero la fenris solo se había apartado de la carretera un kilómetro, como mucho, y ella ya llevaba caminados al menos tres kilómetros.

—¡Por supuesto! —murmuró para sí—. Es un bosque mítico. Mucho más grande de lo que debería ser, una vez que estás dentro. Pero ¿cómo salgo?

Pensó en ello un poco más. Aquel bosque no era como la Feria de Mayo; no veía aquellos colores supersaturados, ni tenía la sensación de que era un mundo diferente. No había visto nada que le pareciera fuera de lugar; instintivamente sintió que esa no sería la solución para encontrar la salida.

Así pues, aspiró con fuerza y habló en voz alta a los árboles que la rodeaban, pero no gritando, sino usando su mejor voz, sonora y educada:

—Por favor, ¿me dejáis salir de aquí? ¡Me encanta este bosque, pero tengo que irme!

Todos los sonidos suaves cesaron cuando ella habló. El murmullo desapareció y la brisa dejó de jugar con las ramas más altas. Todo quedó absolutamente inmóvil y silencioso. Pero Susan sintió que cambiaba algo; alguna cosa varió, por un instante, en el extremo izquierdo de su campo de visión. Se giró lentamente, dispuesta a empuñar la espada.

Al girarse, los ruiditos volvieron. La brisa volvió a soplar en lo alto, levantando hojas y moviendo ramas. Algo pequeño y peludo se abrió paso por el espeso sotobosque.

Un mirlo volvió a cantar, quizás el mismo macho voluntarioso de la hondonada, que le hacía compañía.

Dos hayas de ramas prominentes, cargadas de follaje, se habían inclinado una hacia la otra, creando una puerta, y más allá se adivinaba un camino. Ni las hayas ni el camino estaban ahí un momento antes.

Susan bajó la cabeza, dijo «Gracias» y siguió el camino. Casi al momento el bosque se volvió más claro. Ya no había matorrales espinosos, los robles estaban más separados unos de otros, y las hayas eran más pequeñas y tenían las ramas más cortas. Incluso se veían el cielo y el sol, que parecía estar mucho más alto que la última vez que miró.

Apenas unos minutos más tarde, oyó otros ruidos más allá. El crujido de una rama al pisarla, el murmullo del follaje al apartar una rama, los pasos sobre las hojas… Alguien se acercaba.

Susan se agazapó y se apartó del camino —no sin dudar un momento, temiéndose que pudiera desaparecer—, y se escondió detrás del tronco de un enorme roble desde donde podía seguir mirando sin que la vieran, aunque el bosque era tan denso que tampoco ella lo tenía fácil para ver nada.

Había al menos dos personas, pensó. Quizá más. Oyó que se acercaban; luego se pararon y susurraron algo. Susan contuvo la respiración, para eliminar incluso ese mínimo ruido y poder oír mejor. Se pusieron otra vez en marcha, acercándose, haciendo ya más ruido, pisando con fuerza y…

—¡Susan!

Susan se giró de golpe y levantó instintivamente la espada. Merlín se había acercado sin hacer ruido, y ahí estaba, detrás de ella, con una daga en la mano izquierda. Ella no bajó la espada, pero antes de que se diera cuenta él ya había guardado la daga. No tenía ni idea de dónde la había escondido. Así, tan de golpe. Posiblemente se la hubiera metido en la manga de su chaqueta de pana de mujer, que

evidentemente Merlín consideraba idónea para aquel ambiente rural, combinada con una blusa color crema y una falda de cuadros escoceses en tonos suaves, medias verdes y unas caras botas de lluvia Hunter con hebillas laterales, y lo que a primera vista parecía ser una boina verde con una borla en lo alto. Del hombro, como siempre, colgaba su bolsa de pelo de yak teñido.

—¿Qué es eso que llevas puesto en la cabeza? —preguntó Susan.

El gesto de alivio de su rostro dejaba claro que aquellas palabras eran una expresión de lo contenta que estaba de verle.

—Es un *tam o'shanter*, obviamente —dijo Merlín, como si tuviera que saberlo.

Abrió los brazos y sonrió. Susan se le acercó, se abrazaron un momento y luego los dos se echaron atrás, como si de pronto hubieran recordado que tenían mucha prisa.

—Estaba preocupado —dijo Merlín.

—Yo también —dijo Susan—. ¿De quién son esos pasos que se oyen?

Merlín echó la vista más allá, por detrás de Susan, y gritó:

—¡Vivien! ¡Aquí está Susan!

Vivien se acercó pisando con fuerza, como llevaba haciendo un rato «como medida de distracción». Llevaba vaqueros, una camisa de cuadros, un sombrero de paja de ala ancha y zapatillas deportivas, una bolsa de vinilo de las líneas aéreas British Caledonian sobre el hombro, y en la mano, la funda de la vieja espada.

—Oh, gracias a Dios —respondió Vivien—. ¿Dónde está el fenris?

—Se ha ido —dijo Susan, que resopló y bajó la espada, recuperándose de la emoción—. La espada de Merlín… Le heriste gravemente, aunque tardó mucho rato en surtir efecto. Así que la fenris… (porque era una loba) se desvió para curarse en el Pozo de Morcenna, ahí abajo. Morcenna la curó, pero no la dejó que se me llevara después. Así que la fenris se convirtió en un puñado de cuervos y se fue volando a reencontrarse con quienquiera que le hubiera encomendado esta misión.

—¿Morcenna? —preguntó Merlín.

—Con ese nombre debe de ser una hada de agua —dijo Vivien, que

frunció el ceño—. Qué suerte que no tuviera hambre.

—¿Qué? —replicó Susan.

—Las hadas de agua son bastante impredecibles —dijo Vivien—. Cuando se encuentran con un mortal, es cara o cruz. Pueden ofrecerte ayuda, o comerte. No es que necesiten comer. Pero les gusta, de vez en cuando.

—Le he visto los dientes —recordó Susan, con un escalofrío.

Vivien le entregó la funda a Susan, que enseguida guardó la espada. Cuando la hoja estaba a la vista, no podía evitar sentirse incómoda, consciente de su presencia y su filo, como si quisiera cortar a alguien.

—¿Recuerdas algún detalle sobre la fenris? —preguntó Vivien—. Quizá pudiera identificarla. ¿Tenía pelos plateados en el morro o…?

—Morcenna la llamaba «la fenris», o algo parecido a *One-under Mere*.

Merlín levantó una ceja y miró a Vivien, expectante.

—Onundar Myrr —dijo Vivien—. El lago Windermere.

—¿Eso sirve de ayuda? —preguntó Susan.

—Servirá, estoy segura —respondió Vivien, pensativa—. Pero tendré que comprobar las referencias. No recuerdo que los fenris del lago Windermere tuvieran algo que ver con algún antiguo en particular… Tenemos que llamar a la librería, Merlín. Preguntarle a Thurston y al equipo de la Librería Nueva…

—Sigo sin estar convencido de que sea buena idea —la interrumpió Merlín—. Pero desde luego tenemos que salir de aquí.

Señaló una manchita distante en el cielo, o lo que Susan vio como una manchita distante. Tardó unos segundos en darse cuenta, al acercarse un poco, de que probablemente se trataba de un helicóptero.

—Un helicóptero de la policía —señaló Merlín—. Siguiendo la A50. Esperemos que aún no estén buscando nuestro nuevo coche.

—¿Qué hora es? —preguntó Susan, levantando la muñeca para poner su reloj en hora. Funcionaba otra vez, pero evidentemente había quedado retrasado—. En el bosque todo resultaba confuso, y el sol parece estar mucho más alto que antes…

—Son las doce menos diez —dijo Vivien, sin molestarse en consultar ningún reloj. Susan aceptó aquello como otra habilidad propia de los

diestros, y puso su reloj en hora—. Me alegro de que hayas encontrado el modo de salir del bosque; llevamos dos horas moviéndonos por los alrededores, intentando encontrar una entrada. No teníamos las referencias necesarias para aplacar o presionar a la entidad responsable.

—Le he pedido al bosque que me dejara salir —dijo Susan, sin hacer caso a la mirada fugaz que intercambiaron Vivien y Merlín—. Hum… ¿Por qué tenemos que huir de un helicóptero de la policía?

—Merlín ha tenido que disparar contra un policía —dijo Vivien—. Bueno, contra dos agentes. Pero uno ha muerto.

—¡¿Qué?!

—Yo no quería matarlo —se justificó Merlín—. Sin embargo, cuando disparas…, bueno, además ellos dispararon primero. Estaban poseídos. Como esos matones que habían intentado secuestrarte, y los que mataron a mamá. Alguien…, algo… les había manipulado la mente.

—Va a llevarnos un poco de tiempo arreglar eso, y aún no hemos podido llamar a los mayores para que se encarguen de ello —dijo Vivien—. Mientras tanto, la policía de Leicestershire (y supongo que el resto de las fuerzas del orden del país) estarán buscando a los dos que han matado a un poli en la M1.

—Oh… —dijo Susan—. ¡Oh! Si realmente son las doce menos diez, Morcenna me ha dicho que la fenris llegará allá donde tenga que ir en pocas horas. La loba ya le habrá dado mi posición exacta a quienquiera que la estuviera esperando.

—Pues ya tenemos dos motivos para ponernos en marcha —dijo Merlín, ostensiblemente más recuperado—. No llevarás ningún libro encima, por casualidad, ¿verdad, Susan?

—No.

—Qué lástima.

—No tenemos tiempo de leer, Merlín —dijo Vivien, con suavidad.

—Ya sé, ya sé —respondió Merlín—. Pensaba que unas pocas páginas, mientras caminamos… Tendrá que ser más tarde. Tendría que haber metido unos libros en mi equipaje. No lo pensé. Venga, vamos.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Susan a Vivien, ya que Merlín, como siempre, había salido disparado—. ¿Y para qué quiere un libro?

—Ha matado a alguien —dijo Vivien—. Y está afectado, como es natural. Los zurdos tienen una gran capacidad para la violencia y necesitan… compensarla, supongo…, con algo de lectura tranquila o escribiendo poemas. Estará bien.

—¿Y adónde vamos?

—Esa es una pregunta complicada —respondió Vivien—. Lejos de aquí, de momento.

—Sí, tenemos que poner tierra de por medio —dijo Merlín, que había encontrado el camino de herradura y se había parado a esperarlas. Levantó la vista—. Eso sí podemos. ¡Maldita sea!

El helicóptero estaba sobrevolando la A50, de oeste a este, alejándose. Pero unos kilómetros más al norte se oyó el murmullo de una bandada de estorninos que alzaban el vuelo desde un campo distante, miles de pajarillos moviéndose juntos, formando una oscura nube que adoptaba la forma de una mano enorme, con los dedos extendiéndose hacia la tierra. Los pájaros se movían erráticamente hacia el centro del bosque, en una serie de quiebros y fintas, arriba y abajo.

—¿Eso es natural? —preguntó Susan.

—Podría serlo —respondió Merlín—. Pero apostaría a que no.

—Sin duda es obra de un antiguo —dijo Vivien—. Que además será señor del caldero. Cruza demasiadas fronteras míticas como para que sea cualquier otra cosa.

Susan contempló la nube de pájaros, fascinada.

—Nunca he visto una bandada así, cualquiera que sea su causa. Es muy bonito. O lo sería, si no estuvieran buscándonos.

—Los tendremos encima dentro de menos de diez minutos —dijo Merlín—. ¡Venga!

Habían dejado el Capri en una travesía de la Old Forest Way, donde empezaba el camino de herradura, pero cuando estaban a punto de llegar, Merlín se paró y levantó la mano. Vivien y Susan fueron a su lado y se agacharon. Aún estaban en el inicio del bosque y Susan pudo ver el brillo de un coche plateado por entre los árboles.

—¿Qué pasa? —susurró Vivien.

—El helicóptero vuelve hacia aquí —dijo Merlín—. Esperemos a que pase.

Susan oía el whup-whup-whup del helicóptero, pero no supo muy bien si se estaba acercando o no hasta que de pronto el sonido se volvió mucho más intenso y, unos segundos más tarde, lo vio pasar por encima de sus cabezas, volando bastante bajo.

—Si sigue adelante, todo va bien —murmuró Merlín, dirigiéndose a Susan—. Si no, es que ya han denunciado el robo del coche y lo han relacionado con el taxi.

—¿El taxi?

—Le pedimos el taxi a Audrey para venir a por ti —dijo Vivien.

El ruido del helicóptero se perdió en la distancia. Merlín estiró el cuello, examinando el cielo por entre las copas de los árboles.

—Va otra vez hacia el oeste —dijo—. Vamos.

Se puso en marcha de nuevo, avanzando deprisa. Esta vez, Susan y Vivien apretaron el paso para no quedarse atrás. Merlín abrió el coche y lo puso en marcha, al tiempo que Vivien abría la puerta del otro lado y echaba el asiento hacia delante para que Susan pudiera meterse en la parte de atrás.

—Aquí atrás no es que sobre el espacio —dijo, dejando la espada envainada en el suelo y viendo la maleta de Merlín.

—No teníamos demasiados vehículos para elegir —replicó Merlín.

—Partiendo de la base de que tenía que hacernos sentir como si estuviéramos en un episodio de *Los profesionales* —añadió Vivien—. Yo soy Bodie y él es Doyle.

—¿Así que yo tengo que ser Georgina Cowley? —preguntó Susan—. Pues gracias.

—En realidad, Cowley es la jefa —dijo Vivien.

—Sí, ya, y treinta años mayor —protestó Susan.

—Aun así, una tipa dura —dijo Merlín, que revolucionó el motor, metió la marcha y salió a la carretera lentamente, echando la cabeza adelante para mirar hacia arriba a través del parabrisas.

—¿Ves el helicóptero o los pájaros, Vivien?

—No veo el helicóptero —respondió Vivien, que había bajado la

ventanilla para ver mejor—. Pero la bandada se dirige al centro del bosque.

—Vale —dijo Merlín, que pisó el acelerador a fondo.

El coche derrapó ligeramente y tomó velocidad.

—Tómatelo con calma —dijo Vivien—. No queremos llamar la atención.

Merlín asintió y redujo la velocidad a cincuenta kilómetros por hora.

—¿Adónde vamos? —preguntó Susan.

—Primero tenemos que encontrar un teléfono para llamar —respondió Vivien—. Le pedí a la prima Linda que comprobara los registros de los orfebres, y la tía Zoë debería haber recibido ya las fotografías ultravioleta del carné de biblioteca. Necesitamos esa información para decidir cómo actuar.

—Vale —dijo Susan, que al hablar percibió de nuevo aquella extraña sensación efervescente, inquietante, pero al mismo tiempo prometedora.

Era casi como si el poder que estaba tomando forma en su interior también quisiera saber —necesitara saber— quién era su padre. Resolver el rompecabezas le haría sentir más… completa.

—Si llamamos, Thurston y Merrihew se enterarán —observó Merlín.

—Lo sé —dijo Vivien, con resignación—. Tendremos que arriesgarnos.

—¿Arriesgaros? —preguntó Susan—. Ellos ya saben lo que me ha pasado, ¿no?

—Quizá lo hayan sabido desde el principio —dijo Merlín, muy serio.

—¿Qué quieres decir?

—Merlín cree que Thurston o Merrihew podrían ser los responsables de tus intentos de secuestro —respondió Vivien sin inmutarse—. Y, por tanto, también de los agentes manipulados para que nos tirotearan.

—¡¿Qué?!

—Pero debo decir que los últimos acontecimientos me hacen pensar que no están implicados, o al menos no directamente.

—Yo no sé… —dijo Merlín, pero Vivien no le dejó continuar.

—Sin duda son unos vagos y ya no cumplen con sus responsabilidades —reconoció Vivien—. Estoy de acuerdo en que deberían retirarse. Y puede que sepan más sobre el padre de Susan y de quienquiera que esté intentando hacerse con ella de lo que están dispuestos a reconocer. Pero eso es un pecado de omisión, no de acción. No puedo creer que alguno de ellos llegara a manipular a agentes de policía para que nos mataran. Ni que organizaran el asesinato de mamá.

Merlín guardó silencio unos segundos, concentrado en la carretera.

—No lo sé. Yo creo… No me fío. Pero no lo sé. Me cabrea que no hagan lo que hay que hacer. Supongo que probablemente sea más vagancia o dejadez por su parte…

—¿Y qué hay de los revividos? —preguntó Susan. Recordaba claramente aquel extraño hombre con el cuello rígido cruzando el jardín, con esa aterradora sombra persiguiéndole—. Sé que Helen y Zoë dijeron que no podían proceder de vuestro grial, pero… ¿vosotros estáis convencidos?

—Helen y Zoë saben mucho más sobre nuestro grial y sobre el Guardián del Grial que yo —dijo Merlín—. Aunque supongo que me gustaría oírlo de primera mano.

—Aun así, los mayores van a ser un problema —señaló Vivien—. Tanto si están implicados activamente como si no, querrán correr un tupido velo, o incluso solucionar el problema que representa Susan al viejo estilo. Tenemos que descubrir qué…

—Yo tengo que ir al encuentro de mi padre —dijo Susan de pronto, con un tono que sonó como si aquello le sorprendiera, como si fuera una revelación para ella. Frunció el ceño y repitió la frase—: Tengo que ir con mi padre.

—Bueno, la prima Helen ha dicho que tu padre probablemente… ya no esté por aquí —dijo Vivien.

—Yo, en cambio, estoy bastante convencida de que sí —dijo Susan —. No puedo explicarlo, y ojalá no estuviera sucediendo, pero cualquiera que sea el poder que me ha transmitido mi padre… está… despertando. Y tengo esta sensación incontenible de que tengo que

encontrarlo, quienquiera que sea, dondequiera que esté.

—¿Y eso lo percibes? —preguntó Merlín—. El dónde, quiero decir. Estamos llegando a un cruce. He estado alejándome de esos pájaros, pero si tienes algún lugar más concreto…

—Al norte —dijo Susan, levantando la mano y señalando hacia delante—. Al norte. Es todo lo que sé.

—Si tu padre aún existe, es posible que fuera él quien envió a la fenris —planteó Merlín, buscando las palabras con cuidado—. Quiero decir… Eso tendría sentido. Un soberano de antaño protegiendo a su hija.

—Entonces, ¿por qué no me lo ha dicho? —preguntó Susan—. ¡Podría haberme llamado! O venir a visitar a mamá. Yo creo que quien sea que esté intentando raptarme es enemigo de mi padre, y por tanto también es mi enemigo.

—Tenemos que encontrar un teléfono urgentemente —dijo Vivien, moviendo la cabeza—. Necesitamos más información. Ese tiene que ser el objetivo primordial.

—Sigue vigilando la bandada —dijo Merlín—. Y el helicóptero. Y tenemos que cambiar de coche.

18

La luna me envuelve con su opacidad,
las nubes ocultan las estrellas y la luna,
no veo nada, no oigo nada.
¿Quién sabe? Quizá ya haya dejado de existir.

Siguieron al noroeste por una carretera comarcal, una estrecha vía asfaltada poco más ancha que el coche, flanqueada por llanos campos de heno y otros tipos de forraje protegidos por alambradas, un paisaje rural tremendamente aburrido, desde luego muy diferente de la Inglaterra verde y pintoresca que ven los turistas.

Susan se giró a observar la bandada de estorninos a través de la luna trasera. La enorme nube de pájaros en constante movimiento estaba sobre el bosque, oscura, y sus oscuros dedos de bordes informes se lanzaban hacia los árboles una y otra vez para luego reunirse de nuevo con el resto de la bandada.

—Yo creo que se han dado cuenta de que ya no estoy en el bosque —dijo, y en ese mismo momento la bandada se dividió en cuatro, y cada una de las pequeñas nubes resultantes se separó, yendo hacia el norte, el sur, el este y el oeste. De cada grupo salían unas prolongaciones más pequeñas que se extendían sobre campos y carreteras, ampliando la búsqueda en todas direcciones.

—Los ornitólogos deben de estar alucinando —dijo Vivien—. ¿Podéis ver el helicóptero? Yo no lo veo.

Susan escrutó toda la parte de cielo que veía desde su posición por la ventana trasera.

—No.

—Ahí hay una cabina —dijo Vivien.

Merlín meneó la cabeza y pasó de largo de la cabina, que se alzaba solitaria en el cruce de dos carreteras rurales. Era una de las

modernas, de acero y cristal, y era como si hubiera aterrizado allí procedente del espacio.

—Seguimos estando demasiado cerca de la bandada. Esto está demasiado aislado, y estaríamos muy a la vista. Vamos hasta el siguiente pueblo de tamaño decente y llamamos desde un *pub*, o algo así.

—Ahora que lo dices, estoy muerta de hambre —dijo Susan—. ¿No podemos comer algo?

—No podemos parar mucho rato, tenemos que alejarnos —advirtió Merlín—. Pero yo también tengo hambre… Supongo que podrías comprar unos sándwiches o algo preparado. Vivien y yo probablemente deberíamos escondernos todo lo que podamos, aunque la policía estará buscando a un hombre y a una mujer, no a dos mujeres. Ni a tres.

—A mí me preocupa más la bandada —dijo Vivien.

—Pero los pájaros ya han quedado atrás —dijo Susan, girándose a mirar otra vez—. ¿Y qué es lo que pueden hacernos?

—Matarnos, o aturdirnos, con cierta facilidad, supongo. Imagina que te golpean mil estorninos a la vez, a toda velocidad. Además, cualquier entidad que sea capaz de controlar una bandada y enviarla a rastrear el bosque mítico de otra entidad podrá hacer también cosas peores —dijo Vivien—. Necesito hablar urgentemente con algún diestro de mayor rango.

—Quienquiera que sea, debe de tener un caldero —dijo Merlín—. Controlar una bandada de estorninos debe de ser lo mínimo que puede hacer. Y quienquiera que sea, podría tener revividos muy cerca. Ojalá supiéramos de qué caldero se trata.

—Suponiendo que no sea el nuestro, tendría que ser el de bronce o el de cobre —dijo Vivien—. A menos que haya otros de los que no nos han hablado nuestros mayores. Siempre se ha especulado con la posibilidad de que en realidad no fundieran el Caldero de Bronce, a pesar de los relatos de primera mano y del informe del mayor Claypole. Yo escribí una redacción sobre eso en quinto. Y aunque nadie ha visto el Caldero de Cobre desde tiempos de los romanos, que esté desaparecido es solo una suposición. Quizás el antiguo que lo

tiene en su poder lo haya mantenido oculto en una profunda caverna y de pronto ahora ambos han vuelto a dar señales de vida.

—Pero ¿por qué usar el caldero ahora? —preguntó Merlín—. ¿Y por qué raptar a Susan? Quiero decir que habría sido mucho más fácil raptarla cuando estaba en su casa, antes incluso de que nosotros supiéramos de su existencia. ¿Por qué ahora?

—Quizá quienquiera que sea no sabía de su existencia —propuso Vivien—. Hasta que se presentó en casa de Frank Thringley.

—Pero Frank ya sabía quién era —dijo Susan—. Enviaba felicitaciones de Navidad cada año, para «Jassmine y Susan».

—Sí, claro, pero puede que tuviera sus propios motivos para no decir nada —dijo Merlín—. Un as en la manga.

—Había otras personas en casa de Frank, ¿verdad? —preguntó Vivien—. Cuando llegaste, quiero decir. ¿Te presentaste como la hija de Jassmine, Susan?

La chica se quedó pensando.

—Sí —dijo—. Un hombre me abrió la puerta, el que tenía la recortada en la bolsa de la compra. Me pregunto… Ni siquiera entonces estaba lo asustada que debería haber estado. Dije que era Susan Arkshaw. Y había otro hombre en la sala cuando hablé con Frank, un guardaespaldas, supongo. Oh, se me había olvidado… Frank preguntó por mi madre llamándola por su nombre. Dijo que estaba contento de verme…, dijo algo como que era «una buena ocasión para visitarle».

—Sin duda, Frank estaba a las órdenes de algún jefe superior, y los suyos también, o al menos lo habrán estado después —dijo Merlín—. ¿Y si ese jefe en realidad era alguien del Mundo Antiguo, o alguien en un eslabón muy superior, relacionado con alguna entidad mítica?

—Sería la primera vez que uno de los soberanos de antaño se involucra tanto en asuntos de los mortales —dijo Vivien—. Quiero decir… que los sorbedores y los sustituidos, los medio duendes de diversos tipos, algunas entidades que suelen adoptar forma mortal… pueden mezclarse con la delincuencia. Y están los cultistas de la muerte, supongo, pero yo no los llamaría delincuentes, son más bien terroristas. Y solo suelen asociarse con las entidades menores, o quizá

con las de nivel medio, las sangrientas, que exigen sacrificios humanos. Por lo que yo sé, ningún soberano de antaño se ha relacionado nunca con delincuentes mortales. ¿Por qué iban a hacerlo?

—Para obtener una ventaja sobre los otros —sugirió Merlín—. Los mortales no están sometidos a las mismas restricciones que las entes del Mundo Antiguo. Si tú tuvieras entidades míticas y sirvientes mortales a tus órdenes, eso te daría más poder, ¿no? Quiero decir para según qué cosas, como reventar guardias.

—Sí —dijo Vivien—. Aunque es muy raro. O lo ha sido, hasta ahora.

No parecía convencida, pero al mismo tiempo era incapaz de descartar la posibilidad.

—De todos modos eso no cambia nuestro objetivo principal —dijo Merlín—, que es salir pitando de aquí y luego identificar al padre de Susan…

—Y llevarme con él —le interrumpió Susan.

—Quizá sí, quizá no —puntualizó Merlín.

—Necesitamos más información —dijo Vivien, girándose y sonriéndole a Susan, para suavizar el desplante de Merlín.

Susan habría querido decir que «tenían» que llevarla, que sentía la necesidad urgente en su interior. Quizás esa sensación fuera en realidad una compulsión. Quizá le hubieran manipulado la mente, igual que habían hecho con los matones de Birmingham o con los agentes que le habían disparado a Merlín.

Pero no se lo parecía, porque por lo demás se sentía bien y perfectamente serena. Aun así, le preocupaba.

En la carretera que estaban siguiendo no habían encontrado tráfico, pero de pronto se encontraron en un cruce con una carretera más importante por la que circulaba un flujo constante de vehículos.

Vivien consultó el plano de carreteras y Merlín bajó la velocidad al llegar a la señal de stop. Susan pasó la vista por otro campo como los anteriores, recién segado, con balas de heno cilíndricas. Le sorprendió ver un espantapájaros en una cruz en medio del campo, teniendo en cuenta que no había ya cosecha que proteger. No había visto un espantapájaros a la antigua como aquel desde su infancia, e incluso en

ese caso era una creación de un granjero de la zona para divertir a sus hijos, no para que ahuyentara a las aves. El que veía ahora era el clásico, como el del *El mago de Oz*, con paja dentro de la ropa, una calabaza medio pocha a modo de cabeza y unas llamativas cápsulas de papel rosa a modo de ojos, de esas que se usan como molde para las magdalenas…

El espantapájaros se giró. Susan sintió su mirada, aquellos ojos rosa fijándose en los suyos.

—¡El espantapájaros!

Vivien y Merlín también se volvieron. El espantapájaros levantó una pierna, que era más bien como un zanco, arrancándola de la tierra, y luego la otra, y se puso a caminar, inclinándose para usar también sus brazos de palo y avanzar a cuatro patas, como un insecto horrible y aterrador.

—¡Mierda! —exclamó Vivien.

Merlín pisó a fondo, quemando goma contra el asfalto y haciendo sonar la bocina para abrirse paso entre los coches de la carretera principal, que tuvieron que frenar para dejarle pasar.

El espantapájaros cambió de dirección de un salto, pero en el momento en que Merlín adelantó a un Ford Fiesta que iba lento y volvió a acelerar, se dio cuenta de que no podría alcanzarlos. Así que se irguió, inclinó hacia atrás su horrenda cabeza de calabaza podrida y soltó un chillido estremecedor audible incluso por encima del motor, que rugía al máximo de revoluciones.

Luego, sin dejar de trotar, se desmoronó, y los palos, la paja y las ropas viejas cayeron al suelo, dejando un reguero de restos por el campo.

—Un vigía —dijo Vivien—. ¿Por qué lo has mirado, Susan?

—¿Cómo? ¡Tenía curiosidad!

—Ha percibido tu mirada —le explicó Vivien—. Si no, no nos habría visto.

—¿Y qué hacen los pájaros? —preguntó Merlín—. Quizás estemos lo suficientemente lejos para que no hayan oído su grito de alarma.

—Siguen alejándose del bosque en todas direcciones —dijo Susan—. No veo que vengan hacia aquí en particular.

—Ese espantapájaros no será el único vigía —dijo Vivien—. Si ves otro espantapájaros, no lo mires directamente. Ni tampoco a ninguna escultura extraña, ni cosas así.

—¿Cómo voy a evitar mirar? —respondió Susan, molesta.

Estaba agotada, hambrienta y aún tenía la ropa mojada, y estaba cansada de ser el centro de todas las críticas.

—Puedes mirarlos. Pero no a los ojos —precisó Merlín—. ¡Mierda!

Un tractor con un largo remolque cargado de heno se acababa de integrar en la carretera unos doscientos metros por delante de ellos, haciendo frenar de pronto a los tres coches que tenían delante. No iba a más de quince kilómetros por hora.

—Los estorninos no nos vienen detrás, y el helicóptero no se ve por ninguna parte —dijo Vivien—. Vamos bien.

—Supongo —gruñó Merlín, frenando para unirse a la caravana que seguía al tractor.

Un segundo más tarde vieron un Ford Granada de la policía que venía en dirección contraria por el otro lado de la carretera. Pasó de largo, sin prisas, y vieron que el conductor y el agente que iba a su lado iban mirando los coches que seguían al tractor con remolque.

—Ponte bien recta, Susan, que te vean —dijo Merlín—. Recuerda que están buscando a dos personas, no a tres.

El Granada se acercó sin variar de velocidad. La redujo ligeramente cuando llegó a la altura del Capri. Merlín se giró y sonrió, Vivien también, y Susan irguió la cabeza, preguntándose si debía evitar mirarlos a los ojos, como a los vigías. El coche de policía pasó de largo y los tres suspiraron de alivio. Pero un momento más tarde el alivio se convirtió en alarma, cuando el Granada frenó de golpe, haciendo chirriar los neumáticos, dio media vuelta, encendió las luces azules del techo e hizo sonar la sirena.

Merlín pisó a fondo, el Capri salió al carril contrario y adelantó al tractor, evitando por muy poco una colisión frontal con un Mini que venía de cara y que se apartó, yendo a parar al fangoso arcén, aunque desgraciadamente allí no bloqueaba el paso al coche de policía que los perseguía.

Merlín cambió de marcha, el contador de velocidad pasó de los

cincuenta a los ochenta por hora y luego a los ciento diez, que a Susan le pareció mucho más rápido que la velocidad que había alcanzado la loba, aunque no lo era, porque la estrecha calzada de la carretera comarcal, de firme irregular, sin duda era muy diferente a la de la autopista.

—Buscan este coche —dijo Merlín, apretando los dientes y moviendo el volante para evitar perder tracción con las ruedas traseras en la curva que tenían delante, que no habría ofrecido ninguna dificultad a cincuenta por hora—. Llamarán, y volverá el helicóptero. Ajustaos los cinturones.

—Eh… Aquí detrás no hay cinturones —dijo Susan.

—¡Pues agárrate bien! Vivien, ¿puedes dormirlos cuando pare? No quiero disparar a otra persona inocente.

—¡Sí! —dijo Vivien, que se había abrochado el cinturón y tenía las manos apoyadas en el salpicadero. Los nudillos de ambas estaban blancos—. ¡Mejor que paremos!

—¡Preparaos! —gritó Merlín.

Enfrente tenían un pueblo, con las casas pegadas a la carretera, lo que hacía que la calzada se estrechara aún más; era un cuello de botella que no podían atravesar a gran velocidad. Sin embargo, antes de llegar, a la derecha, había un camino con una verja que daba a un campo.

—¡Paramos! —anunció Merlín.

Frenó de golpe, redujo varias marchas, echó el freno de mano y pegó un volantazo. El lado derecho del coche se levantó del suelo y por un momento de vértigo dio la impresión de que iba a salir rodando, hasta que las ruedas volvieron a entrar en contacto con el asfalto y el coche se deslizó hacia atrás con un sonoro chirrido de neumáticos. El Granada iba directo hacia ellos, hasta que Merlín pisó el acelerador de nuevo, asustando al conductor del coche de policía, que dio un quiebro a la izquierda y siguió adelante. Merlín frenó el Capri lo suficiente como para que el impacto marcha atrás con la verja de entrada al campo fuera suave. Aun así, la verja se rompió en pedazos y abolló la parte trasera del coche.

En unos segundos, Vivien y Merlín ya habían abierto sus puertas de

una patada y estaban fuera, pero Susan tardó algo más en salir. Recuperó la espada y levantó la cabeza, justo a tiempo para ver el Granada de la policía frenando en medio de la carretera. Las puertas se abrieron, pero los agentes apenas tuvieron tiempo de salir: Vivien ya se había situado delante de su coche, levantando los brazos e inspirando profundamente. Cuando soltó el aire y bajó las manos, los agentes cayeron al suelo, tendidos sobre el asfalto.

Visto desde lejos, daba la impresión de que los hubieran abatido con una pistola con silenciador.

Merlín metió la cabeza y agarró la bolsa de British Caledonian de Vivien y su bolso de pelo de yak.

—¡Vamos! Tenemos que movernos.

—¿Adónde? —preguntó Susan.

El tractor y los coches que iban detrás habían parado, y la gente empezaba a salir de sus vehículos para mirar, o quizás incluso para intervenir; el granjero del tractor sacó una piqueta de metal del remolque, con la evidente intención de usarla como maza.

—Para empezar, a esa arboleda de ahí —dijo Merlín, señalando un bosquecillo de abedules en el otro lado del campo. Pero no eran más de una docena de árboles, rodeados de campos; y no les ofrecían demasiada protección—. Viv, ¿puedes nublar la mente a cualquiera que nos observe para que podamos cruzar desde la arboleda hasta el pueblo?

—Puedo intentarlo —dijo Viv, aunque no parecía estar muy segura.

El granjero avanzaba por la carretera, y le seguían un par de personas más. Uno llevaba una llave de cruceta.

Merlín sacó de su bolsa la Smython. Susan contuvo el aliento, y a punto estuvo de rogarle que no disparara a nadie, pero él apuntó a un lado y disparó dos veces al arcén por delante de donde se acercaban los buenos ciudadanos. Sin embargo, el ruido de los disparos, la tierra levantada en el punto donde impactaron las balas y la vista del arma tuvieron el efecto deseado. El granjero y sus seguidores volvieron corriendo hacia atrás para resguardarse detrás del tractor.

—Corred —dijo Merlín.

Corrieron hacia la arboleda, rodeando un profundo fangal que se

había creado en el centro del campo. Merlín las guio por entre los árboles, donde no les podían ver desde la carretera, pero desde allí no podían ir a ningún sitio sin que los vieran; solo había campo abierto.

—¿Estás lista para ocultarnos? —le preguntó a Vivien.

—Puedo hacerlo un máximo de dos minutos —le advirtió Vivien—. ¿Eso de qué servirá?

—Es suficiente —dijo Merlín, señalando en dirección al pueblo. A unos cincuenta metros un camino partía del punto donde se estrechaba la carretera principal, entre las casas. Había un pub sin ningún encanto, un edificio de ladrillo de los años sesenta con un gran cartel en blanco y negro que decía «COMIDAS» sobre el rótulo principal, que estaba demasiado lejos como para que Susan pudiera distinguir el nombre—. ¿Veis el *pub*? Corremos hasta allí. Tendrán teléfono; llamamos y nos informamos sobre el padre de Susan.

—Pero… esto se llenará de policías enseguida —objetó Vivien—. Quizá debiéramos rendirnos…

—Tendremos al menos diez minutos —dijo Merlín.

—¡Pero quedaremos atrapados en el pub! ¿Qué estás planeando? ¿Un sitio? No podemos…

—No —dijo Merlín—. Hay un estanque en la plaza del pueblo. Mira, por el hueco entre el *pub* y la casa de al lado.

Vivien se lo quedó mirando.

—¿Y eso de qué nos sirve? —preguntó Susan.

—«Uno de los zurdos para abrir camino; uno de los diestros para encontrar la línea mágica», dijo Merlín, mirando fijamente a Vivien. Sé que tradicionalmente son Thurston y Merrihew quienes lo hacen, pero no tienen por qué ser ellos, ¿no? Nosotros también podemos.

—¿Y llevarnos a Susan?

—¿Adónde? —preguntó ella.

—¿Se te ocurre alguna otra cosa? —preguntó Merlín, haciendo caso omiso a la pregunta de Susan.

—Ya te lo he dicho: podríamos rendirnos a la policía.

—La bandada viene de camino, y hay vigías en los campos; quienquiera que esté buscando a Susan no dudará en llevársela de una comisaría de policía. Y nos matará a nosotros, si nos entrometemos.

—¡Pero es hija de un antiguo! ¿Y si nos equivocamos con ella?

—¡Oye, que estoy aquí! —protestó Susan.

—Luego te lo explicamos —le espetó Vivien.

—Es nuestro único recurso —dijo Merlín—. Venga, no podemos perder tiempo.

—Eh…

Vivien vaciló un momento, pero luego asintió con convicción y cogió aire con mucha fuerza. Aguantando la respiración, levantó los brazos, con las palmas de las manos hacia el exterior. Las bajó lentamente y las juntó, y del borde de su guante salió una luz plateada. Levantó la mano derecha y la apoyó sobre la cabeza de Merlín. Susan contuvo una exclamación al ver que brillaba y se volvía transparente. No invisible del todo —aún podía distinguir su contorno si lo miraba atentamente—, pero casi. Luego Vivien tocó la cabeza de Susan, con el mismo resultado, y después se puso la mano encima de ella y, sin más espera, salió corriendo hacia el *pub*, sin soltar el aire.

Susan la siguió, y a punto estuvo de chocar con Merlín, que evidentemente la veía mejor, porque se apartó. Susan se miró el cuerpo y a punto estuvo de caerse del susto; era muy raro no ver nada.

Llegaron hasta la carretera, frente al *pub* (que Susan vio que se llamaba Ambrose Arms). De pronto, Vivien reapareció frente a Susan, se paró y echó el cuerpo hacia delante para vomitar. Cuando acabó, cogió aire varias veces, respirando con dificultad. Susan vio a Merlín, que volvía a ser visible, bajó la vista y se vio los pies y las piernas de nuevo.

—Lo siento —se disculpó Vivien, jadeando—. ¡No he podido… mantenerlo más!

—Un buen intento —dijo Merlín—. Pero ahora supongo que tendremos que darnos un poco de prisa.

Echó mano de su bolsa, sacó el revólver y corrió hasta la puerta del *pub*. Susan fue tras él y Vivien los siguió más despacio.

Solo había un cliente en el interior, un hombre de unos sesenta años vestido con ropa de trabajo y una gorra que los miró sorprendido. Tenía un sándwich de queso y encurtidos en la mano y estaba a punto de darle un bocado en el momento en que entró Merlín.

—¡Fuera! —le ordenó, señalándolo con el cañón—. Y deja el bocadillo.

El hombre dejó el sándwich en el plato y salió a toda prisa.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —gritó la dueña del *pub*, saliendo de detrás de la barra, agitando su delantal como si Merlín fuera un gallo que se hubiera escapado del corral—. Baja ese arma y no hagas tonterías.

—Lo siento mucho —dijo Merlín, pasándose el revólver a la mano derecha, dando un paso adelante y agarrando a la mujer por el hombro con su mano izquierda enguantada. Le localizó los nervios que buscaba y se los presionó, y ella soltó un chillidito. De pronto, las rodillas no la aguantaron y cayó a plomo. Merlín la empujó y la hizo pasar por la puerta con la máxima suavidad posible.

—Cierra con llave —le ordenó a Susan—. Viv, encuentra el teléfono. Yo me aseguraré de que no hay nadie más por aquí.

Se fue a la puerta de detrás de la barra, escuchó un momento y entró. Vivien examinó el local, no vio ningún teléfono y atravesó una puerta batiente que daba a una sala más pequeña. Susan giró el pomo de la cerradura de la puerta principal y pasó los pestillos superior e inferior.

—¡Susan! —gritó Merlín desde algún punto del interior—. Mira tu reloj. Avísame cuando hayan pasado cinco minutos. Es todo el tiempo que tenemos.

Susan miró su Swatch, pero se había detenido de nuevo. Tenía gotitas de humedad bajo el cristal, del Pozo de Morcenna.

—¡Se ha parado! —gritó a su vez.

Merlín no respondió.

Susan se encogió de hombros. Volvió a la barra principal y sí, allí había un reloj. Estaba poniendo su reloj en hora otra vez, con la vana esperanza de que se secara, cuando vio un movimiento a través de la ventana que hizo que se estremeciera. Corrió para asegurarse de que los postigos de las ventanas estaban corridos, y vio a la dueña del pub y al cliente, que se habían alejado y ya estaban al otro lado de la carretera. Allí se pusieron a hablar con una mujer vestida con sotana y alzacuellos que los escuchó atentamente, y luego los tres se fueron de allí.

—¡Creo que la vicaria ha ido a buscar ayuda! —gritó Susan.

—Típico —respondió Merlín, acercándosele—. Probablemente alguien habrá usado ya la radio del Granada. Tendría que haberla desactivado. No te preocupes por el reloj; quizá tengamos un poco más de tiempo de lo que pensaba. Viv, ¿estás al teléfono?

—¡Sí! —dijo ella desde la otra barra.

—En la cocina hay una puerta —dijo Merlín—. Saldremos por allí, cruzaremos el aparcamiento y la plaza y llegaremos al estanque. Dame la espada.

Susan le entregó la antigua espada, y él se la colgó del cinturón.

—¿Por qué vamos al estanque? —preguntó Susan, frunciendo el ceño.

Una vez más, Merlín no respondió. Esta vez era porque estaba mirando por la ventana.

Susan miró. El cielo sobre los campos, al este, se estaba oscureciendo, y de pronto oyó una vibración grave y constante, el batido de miles y miles de alas…

—Los pájaros —dijo—. ¡Los estorninos!

El susurro había cobrado fuerza de nuevo y planeaba por encima de los campos, tentáculos compuestos por cientos de pájaros que se extendían desde el cuerpo principal de la bandada, compuestos por otros miles, examinando cada hondonada y cada hueco del terreno, tras cada árbol y tras cada edificio.

—¡Viv! ¡Tenemos que irnos ya!

19

¿Cuánto dista Silvermere?
Mil leguas, ahí lo has de ver.
¿Y el camino escondido dónde estará?
Si tú no lo sabes, nadie te lo dirá.

El grito de Merlín resonó en el local. Él agarró a Susan por el codo y la alejó de la ventana, para arrastrarla después hacia la puerta de detrás de la barra.

Vivien llegó corriendo del otro salón, pero Merlín no la esperó. Susan y él salieron por la puerta trasera casi trastabillando y atravesaron el aparcamiento lleno de baches hasta la plaza del pueblo. El estanque en el centro de la plaza, de aguas transparentes, era casi redondo y apenas tendría unos veinte metros de diámetro; en los bordes crecían juncos. Susan no tenía ni idea de por qué corrían hacia allí, pero echando un vistazo atrás tuvo claro de lo que huían: unas densas formaciones de miles de pájaros que lo inspeccionaban todo.

Merlín se paró al borde del estanque y se arrodilló. Él también se giró, y vio aquellos dedos oscuros que descendían y empujaban las ventanas del pub, se colaban por la chimenea y golpeaban las puertas. Muchos pájaros quedaban aturdidos, o se partían el cuello, e iban cayendo constantemente, pero siempre había más, precipitándose de la enorme masa de aves que se movía en el cielo.

El batir de alas se había convertido en un rugido, cada vez más intenso.

—Espero que esto funcione —dijo Merlín, quitándose el guante de la mano izquierda, que se iluminó con una pálida luz plateada, reflejando la del sol, al extender los dedos y sumergirlos en el agua, al tiempo que murmuraba algo entre dientes.

Tras ellos, la enorme masa de pájaros superó el tejado del *pub*, se

lanzó hacia el aparcamiento y volvió a ascender, alargando sus formaciones hacia ellos, a la orilla del estanque. Cientos, si no miles de pájaros, aparentemente lanzados contra ellos. Muchos de ellos morirían, sus frágiles cuerpos quedarían aplastados, aunque a esa velocidad el impacto de todos esos picos, pequeños pero duros, y de esas garras, sería como una lluvia de metralla, o de un montón de clavos disparados con un artilugio explosivo improvisado pero letal.

El agua se abrió bajo la mano de Merlín, se apartó hacia los lados, y el fondo del estanque se hundió. El fango desapareció y en su lugar aparecieron unos escalones tallados en la tierra y la imagen totalmente incongruente de una puerta de aspecto familiar. Una puerta de habitación de hotel con los números «617» en metal.

La habitación de Merlín en el Northumberland.

El chico bajó los escalones corriendo, con Susan y Vivien pegadas a sus talones, justo en el momento en que la prolongación más cercana de la nube de estorninos llegaba a la plaza, bloqueando la luz del sol por completo, con el sonido atronador del batir de alas de tantos pájaros, como si les estuviera cayendo una cascada encima.

Merlín abrió la puerta con fuerza y echó la mano atrás para agarrar la mano izquierda de Susan y tirar de ella. Vivien los siguió, cerrando la puerta tras de sí de una patada, y al momento se oyó un brusco repiqueteo, como el de una ametralladora, al estrellarse decenas de estorninos contra la madera, a modo de pequeños misiles emplumados.

Luego se hizo el silencio.

—¿Dónde estamos? —preguntó Susan, mirando alrededor.

Estaban prácticamente a oscuras, aunque sentía el espacio a su alrededor, y el aire, aunque inmóvil, era frío como la escarcha; lo sintió en el rostro. La única luz que había procedía del brillo plateado de la mano de Merlín, y un momento más tarde de la de Vivien, cuando se quitó el guante. Pero eso no bastaba más que para iluminar sus rostros y el suelo bajo sus pies, que, tal como observó Susan, no era fangoso como correspondía al fondo de un estanque, sino de piedra.

—En ningún sitio —dijo Merlín en voz baja—. En algún lugar. En

un lugar intermedio. ¿Vivien?

Hacía frío, más aún a cada segundo que pasaba. Susan se estremeció.

—¡Vivien! —la apremió Merlín, creando una nube blanca de humedad con el aliento.

—Estamos en lo alto de una pequeña loma, en primavera, cuando el aire no es ni cálido ni fresco —dijo Vivien, moviendo la mano, como señalando el panorama sobre sus cabezas—. Bajo una luna en cuarto creciente, en un cielo claro, tan cargado de estrellas que su luz nos permite verlo todo.

Susan parpadeó. El cielo se había llenado de estrellas y había una media luna en lo alto. Con la luz que se había hecho de pronto vieron que efectivamente estaban en lo alto de una loma, cubierta de brezo púrpura y piedras. Pero más allá de la loma y del cielo había una intensa oscuridad, una ausencia total de luz y de detalle.

La intensa sensación de frío desapareció. La respiración de los tres dejó de formar nubes de vapor.

«El viejo sendero sigue la línea mágica, el viejo sendero nos enseña el camino», recitó Vivien, gesticulando de nuevo. Su mano plateada ahora brillaba más, tanto como las estrellas y la luna, mientras que la de Merlín había perdido intensidad y apenas emitía un leve brillo.

Ante ellos discurría un camino que descendía por la colina, atravesando la oscuridad. Un camino recto, acogedor, de tierra y grava, con muchos baches y flores silvestres que crecían en los márgenes. Pero a ambos lados del camino no había nada más que oscuridad.

—Susan, no te sueltes de la mano de Merlín y sígueme de cerca —dijo Vivien, echando a caminar por el sendero, con la mano por delante, como si necesitara tantear el camino o como si temiera encontrarse con algún obstáculo.

Merlín cogió la mano izquierda de Susan con su mano derecha, y ella se sintió reconfortada con el contacto. La piel de Merlín era cálida; Susan aún tenía la mano helada. Pero no se movió.

—¿Adónde vamos? —preguntó en voz baja.

Aparte de sus voces y sus pasos, no se oía ningún otro ruido.

—A Silvermere —dijo Merlín, también en voz baja—. Donde vive el Guardián del Grial. Se puede llegar a través de cualquier cuerpo de agua, pero normalmente vamos por el lago de la vieja cantera de Wooten, donde va Merrihew a pescar, en busca de la vieja carpa. Los mayores van siempre a la cabeza y guían a todos los demás. Viv y yo no hemos ido nunca por nuestra cuenta.

—¿A qué distancia…? ¿Cuánto tiempo tenemos que caminar hasta donde sea que esté eso? —preguntó Susan. Intentó mostrarse tranquila, pero no lo estaba. Había algo misterioso y muy inquietante en el espacio que los rodeaba, a ambos lados del camino.

—Puede variar —dijo Merlín.

Susan observó que no dejaba de mirar a ambos lados, pendiente de algo en aquella vacuidad, más allá del estrecho sendero.

—No tardaremos mucho —dijo Vivien, con confianza. Solo iba unos pasos por delante, pero no se paró ni giró la cabeza hacia atrás para hablar—. Recuerda no dejar de caminar, pase lo que pase.

—Como en el viejo camino recto de Highgate Wood —le dijo Susan a Merlín—. ¿Significa eso que hay algo parecido a la Bestia Negra por ahí fuera?

—Parecido a la Bestia Negra no —dijo Vivien, tranquilizando a Susan solo momentáneamente—, pero hay entidades completamente desarraigadas del mundo que pueden intentar regresar, usándonos como vehículos —añadió, sin apartar la vista del camino que tenía por delante—. No pueden hacernos daño si nos mantenemos en el camino y evitamos responder a su llamada.

—Ah, vale —dijo Susan, que aceleró un poco, para mantenerse más cerca de Vivien. La oscuridad a los lados de la carretera le parecía aún más siniestra ahora que sabía que aquello estaba plagado de amenazas.

—Tengo que contarte bastantes cosas. Puede que en Silvermere no podamos hablar. No estoy muy segura de qué ocurrirá una vez allí. El tiempo discurre de un modo extraño, y no es lo único que es raro. Las otras veces que he estado, algunas personas que iban conmigo no parecían estar allí al mismo tiempo, aunque hubiéramos llegado juntos. Y algunos también volvieron por separado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Susan, nerviosa. Inmediatamente se imaginó encontrarse en aquel oscuro vacío a solas. ¿Habría luz en el cielo y estaría allí el camino de no ser por Vivien y su luminosa mano derecha?

—El Guardián del Grial es quien decide lo que ocurre en Silvermere, quién puede entrar y salir, y en qué condiciones —dijo Vivien—. No te preocupes, llegaremos, y salir es mucho más fácil, el Guardián del Grial se encarga de ello. Pero quizá no podamos hablar entre nosotros, y tengamos que volver cada uno por nuestra cuenta. Así que tienes que saber lo que me han contado la tía Helen y la tía Zoë; por fin hemos obtenido abundante información, y aunque aún no sé qué significa, al menos empezamos a entender…

—Entonces, ¿conseguiste que te pasaran la llamada? —la interrumpió Merlín—. ¿Thurston y Merrihew no les quitaron el teléfono?

—Al final intervino Thurston, como loco, ordenándonos que nos entregáramos en la comisaría de policía más cercana y esperáramos a que actuaran «los mayores, que son más sensatos» —dijo Vivien. Susan pensó que era raro oírla hablar sin que se girara, casi daba la impresión de que su voz procedía del aire—. Pero primero conseguí hablar con Zoë y Helen, que lo han dejado todo para dedicarse a esto. Susan, el carné de la biblioteca iba a nombre de «Coniston coma Rex».

—¡Rex! —exclamó Susan—. ¿Así que mi padre se llama Rex?

—No exactamente —prosiguió Vivien—. En cuanto vio eso, Helen recordó dónde había visto el dibujo de la pitillera. Es… ¡Baja la mirada!

Susan obedeció. Por un instante vio una enorme sombra que eclipsaba la luna y las estrellas, y dos ojos brillantes de color violeta, extrañamente fascinantes, antes de fijar la mirada de nuevo en los talones de los zapatos de Vivien. Se los quedó mirando un buen rato. La sombra se retiró, pero sintió una presencia cercana, y siguió viendo durante un rato un rastro de luz violeta.

—No mires y no pasará nada —dijo Merlín, justo detrás de ella—. Aunque el hecho de que hubiera desenfundado la espada enseguida no daba mucha tranquilidad. La llevaba en la mano izquierda, y con la

derecha apretaba la mano de Susan.

—Mantén la vista baja. Tal como ha dicho Vivien, no nos puede tocar mientras estemos en el camino; solo nos puede tentar para que lo abandonemos.

—Pero ¿qué es? —preguntó Susan, esperando que no se notara su intranquilidad. Sentía la presencia de aquella cosa, siguiéndolos, una enorme sombra que se cernía sobre ellos, acercándose al camino todo lo que se atrevía.

—Algo antiguo y olvidado, algo proscrito hace mucho tiempo —respondió Vivien—. No le prestes atención. Como te decía, Helen reconoció el grabado de tu pitillera como una imagen estilizada inspirada en *Panorama en el Distrito de los Lagos*, de J. M. W. Turner.

—¿Y? —preguntó Susan. Le costaba no mirar al lado; tenía que hacer un esfuerzo considerable para mantener la vista fija en la espalda de Vivien. Había algo en aquellos ojos violetas que quería ver de nuevo…

—¡La cabeza abajo! —le espetó Merlín.

Susan casi tuvo que forzar el cuello para mirar de nuevo abajo. No se había dado cuenta de que empezaba a levantar la vista, lo cual resultaba muy inquietante.

—Vale. Turner. *Panorama en el Distrito de los Lagos* —dijo Susan, hablando en voz alta para evitar pensar en la atracción que ejercía en ella la criatura que avanzaba a su lado.

—Muchos dicen que es una vista del Viejo de Coniston —añadió Vivien.

—Que es una montaña —señaló Susan.

—Así es —dijo Vivien—. Pero el Viejo de Coniston también es uno de los soberanos de antaño. Y «rex» significa «rey» en latín.

—¿Mi padre es el Viejo de Coniston? —exclamó Susan—. Eso es casi tan malo como ser una piedra.

Pero mientras decía aquello, algo de la expresión «el Viejo de Coniston» resonó en su interior; sintió que esa sensación vibrante, de expectación, crecía en intensidad, como si fuera consciente de que su momento se iba acercando.

—Él no es la montaña, realmente —dijo Merlín—. Quiero decir…

Bueno, la habita… metafísicamente; es el epicentro de su poder. ¿Han dicho algo más las tías?

—Sí —respondió Vivien—. Yo no había llegado muy lejos con las copias microfilmadas de los registros de Harshton and Hoole cuando me llegaron noticias de la incursión en…, en la casa segura. Pero le pedí a la prima Linda que siguiera investigando y le comunicara a Helen lo que iba encontrando…, que no fue casi nada, lo que, en sí mismo, resulta sospechoso. El incendio de Harshton and Hoole sería muy «selectivo», obviamente.

—¿Qué encontró? —preguntó Susan, intrigada.

Le costaba mantener la vista fija en los pies de Vivien, y ahora le parecía oír una música lejana procedente de la oscuridad, una música suave y tenue que le dio ganas de girarse para oírla mejor, para grabar la melodía en la mente.

—Una copia en papel carbón del inventario de una caja fuerte en el taller principal de Birmingham que incluía «dos» pitilleras plateadas «como regalo de conciliación» y que constaban como entregadas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Susan, elevando la voz.

Sacudió la cabeza para intentar sacarse la música de la mente. Era la música más pegadiza que había oído jamás, y lo que resultaba más inquietante es que no conseguía descifrarla entera. La necesidad de detenerse para girarse y escuchar era intensa, como un picor insoportable. Distraer la mente era lo único que podía hacer para evitar concentrarse en esa música, en mirar hacia esos ojos que sabía que tenía a apenas un par de metros, mirándola fijamente,

—¿Y dos? ¿Por qué dos pitilleras? —preguntó Susan—. ¡Dos! ¡Dos!

Tras ella, Merlín se puso a cantar otra vez un fragmento del musical *H.M.S. Pinafore*, de Gilbert and Sullivan, pero con una voz muy plana, muy diferente de la voz de barítono, entonada y llena, de la que había hecho gala en el hotel. Susan observó que era más efectiva para bloquear el canto de sirena de la criatura que los seguía entre las sombras. La música sobrenatural armonizaba con las notas naturales, pero se veía repelida por los bemoles y los sostenidos.

—Casi todas las entidades míticas se prestan a la conciliación o a la distracción con regalos; es algo que está en su propia naturaleza —dijo

Vivien, que había adoptado un tono tedioso e impersonal, que evidentemente también estaba pensado para contrarrestar el canto de sirena—. Les encantan los metales preciosos y las joyas, las armas de calidad y otras cosas así, que Harshton and Hoole crean para ayudarnos cuando necesitamos hacer tratos.

—¿Así que los libreros estaban intentando organizar algo entre mi padre y… quién? —preguntó Susan. Casi estaba gritando, pero ni Merlín ni Vivien plantearon objeciones. Le ayudaba a resistirse a la tentación.

—No lo sé —dijo Vivien, con una evidente frustración—. Pero alguien lo sabe. Alguno de los nuestros, quiero decir.

—Thurston, supongo —dijo Merlín, que cogió aliento y siguió cantando—: «¡Y su puño siempre a punto, para dar el golpe definitivo!».

—Quizá sí —respondió Vivien—. Pero quizá no sea ninguno de los mayores.

—De modo que mi padre es el Viejo de Coniston —gritó Susan—. ¡El Viejo de Conisto-on-on-on-on!

—Eso es lo que parece —respondió Vivien—. Déjame que recuerde el *Índice de soberanos de antaño y principados de Inglaterra*. No recuerdo con precisión el apartado sobre tu padre, porque no aparece listado como malvado, y solo estudiamos a fondo a los malvados, de los que hay unos seiscientos diecinueve. Eso en 1926, cuando se publicó la última edición del *Índice*. Ya sería hora de que lo actualizaran.

—«¡Nunca se arredra ante un enemigo tirano!» —rugió Merlín, que seguía con lo suyo.

—¡Qué interesante! —gritó Susan—. ¡Sigue contando!

La melodía enigmática también iba ganando en intensidad, intentando abrirse paso a través de la cacofonía del canto de Merlín, del monótono recitado de Vivien y de los gritos de Susan. Era bonita, pero incompleta, y Susan deseaba con todas sus fuerzas oírla bien, ceder y escuchar la canción más bonita que había oído nunca a medias. Pero opuso resistencia, y también a aquellos ojos violeta, abriendo la boca para hacer un ruido suave, como de tos, al ritmo de la canción de Merlín, y cubriéndose los ojos con una mano de modo

que solo pudiera ver los talones de Vivien.

—El Viejo de Coniston gobierna hasta dos leguas al norte y al oeste de la montaña del mismo nombre, y hasta dos leguas al sur y al este del lago.

—¿Cuánto es una legua?

—Poco menos de cinco kilómetros —dijo Vivien.

—«Por la nariz resoplará y el labio arrugará —siguió cantando Merlín—. ¡Las mejillas se le encenderán y el ceño fruncirá!»

—¿Eso incluiría el lago Windermere?

—Por lo menos, la orilla oeste, a mi modo de ver —respondió Vivien, con un tono muy seco y prosaico—. Ah…, el fenris de Onundar Myrr. Los lobos sagrados de Inglaterra no son siervos de nadie, pero podrían verse sometidos a un antiguo lo suficientemente poderoso, al menos durante un tiempo.

—La fenris que me secuestró desde luego sentía la obligación de hacerlo —gritó Susan—. ¡Merlín sí pensaba que mi padre habría podido enviarla! Yo no estoy de acuerdo.

—Helen, que es una ambidiestra de renombre y muy sabia, dijo que consideraba muy probable que tu padre ya no existiera —apuntó Vivien, manteniendo su tono altivo y pedante. Susan tuvo que hacer esfuerzos para oírla entre el estentóreo canto de Merlín y el melodioso canto de sirena—. Si no, no habrías heredado ese poder que empieza a manifestarse en tu interior.

—¡Yo creo que está vivo! —gritó Susan—. Y no creo que yo tenga ningún poder. Percibo algo en mi interior, algo que parece estar esperando su momento, pero nada más. Solo que siento una necesidad imperiosa de ir al encuentro de mi padre, lo que me hace pensar que sigue presente. Quizá fuera él quien envió a la fenris a buscarme…

—Tu padre no es un ente hostil y no tiene poder en el viejo Luan-Dun —cantó Merlín, siguiendo con la melodía del musical, pero cambiando la letra—. «No habría matado a los hombres, ni a los monstruos nacidos de un antiguo *calderooo*.»

—Mi hermano tiene algún problema con la rima, pero lo que dice es importante —dijo Vivien, con el mismo tono cansino—. Tanto si fue tu padre quien envió a la fenris como si no, creo que después de pedir

consejo al Guardián del Grial nuestra pista más segura debería ser el Viejo de Coniston y…

A media frase, Vivien desapareció. De repente. Un momento más tarde, Susan sintió que el suelo desaparecería bajo sus pies. La música tentadora se interrumpió de golpe y en lugar de la oscuridad y la sombra de ojos violetas apareció un cálido resplandor dorado que se reflejaba en un lago de aguas claras, con algas en las orillas.

Susan se encontró con los pies metidos en cinco centímetros de agua cristalina. Bajo la superficie se veían la arena y los guijarros, así como unos minúsculos peces plateados que nadaban en torno a sus Docs. Más allá veía un estrecho arenal y, más allá aún, una isla cubierta de bosques, o quizás una península, ya que no alcanzaba a ver si se unía a tierra firme por el otro lado. La isla tenía al menos kilómetro y medio de longitud, y el lago la envolvía trazando una curva por los extremos. Si estaba al sur, al norte, al este o al oeste era algo que Susan no podía saber, porque, a pesar de la agradable luz, no veía el sol en el cielo.

A sus espaldas, el lago se perdía en la distancia, y no se veía nada más allá. Desde luego no veía ninguna montaña ni colina, y el lago era demasiado ancho como para pertenecer al Distrito de los Lagos inglés. Además, algo le decía que se encontraba en un lugar completamente diferente.

Vio un cormorán que se zambullía y que salía del agua con un pez debatiéndose en su pico. El viento rizaba el lago, pero solo levantaba unas pequeñas olas poco pronunciadas. De hecho, era imposible imaginar que en aquel lugar hubiera hecho mal tiempo nunca, que se hubiera convertido en un lugar borrascoso y peligroso.

Aquello debía de ser Silvermere. Había algo en la perfección de aquella luz dorada y en la calidez del aire, con ese toque agradable de frescura que traía la brisa, que hacía pensar que era un lugar de fábula. Desprendía paz y tranquilidad, y una profunda sensación de sosiego. En otras circunstancias, Susan se habría descalzado y habría chapoteado en la orilla, se habría tendido al sol y habría disfrutado contemplando la naturaleza.

No había ni rastro de Vivien ni de Merlín. Ni de ninguna otra

persona. Pero frente a ella se abría un camino, un sendero claramente distinguible entre los alisos que bordeaban la estrecha playa de arena y guijarros. El camino seguía por entre dos salientes de roca gris, penetrando en el bosque de robles y hayas, castaños y serbales, y en la hierba entre los árboles asomaban campanillas de color azul. Un mosquitero silbador hizo una fugaz aparición, dejando una efímera estela de blanco y verde.

Susan salió del agua y echó a caminar por el sendero.

20

Una moneda encontré por azar
en un estercolero inmundo.
Y es el dinero que me va a llevar
a correr mundo.

El camino ascendía por una cuesta de unos veinte metros. Luego el terreno se volvió llano y el bosque se hizo menos denso. Seguía habiendo salientes rocosos aquí y allá. Algo más allá, Susan se encontró una roca más grande y una niña sentada encima. Era una niña de piel morena, cabello oscuro y ojos negros, de unos nueve o diez años, vestida con una especie de túnica de lana natural y descalza. Y, en claro contraste con su atuendo, lucía unas pesadas pulseras de oro en ambas muñecas, bonitos ornamentos compuestos por numerosos hilos de oro tejidos entre sí.

Tenía un pequeño halcón de color gris plateado sobre el hombro, que se sujetaba a la túnica con sus garras, pero curiosamente sin llegar a atravesar la piel de la niña, porque no había ni rastro de sangre. El animal miró a Susan con un penetrante ojo amarillo de pupila negra y echó a volar.

La niña levantó una mano a modo de saludo. Susan se detuvo a cierta distancia y se la quedó mirando, recelosa.

—Hola —dijo—. Yo soy Susan. ¿Tú quién eres?

La niña se subió a lo alto de la roca. Tenía las rodillas peladas y los pies sucios.

—Yo soy la Guardiana del Grial —dijo, provocando que Susan diera un salto hacia atrás, porque su voz no era la de una niña, sino la de un hombre mucho mayor y de voz profunda.

»Uups —dijo la Guardiana del Grial. Tosió un par de veces antes de continuar, y su voz se hizo más aguda, más suave e infantil—. No me

ha salido bien. Pensé que presentándome con este aspecto te resultaría más fácil. Pero hace mucho tiempo que no adopto esta imagen, te pido perdón.

—Sí, claro —dijo Susan, pero de pronto tuvo una terrible sospecha que necesitaba aclarar inmediatamente con una pregunta directa—: Ehm…, ese halcón… ¿no era… Merlín?

—Es un merlín, desde luego —dijo la Guardiana del Grial—. Pero no Merlín Saint Jacques. Ni su hermana, por si te preocupa que pudiera serlo.

—¿Dónde están?

—Están aquí.

—¿Esto es Silvermere?

—Sí. El lago, la isla, la casa. Todo es Silvermere. Aunque, como yo, pueden presentar una imagen diferente para cada visitante. Los Saint Jacques, por ejemplo, tienen todos la misma idea de lo que debería ser Silvermere, y esa es la que ven —le explicó, con gesto distendido.

Susan escuchó aquella explicación de adultos procedente de lo que parecía ser una niña muy animada, pero que en realidad sabía que sería una especie de entidad mítica ancestral. Quizás un soberano de antaño. ¿O quizás el Señor del Grial fuera una especie de híbrido de criatura mortal y entidad mítica, como los libreros? Y, ahora que lo pensaba, como ella misma…

—Por otra parte, tienen expectativas comunes con respecto al Guardián del Grial, y eso es lo que encuentran. Ven, vamos a pasear.

Bajó de la roca de un salto y le sonrió, con una sonrisa breve y traviesa. Una sonrisa de esas que, si efectivamente fuera una niña, daría paso a alguna treta inocente, pero que sabiendo de quién se trataba, resultaba muy inquietante.

—Aquí estarás segura —dijo la Guardiana del Grial, con rostro serio. De la sonrisa no quedaba ni rastro.

Susan se preguntó si le podía leer la mente, o si podía al menos detectar sus miedos.

—Segura de todos tus enemigos. Hasta que te vayas, por supuesto.

—¿Todos mis enemigos? —preguntó Susan—. ¿En plural? ¿Son más de uno?

—¿He dicho eso?

—Sí. ¿Tú sabes quiénes son? —preguntó Susan.

La niña asintió.

—Podría saberlo —dijo la Guardiana del Grial, y esa sonrisa traviesa volvió a su rostro—. Pero no lo haré. Se supone que no debo interferir en lo que sucede fuera de Silvermere. Así que no, no lo sé. Quizás alguna idea, nada de gran importancia.

—Mis enemigos —repitió Susan—. En plural. Supongo que no me podrás guiñar un ojo si pruebo a adivinar quiénes son y acierto.

—No —dijo la niña, que se detuvo un momento y guiñó ambos ojos frenéticamente antes de ponerse de nuevo en marcha.

Susan la siguió, pero tenía la mente en otro lugar, pensando en «enemigos» y en sus posibles motivaciones.

La Guardiana del Grial de pronto dejó de caminar y frenó ante una bifurcación, aunque ambos caminos seguían por el bosque y no parecían muy diferentes.

—¿Tomamos el camino de la izquierda o el de la derecha?

—No lo sé —dijo Susan—. ¿Adónde vamos?

—¿Adónde quieres ir?

Susan abrió la boca, la cerró y se quedó pensando. Una parte de ella habría querido volver a casa, meterse en la cama y taparse hasta la cabeza con la colcha de los Mumin que le había hecho su madre cuando tenía ocho años, mientras Jassmine, con la cabeza en las nubes, como siempre, le traía una taza de té frío hecho horas antes. Incluso tuvo la sensación de que era posible, de que aquella extraña niña podría hacerlo realidad. Pero también sabía que la casa de su madre no sería más que un refugio temporal. Lo que se había puesto en marcha, fuera lo que fuese, seguiría hasta el final, tanto si se ocultaba como si no.

Y luego estaban los libreros. Aunque albergaba serias dudas con respecto a Thurston y Merrihew, tenía una confianza total en Merlín y Vivien, y las tías ambidiestras, Helen y Zoë, la habían impresionado. Quizá si consiguiera llegar a la Librería Vieja estaría segura, y los libreros podrían investigar qué era lo que estaba pasando…

Pero ninguna de las dos opciones le parecían la correcta. Susan

sabía dónde necesitaba ir realmente.

Abrió la boca y habló con decisión.

—Quiero ir con mi padre. Estoy segura de que no está muerto, ni se ha ido, pese a lo que piensen Helen y Zoë. Quiero conocer al Viejo de Coniston.

—Entonces lo conocerás —dijo la Guardiana del Grial—. De hecho, cualquiera de estos dos caminos te llevará hasta allí. La cuestión es cuál escoges.

—¿Dónde están Merlín y Vivien? —insistió Susan. Miró más allá de la niña, en dirección a los dos caminos. Ambos parecían muy iguales, un par de senderos bien marcados que atravesaban el bosque—. ¿Se encuentran al final de estos caminos?

—No —dijo la Guardiana del Grial.

—Pero ¿están bien?

—Están disfrutando de una buena cena —dijo la niña.

—¡Cena! —exclamó Susan, con un suspiro. El estómago se le encogió y de repente se sintió débil y algo confundida. No había desayunado ni almorzado… ¿y ya era hora de cenar?—. ¿No podían esperarme?

—Han olvidado momentáneamente que estás aquí —respondió la Guardiana del Grial.

—¡¿Cómo?!

—El Silvermere de los Saint Jacques no es para ti, al menos no en esta ocasión. Puedes pasar por este Silvermere conmigo, pero no puedes quedarte mucho tiempo, ni puedes comer ni beber, puesto que no has sido invitada. Yo he permitido que Merlín y Vivien te trajeran hasta aquí, pero no he dado permiso para que te quedes.

—¿Y tengo que irme sin ellos? ¿Sin Merlín y Vivien? —preguntó Susan.

Intentó mantener la compostura, pero no pudo ocultar un leve temblor en la voz.

La niña asintió, esta vez con gran solemnidad.

—Este no es uno de esos casos en los que un camino lleva a la perdición y el otro a la redención, o algo así, ¿no?

—Quizás ambos te lleven a la perdición —dijo la Guardiana del

Grial—. Pero los dos te llevarán adonde dices que quieres ir.

—¡No estoy diciendo que sea donde quiero ir! —protestó Susan. Respiró hondo y repitió, lentamente y con decisión—: Necesito encontrar a mi padre: el Viejo de Coniston. Me encantaría contar con la ayuda de Merlín y de Vivien, porque estoy convencida de que son mis amigos. Pero iré sola, si tengo que hacerlo. Y tomaré el camino de la derecha.

—Bien —dijo la niña, que le guiñó el ojo, antes de añadir—: Es algo más rápido.

Tomaron el camino de la derecha y caminaron por el bonito bosque, con grandes robles y esbeltos fresnos, y algunos serbales que empezaban a perder sus flores y a producir bayas que iban adquiriendo color. Los rayos del sol atravesaban las ramas creando manchas de luz, y entre la hierba, a los lados del camino, crecían muchas flores: una alfombra de campanillas mezcladas con celedonias, vinagreras, calas y flores de ajos silvestres.

Sin embargo, Susan estaba demasiado hambrienta, cansada y preocupada como para apreciar la belleza del bosque. Siguió a la Guardiana del Grial, que caminaba deprisa y a ratos dando saltitos, con lo cual iba aún más rápido. Seguía teniendo aquella sensación de urgencia y curiosidad, cada vez mayor, pero contrarrestada por una intensa sensación de miedo y soledad.

El camino empezó a ascender ligeramente, y llegaron a un claro cubierto de hierba. La niña lo cruzó y se subió a una roca de superficie plana cubierta de líquenes que sobresalía del terreno y que debía de tener su mayor parte enterrada. Aunque al principio le pareció un saliente perfectamente natural, Susan se dio cuenta de que en realidad era un obelisco toscamente tallado y verdaderamente enorme, mayor que la Aguja de Cleopatra, el famoso obelisco a orillas del Támesis, solo que este debía de haberse caído sobre un lado y había quedado medio enterrado; únicamente sobresalían los últimos diez metros, más o menos.

—¡Venga, ven! —dijo la niña.

Susan trepó por la resbaladiza superficie de la gran piedra, hasta lo más alto, y se situó junto a la Guardiana del Grial. Le sorprendió ver

que habían llegado al otro extremo de la isla; la orilla quedaba oculta tras los árboles. La piedra se extendía por encima del lago, y el agua cristalina la acariciaba al llegar a la orilla, unos diez metros por debajo de donde estaban ellas. El lago parecía muy profundo; la luz del sol solo iluminaba la superficie.

—Ahí lo tienes —dijo la Guardiana del Grial, señalando hacia abajo.

—¿Qué? —dijo Susan—. ¿Tengo que tirarme?

El agua quedaba a una distancia considerable.

—Podrías hacerlo, pero yo no te lo recomiendo —dijo la Guardiana del Grial—. Si sigues adelante por aquí, seguirás adelante por allí.

—¿Por allí significa cerca de la montaña? ¿Del Viejo de Coniston?

—Exactamente —dijo la Guardiana del Grial—. Venga, en marcha.

Susan vaciló, observando el agua oscura desde lo alto. Echó una mirada a la Guardiana del Grial, preguntándose si debía confiar en ella.

—Sí —dijo la Guardiana. Suspiró con gesto de hastío y añadió—: Deberías haberte tirado enseguida. Ahora todo se ha complicado innecesariamente.

—¿Qué? —preguntó Susan, pero la Guardiana del Grial ya había desaparecido.

Susan miró hacia abajo, pero la niña no estaba en el agua, ni sobre la roca, ni en el claro. No se la veía por ninguna parte.

Pero había otra persona.

Era Merrihew, la librera zurda, vestida tal como la había visto en la Librería Nueva, con un chaleco de pesca sobre un vestido sin mangas, pero esta vez llevaba unas botas de agua negras en lugar de zapatos. Parecía enfadada, unas arrugas marcadas le surcaban el rostro, y cruzaba el claro pisando con fuerza.

Merrihew vio a Susan, y al momento apareció en su mano un pequeño cuchillo de hoja brillante. Con un rápido movimiento de la muñeca, el cuchillo salió volando hacia la cara de Susan, tan rápido que no tuvo ocasión más que de contraer los músculos, viendo cómo se acercaba a toda velocidad a su ojo.

Pero no le dio. De pronto, el cuchillo estaba en el aire y la muerte era inminente; un instante más tarde lo había agarrado al vuelo un

hombre alto, de cabello canoso y barba blanca que le recordó mucho a Susan un retrato que le gustaba de Charles Darwin, obra de Walter William Ouless.

Pero sus profundos ojos negros y las pulseras de hilo de oro en las mejillas dejaban claro quién era, a pesar del cambio de género y el traje gris algo arrugado que llevaba en lugar de la túnica de lana. No había duda de que era otra imagen del Guardián del Grial.

—En Silvermere no permito que nadie mate a nadie —le reprendió el Guardián—. A menos que sea yo quien lo haga. Y no hay excepciones. Lo sabes bien, Merrihew.

—No puedes interferir en los asuntos de los Saint Jacques, Guardián del Grial —dijo Merrihew—. Es la ley.

—Eso es así fuera de mi territorio —respondió el Guardián del Grial. Miró a Susan y esbozó de nuevo su enigmática sonrisa—. Pero aquí mi gobierno es absoluto. Puedes dejarnos, Susan. Solo tienes que tirarte al agua; llegarás donde quieres llegar.

—¡Y yo la seguiré! —dijo Merrihew, con vehemencia—. Y haré lo que se tendría que haber hecho antes. ¡Es la hija de un antiguo! ¡Un peligro evidente para todos nosotros!

—Buen título para un libro —le gritó Susan con rabia—. Alguien debería usarlo. Tú sabes que no soy un peligro para los Saint Jacques. No solo eres una maleducada, sino también una traidora, y Merlín y Vivien lo saben. Apuesto a que también mataste a su madre.

El Guardián del Grial suspiró, con el suspiro de una niña, que resultaba algo raro viniendo de la boca de un anciano.

Merrihew apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea y frunció los párpados.

—¡Cómo te atreves! Yo nunca haría algo así. ¡Fue una coincidencia… o un accidente!

—¿Sí? Apuesto a que lo sabías. ¿Y qué hay de esos agentes de policía que enviaste para que mataran a Merlín y a Vivien?

—¿Qué?

—¡Ya lo sabes!

Merrihew deslizó la mano metiéndola en un bolsillo de su chaleco, pero se detuvo en el momento en que el Guardián del Grial le dio la

vuelta al cuchillo, de modo que se encontró el mango en lugar de la hoja.

—No eres más que una complicación menor en una operación larga y exitosa que nos ha dado grandes beneficios y que seguirá haciéndolo cuando ya no puedas causarnos problemas innecesarios —dijo Merrihew, dando un par de pasos adelante.

—Apuesto a que las tías Helen y Zoë también te siguen la pista —espetó Susan—. Si me pasa algo, sabrán que has sido tú.

—No tienes ni idea de cómo funciona el negocio de los libreros —dijo Merrihew. Levantó su mano izquierda, enguantada, y dio otro paso adelante—. Yo dirijo a los zurdos, y los zurdos son a la vez ejecutores y verdugos. Si yo digo que hay que hacer algo por el bien de todos los Saint Jacques, nadie lo discute. Pero quizá me haya precipitado. El Guardián del Grial no me permitirá hacerte nada aquí. Deberíamos hablar… con más calma.

Susan se dio cuenta de que, al no haber podido matarla, Merrihew quería hacerle perder tiempo, impedir o retrasar su marcha. Y dudaba de que fuera en su beneficio.

—Te concederé una pequeña ventaja —le susurró la niña al oído, aunque era la figura del anciano parecido a Charles Darwin la que tenía delante—. No será gran cosa.

—Pido disculpas por haber lanzado el cuchillo —respondió Merrihew, acercándose un poco más.

—¡Que te jodan! —le gritó Susan.

Se giró y se tiró al agua desde la roca, levantando los brazos y abriendo las piernas, aplicando el método de seguridad que le habían enseñado en las interminables clases de natación de la escuela, para cuando no tienes más remedio que saltar al agua y desconoces la profundidad.

Merlín y Vivien se habían cambiado para la cena y se parecían más que nunca, vestidos con esmoquin, camisa blanca almidonada de cuello rígido y pajarita, aunque Merlín llevaba un chaleco gris pálido, y Vivien de color azul huevo de petirrojo. Habían acabado ya con la crema de puerros y patata, y estaban despachando unas chuletas de cordero bien asadas con puré de patata y guisantes, acompañadas de

un burdeos de 1971 de un viñedo desconocido (la etiqueta se había despegado), con la mente puesta en el carrito de pasteles que llegaría después. Vivien le llenó la copa a Merlín y luego procedió a llenar la suya, pero de pronto se detuvo, con la botella en un ángulo peligroso, sin gotear, pero con riesgo evidente de derramar el vino.

—¡Merlííín! ¿Qué estamos haciendo aquí?

Merlín estaba comiendo y leyendo un libro de tapa dura con las cubiertas verdes. Era un ejemplar de *Los secretos de Oxford*, de Dorothy Sayers, y lo tenía apoyado en el salero y el pimentero, de cristal tallado.

—¿Cómo dices? —preguntó, levantando la vista del libro, pero aún con la mente lejos de allí.

Vivien repitió la pregunta.

Merlín acabó de masticar un trozo de cordero. Miró a su hermana y luego paseó la mirada por el comedor, con las paredes recubiertas de paneles de madera y otras seis mesas vestidas con manteles blancos de un blanco cándido y con la cubertería y la vajilla puestas, pero sin comensales. Reconoció el enorme aparador con una sopera plateada en forma de ostra enorme, y las altas ventanas a la derecha, con amplias vistas del bosque, porque estaban en un tercer piso.

—Silvermere —dijo, sin más—. El comedor alto. Estamos cenando… ¿o almorzando? Vinimos…, huum…, vinimos para…

—Susan —dijo Vivien lentamente, pronunciando el nombre como si no le resultara familiar o como si no supiera qué quería decir aquella palabra.

Merlín palideció y cerró su libro. Miró a su alrededor otra vez, con más atención.

—Susan —repitió él—. ¡Hemos traído a Susan… y nos hemos olvidado de ella! ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Vivien dejó la botella en la mesa y empujó su silla hacia atrás.

—No mucho —dijo—. Estábamos hambrientos y vinimos directamente a comer. Pero Susan…

Merlín también retiró su silla de un empujón, se metió el libro en su bolsa de pelo de yak y se la colgó del hombro.

—Tenemos que encontrar al Guardián del Grial —dijo. Por su voz

parecía tranquilo, pero no dejaba de abrir y cerrar los puños—. ¿Podría ser…, podría ser que Susan aún estuviera en camino?

—El camino no existe si yo no estoy —dijo Vivien—. Debe de haber llegado. Bueno, porque la alternativa…

—A veces odio este lugar —soltó Merlín con vehemencia—. Aunque luego no lo recuerde.

—Lo recordarás si quieres —dijo la Guardiana del Grial, agitando las piernas.

Estaba sentada en el montaplatos, por el que podían llegar una docena de comidas a la vez del piso inferior, donde estaba la cocina, y se puso en pie, sacudiéndose unas migas de su túnica blanca de corte clásico. Tenía el aspecto que solía adoptar ante los libreros jóvenes, el de una mujer de mediana edad, amable pero autoritaria, una especie de versión amable de Margaret Thatcher. Tenía los ojos negros y llevaba pulseras de oro en las muñecas.

—¿Dónde está Susan? —preguntó Merlín.

—En este momento, caminando conmigo por el bosque hacia la Piedra de la Partida —respondió la Guardiana del Grial—. De camino adonde quiere ir.

—Pero… ella tiene que estar con nosotros —dijo Merlín, sin comentar el desdoblamiento de la Guardiana, que podía estar en varios lugares a la vez; era algo que ya sabían de otras visitas a Silvermere, y lo recordaba perfectamente.

—¡Ella también estará muerta de hambre, y tenemos que pensar qué hacemos!

—Como yo no la he invitado, y no puede hacer uso de la invitación permanente de la que goza toda vuestra familia, no puede quedarse.

—Oh, yo…, yo… pensaba…, pensaba que… no…, que no sería… un problema… —balbucieron Merlín y Vivien a la vez, en un inquietante efecto estereofónico fraternal.

—Por esta vez, no es problema, como vosotros decís —respondió la Guadiana del Grial—. En cualquier caso, creo que Susan sabe adónde tiene que ir, y quizás incluso lo que tiene que hacer.

—No, no lo sabe —replicó Vivien—. Aún estamos intentando descubrir qué es exactamente lo que está pasando.

—¿Necesitáis saberlo «exactamente»? —preguntó la Guardiana del Grial.

—No —dijo Merlín—. ¡Viv! Tenemos que llegar al obelisco antes de que Susan intente ir a ninguna parte.

—Tenemos que saber más del revivido —apuntó Vivien, mientras Merlín le tiraba del brazo—. ¿Lo crearon aquí? ¿Con nuestro… tu grial?

—No. El grial nunca ha sido usado de esa manera, y nunca lo será —respondió la Guardiana del Grial con decisión.

—¿Y sabes qué caldero fue el que usaron? ¿Y quién lo tiene?

—No lo sé —respondió la Guardiana del Grial—. Lo que sí sé es que el conocimiento que tenéis los Saint Jacques sobre los calderos es escaso…

De pronto dejó de hablar y algo le brilló en la mano, donde apareció un pequeño cuchillo reluciente.

—Pero hemos tenido una complicación indeseada —dijo, malhumorada.

—¡Eso es de Merrihew! —exclamó Merlín—. ¡Uno de sus cuchillos!

—Merrihew —dijo Vivien—. ¡Oh, no!

—Le gustan los cuchillos, ¿no? —preguntó la Guardiana del Grial, pero le estaba hablando al aire, porque Merlín y Vivien ya habían salido corriendo del comedor, arrancándose del cuello las servilletas, que cayeron flotando al suelo tras ellos, como palomas asustadas.

21

> Hay rosas amarillas, las violetas blancas son bellas,
> nada dura por siempre, mueren hasta las estrellas,
> odio que se torna amor, amor que acaba en degüello,
> y solo podemos preguntarnos el motivo de todo ello.

Susan no llegó a impactar contra el agua, o al menos no le pareció que lo hiciera. Hubo un momento en que estaba cayendo, y al siguiente se encontraba sobre terreno firme y en un lugar completamente diferente, lejos de Silvermere, en una postura tonta, con las rodillas flexionadas y los brazos estirados, en la orilla de un lago de montaña. Un excursionista barbudo, que estaba arrodillado junto al fuego, esperando que el agua hirviera, se la quedó mirando. La taza esmaltada que tenía en la mano se le cayó, aterrizando sobre las piedras de la orilla con un repiqueteo musical, y rodó hasta dar contra un bocadillo envuelto en papel encerado.

—¿Has salido del…? —dijo el excursionista, perplejo, señalando hacia el lago.

Susan no respondió. Sentía un poder que partía de las piedras fragmentadas que tenía bajo los pies y que le recorría el cuerpo entero, uniéndose a esa extraña sensación que tenía desde su decimoctavo cumpleaños de que iba a pasar algo. Era su poder, lo sabía, y partía de allí, de debajo de sus pies, de aquel lugar. El pequeño lago que tenía detrás formaba parte de él. Inmediatamente supo que era el Low Water, y que el lago al este era el Coniston Water, aunque en el pasado se había llamado Thursteinn Waeter.

Y sobre todo reconoció la montaña en la que se encontraba, con la cumbre elevándose hacia el sur, al final de un camino que avanzaba en zigzag atravesando cascotes de esquisto gris y unos prados de color verde parduzco, con la cumbre envuelta en nubes bajas que iban

avanzando ladera abajo ante sus propios ojos.

El Viejo de Coniston, rodeado de niebla.

—Has salido del agua —repitió el hombre. Solo que ahora ya no era una pregunta—. Y no estás mojada…

Susan se miró. No solo estaba completamente seca, sino que su peto estaba limpio otra vez; los desgarrones de las afiladas uñas del goblin, las rozaduras provocadas por la mandíbula de la fenris y las manchas que se había hecho vagando por el bosque habían desaparecido. Sus Docs estaban relucientes, algo inaudito, puesto que ella solía limpiarlas con sebo, que las dejaba mates.

La Guardiana del Grial la había arreglado para la visita a su padre. Como si tuviera seis años.

—Sí —dijo, medio aturdida por la creciente sensación de poder que tenía.

Miró más allá del excursionista, en dirección al sol, que estaba ascendiendo, aunque aún estaba muy bajo. Era por la mañana, probablemente las nueve o las diez, pero cuando Merlín les había llevado hasta aquella puerta bajo el estanque era por la tarde…

Había perdido al menos un día. Quizá más.

—Ah, y buenos días —añadió Susan, que se puso a caminar a paso ligero por el camino.

A cada paso sentía más intenso el poder de la montaña que penetraba en ella, pero no era más que una pequeña fracción del que había en el terreno, y también percibía una especie de corriente en sentido contrario, como si algo se opusiera al flujo de la magia.

Alguien estaba intentando impedir que absorbiera el poder de su padre. Hasta que no lo hubiera heredado todo sería vulnerable, incluso en aquel lugar. Pero eso también la desconcertaba. Sentía en lo más profundo de su ser que su padre estaba vivo; no había desaparecido, ni se había disipado, ni lo que fuera que les acababa pasando a los soberanos de antaño. ¿Por qué estaba recibiendo aquel poder precisamente ahora? ¿Y quién intentaba evitarlo?

—¡Eh, no subas ahora! —le advirtió el excursionista, desde atrás—. ¡El tiempo está cambiando! ¡Y no llevas la ropa adecuada!

De pronto, Susan recordó que Merrihew iría tras ella. Y Merrihew

no querría testigos.

—¡Tienes que irte de la montaña! —le gritó al excursionista—. ¡Lo más rápido que puedas!

El excursionista reaccionó como si le hubiera alcanzado una flecha. Dio un paso atrás, soltó un gruñido, giró sobre sí mismo y bajó corriendo ladera abajo por un camino de piedras, dejando atrás la mochila, el calentador de agua, que seguía silbando, y su taza esmaltada.

—¡Pero ve con cuidado! —le gritó Susan, consciente de que había ejercido su poder sobre el hombre. Aunque aún no hubiera alcanzado su máxima plenitud, el que ya tenía bastaba para obligar a un mortal a que la obedeciera. Al menos en el territorio de Coniston Rex. El excursionista obedeció y frenó un poco, pero no se paró ni miró a su alrededor. Susan sabía que no lo haría hasta que llegara al pueblo al pie de la montaña, o quizás hasta llegar a la orilla el propio lago.

Susan se preguntó si tendría el poder necesario para eliminar la niebla que rodeaba la cumbre. Levantó las manos y le ordenó a la nube de niebla que se disipara. No ocurrió nada ni sintió la extraña chispa eléctrica que le había saltado de la garganta a la boca en el momento en que le había ordenado al excursionista que se fuera de allí. Según parecía, los elementos resistían mejor sus artes de persuasión que la gente. O quizá fuera otro nivel de magia completamente diferente.

Se puso de nuevo en camino, casi a la carrera, apretando las manos contra los muslos al llegar al primer tramo de escalones irregulares. Le sorprendió observar que no se quedaba sin aliento. A pesar de que estaba bastante en forma, el ascenso era muy escarpado, y lo estaba realizando mucho más rápido de lo que haría normalmente. Pero el poder que penetraba en ella procedente de las piedras bajo sus pies también le revitalizaba todo el cuerpo. Se sentía fresca y cargada de energía, y el ascenso no la arredraba lo más mínimo.

Aun así, cuando alcanzó los primeros flecos de niebla sintió una especie de escalofrío de advertencia, algo que le decía que aquello no iba bien. Se mareó un momento, porque era algo que le llegaba desde arriba y desde atrás, haciéndole sentir que tenía algo malo a sus

espaldas. Una amenaza.

Algo o alguien que no debería estar en la montaña, que le deseaba algún mal.

Susan se giró a mirar y vio a Merrihew, que aparecía de la nada, a orillas del Low Water. Tiró por los suelos de una patada el hervidor de agua, aún humeante, y el silbidito al que Susan había dejado de prestar atención hacía ya un buen rato cesó por completo.

La librera levantó la vista, vio a Susan y de debajo del chaleco de pesca sacó una pequeña pistola —como la que llevaba Merlín en la pistolera de la pierna—, apuntó un momento, pero luego bajó la mano y echó a correr. Evidentemente, estaba demasiado lejos como para que nadie pudiera hacer diana con una pistola tan pequeña, aunque se tratara de una librera zurda. Sin embargo, a pesar de que probablemente tuviera diez veces la edad de Susan, subía por el sendero mucho más rápido que ella.

Susan reemprendió la marcha, ascendiendo por los escalones casi con las manos y las rodillas, haciendo un esfuerzo aún mayor. Ahora sí jadeaba, no solo por el esfuerzo, sino también de miedo. Sintió que encogía las escápulas, como esperando que le disparara en cualquier momento, y deseó que la niebla se extendiera enseguida y se volviera más densa, pero de momento solo caían unos flecos de la gran nube que tenía encima.

Muy pronto el sendero giró hacia la derecha y se volvió más escarpado, pero sin escalones. Requería un esfuerzo aún mayor, y se distinguía peor. Susan tuvo que trepar por entre las rocas y los fragmentos de pizarra, y cada vez iba más despacio. Pero la niebla por fin empezó a adquirir densidad y se volvió más fría y oscura. Sintiéndose algo más segura, al menos por un momento, Susan detuvo su frenética marcha y miró hacia abajo, por entre la niebla. Distinguió la silueta borrosa de Merrihew, unos cincuenta o sesenta metros por debajo, subiendo por los escalones con ágiles saltos, como una cabra montés.

La librera zurda vio que Susan bajaba el ritmo y sacó su arma, con la que disparó cuatro veces seguidas, sin dejar de subir escalones a toda prisa. Falló los tres primeros disparos; las balas rebotaron en las

rocas por encima y por debajo de Susan.

La cuarta bala le dio justo cuando echaba a correr otra vez, rozándole la parte externa del muslo izquierdo, un par de centímetros por encima de la rodilla. Primero sintió como si le rozaran la piel con un cubito de hielo, un dolor localizado pero no intenso, pero luego, al echar a correr, el dolor aumentó. Susan gritó, pero era más un grito de rabia que de miedo. Echó una mirada a la herida y vio que le había rascado el exterior de la pierna, en lugar de atravesar el músculo; no se desangraría, quizá no fuera siquiera grave, y aceleró el ritmo todo lo que pudo.

Ya estaba cerca de la cumbre, lo sentía, y sabía que su padre estaba cerca, en algún lugar. Tenía que llegar hasta él, por encima de todo. Pero también sentía esa punzada de advertencia, la sensación de que algo no iba bien. La Guardiana del Grial le había hablado de enemigos, en plural. Una la tenía detrás, de eso no había duda. Tenía la sensación de que se encontraría con otro enemigo de frente. Pero no tenía otra opción que seguir adelante. Merrihew quería matarla, y no sabía qué querría su otro enemigo. Ya no quedaban más que ocho o diez metros hasta la cumbre. Si llegaba antes de que Merrihew se acercara lo suficiente como para poder verla a pesar de la niebla, si conseguía llegar hasta su padre, absorber algo más de la magia de la montaña, quizá pudiera hacer algo para salvarse. Y tenía el cuchillo y la sal. No quería someter a nadie para que le sirviera, pero si la alternativa era la muerte…

Susan sacó el cuchillo al tiempo que trepaba por entre las rocas y se lo frotó contra la herida de la pierna, manchándolo de sangre, para luego metérselo de nuevo en el bolsillo alargado de su peto. Sacó uno de los paquetitos de sal, pero no se atrevió a parar para intentar abrirlo, así que lo sujetó fuerte en la mano y siguió trepando por el escarpado terreno.

Merlín y Vivien salieron del Low Water y oyeron los disparos.

—Una Beretta del 25 —dijo Merlín. Se detuvo un instante para recoger algo del suelo y salió corriendo sendero arriba. No veía quién estaba disparando ni a qué; la niebla era demasiado espesa e iba cayendo ladera abajo, hacia ellos—. Tiene que ser Merrihew. Que

dispara a Susan, supongo. Pero la niebla… será muy difícil que le dé.

Hablaba para darse confianza a sí mismo, pero no estaba consiguiendo ese efecto, ni en sí mismo ni en Vivien, y ambos aceleraron el paso, aunque a los pocos metros tuvieron que frenar, ya que sus zapatos de suela de cuero resbalaban sobre las piedras y la hierba. Merlín se paró de golpe, se sentó en el suelo, se desató los cordones y se sacó los zapatos de los pies, y lo mismo hizo Vivien.

—¡Maldito Silvermere! —exclamó Merlín, que salió corriendo otra vez.

La imagen que ofrecían era insólita, aún con esmoquin pero descalzos, y cada uno con una mano plateada que brillaba, ya que no habían podido parar a recoger sus guantes blancos, ni sus sombreros de copa tras salir corriendo del comedor.

Susan llegó a lo alto del Viejo de Coniston y agachó la cabeza, avanzando con pies de plomo. La niebla era tan densa que no veía nada a más de unos metros de distancia, pero sabía que había un túmulo sobre una plataforma algo más adelante, con la misma precisión que conocía la distribución de su casa. Aunque no había estado allí antes, tenía aquella montaña y el terreno que la rodeaba grabados claramente en su memoria visual. Avanzó poco a poco, abriéndose paso por entre la niebla, llegó al túmulo y se detuvo.

El superintendente en jefe Holly estaba sentado sobre la plataforma de piedra, con la espalda apoyada en el túmulo. Ahora iba vestido de excursionista, enfundado en un anorak rojo y unos pantalones de camuflaje invernal del ejército. Unas botas de Gore-Tex completaban su atuendo. Había otros dos hombres… o mujeres…, uno en cada extremo de la plataforma. Llevaban chándales impermeables con capucha del Arsenal F. C., guantes de lana y deportivas Adidas de imitación. Tenían la capucha del chándal muy ajustada al rostro, cubriéndoselo casi por completo para que no se viera la piel amoratada e hinchada.

Susan detectó el olor a amaranto y a laurel, así como el hedor a carne en putrefacción.

Ya no eran personas. Habían dejado de serlo. Eran revividos.

—Ya era hora de que llegaras —dijo Holly—. ¿Ha sido esa tal

Merrihew la que te ha herido?

Susan asintió lentamente. Su padre estaba en el interior del túmulo. O la expresión mortal de su padre; lo percibía. Y también percibía que quien obstaculizaba el flujo de poder que le llegaba desde la montaña era Holly. De algún modo lo estaba desviando, absorbiéndolo, e intentaba retenerlo.

—Esa vieja corneja sabía que te necesitaba viva —dijo Holly. No hizo gesto alguno ni les dio órdenes, pero de pronto los dos revividos se pusieron en movimiento y salieron dando saltos por entre la niebla, como piedras lanzadas desde una catapulta—. Así que no puedo permitir que te vuelva a disparar, supongo.

Él también se puso en pie, haciendo rodar un par de piedras, y se estiró, levantando la cara al cielo y bostezando. Susan vio la pulsera plateada y la reconoció. No era un amuleto protector, sino parte de un disfraz.

Aquel hombre no era un policía mortal, sino un soberano de antaño disfrazado de humano.

—Tendría que haberme ahorrado la molestia de haberte hecho venir hasta aquí, parece, dado que tú ya pensabas venir por tu cuenta —dijo Holly, tranquilamente—. Pensé que esos libreros acabarían contigo enseguida, así que tenía que actuar rápido. En cuanto supe de tu existencia, quiero decir, que no fue lo suficientemente pronto, desde luego. Debo reconocerle al taimado de tu padre que eso supo mantenerlo en secreto.

Se oyó una serie de disparos montaña abajo.

—Lástima que Merrihew no lleve encima nada mejor que una pistola —observó Holly. Susan observó que su ojo izquierdo no enfocaba bien, seguramente porque lo estaría usando para ver a través de los ojos muertos de uno de los suyos—. Yo apostaría diez libras a que es capaz de cargarse a uno de los revividos, pero no a los dos. No sin un hacha o algo parecido.

Susan no dijo nada. Se lo quedó mirando y dejó caer la mano derecha sobre la abertura del bolsillo alargado. Cerró la izquierda en un puño y se la llevó a la boca mientras bajaba la mirada, aparentemente para tapársela mientras tosía, pero en realidad para

abrir el sobrecito de sal con los dientes.

—Resolveré tus dudas enseguida, señorita Susan Arkshaw —dijo Holly, acercándose y flexionando sus fuertes manos—. Sometí a tu padre y me hice con su poder cuando él se encariñó de tu madre y perdió la cabeza: dejó de prestar atención y al adoptar forma humana se volvió de lo más débil. Aunque tengo que admitir que Merrihew me ayudó a atraerlo hacia mí. ¡Pero parece ser que encontró un resquicio para desviar el poder que le quité y destinarlo a su heredera al llegar a la mayoría de edad, escapando a mi control!

Holly golpeó su enorme puño contra la palma de la otra mano, y aquello también sonó casi como un disparo.

—¡Así que te está llegando a ti, y el vínculo por el que tenía sometido a Coniston va perdiendo fuerza, lo cual resulta de lo más inconveniente! Tenemos que restaurarlo. De modo que este es el trato: tú me cedes por voluntad propia el poder de tu padre, y te dejo vivir. Ah, y a tu madre también.

No había nada en su rostro ni en sus palabras que revelara que los hombres que había enviado para que se ocuparan de Jassmine no habían podido con los guardianes del arroyo, del cielo y de la tierra. Pero Susan sabía que mentía. A pesar de que apenas empezaba a tener control sobre su poder, ya era capaz de ver la forma de las palabras del superintendente, y cuando salían rectas o torcidas de su boca.

—¿Y qué hay de mi padre? —preguntó.

Se llevó las manos a la espalda y vació el contenido del sobrecito sobre sus dedos, con la esperanza de recoger sal suficiente para poder esparcirla sobre el cuchillo.

—Él ya ha tomado su decisión —dijo Holly—. Te lo ha cedido todo a ti. Se está consumiendo, muy pronto desaparecerá. Olvídate de él.

En sus palabras había algo que no era cierto, aunque otra parte sí que lo era.

—¿Y qué pasa con tu poder si no me llega a mí? —preguntó Susan —. ¿Y si me mata antes?

Holly rebufó, malhumorado.

—Desaparece. Se pierde. Algo que me pondrá de muy muy mal humor. Tú eliges. Tu padre ya no tiene remedio, pero tú aún puedes

vivir.

—Has usado el poder de mi padre para someterlo —dijo Susan.

Sintió que no se equivocaba. Aquella era una parte importante del poder…, del poder de su padre. Extraer juramentos y darles concreción, hacerlos vinculantes. Era un hacedor de juramentos, que vinculaba a quienes le pedían que fuera testigo de sus juramentos para darles solidez. Su padre era uno de los soberanos de antaño benignos. Y Holly era exactamente lo contrario. Era uno de los antiguos malignos.

El grandullón soltó un gruñido, se estremeció un momento y su ojo, el que no enfocaba, se le humedeció. Una lágrima se le escapó y le cayó por la sonrojada mejilla.

—Ya han acabado con Merrihew —dijo—. Ha costado, pero ha valido la pena.

—¿Y qué hay del resto de los libreros? —preguntó Susan, dando un paso adelante—. Aunque te ceda el poder de mi padre, aunque te lo dé, nos matarán a los dos, ¿no?

Holly resopló.

—¿Por qué crees que me he tomado tantas molestias para extender mi dominio sobre el Mundo Antiguo y el Nuevo? ¿Para reunir bajo mi gobierno a criaturas como bestias negras y goblins, nixes y criaturas del fango, yetuns y hados de los bosques? ¿Y para qué me he rebajado a someter a asesinos a sueldo y a matones pandilleros de la Inglaterra mortal? Ya sabía que tenía que enfrentarme a los libreros. Eso estaba claro «desde el principio». Merrihew no será más que la primera en morir. Como corresponde a una papanatas.

22

> Dijeron que era una oleada de sangre,
> que ni el mar podía borrar sus huellas.
> Tantos muertos, tan de repente
> como sube la marea en la pleamar.

Merrihew dejó caer una piedra enorme sobre el segundo revivido, pero este reaccionó demasiado rápido. La agarró y tiró de ella hacia atrás, en el mismo momento en que la piedra caía rodando. Le aplastó las piernas por debajo de las rodillas y se formó un charco de sangre en torno a sus muslos. Mucha sangre…

El otro revivido se revolvía, gruñendo, a un par de metros de distancia, con los codos atravesados por sendas dagas del siglo VII que Merrihew llevaba siempre ocultas a la espalda de su chaleco de pesca. Pero ni siquiera el hierro antiguo, portador de tantos hechizos, podía evitar que el revivido se desgarrara su propia carne con tal de liberarse.

Merlín apareció por entre la niebla, con la vieja espada en la mano; Vivien lo seguía de cerca.

—Bien —gruñó Merrihew, con voz rasposa, y señalando casi sin fuerzas—. Corta a ese en pedazos antes de que escape.

Merlín pasó por delante de ella, y la antigua espada subió y cayó, subió y cayó. Vivien se arrodilló junto a Merrihew, y observó sus piernas aplastadas y el reguero de sangre que fluía ladera abajo. Sacó un vial de saliva de sorbedor del bolsillo interior de su chaqueta, pero luego, lentamente, volvió a guardárselo.

—Sí, sí, ya sé —dijo Merrihew—. Es demasiado tarde. No importa. Iré a reunirme con la abuela.

—No —dijo una voz suave y tranquila, pero con la firmeza del acero.

Los tres libreros levantaron la vista y allí mismo, sentada en la piedra que Merrihew había lanzado desesperadamente para acabar con el revivido, pero que había supuesto su propia condena a muerte, estaba la abuela más antigua de todas, de pelo pajizo, con su toga romana. A su lado estaba sentado el perro lobo de manto castaño intenso, que gruñó y mostró los dientes.

Ambos parecían perfectamente corpóreos, no espectros, sombras ni nada parecido.

—No vendrás con nosotras —añadió la abuela—. Has traicionado al clan. Nadie llorará tu muerte, y tu nombre será borrado de todos los registros.

—¡Hice lo que hice por el bien de los Saint Jacques! —se defendió Merrihew—. Yo no sabía nada del caldero ni de… nada más.

—¿Quieres decir de nuestra madre? —preguntó Merlín.

Había dejado al revivido hecho pedazos bajo unas losas de pizarra y había vuelto junto a Merrihew. Tenía la pesada espada mal agarrada, con la punta hacia abajo, unos quince centímetros por encima del ojo derecho de la vieja librera. Daba la impresión de que iba a caer en cualquier momento.

—¡Fue simple mala suerte! —protestó Merrihew—. Primero vuestra madre vio por casualidad a Coniston con esa mujer en Londres, y luego vio a la mujer otra vez, con una niña, e iba a empezar a hacer preguntas. Habría descubierto lo que le había sucedido a Coniston. No podíamos permitirlo, pero yo no quería que muriera. Yo no sabía nada. No lo supe hasta después…

La espada descendió tres centímetros; en el rostro de Merlín se podía ver la rabia.

—¡Fue Southaw quien lo dispuso! Le preocupaba que Antigone liberara a Coniston…

—¿Southaw? —preguntó Vivien—. ¿El Southaw de Londres?

—¡Sí, el Southaw de Londres! —replicó Merrihew—. ¿Es que hay otro?

Southaw era el soberano de antaño más hostil y problemático que había existido nunca; él solo llenaba tres páginas enteras en el *Índice*. Era uno de los antiguos más importantes de Londres, siempre

compitiendo por ampliar sus dominios con sus rivales, el Señor de la Torre, la Bestia de Camden, la Dama de las Prímulas, la Roca de Londres y Oriel.

—Southaw prometió la paz y cumplió su promesa —señaló Merrihew, convencida—. Nunca hemos estado tan tranquilos.

—Y así podías irte a pescar —dijo Vivien, con un evidente tono de desprecio en la voz.

—No, no es eso…, los jóvenes no lo entendéis, esa presión «constante» —murmuró Merrihew. Había perdido tanta sangre que tenía desencajado el rostro, y la piel ya era casi translúcida—. Además, yo podría haber arreglado las cosas. Tendríais que haberme dicho quién era Susan…, si ese último disparo la hubiera matado…, pero ahora está en manos de Southaw…

—¿Southaw está aquí?

Merrihew señaló a lo alto de la montaña con un dedo tembloroso.

—Pero no puede ser; sentiríamos la presencia de un antiguo… —dijo Vivien.

—Lleva un amuleto —respondió Merrihew, con la mirada perdida. Por primera vez desde hacía muchos años no miraba al mundo exterior; estaba sumida en sus pensamientos—. Quizá…, quizá cometiera un error…

Vivien casi esperaba que Merlín dejara caer la espada para que atravesara el ojo y el cerebro de Merrihew. Pero no lo hizo. La levantó y salió corriendo montaña arriba, perdiéndose entre la niebla. Vivien vaciló un momento, se despidió de la abuela con una reverencia y salió corriendo tras él.

—¿Qué hay de Billie? —murmuró Merrihew, levantando la vista en dirección a la abuela, aunque ya no veía nada más que niebla, nada más que blanco. Billie era su spaniel, que esperaba pacientemente en Wooten el regreso de su ama.

—Ya nos llevaremos a Billie cuando le llegue la hora —dijo la abuela—. Pero por su bien, no por el tuyo. No son los perros los que rompen sus compromisos.

La abuela silbó, y el perro lobo que tenía al lado bajó de la piedra de un salto. Se lanzó sobre Merrihew, que giró la cabeza, y le atenazó

el cuello con la mandíbula, acabando con la última chispa de vida que le quedaba.

—Bueno, ¿qué dices? —preguntó Holly, mucho más cerca ya, convertido en una presencia amenazante, y no solo por su altura y su corpulencia.

—Yo no…, yo no… —balbució Susan, al tiempo que se echaba hacia delante, sacaba el cuchillo y se pasaba la parte plana de la hoja sobre la palma de la mano, recogiendo la sal en un único movimiento, para luego girarlo y lanzar el brazo contra el pecho de Holly.

El cuchillo apenas consiguió cortar el anorak y no penetró más allá del suéter. Él se rio y Susan lanzó otro ataque, en dirección a su mano, que esta vez sí consiguió lacerar. Pero no salió sangre.

—Oh, Susan, Susan, tienes agallas, eso tengo que reconocerlo —dijo Holly, agarrándola de la muñeca y retorciéndosela con fuerza, hasta hacerle soltar el cuchillo. Siguió hablando sin soltarla, con un tono de voz tranquilo pero amenazante—. Te han enseñado mal. Para empezar has olvidado decir las palabras, pero «a mí» tampoco habrías podido someterme así. No soy un ente de pacotilla, uno de esos entes patéticos nacidos de un riachuelo raquítico o de alguna piedra cubierta de caca de cabra. Soy un antiguo, ¿lo entiendes? Antiguo, malvado y jodidamente implacable.

La tiró al suelo, y la pizarra le cortó las manos al bajarlas para intentar parar la caída.

—Esperaba que fueras sensata —prosiguió él—. Pero ya veo que tengo que hacer lo que le hice a tu padre y arrebatarte el poder. Lo que significa desenterrarlo, supongo. Menos mal que tu madre tenía el pelo muy largo. Puedo usar la misma cuerda.

Se giró y levantó la mano en dirección al túmulo, como si llamara a un camarero en uno de esos restaurantes a la antigua tan desagradables en los que parece que se premia el servilismo. Susan sentía el poder de la montaña fluyendo en su interior. Su poder, el poder de su padre, usurpado por Holly. No sabía cómo frenarlo, pero lo intentó, ordenando a la magia que detuviera su curso, que volviera a la montaña y hacia ella. Holly dio un paso a un lado y le soltó una patada en las costillas.

—¡Deja de hacer eso!

Susan rodó por el suelo, apartándose, pero había perdido la concentración. No entendía muy bien para qué quería aquel poder Holly, pero parecía que ya tenía suficiente. Agitó los dedos en el aire en un gesto desdeñoso.

El túmulo se movió y empezaron a caer piedras que se hundían en la niebla. La plataforma quedó a la vista y se abrió en dos. Las piedras salían despedidas hacia los lados, como impulsadas por una erupción interna.

—Ven a ver a tu padre —dijo Holly, acercándose a la abertura, absolutamente convencido de que Susan le seguiría.

Ella se puso en pie lentamente, encogida y agarrándose las costillas, fingiendo que le dolía mucho más de lo que lo hacía realmente. Poco a poco se acercó hasta el montón de piedras dispersas que quedaban en el lugar que antes ocupaban la plataforma y el túmulo.

—Deja el cuchillo —dijo Holly, al ver que se agachaba a recogerlo —. Acabemos con esto. Ahí abajo, en el pueblo, hacen un buen sándwich de beicon y echan buenas pintas de cerveza…, que aún podrías disfrutar, si decides ser sensata.

Susan sacudió la cabeza y se concentró en extraer más magia de la montaña y acumularla en su interior. Notaba que Holly intentaba evitarlo, pero cada vez con menos fuerza. Ella tenía todo el derecho, y él no.

—Ahí lo tienes —dijo Holly—. Ese es tu padre.

Susan bajó la vista y vio lo que básicamente era una tosca tumba excavada en la cima de piedra, y dentro a su padre, un metro por debajo de la superficie.

El Viejo de Coniston parecía tener menos de cuarenta años; desde luego no parecía nada viejo. El cabello, cobrizo con mechas grises, le llegaba hasta la cintura, creando el efecto de una bonita capa, y tenía una barba que ya la habría querido para sí cualquier actor que interpretara al rey Lear de Shakespeare, tan tupida que habrían podido hacer su nido en ella una docena de alondras. Las uñas le habían crecido tanto que se curvaban hacia atrás. Los pantalones acampanados, de color violeta, tenían las costuras podridas; su

chaqueta estilo Sargent Pepper tenía moho en los puños, y las cremalleras laterales de sus botas estaban oxidadas.

Tenía los ojos semiabiertos, lo suficiente como para que se le vieran las pupilas, de color gris pizarra. La boca le quedaba oculta bajo el bigotón. Estaba atado por las muñecas y los tobillos con unas finas cuerdas sujetas a unas anillas de hierro fijadas a la roca.

Cuerdas tejidas con muchas hebras de… un pelo negro como el azabache.

El pelo de su madre. Cuerdas de amor para inmovilizar a un antiguo y quitarle su poder, mucho más fuertes que cualquier vínculo que se pudiera hacer con sangre, hierro y sal para someter a alguien.

Unas cuerdas que servirían también para atar a la heredera semimortal del antiguo, que también quería a su madre.

—Conmovedor, ¿no? —dijo Holly—. Como esa vieja historia. Ella vendió su cabello para comprarle un regalo, sin imaginarse para qué lo quería yo, y él se arriesgó a visitar Londres para estar con ella, y ambos salieron perdiendo.

—Esa es una interpretación absolutamente burda y simplista de *El regalo de los Reyes Magos* —dijo Vivien, apareciendo de entre la niebla y situándose junto a Susan.

Holly se les acercó con el puño en alto. Susan sintió que el superintendente absorbía poder de la montaña, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo. Pero también percibía otros poderes: Holly estaba acumulando poder mágico de muy lejos. Llegaba debilitado, pero había tanto…

—Malditos libreros, nunca sabéis cuándo…

Merlín apareció a sus espaldas y, agarrando la antigua espada con ambas manos, le soltó un mandoble que lo decapitó. La cabeza cayó con un estruendo metálico ensordecedor al caer rebotando por la ladera hasta perderse en la niebla. No hubo sangre. El cuerpo se quedó allí de pie un momento, para luego caer de rodillas. Pero no cayó más. Se oyó una risa atronadora procedente de la niebla; a continuación, llegó la voz de Holly, horrible y a gran volumen.

—¡Ahora sí que me habéis cabreado!

Vivien respiró hondo y levantó la mano derecha, que adquirió un

brillo aún mayor e iluminó las blancas volutas de niebla. Merlín fue a su lado.

—Expúlsalo de aquí —le dijo Merlín a Susan—. Échalo de tu territorio. Su verdadero nombre es Southaw. ¡Úsalo!

—¡Aún posee la mayor parte del poder de mi padre!

Vivien carraspeó, sin dejar de contener la respiración. Merlín empujó a Susan al suelo y apoyó con fuerza la hoja de su espada sobre el cuello del cuerpo decapitado justo en el momento en que algo atravesaba la niebla volando. Golpeó contra la espada, rebotó con un nuevo ruido metálico, como el tañido de una campana de iglesia, y habría golpeado a Merlín si no lo hubiera esquivado, tan rápido que Susan no consiguió verlo bien. En el momento en que pasaba volando, Vivien le dio un golpetazo con la mano y espiró, y el aire exhalado adquirió el color plateado de su mano. El objeto quedó atrapado en su aliento y se vio arrastrado por el aire, creando en la niebla un pasillo que se cerró tras su paso.

Susan tardó un momento en darse cuenta de que el objeto volante era la cabeza de Holly.

—Dentro de unos minutos volverá al ataque —dijo Vivien, jadeando y respirando hondo otra vez—. No podremos mantenerlo lejos mucho tiempo.

—Susan…

Susan cerró los ojos. Sentía que el poder de la montaña penetraba en su cuerpo, percibía cada pequeño detalle en cada rincón del territorio de su padre, cada ser vivo, los hombres, las mujeres, los niños y los animales, los pájaros en el aire, en los árboles y en el suelo, las liebres, los zorros y las ovejas, las ardillas y los ciervos, los sapos corredores y las víboras, y también otros seres míticos, como hadas de agua del lago y los estanques, goblins mineros en las viejas minas de cobre y de esquisto, la fenris en la orilla oeste de Windermere… y en la vertiente sur de la montaña, a media ladera, cerca del Goat’s Water, aquel ser abyecto que era Southaw, materializado en la cabeza rebanada de su forma mortal.

Se arrodilló sobre el suelo de pizarra y extendió las manos con las palmas hacia abajo, invocando el poder que tenía dentro. Sintió que

Southaw se resistía, pero por derecho le correspondía a ella, y buscó en su interior hasta encontrar la fuerza necesaria para recurrir a él. Southaw lo había robado. Ahora ella lo recuperaría.

Susan sintió que la cabeza iba a volver. Ahora la percibía como la punta de un iceberg con un poder terrible. La cabeza decapitada era la presencia visible de una entidad invisible que se alimentaba de la fuerza de sus numerosísimos vasallos, entidades menores repartidas por todo el territorio. Y también obtenía su fuerza del Caldero de Bronce, un poder tan fuerte como el de todos sus vasallos juntos.

Southaw ya no luchaba con ella por hacerse con la magia de su padre; simplemente quería acabar con ella. La cabeza se estaba elevando cada vez más alto, ascendiendo por entre la niebla y las nubes. Caería como un halcón sobre su presa, veloz y mortífero, tan rápido que ni Merlín ni Vivien lo habrían podido esquivar.

—¡La cabeza se está elevando! ¡Bajará en picado! —les advirtió, pero no abrió sus ojos ni se puso en pie.

En lugar de eso se tumbó en el suelo, boca abajo, abriendo los brazos, intentando fundirse con la masa de piedra a sus pies. De las profundidades de la tierra empezó a surgir la magia, como agua saliendo de un pozo profundísimo. Era un caudal continuo, pero demasiado lento, y mientras iba llenándose de aquel poder, Susan adquirió conciencia de dos cosas fundamentales.

La primera era que su pequeño cuerpo era incapaz de incorporar ese poder con más rapidez, y la segunda era que, en cualquier caso, el inmenso poder de un soberano de antaño no cabría en un receptáculo tan minúsculo. Para poder dar cabida a toda aquella magia tendría que renunciar a su forma mortal. Su cuerpo se hundiría en la pizarra; se convertiría en un ente mítico, legendario. Quizás un día pudiera hacerse con otro cuerpo mortal, pero sería el fin de Susan Arkshaw.

Pasaría a ser el Viejo de Coniston. Si sobrevivía los treinta segundos siguientes.

La cabeza ascendió aún más. Percibió su presencia en lo alto, porque aquella parte del cielo también estaba en sus dominios, que se extendían dos leguas al norte y al sur, al oeste y al este, por el aire que quedaba por encima y por la piedra que quedaba por debajo. La magia

la llenó por dentro; sentía cómo se abría paso por su sangre y por sus huesos, casi hasta el punto de desmembrarla, de desintegrarla…

Sintió que la cabeza seguía ascendiendo, ya por encima de las nubes, bajo un cielo de un azul intenso. Sin embargo, la magia que tenía dentro aún no bastaba para oponer resistencia al mal que podía desatar Southaw. No podría contenerlo. No era suficiente ni llegaría a serlo, con el tiempo de que disponía. Pero entonces vio algo más, y se dio cuenta de que una parte de lo que le había dicho Southaw sobre su padre no era verdad. No todo estaba acabado para él.

Se lanzó en busca del cuchillo de mantequilla con el borde afilado y corrió hasta la tumba. A punto estuvo de caer de cabeza dentro. Intentó cortar la cuerda de la muñeca derecha de su padre con el cuchillo, y el pelo cedió como si fuera mantequilla. Le temblaron los párpados. Cortó la segunda cuerda y esta vez tuvo que abrir bien la boca para coger aire con un profundo jadeo.

Se oyó un chillido aterrador en lo alto: la cabeza había iniciado su descenso en picado.

—¡Cúbreme! —le gritó Susan a Merlín, mientras cambiaba de sitio para cortar la cuerda con la que estaba atado el tobillo de su padre.

En el momento en que se rompieron las hebras de pelo, el cadáver levantó la cabeza, quedándose sentado. Susan dio un salto hacia el otro lado y acercó el cuchillo a la última atadura…

La espada de Merlín pasó sobre su cabeza con un resplandor y se oyó un estruendo ensordecedor. Susan sintió algo que le golpeaba la espalda, aplastándola. Se giró de lado para mirar hacia arriba y se encontró con la cabeza de Holly a solo unos centímetros de su rostro, con los dientes apretados en una mueca de odio.

La antigua espada le atravesaba la mandíbula y la sien; Merlín y Vivien, con las manos convertidas en luz pura, hacían esfuerzos por contenerla, manteniéndola apartada de Susan, mientras la cabeza daba mordiscos al aire.

Por las fosas nasales y por las órbitas vacías de los ojos emitía un humo gris y grasiento que se extendía en forma de tentáculos hacia Susan. Era la esencia de Southaw, que abandonaba el último fragmento de su recipiente mortal temporal. El ente mítico seguía

conservando un poder muy superior al que hubiera podido adquirir Susan. Ella no tenía la capacidad de combatirlo, y el humo se iba acercando a sus ojos, buscando un modo de penetrar en ella.

Una mano agarró a Susan, que soltó un grito de pánico, pero en ese mismo instante lo supo: era la mano de su padre, un contacto que no había sentido nunca.

El grito se convirtió en un suspiro en el mismo momento en que Susan liberaba todo el poder que había ido absorbiendo, abriendo las compuertas de su interior, soltando la magia que había acumulado, que fluyó uniéndose a la magia que le había robado Southaw y a la que aún seguía en la montaña, como un poderoso río liberado de un dique que de pronto redescubre su cauce.

Coniston Rex lo absorbió todo… y lo usó.

—Ve, Southaw —dijo una voz, ronca después de tanto tiempo sin hablar—. Vete y no vuelvas.

23

De pronto cae la noche y el sol se retira,
se extiende un velo oscuro que roba un beso al día.
Luz y tinieblas coinciden un instante
al alba y en el ocaso; ¡qué momento fascinante!

El espesísimo humo gris, tan próximo a los ojos de Susan, se retiró en cuanto Coniston pronunció aquellas palabras, y se concentró, convirtiéndose en un cuervo pálido de bordes poco definidos que se elevó por encima de Merlín y Vivien, que seguían al borde de la tumba. Abrió el pico para graznar una vez, indeciso, antes de elevarse y batir las alas para volar hacia el sur.

Susan miró a su padre, a su lado, en la tumba de piedra. Él le devolvió la mirada, y luego se miró el cuerpo y las manos. Sacudió los brazos. Las largas uñas se le cayeron, y la barba y la melena menguaron hasta una medida propia de un *hippy* de los años sesenta, al tiempo que su chaqueta estilo Sargent Pepper, sus pantalones acampanados y sus botas recuperaban su lustre original.

—Gracias, hija —dijo con su voz ronca.

Pero no hizo ademán de abrazarla ni tuvo ningún gesto de afecto, y Susan tampoco sintió la necesidad de mostrarlo. Veía en él algún rasgo físico suyo, pero aquello no era más que una observación académica. Sería su padre, pero seguía siendo un extraño. Y había algo en cómo la miraba que sugería que él pensaba lo mismo. Encontrar a tu padre era una cosa. Establecer algún tipo de relación con él sin duda era algo mucho más difícil. Y en este caso lo era más aún por la naturaleza de él.

Coniston levantó la vista y miró a Merlín y a Vivien.

—Jóvenes Saint Jacques —dijo en un tono no demasiado amistoso —. Confío en que no vinierais con esa tal Merrihew, la que me atrajo

hasta la trampa de Southaw. La que ahora yace muerta en la parte alta de mi ladera. ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

—Hemos venido a ayudar a Susan —dijo Merlín—. Y a usted, señor.

Coniston aceptó su explicación y asintió lentamente. Salió de la tumba, hizo una pausa y le tendió la mano a Susan. Ella se la cogió, moviéndose con lentitud y algo de aprensión. Se había olvidado temporalmente de la herida de la pierna, pero ahora el dolor volvía, más rabioso que antes, y los cortes que tenía en las manos le picaban.

Coniston frunció el ceño y Susan sintió unos pinchazos en la mano, y volvió a sentir esa sensación de que la magia fluía desde la montaña hacia él y hacia ella. Era como cuando le habían administrado aquel calmante, el día en que se había roto la muñeca al caer de Christie, la yegua del vecino, que habitualmente era muy tranquila. Sintió una sensación de alivio que le recorría las venas, y el dolor desapareció de la herida de bala y de los cortes. Pero no era solo eso. Su padre le estaba dando una pequeña parte de la magia que se había llevado. Una parte mínima. Susan percibió un enorme depósito de poder por debajo de la montaña y del lago, extendiéndose por todo el territorio de Coniston, pero conectado al hombre que tenía delante, como se concentra la luz del sol a través de una lente, que la convierte en un único rayo intenso y penetrante.

—Acompañaréis a mi hija, que irá a por el caldero y me lo devolverá —les dijo Coniston a Merlín y Vivien, poniendo a Susan en sus manos, como quien cambia de pareja en un baile.

Ellos tiraron de ella, situándola entre los dos.

—¿Eso debo hacer? —preguntó Susan.

—Yo soy el Guardián del Caldero de Cobre —dijo Coniston—. Cuando me atrapó y me robó la magia, Southaw se llevó el caldero a su territorio. Hay que traerlo aquí otra vez y guardarlo en las profundidades. Y me parece que es un encargo idóneo para vosotros, libreros.

—Sí —dijo Vivien—, sí que lo es.

—Señor, ¿sabe exactamente dónde se encuentra el caldero? —preguntó Merlín—. Parece ser que Southaw ha ampliado su reino, mientras que Merrihew…, nosotros… no estábamos haciendo nuestro

trabajo.

—Susan lo encontrará —dijo Coniston—. Le he dado parte de mi poder. Así que no debéis matarla, como hicisteis con uno de mis hijos hace mucho tiempo, en los días del hielo, cuando el lago se congeló de un extremo a otro.

—¿Eso hicimos? Quiero decir…, no…, de todos modos hemos dejado de hacer cosas así. Además…, Susan es… —Merlín estaba inusualmente espeso—. Susan es especial.

—Esta forma mortal me agota —dijo Coniston de pronto—. Y he gastado demasiadas fuerzas. Debo descansar en el corazón de la montaña, hasta que llegue otra vez el fin del año. Debo darte las gracias por liberarme, hija mía.

Se inclinó hacia delante, besó a Susan con gran formalidad en lo alto de la cabeza y se volvió a la tumba. Los pies se le hundieron en el esquisto gris como si fueran arenas movedizas.

—He absorbido los fragmentos de los revividos. Los goblins mineros los quemarán en sus fuegos subterráneos, junto con el cadáver de Merrihew, y tirarán las cenizas a los abismos más profundos, más allá incluso de donde llega mi dominio —dijo Coniston—. Y a los malhechores mortales de allí abajo, que estaban esperando el regreso de Southaw, les he parado el corazón.

Empezó a hundirse más rápidamente, levantó las manos por encima de la cabeza y las piedras que habían salido disparadas regresaron poco a poco y fueron recolocándose, reconstruyendo la plataforma y luego el túmulo.

Susan, Merlín y Vivien se echaron atrás para dejar espacio y tropezaron con el cuerpo decapitado de Holly, que salió rodando unos metros para luego disgregarse y desaparecer, dejando solo el anorak, la ropa que había debajo, las botas y la pulsera plateada. Vivien la recogió, la miró de cerca unos segundos y luego se la puso en el bolsillo.

—Muy antigua y «no» hecha por Harshton & Hoole —dijo—, lo cual es un alivio. Con un traidor basta.

—Probablemente Merrihew trabajara por su cuenta —añadió Merlín —. Le ayudaría que Thurston sea tan terriblemente perezoso, por

supuesto. Y que los demás no supiéramos nada. ¿Quién iba a cuestionar las órdenes de Merrihew? ¿Tienes bien la pierna, Susan? Hemos de ponernos en marcha.

—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó Susan, quejosa.

—Sí —dijo Merlín.

—¿No ha acabado todo ya?

—No —respondieron Merlín y Vivien a la vez.

Susan suspiró, se sentó sobre una piedra y estiró la pierna. Tenía otra vez el cuchillo en el bolsillo alargado, aunque no recordaba haberlo metido ahí.

—Sí que necesitaba el cuchillo, Vivien. Pero no la sal, supongo.

—Oh, quizá para esto —dijo Merlín, sacándose del bolsillo de la chaqueta un paquete envuelto en papel encerado—. Alguien se dejó esto en un campamento algo más abajo…

Susan agarró el paquete y lo abrió en un solo movimiento. Era un sándwich casero de rosbif y lechuga, con un pan de *sourdough* perfecto. Le dio un bocado y masticó con ganas, tragó y miró a Vivien, mientras se tanteaba el bolsillo en busca del segundo sobrecito de sal.

—¡Sí que le falta sal! Eres increíble, Vivien.

—Si hubiera podido verlo más claro, nos habríamos ahorrado todos muchos problemas, supongo —respondió Vivien, socarrona, mientras observaba a Susan, que abría el sándwich y le echaba sal. Las manos le temblaban un poco, pero agarraba el bocadillo con firmeza.

—Déjame que te eche un vistazo a la pierna —dijo Merlín, arrodillándose delante de ella.

—Creo que está bien —murmuró Susan, con la boca llena de pan y de rosbif.

Había mucha sangre en el mono, y un enorme jirón en el lugar por donde había pasado la bala, pero ya no le dolía. Se estremeció al sentir los dedos de Merlín tocando la tela y luego la piel. Notaba la mano izquierda algo más cálida que la derecha.

Susan se atragantó un poco. Merlín levantó la mirada.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, preocupado—. No veo ninguna herida, ni la noto.

—No, no, está bien —respondió ella, tosiendo—. Hum…, mi padre,

cuando me traspasó esa pequeña cantidad de magia…, creo que me curó.

—Ah, vale —dijo Merlín, poniéndose en pie—. Pues venga, tenemos que ponernos en marcha. Pensaba que tendría que cargar contigo.

—Bueno, ¿y qué pasa ahora? —preguntó Susan, algo abatida—. Por un minuto esperaba que pudiéramos volver a ser… normales. O más o menos, en tu caso. ¿No hemos acabado con Holly… o con Southaw, o lo que sea en realidad?

—No. Solo ha sido desterrado «de este lugar» —dijo Merlín—. Ha perdido la forma física del superintendente en jefe Holly y se ha deshecho el hechizo que evitaba que lo vieran como lo que es en realidad. Pero Southaw es un antiguo muy poderoso, tiene a su mando a numerosas entidades menores y el Caldero de Cobre está en su poder. Quizá pueda seguir controlando a sus gánsteres, no lo sé. A lo mejor incluso es capaz de recuperar su forma mortal. No hay modo de saber lo que puede o quiere hacer.

—Dijo que se había hecho con el poder de mi padre para poder poner del mismo lado a delincuentes mortales y *a* criaturas del Mundo Antiguo para mataros a vosotros, los libreros.

—¡¿Qué?! ¡Tenemos que avisarlos! —exclamó Merlín.

Empezó a bajar por el camino, y por primera vez Susan fue consciente de que tanto él como Vivien iban con esmoquin y descalzos, y que tenían los pies ensangrentados de los numerosos cortes que se habían hecho. Además, seguro que tenían mucho frío. Susan sentía los pies fríos pese a llevar sus Docs, sobre todo porque no llevaba calcetines de invierno.

—¡No vais calzados!

—Sí, somos conscientes de ello —dijo Vivien—. Venga, vamos.

Se puso en marcha, siguiendo los pasos de Merlín, agitando las manos para aclarar una nubecilla de niebla particularmente densa. Susan la siguió.

—¿Y por qué vais vestidos de etiqueta?

—¡Silvermere! —dijo Merlín, desde delante.

—¿Vamos a volver allí, por el lago?

—¡Por supuesto que no! Podríamos quedarnos atascados allí, o

perder una semana, o perderte a ti otra vez.

—¿Así que me habéis echado de menos?

—¡Sí! —gritó Merlín.

Había tanta honestidad en su voz que Susan no supo cómo responder, de modo que decidió concentrarse en mirar dónde ponía los pies para no resbalar por las rocas, y no pensar más en que a lo mejor lo había juzgado mal y que quizá tuviera que darle una oportunidad, que quizá funcionara y que en cualquier caso sería divertido y que la vida es demasiado corta…

—¿Adónde vamos exactamente, Merlín? —preguntó Vivien, interrumpiendo los pensamientos desbocados de Susan.

—Al pueblo de aquí abajo —dijo él—. Primero hay que llamar. Puede que la abuela haya avisado a Thurston o a uno de los ambidiestros, pero no podemos darlo por sentado. ¿Cuánto crees que tardará Southaw en llegar a Londres, Viv? Es una entidad de Londres, ¿no?

—Oh, sí, es uno de los principales entes malignos —dijo Vivien, haciendo una pausa para recoger a Susan, que había tropezado y estaba a punto de pasarle por delante—. Ten cuidado, Susan. Eh…, no sé con qué rapidez puede regresar… un ente desesperado, fuera de su territorio…, no es algo que haya estudiado. Quizá, si conserva la forma de ese cuervo de humo y vuela a la velocidad que hemos visto…, ¿cinco o seis horas? Al fin y al cabo tiene que atravesar los dominios de muchos otros antiguos.

—Southaw se ha pasado dieciocho años imponiendo juramentos de lealtad, sin interferencia ninguna de los libreros —señaló Merlín—. ¿Quién sabe hasta dónde llega ahora su influencia, en el Mundo Antiguo y en el Nuevo? Además, cuenta con los poderes del Caldero de Cobre.

—Sí —dijo Vivien—. Susan… ¿Dónde «está» el caldero?

—No lo sé… —empezó a responder Susan, pero luego se dio cuenta de que sí lo sabía, solo que de un modo abstracto. Tardaría un poco en determinarlo—. Hacia el sureste, a cierta distancia. Supongo que hacia Londres. En una especie de cámara subterránea…, bajo tierra, con raíces de árboles… Necesito acercarme más…

La niebla bajó por la ladera de la montaña con ellos, pesada y mucho más húmeda que en la cima. Era obra de su padre, Susan lo sabía, así que no le sorprendió no encontrar a nadie subiendo por la ladera. Cuando llegaron al aparcamiento de Walna Scar lo encontraron vacío, salvo por dos Range Rovers de último modelo. Uno azul con dos hombres y dos mujeres dentro, y uno verde con tres hombres muertos. Todos ellos iban vestidos con ropa nueva de excursionismo, y algunas de las prendas aún llevaban las etiquetas colgando. Susan habría podido pensar que estaban dormidos, de no ser porque su padre había mencionado que pararía el corazón a los malhechores mortales de allí abajo, que estaban esperando el regreso de su jefe.

Merlín abrió la puerta del acompañante del coche más cercano y levantó la solapa del bolsillo del anorak del muerto, poniendo a la vista la culata de un Colt.45; además, por la parte superior de la bota le asomaba el mango de un cuchillo. En el espacio para las piernas había una bolsa con una escopeta de cañón recortado dentro, y tras echar una mirada rápida a los otros quedó claro que también iban bien armados y que apenas se habían molestado en esconder las armas.

—Más vale no cruzarse con tu padre —dijo Merlín—. Me pregunto si habría tenido que pedirle permiso si un día quiero salir contigo, Susan.

—Esas decisiones las tomo yo sola —replicó Susan—. Y soy yo la que pide para salir.

—¿Y qué has decidido? —preguntó Merlín, girándose un momento.

Era como un personaje romántico de las hermanas Brontë, entre las volutas de niebla, sonriente y encantador. Eso, si se pasaban por alto los cadáveres del coche que tenía detrás, claro.

—A mí siempre me ha gustado más *Jane Eyre* que *Cumbres borrascosas* —dijo Susan, pensativa.

—Hum… ¿Y eso qué…?

—Pues que para salir escogería al señor Rochester antes que a Heathcliff. Siempre me pareció más práctico.

—¡Así que lo harás!

—He decidido que, cuando se presente la ocasión, te preguntaré si quieres salir a tomar algo —dijo Susan—. El resto ya lo veremos. —Miró a Vivien—. ¿Esta vez no hay advertencias?

—No —respondió Vivien con gesto serio—. Desde luego no eres como las personas con las que Merlín suele…, bueno, las relaciones de Merlín suelen empezar más «rápido», supongo, y acaban no mucho más tarde, con él desentendiéndose. De hecho, debo decir que tengo mucha curiosidad por ver lo que ocurre. Por supuesto, para eso tendremos que sobrevivir lo suficiente para verlo.

—Hasta ahora lo hemos conseguido —dijo Susan, que de pronto se sentía henchida de alegría por haber sobrevivido, algo que no tenía que ver con Merlín. Al menos no del todo.

—Porque estamos aquí, en los dominios de tu padre, y porque hemos tenido suerte —dijo Vivien—. ¡Merrihew habría podido matarte, y Southaw habría podido meterte en un agujero de piedra con tu padre! Y ahora tenemos que ir a enfrentarnos a él en su terreno, donde más poder tiene. Es como seguir el rastro de un oso herido hasta su madriguera. Solo que mucho mucho peor.

—Pero no estaremos solos —dijo Merlín, muy serio, mientras se ponía a sacar los cadáveres del coche. No había duda de que estaban muertos, y no simplemente dormidos—. La próxima vez, habrá montones de libreros bien armados. Tienen mucho poder y saben lo que se hacen.

—Esperemos —murmuró Vivien.

—No seas tan negativa y échame una mano —dijo Merlín, arrastrando a la primera pasajera y dejándola en el suelo—. ¿O quieres que cojamos el coche azul?

—No parece que ahora los cadáveres te produzcan una especial aprensión —observó Susan—. Pensaba…

—Los únicos que me hacen sentir mal son los inocentes —dijo Merlín con gesto sombrío—. Además, estos no son ni siquiera gánsteres normales. ¿Ves esos tres tatuajes, los anillos alrededor del pulgar? Es algo relacionado con el cultismo. Estos tipos se prestaron voluntarios para servir a Southaw, sabiendo lo que es. Siempre hay aspirantes a satanistas o druidas, amantes de los sacrificios humanos y

entes malignos sedientos de sangre. Un anillo tatuado, en este caso, significa un hombre asesinado; si es en el pulgar, es una mujer; y si es en el meñique, un niño. Pero yo le estaba pidiendo que me ayudara a Viv. Tú no tienes que hacerlo.

—No, no pasa nada —dijo Susan, que rodeó el coche para sacar a uno de los pasajeros de atrás—. Bueno, no es que no pase nada, pero puedo hacerlo. Especialmente cuando están tan limpitos; parece que estén dormidos. Pudo hacerlo él, ¿verdad? Desconectarlos de este modo…

De pronto tuvo que dejar de hablar y respiró hondo, pues fue consciente de la situación: estaba arrastrando a un muerto para sacarlo de un coche, y allí había siete más. Su padre los había matado sin más, como a moscas. Por los tatuajes sabían que eran asesinos, pero ¿significaba eso que merecían morir? Y también la habrían podido matar a ella, tal como había dicho Vivien; la bala no le había segado la arteria femoral por unos centímetros, y se habría desangrado…

Merlín se acercó y la abrazó. Se apoyó en él un momento. Se sintió aliviada y reconfortada. Por unos segundos, hasta que él la apartó.

—No pasa nada, estoy bien. Tenemos que seguir…, ponernos en marcha, ¿no?

—Pues sí —dijo Merlín—. ¿Quieres mi libro?

—¿Has encontrado uno?

—En Silvermere. Hay una biblioteca. Creo…, bueno, puedes leer en el asiento de atrás.

—Me mareo si leo en un coche en movimiento —dijo Susan—, pero gracias. ¿Vamos…, vas a robar un coche para que volvamos a Londres?

Merlín negó con la cabeza.

—Llamaremos desde el teléfono más cercano. Tenemos que advertirles, y seguramente habrá una orden de busca y captura contra Vivien y contra mí. Normalmente era Merrihew quien solucionaba cualquier problema con el Ministerio del Interior. Pero esta vez no ha tenido tiempo de hacerlo, claro. Ni ganas, seguramente. Vamos.

Colocaron los cadáveres en una fila regular. Merlín vaciló un

momento, pero luego les quitó tres de los anoraks, cogió uno para él y les dio los otros dos a Vivien y a Susan. Se quedó mirando las botas de los cultistas por unos segundos que se hicieron muy largos, pero luego negó con la cabeza, desechando la idea.

—Un anorak es una cosa. Pero calcetines y botas de un cadáver… tendremos que buscar algo en el pueblo. Eso sí, me llevaré una de estas recortadas, que son más prácticas que la espada. No queremos asustar a los lugareños más de lo imprescindible.

Recogieron el resto de las armas de los cultistas y las pusieron en el maletero del Range Rover, Merlín lo cerró y luego fue a cerrar el segundo coche, que aún tenía a sus ocupantes dentro.

—Más vale no tentar a los transeúntes con la posibilidad de llevarse las armas, especialmente a los niños —dijo, mientras se ponía al volante del Range Rover verde.

Vivien subió detrás y empujó suavemente a Susan para que se sentara delante.

—La policía llegará lo antes posible. Aunque parece que de momento tu padre está manteniendo a todo el mundo a distancia, no sé cuánto durará eso.

—Hasta que se levante la niebla —respondió Susan sin pensar. Ahora había cosas que sabía, sin más, al menos mientras siguiera en los dominios de su padre—. Unas dos horas y media.

Merlín se la quedó mirando y arrancó el coche.

—¿Algo más que debamos saber?

—Que en el Black Bull hacen un bocadillo de beicon muy bueno —respondió Susan—. Y hay un teléfono en el exterior.

Efectivamente, la abuela había avisado a Thurston, que se había tomado muy mal la noticia de la colaboración de Merrihew con un soberano de antaño en nombre de todos los Saint Jacques, mucho peor que la noticia de su muerte.

—Según parece, le ha pasado el teléfono al tío Sam y se ha puesto a construir una pirámide con las reimpresiones y ediciones diversas de Dickens y Trollope (no las primeras, por supuesto); se ha subido a lo alto y se ha negado a hablar o a moverse de allí —dijo Vivien—. En cualquier caso, la tía abuela Evangeline viene de Wooten para ponerse

al mando de los diestros y… la tía Una se ha puesto al mando de los zurdos. También ha informado a la inspectora Greene. La policía ha retirado la orden de busca y captura en nuestra contra y Greene ha solicitado un helicóptero a la fuerza aérea para que nos recoja y nos lleve de vuelta a Londres.

—¿Qué hay de Holly…? O sea, quiero decir, ¿qué hay de Southaw? —preguntó Susan, con la boca llena de sándwich de beicon. El sándwich de rosbif que se había comido en la cumbre estaba delicioso, especialmente después de echarle sal, pero desde luego no le había quitado el hambre.

—De momento nadie lo ha visto, y no ha pasado nada malo. Todo el mundo está en alerta máxima. Helen y Zoë están cruzando todos los datos que tenemos sobre Southaw. Una ha enviado patrullas a interrogar a los sospechosos habituales, y también va a preguntarle a la abuela. Greene ha puesto una orden de búsqueda contra Holly, por si vuelve a presentarse con ese aspecto, y ha situado puestos de control en todas nuestras sedes, disfrazándolo de amenaza del IRA, por si Southaw manda atacar a sus gánsteres.

—¿Un atentado del IRA contra unas librerías?

—Clientes importantes de las librerías —dijo Vivien—. Hasta tiene sentido. Para empezar, la mitad de los miembros de la Cámara de los Lores compran libros en la Librería Nueva. No tengo muy claro cómo va a explicar Greene la amenaza a Wooten, al Thorn Hall y al taller de Birmingham, por ejemplo, pero deben de ser objetivos secundarios. Southaw ha ampliado sus dominios, sin duda, pero su cuartel general lo ha tenido siempre en algún lugar de Barnet (Helen y Zoë lo están investigando), y seguramente la mayoría de sus vasallos se encuentran en el norte de Londres, o no muy lejos de allí.

—¿Quieres algo más, cariño? —preguntó la risueña mujer que les atendía en el Black Bull, y que los había acogido como si fueran de la realeza.

Merlín y Vivien no tardaron mucho en darse cuenta de que las atenciones iban dirigidas a Susan, otro aspecto de su legado. Ella tardó un poco más en darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

—No, gracias, señora Staple —respondió Susan.

Había sabido el nombre de la mujer desde el primer momento, igual que el de todos los demás habitantes del pueblo, algo que le resultaba bastante inquietante. Aunque tampoco es que fueran tantos; la niebla seguía cubriéndolo todo hasta el lago, y daba la impresión de que todos los turistas de Coniston y alrededores habían decidido no salir; incluso los lugareños parecían recogidos en sus casas.

Sin duda, todo aquello era obra del padre de Susan. Hasta costó conseguir a un par de agentes de la comisaría de Ambleside para que fueran a custodiar los cadáveres del aparcamiento hasta la llegada de una patrulla. Ambos eran lugareños y era evidente que no tenían ningunas ganas de estar cerca del Viejo de Coniston después de que este desterrara a Southaw. Las órdenes del antiguo, diciéndole que se alejara, tenían un efecto que aún perduraba, y no solo en el antagonista del señor de la montaña.

—Acabo de darme cuenta de que debo de haber perdido mi trabajo —dijo Susan, con la mirada fija en la pinta de cerveza casi vacía que tenía delante y la mente en los vasos que había por recoger—. Mierda. Y ni siquiera sé qué día es. ¿Martes?

—Miércoles —dijo Vivien—. Perdimos dos días en Silvermere.

—Yo estuve allí una hora como mucho —replicó Susan, a lo que Merlín respondió algo, en un murmullo inaudible.

—Me gustaba el Twice-Crowned Swan —dijo Susan, con un suspiro —. Supongo que ahora no es momento de preocuparse por si tengo trabajo o no.

—Puede que lo recuperes. Bueno, cuando consigas decirnos dónde se encuentra el Caldero de Cobre, probablemente puedas mantenerte alejada de…, bueno…, lo que Greene llamaría «cosas raras».

—¿Qué? ¿Volver a Milner Square y seguir con lo de antes, como si no hubiera pasado nada? ¿Sentarme a tomar una taza de té con la señora L y charlar del tiempo?

Merlín y Vivien intercambiaron una mirada incómoda.

—¿Qué?

—Es evidente que no lo sabes —dijo Merlín—. El revivido mató a la señora London.

—¡Oh! Oh…, pobre señora L. Me pregunto quién cuidará de Míster

Nimbus.

Se quedaron en silencio unos minutos. Susan recordaba las tazas de té de la señora London y sus pequeños detalles; los hermanos también se quedaron pensando en ella.

Merlín fue el primero en romper el silencio, dando unos golpecitos en el suelo con las zapatillas que les había proporcionado la señora Staple a él y a Vivien. A Susan le sorprendió que ninguno de los dos tuviera graves heridas en los pies, solo rasguños, pero Merlín le había quitado importancia con un comentario desganado, diciendo que para hacerles daño de verdad hacían falta cosas como las flechas de los Raud Alfar.

—Deja de hacer eso —dijo Vivien—. Me pone nerviosa.

—Me ayuda a pensar —replicó Merlín, que dejó de dar golpecitos con los pies y empezó a hacer rechinar los dientes.

—Lo haces a propósito para molestarme.

—¿Qué? ¡Estoy pensando! —replicó Merlín, pero dejó de hacer ruido.

—A propósito —dijo Susan, tras otro minuto de silencio—, ¿cómo hacéis los libreros para enfrentaros a un soberano de antaño? Porque está claro que con cortarles la cabeza no basta.

Merlín miró a Vivien.

—Hay varias maneras —dijo Vivien, midiendo sus palabras—. No estoy segura de que este sea el mejor sitio para hablar de algo así.

—Yo no creo que mi padre esté escuchando —dijo Susan, aunque le resultaba muy extraño hablar así—. Está… aquí, pero lejos. No exactamente dormido, pero… tranquilo.

—Eso es más o menos lo que intentaremos que ocurra con Southaw —dijo Vivien—. Obligarle a que se suma en un estado de letargo, solo que no únicamente para el resto del año. Lo cierto es que yo nunca he hecho algo así, ni he visto cómo lo hacen, porque no me he encontrado con un antiguo en toda mi vida. Supongo que se debe en parte al acuerdo entre Southaw y Merrihew, la «paz» de la que hemos disfrutado durante tanto tiempo. Pero hay un procedimiento, como supongo que lo llamaríamos, o un ritual, que requiere al menos a nueve de los diestros, a tres de los ambidiestros y a todos los zurdos

necesarios para mantener alejados a sus subordinados mientras lo hacemos. Y tiene que hacerse en el centro de poder del soberano de antaño. Que suele ser un lugar tangible, como un peñón, una montaña, un manantial o un menhir, pero no siempre.

—Pero aún no sabéis cuál es el centro de poder de Southaw.

—Probablemente sí que lo sepamos —dijo Merlín—. Está en el *Índice*, así que los diestros tendrán un registro histórico de la extensión de sus dominios y quizás incluso de su centro de poder. Solo es cuestión de encontrar la anotación en cuestión.

—Dudo que sea tan fácil —replicó Vivien, más pesimista—. Southaw no es una entidad cualquiera, ni siquiera un soberano de antaño cualquiera. Tiene en su poder el Caldero de Cobre. No creo que ninguno de nosotros sepamos siquiera los poderes que le proporciona…

—Al menos ya no es problema nuestro —dijo Merlín—. Las tías, los tíos y los primos mayores pueden encargarse de Southaw y recuperar el caldero. A nosotros nos llevan a casa en helicóptero y, con un poco de suerte, todo volverá a un relativo estado de calma. Y Susan y yo podremos salir a tomarnos esa copa por fin.

—Yo brindaría por que volviera el estado de calma —dijo Susan, dando un último sorbo a su Old Peculier de Theakston.

24

En mis sueños vuelo muy muy alto
sin hacer esfuerzos, el cuerpo inmóvil,
estoy en reposo, una almohada bajo el cuello
y aun así me dirijo al cielo a toda prisa
cayendo no hacia abajo, sino hacia arriba.

El helicóptero, un Puma HC MK 1 de las Fuerzas Aéreas, aterrizó en el campo de detrás del Black Bull poco después de que se disipara la niebla. Pero aunque se hubiera levantado la niebla, el día seguía siendo gris, salvo por los escasos rayos de sol que se abrían paso aquí y allá, en particular sobre la cumbre del Viejo de Coniston, aunque Susan no tenía claro si eso habría sido obra de su padre.

La jefa del equipo fue corriendo hasta Merlín, Vivien y Susan, comprobó que coincidían con las descripciones que le habían dado y leyó atentamente las credenciales de Merlín y Vivien.

—No lleváis ningún explosivo, granadas de mano, bengalas ni nada por el estilo, ¿verdad? —gritó, para hacerse oír con el ruido del rotor y del motor.

No se había levantado el visor polarizado de su barrio, así que era difícil ver qué cara ponía, pero el tono de su voz les dejó claro que cualquiera de esos artículos habría supuesto un grave problema.

—No —respondió Merlín, también gritando. Señaló su bolsa de pelo de yak y se señaló el tobillo, donde se veía un pequeño bulto que revelaba la presencia de su pistola de refuerzo—. Solo armas personales. Y yo soy el único que va armado. Ah, y la espada métela en la bolsa.

Susan levantó la bolsa.

—¿Una espada? ¿Qué…? No importa, mientras no haya nada que pueda explotar —respondió la mujer—. Una vez ya tuve un problema

con los vuestros. Habríamos podido acabar todos muertos.

Nadie respondió, porque «los vuestros» que había mencionado evidentemente no tenían nada que ver con los libreros. Serían algún otro grupo mucho más normal del mundo secreto, como los servicios secretos o el MI5.

—Bajad un poco la cabeza, no hace falta que os agachéis —gritó la jefa de equipo—. Seguidme.

Los llevó a la puerta abierta del helicóptero, donde encontraron dos bancos dispuestos longitudinalmente en el centro del habitáculo, con los respaldos hechos de malla de red y orientados hacia las ventanas. Sobre alguno de los asientos había auriculares conectados al techo.

—¡Dos a este lado, uno en el otro! —gritó la jefa de equipo, señalando los bancos—. ¡Auriculares puestos, cinturones puestos!

Vivien entró la primera, y pasó al otro lado. Merlín y Susan se sentaron juntos. Una vez dentro, la jefa de equipo corrió la puerta hasta cerrarla, con lo que el ruido ambiental pasó de ser ensordecedor a simplemente molesto, y luego se dirigió a un asiento más elevado y orientado hacia delante, junto a la puerta izquierda. Ella tendría buenas vistas, pero los demás no.

Cuando se pusieron los auriculares, se redujo bastante el ruido. Susan observó que la jefa de equipo llevaba un arnés completo, mientras que en los bancos para los pasajeros solo había cinturones, y bastante básicos. En el momento en que se ajustaba el cinturón oyó un chisporroteo a través de los auriculares, y a continuación la voz de otra mujer que hablaba con el tono desganado típico de los pilotos.

—Buenas tardes. Dado que nos han dicho que este es un vuelo a Londres sin nombres ni preguntas, no me presentaré ni presentaré a mi equipo; solo os diré que estáis en buenas manos con Mel, ahí atrás. Por favor, estudiaos la tarjeta que os dará sobre normas de seguridad y seguid todas sus instrucciones. El tiempo de vuelo será de ciento diez minutos; aterrizaremos en la base de Northolt poco después de las 13 horas. En la capital, el cielo está gris y hay llovizna, pero, aparte de lo deprimente que pueda resultar, el tiempo no supondrá ningún problema. No habrá servicio de té y pastas, a menos que os lo hayáis traído de casa. Relajaos y disfrutad del vuelo.

Se oyó un clic y quedaron desconectados del circuito de comunicaciones. Las turbinas gimieron con un tono aún más agudo y las palas del rotor empezaron a girar más rápido. La jefa de equipo le pasó a Susan una tarjeta de normas de seguridad que se componía en su mayoría de dibujos.

—Leed la tarjeta y pasadla. No os levantéis ni os desabrochéis el cinturón a menos que yo os lo diga.

Susan solo había volado una vez, en un vuelo rápido con su madre a Dublín, para unas vacaciones cortas, cuando tenía once años. La tarjeta de normas de seguridad del helicóptero era muy parecida a la que se había estudiado con tanta atención entonces, en aquel VC-10. Miró todos los dibujos, comprobó el cinturón, miró hacia la puerta para ver cómo se abría y le pasó la tarjeta a Merlín.

El helicóptero despegó, ascendió rápidamente y trazó una curva hacia el sur mientras Merlín estudiaba la tarjeta. Con la inclinación del helicóptero, Susan solo veía el cielo desde la ventana, pero mirando por encima del hombro, más allá de Vivien, que estaba justo detrás de ella, espalda con espalda, pudo ver las relucientes aguas del lago de Coniston. Algo en su interior decía «eso es mío», y era una sensación reconfortante, pero enfrentada a otros pensamientos más profundos que le creaban un gran estado de ansiedad al procesar lo ocurrido, así como una extraña preocupación por lo que pudiera ocurrir.

De niña, solía soñar despierta que encontraba a su padre, y en su imaginación lo convertía en una imagen compuesta de los padres más agradables de sus amigas del colegio. Se imaginaba que era un marinero que se había perdido en el mar y que volvía después de que lo rescataran, años más tarde, o un amnésico recuperado, como en la vieja película *Niebla en el pasado*; era un hombre que recuperaba la memoria y que, al volver con su amada, descubría que además tenía una hija maravillosa. Ni en sus sueños más descabellados se había acercado a lo que era realmente su padre, y el modo en que la había recibido al conocerla quedaba muy lejos de todos sus sueños de infancia. Aquello le dolía un poco, era una pequeña decepción. No parecía que le hubiera importado demasiado descubrir que tenía una

hija, y ni siquiera había preguntado por Jassmine. De hecho, daba la impresión de que consideraba a Susan como una especie de derivación de sí mismo.

—Acompañaréis a mi hija, que irá a por el caldero y me lo devolverá —murmuró, olvidándose de que tenía un micrófono junto a la comisura de la boca.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la jefa de equipo—. Aquí atrás estamos todos conectados al mismo sistema de comunicaciones y no quiero saber nada que no deba oír, ¿vale?

—Perdón —dijo Susan.

Merlín la miró, sonrió e hizo el gesto de cremallera sobre la boca. Susan asintió. Tampoco tenía ganas de hablar. Apoyó la cabeza en el hombro de Merlín y en la espalda de Vivien. Merlín metió la mano en su bolsa de pelo de yak y sacó un libro.

Susan se puso a leer desde detrás de su hombro y reconoció el personaje de Harriet Vane, aunque aquella obra en particular de Dorothy Sayers no la había leído. Merlín ladeó un poco el libro para que le resultara más fácil leer, aunque ella tuvo la sensación de que le molestaría un poco —a ella no le gustaba nada que la gente le leyera desde detrás un libro que tuviera en las manos—, pero antes de que Merlín pasara la primera página siquiera sintió que le pesaban mucho los párpados y al poco ya estaba profundamente dormida.

Se despertó un poco más tarde, algo atontada. No sabía cuánto tiempo habría pasado, pero oyó de nuevo la voz de la piloto con ese tono crepitante de los auriculares.

—Hola, chicos. Estamos llegando a la base de Northolt, pero hemos recibido instrucciones de dejaros algo más al este, en Totteridge Green, en Barnet; hemos recibido la autorización de la ATC, me dicen que el lugar de aterrizaje estará custodiado por la policía y por elementos *Liber Mercator*, sea lo que sea eso. También tengo un mensaje que comunicaros: «El locus de Southaw es el Tejo de Totteridge, en Barnet». Repito: «El *locus* de Southaw es el Tejo de Totteridge, en Barnet».

—Recibido —dijo Merlín—. Esto… ¿Le han dado alguna ruta de aproximación específica, piloto? Quizá convenga evitar sobrevolar, o

pasar cerca del… *locus*.

—¿Eh? No tengo ninguna información al respecto. Tenemos asignado el lugar de aterrizaje. Estamos a unos cinco minutos.

—Si ve algún fenómeno meteorológico extraño, o de cualquier otro tipo, debo aconsejarle que… se aleje de él, o como quiera que se diga en la jerga técnica.

—Tenemos un corredor establecido por la ATC; debemos seguirlo. Volveré a comprobarlo.

Susan echó el cuerpo adelante para mirar por la ventanilla, que estaba cubierta de rastros de agua de la lluvia. No podía ver más que el cielo gris si no se desabrochaba el cinturón y se ponía en pie para aumentar el ángulo de visión, pero estaba segura de que la jefa de equipo le pondría mala cara, y en cualquier caso no era una buena idea.

—Eh… Sí que vemos algo extraño delante, una concentración de niebla localizada entre nosotros y el lugar de aterrizaje, pero pasaremos varios cientos de pies por encima. Aterrizaremos en el otro lado.

—¡Dé media vuelta, piloto! —gritó Merlín—. ¡Viv! ¿Percibes algo?

—Un antiguo —dijo Viv, señalando hacia abajo—. Southaw.

El helicóptero no estaba cambiando de ruta.

—¡Piloto, dé la vuelta!

—Estamos muy por encima, no hay prob…

Una espesa capa blanca cubrió las ventanillas; era como si hubieran forrado el helicóptero con algodón en un instante. Unos segundos más tarde, todos se sobresaltaron al oír un fuerte impacto, como el de un ladrillo tirado contra el lateral de un coche, y luego se oyó otro, y otro, potentes y perfectamente audibles incluso por encima del ruido del helicóptero.

Se oyó un parloteo confuso por los auriculares, pero luego Susan oyó claramente a la piloto otra vez, esta vez más nerviosa, pero no asustada.

—¡Impacto con un ave! ¡Vamos a bajar! Preparaos para…

La niebla se disipó y un pájaro impactó contra la ventanilla que Susan tenía enfrente, manchándola de sangre y de plumas. Ahora se

oían impactos y golpeteos alrededor del helicóptero, por todas partes. El ruido del motor cambió, volviéndose más agudo, y la cadencia de los rotores se volvió irregular.

Merlín se arrancó los auriculares de las orejas y se apretó el cinturón de seguridad. Susan le imitó. Notaba que Vivien, detrás de ellos, hacía lo mismo.

—¡Inclinaos hacia delante y agarraos las rodillas! —gritó la jefa de equipo, al tiempo que se apretaba el arnés y cruzaba los brazos para agarrarse a las cinchas verticales, apoyando los pulgares sobre el cinturón.

Cada vez había más impactos de aves: caían sobre el helicóptero como un granizo de enormes dimensiones. Las ventanillas estaban cubiertas casi por completo de sangre y plumas, y la niebla emborronaba lo poco que podía verse a través de los huecos.

—¿Puedes hacer algo, Viv? —gritó Merlín, aunque era casi imposible oírle.

De pronto, los motores emitieron un sonido ahogado, como una tos, y se detuvieron por completo. Los rotores volvieron a cambiar de ritmo, cada vez más lentos. El helicóptero se puso a girar sobre su eje; la cola daba vueltas alrededor de la cabina como la manecilla de un reloj.

—¡No! ¡Pesa demasiado! —gritó Vivien.

—¡Estamos autorrotando! —gritó la jefa de equipo—. ¡Agarraos! ¡Aga…!

El helicóptero impactó contra el suelo y patinó con un terrible chirrido de metal torturado antes de ir a chocar contra algo; detuvo su avance con un golpetazo ensordecedor, para luego caer sobre el flanco derecho. Susan cayó sobre Merlín, que estaba agarrado a una de las riostras del banco con la mano izquierda y que se mantenía inmóvil como una roca. Todo paró. No hubo más impactos de pájaros, ni ruido de motores, ni el *bup-bup-bup* de los rotores. Solo el gemido grave y lastimero del metal y de otros materiales en tensión, así como el sonido agudo de una alarma que atravesaba el aire.

Merlín fue el primero en moverse. Miró a su alrededor, vio que Vivien estaba colgando del cinturón, pero haciendo presión con los

pies contra la puerta deformada, y que ya buscaba el modo de soltar el cinturón de seguridad.

Susan estaba apoyada boca arriba, pero también forcejeaba con su cinturón. La jefa de equipo estaba colgada de lado, sujeta por el arnés, y gritaba algo al micrófono de su casco, intentando hacer reaccionar a los pilotos.

Merlín consiguió soltarse y se puso en pie sobre el respaldo de su asiento. Abrió la puerta corredera de la izquierda, que ahora quedaba por encima de sus cabezas. La puerta de la derecha, situada por debajo de Vivien, estaba deformada y rota, y tenía un tajo enorme por el que se veía la hierba y la tierra.

La jefa de equipo se soltó, prácticamente cayendo sobre el banco, apoyó los pies sobre el respaldo y ayudó a Merlín con la puerta corredera. Juntó las manos para que el chico apoyara el pie y pudiera subir más fácilmente, pero él simplemente dio un salto, se agarró al borde e hizo presión para salir. Se agachó junto a la abertura e inclinó el cuerpo hacia dentro, tendiéndole una mano a Susan, que le pasó la bolsa con la espada, para que él la dejara en el suelo, antes de trepar y salir.

Las espirales de humo empezaban a colarse en el compartimento de los pasajeros, y cada vez había más humo alrededor del casco, elevándose para unirse a la nube de niebla. Una de las palas del rotor principal estaba doblada hacia arriba, como el brazo de un náufrago pidiendo ayuda desde el agua.

No se veía nada a más de cuatro metros, pero por lo que parecía el helicóptero se había estrellado en un prado salpicado de pequeñas rocas.

—¡Salta y apártate! —le gritó Merlín, agachándose para ayudar a Vivien a salir, y luego a la jefa de equipo.

Susan saltó al suelo, pero no se apartó. Rodeó el helicóptero, y al llegar a la parte frontal se estremeció, viendo que había quedado aplastada contra un enorme saliente de piedra. El morro y la cabina de los pilotos se habían deformado hasta el punto de quedar irreconocibles, comprimidos contra el mamparo que los separaba del compartimento de los pasajeros. Había trozos de metal y fibra del

casco, y de plexiglás, por todas partes, todo manchado de sangre y plumas. Pero parte de la sangre no era de los pájaros, y Susan tuvo que apartar la mirada. No había ninguna posibilidad de que los pilotos siguieran con vida.

La jefa de equipo llegó a su lado, jadeando, y se quedó mirando varios segundos, de pie, hasta que Susan le tocó el brazo.

—Mel…, ¿verdad? No hay nada que podamos hacer.

Mel asintió lentamente, sacudió la cabeza y miró hacia los finos tentáculos de humo que empezaban a colarse por las numerosas rendijas y agujeros de la cola del helicóptero y de la parte trasera de la cabina. Más allá, la niebla iba acercándose, cercándolos. Era como si solo existiera el helicóptero en llamas y sus pocos supervivientes, y nada más: el resto del mundo quedaba del otro lado de una niebla espesa y húmeda.

—No —dijo ella. Por un momento se quedó sin voz, pero luego la recuperó—: Deberíamos…, deberíamos apartarnos, dejar una distancia de seguridad.

Susan la siguió, alejándose del helicóptero. Merlín y Vivien ya se habían puesto en marcha, pero lentamente, ambos mirando alrededor, como exploradores en territorio enemigo. Merlín llevaba la bolsa de la espada en la mano derecha, y en la izquierda su bolsa de pelo de yak, sin duda con el revólver en la mano, mientras escrutaba la niebla. Vivien caminaba despacio, con la mano derecha extendida hacia delante, como si tanteara el camino.

De pronto, ambos se miraron. Aunque no hablaron, Susan notó que había pasado algo. Se había producido un cambio sutil en el mundo que los rodeaba. Nada que pudiera ver u oír, pero notaba algo diferente…

Un humo acre le pasó por la cara y tosió. No solo olía a químico, a metálico, sino que también desprendía un desagradable olor a pájaro asado que le recordaba una tienda de pollo frito no muy lejos de Milner Square que no destacaba por su limpieza y que Susan solía evitar, cruzando al otro lado de la calle cada vez que pasaba por allí.

—Nunca he visto una niebla así —dijo Mel—. Ni una bandada de pájaros en la niebla… y… ¿dónde demonios estamos?

Susan miró alrededor. La niebla seguía siendo demasiado densa como para ver a metros de distancia, pero el incendio del helicóptero había creado un efecto de remolino que la mantenía alejada del lugar del accidente. Justo detrás del helicóptero había un espeso bosque con numerosos robles gruesos y altos, y el campo en el que habían caído era irregular y estaba cubierto de piedras, no era un cuidado jardín de césped como cabría esperar en una zona residencial como Totteridge, en la periferia de Londres. Por no mencionar el enorme saliente rocoso contra el que había impactado el helicóptero; aquello lo habrían quitado de en medio mucho tiempo atrás.

—¿Dónde estamos? —repitió Mel, parándose a mirar atrás—. Estábamos siguiendo una carretera principal, había grandes casas a ambos lados…, nada que ver con esto…

Señaló a su alrededor con la mano, en dirección a las copas de los árboles y al campo cubierto de piedras, mientras las volutas de niebla se enroscaban en torno a sus manos. No se veía ninguna carretera, ni ningún rastro de civilización.

Algo explotó en el interior del helicóptero, y todos se encogieron. No fue una explosión tremenda, como en las películas de acción de Hollywood, pero hizo que el fuego se extendiera a la cabina principal, que se puso a arder, emitiendo más calor y adquiriendo un color blanco. Las pequeñas volutas de humo independientes empezaron a unirse en una enorme columna de humo gris negruzco que se elevó con un rugido crepitante, mezclándose con la niebla.

Salvo por el crepitar del helicóptero en llamas, allí había un silencio nada normal. No se oía ningún otro ruido, ni de personas ni de tráfico.

Algo se movió en el extremo visible de la niebla. Un perro enorme, que apareció un instante y que enseguida volvió a desaparecer.

—Lobos —dijo Merlín—. El fuego debería ahuyentarlos.

—¿Un lobo? ¿De qué estás hablando? —preguntó Mel, que tragó saliva y luego siguió hablando, evidentemente para tranquilizarse a sí misma—. Alguien habrá llamado ya a Emergencias. Ted podría haber lanzado un *mayday*…, mandarán un helicóptero de rescate…, no podemos estar a más de quinientos metros del lugar de aterrizaje previsto, los policías que nos esperaban habrán oído el impacto, el

humo atravesará la capa de niebla…

—Creo que hay algunos…, bueno…, problemas inesperados que retrasarán un poco el rescate —dijo Merlín, con tono de disculpa—. Debería quedarse aquí, sargento.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Mel.

—Sin duda habrá firmado su compromiso con la Ley de Secretos Oficiales —dijo Merlín—. Digamos que es algo que queda cubierto por esa ley. No levante la cabeza; enviaremos ayuda lo antes posible.

—Debería buscar un teléfono, llamar…

Un largo aullido la interrumpió a media frase. Sonó cerca, entre la niebla. Y fue una llamada que provocó otros aullidos de respuesta.

—Lobos —dijo Mel, muy despacio.

—Sí —dijo Merlín, expeditivo, como si tuviera prisa por ponerse en marcha—. ¿Está armada?

—¡No! Estamos en Inglaterra, no en una zona de guerra.

Merlín se agachó y se sacó la Beretta que llevaba en la pistolera del tobillo.

Se la ofreció, apuntando hacia el suelo.

—Creo que el fuego mantendrá alejados por un tiempo a los lobos —dijo—, pero puede usar esto: el seguro se acciona con el pulgar, aquí. Hay que amartillarla para disparar. Agárrela fuerte, o el retroceso le levantará la piel.

Le entregó el arma a la jefa de equipo, junto con una revista de su bolsa de pelo de yak.

—Pero yo le aconsejaría que no disparara a menos que sea absolutamente necesario —añadió—. Mantenga la cabeza baja y no haga ruido.

—¿Vosotros qué vais a hacer? —preguntó Mel, pasmada.

—Tenemos que ir a ajustar cuentas con alguien —dijo Merlín, abriendo la bolsa y sacando la espada.

Sorprendentemente, aquello pareció sacar a Mel de una perplejidad que rayaba en el pánico.

—¿Eso es una *spatha*? ¿Una espada de la caballería romana?

—De ese tipo, sí, aunque es del siglo VII —respondió Merlín—. Me sorprende que la haya reconocido.

—Participo en recreaciones históricas —dijo Mel—. Legionaria del siglo I d. C. Yo llevo una *gladius*, por supuesto.

—Pues da la casualidad de que en casa también tengo una *gladius* —dijo Merlín—. Pero no es del mismo tipo que esta…

Dejó la frase a medias al notar que Vivien le tiraba de la manga, apremiándole.

—Bueno, como le he dicho, mantenga la cabeza gacha y no haga ruido. Vamos.

Dirigió esa última palabra a Vivien y a Susan, como si fuera él quien estuviera esperándolas a ellas. Vivien soltó un bufido y Susan levantó una ceja.

—¿Qué? —preguntó Merlín—. Seguidme.

Le siguieron y se adentraron en la niebla.

25

> A la luz tenue del ocaso, ella disparó,
> la flecha cortó el aire y en el blanco penetró.
> Mas el blanco no fue un ciervo, sino el corazón de su amado
> y su condena, la distancia; vivir por siempre separados.

No habían avanzado mucho cuando Merlín se paró y se agachó, indicándoles con un gesto que ellas también lo hicieran. Susan se agazapó a su lado, con todos los sentidos en alerta. La niebla no le dejaba ver nada, y tampoco oía nada. Lo único que sabía era que el Caldero de Cobre estaba delante de ellos, quizás a unos doscientos o trescientos metros, pero no habría podido decir por qué lo sabía.

—Vale, ya estamos lo suficientemente lejos de Mel para poder trazar un plan sin que pierda la cabeza —dijo, hablando rápido, evidentemente preocupado.

—Quizá sea yo la que pierda la cabeza —dijo Susan—. ¿Dónde estamos? ¿Cuál es la situación?

—Estamos en los dominios de Southaw —respondió Vivien, sin rodeos—. Y lo ha sacado del tiempo, y a nosotros con él. Algo parecido a lo que os pasó a ti y a Merlín en la Feria de Mayo.

—Pero ha cometido un gran error abatiendo el helicóptero —dijo Merlín—. Lo habrá hecho por rabia, sin duda, porque tú ibas a bordo.

—¿Y por qué ha sido un error? —protestó Susan—. Casi nos mata…

—¡Pero no nos ha matado! Y hemos penetrado en sus dominios justo en el momento en que los ha sacado del tiempo —explicó Merlín—. La tía abuela Evangeline y la prima Una y sus tropas están empezando a devolverlo al tiempo normal; ambos lo hemos notado. Así que somos como un enemigo en el interior del castillo durante un asedio. ¡Una quinta columna! ¡Un caballo de Troya! Un…

—Pero él sabrá que estamos aquí —le interrumpió Susan, nerviosa

—. Aquí, exactamente —precisó, señalando al suelo—. ¡En Coniston yo sabía dónde estaba todo el mundo exactamente, cada ser vivo que estaba dentro de mi territorio!

—Ahora mismo no puede hacer nada al respecto —dijo Vivien—. Los diestros están forzando el regreso de su dominio al Mundo Nuevo. Tendrá que usar toda su fuerza para combatirlos. Pero la lucha no durará mucho, acabe como acabe. Ganaremos nosotros, estoy segura, pero para estar más seguros deberíamos ayudarlos, y tenemos unos quince minutos…

—¡Quince minutos! —exclamó Merlín—. ¿Eso es todo?

—Sí —dijo Vivien, levantando la mano derecha como si sopesara algún objeto invisible—. Quizás incluso menos.

—¿Qué pasa si no consiguen devolver el dominio de Southaw al presente? —preguntó Susan—. ¿Y si no nos consiguen devolver a nosotros?

—Pues que nos quedaremos atascados aquí —dijo Vivien, girándose para examinar la niebla, que no había menguado—. A decir verdad, pensaba que ya vería algún indicio del regreso del Mundo Nuevo… Southaw tiene más poder de lo que esperaba. Debe de ser porque tiene el caldero en su poder.

—¿Y qué significa exactamente eso de quedarse atascados aquí?

—Lo mismo que en la feria —dijo Vivien, sin dejar de mirar a su alrededor—. El tiempo se dilata. Unas horas o unos días aquí, son meses o años en el mundo normal. Quizá siglos.

—Southaw nos matará en cuanto pueda —añadió Merlín—. Así que no tenemos que preocuparnos de eso.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —preguntó Susan.

—Encontrar el *locus* de Southaw —dijo Vivien—. Distraerle. Si tiene que dirigir su poder contra nosotros, tendrá menos recursos para combatir al equipo de los diestros…

Algo saltó de entre la niebla.

Merlín se giró para recibirlo con la espada. Vivien se echó a un lado, se quitó el guante y aguantó la respiración. Susan cayó hacia atrás y se arrastró hacia un lado para coger una piedra enorme. Cuando se giró, la niebla la había envuelto. No veía nada, y solo oyó un gruñido

animal, el golpe seco de la espada de Merlín al impactar contra algo, y el grito de Merlín:

—¡Ciégalo, Viv! ¡Ciégalo!

Susan levantó la piedra que había cogido del suelo y echó a correr hacia delante, abriéndose paso entre la niebla. De pronto se encontró con Merlín, que tenía delante un oso enorme. Era un oso muerto revivido, con parte del cráneo a la vista, igual que la mandíbula, visible bajo el pelo en descomposición. Tenía un ojo ensangrentado, sin duda por obra de Vivien, pero el otro brillaba con un fuego cobrizo.

Merlín soltó un mandoble con su espada, que atravesó el aire a toda velocidad. Un pedazo de carne putrefacta cayó del enorme tórax del oso, pero eso no lo frenó, ni tuvo ningún otro efecto visible. Era rápido, más rápido de lo que habría podido ser en vida. Merlín retrocedió de un salto para esquivar su contraataque, tropezó con una piedra y, aunque se recuperó casi al instante, en ese instante perdido el oso lo agarró por los tobillos y le retorció las piernas.

Susan oyó que se rompían los huesos y chilló, y su chillido eclipsó el grito de dolor del propio Merlín. Tiró la piedra a la cabeza del oso y le dio en el ojo sano. La bestia tiró a Merlín a un lado y salió corriendo hacia ella; Susan retrocedió a la desesperada y entonces…

Vivien se situó frente al revivido, con la mano derecha levantada, brillando con una luz plateada cegadora que se reflejaba en las volutas de niebla arremolinadas.

El oso se quedó inmóvil, completamente paralizado.

La frente de Vivien se cubrió de gotas de sudor. Tenía las mejillas tensas, los músculos del cuello rígidos por el esfuerzo de aguantar la respiración. Estaba luchando contra Southaw, que controlaba la mente del oso revivido, pero solo podría resistir mientras consiguiera aguantar la respiración.

—¡Susan! ¡Ciégalo! —gritó Merlín, jadeando.

Intentó ponerse en pie, pero era imposible; sus piernas eran como pajitas quebradas. Se puso a reptar hacia el oso, arrastrando las piernas como un lastre.

Susan sacó el cuchillo para mantequilla. Las manchas de sangre se

habían secado, y no estaba segura de que fuera a funcionar, así que se hizo un tajo en la palma de la mano y, sin prestar atención al dolor, pasó la hoja del cuchillo por encima. Luego lo agarró con fuerza con la mano ensangrentada y rebuscó desesperadamente en sus bolsillos el tercer sobrecito de sal.

Vivien cayó de rodillas, bajó la mano izquierda y clavó los dedos en la tierra; su mano derecha, reluciente, empezó a temblar ante el oso revivido.

Susan tocó monedas, un pañuelo de papel y la llave de su puerta. Por un momento se desesperó y dudó de su memoria, que le decía que Vivien le había dado tres sobrecitos de sal. Quizá fueran solo dos…

Lo encontró, apretujado en la esquina del bolsillo. Lo sacó y lo abrió con los dientes, aflojó el agarre del cuchillo y se echó la sal en el hueco entre el pulgar y el índice, como un mago metiéndose un pañuelo en el puño para hacer un truco.

Vivien hizo un ruidito que hacía pensar que se estaría ahogando, pero no bajó la mano derecha.

Susan cogió el cuchillo manchado de sangre y sal con la mano derecha, dio un paso adelante e introdujo el cuchillo en la herida que Merlín le había hecho en el pecho al oso revivido.

—¡Soy tu ama! —gritó—. ¡Debes obedecerme!

Casi en el mismo instante, Vivien abrió la boca, jadeando, y cayó al suelo, inconsciente.

A diferencia de cuando había intentado someter a Southaw, Susan percibió al momento el efecto de aquel vínculo. Sintió un fuerte dolor entre los ojos, como el que provocaría una sinusitis grave, pero también sintió una conexión con la criatura que tenía delante. Veía el extraño fuego rojo dorado que ardía en su interior, el poder del Caldero de Cobre que dominaba la voluntad del animal, y había una línea, una hilera de ese mismo fuego, que le salía de la cabeza y se elevaba como si fuera una marioneta controlada por alguna presencia celestial situada muy por encima de la niebla.

También vio la sombra deforme que se extendía por detrás de los pies de la bestia, los restos disgregados del espíritu del oso que el caldero había expulsado de su cuerpo, pero que seguían conectados a

la carne que aún conservaba.

Susan se concentró para imponer su voluntad al oso, luchando contra el poder que lo controlaba, para convertirse ella en quien controlara la marioneta. Por un momento perdió su visión y el resto de los sentidos, y conectó con los del oso, y sintió un fogonazo repentino de náuseas, pero un momento más tarde se vio expulsada de nuevo, y volvió a su mente.

Oyó la voz de Holly, que le gritaba al oído, con seguridad y prepotencia, y sintió su presencia, el inmenso poder de Southaw.

—¡Mío! ¡Esto es mío!

Era demasiado fuerte. Susan no podía imponerse, y además sabía que no quería; ese breve instante nauseabundo en que había controlado al pobre oso le bastaba y le sobraba. No volvería a someter a un revivido, nunca.

Pero instintivamente supo que había otra cosa que podía hacer. Levantó otra vez el cuchillo manchado de sangre y de sal, y dio un tajo al cordón de fuego que se elevaba desde la cabeza del oso, justo en el momento en que Southaw le hacía levantar sus enormes garras para que le soltara un zarpazo.

El cordón de color rojo cobrizo cedió sin resistencia, rizándose como un cabello quemado. El fuego del interior del oso se fue con él, extinguiéndose como el de una vela. La sombra deforme se transformó, convirtiéndose en la de un pobre oso desconcertado, se hundió en la hierba y desapareció.

Susan dio un salto atrás justo a tiempo para esquivar la caída de los restos físicos de la bestia, que se desmoronó ante ella, en un montón de carne de oso descompuesta, sangre fétida y huesos rotos. Llegó incluso a salpicarle los pies a Vivien, pero ella no se movió.

Daba la impresión de que estaba muerta. Temiéndose lo peor, Susan se arrodilló a su lado y le buscó el pulso en el cuello. Soltó un suspiro de alivio al encontrarlo. Tenue pero constante, y también se veía cómo se le hinchaba lentamente el pecho bajo el chaleco de color azul. El labio le sangraba por el punto en que se había mordido en su esfuerzo por contener al oso revivido. Y su mano plateada seguía brillando.

Merlín se arrastró hasta allí y Susan se giró hacia él.

—El esfuerzo la ha agotado —murmuró Merlín—. Se pondrá bien.

—¿Y tú qué? —preguntó Susan, angustiada. Empezó a subirle las perneras de los pantalones para ver la gravedad de las fracturas, pero él la detuvo sujetando sus muñecas.

—Ambas piernas rotas —dijo, con una mueca de dolor—. Fracturas en espiral. Es grave.

—La saliva de sorbedor…

—No cura huesos rotos…, al menos no tan rápido —dijo Merlín, que jadeaba, respirando rápido por el tremendo dolor. Sacó el Smython de su bolsa y se la entregó, con la culata por delante—. Coge mi revólver. Veo que tu cuchillo manchado con sangre y sal es mejor que cualquier espada contra los revividos. Tienes que distraer a Southaw…

—Pero…

—Puedes… hacer… lo que le has hecho a… ese.

—Pero ¿cómo voy a saber siquiera dónde…?

—El Tejo de Totteridge —respondió Merlín, jadeando—. ¡Su *locus* es un árbol! Lo verás claro, y tendrá el caldero. Busca el caldero.

—¿Y qué hago?

—¡No lo sé! Dispárale al árbol, córtale ramas con el cuchillo, lo que sea para atraer su atención —dijo Merlín, no sin esfuerzo—. Yo te seguiré, pero a rastras… ¡No hay tiempo! Eres nuestra única oportunidad.

Susan vaciló un instante, pero luego se agachó y besó a Merlín en los labios. Él levantó una mano temblorosa y le pasó los dedos por el cabello. El beso duró un segundo en el que saltaron chispas. Luego se separaron lentamente.

—No te mueras —le susurró Merlín.

—Tú tampoco —dijo Susan.

Si sobrevivían, sabía que tendrían mucho más que una cita.

Si sobrevivían.

Cogió el revólver, levantó el cuchillo, se giró y echó a caminar a paso ligero, penetrando en la niebla. Sabía exactamente dónde estaba el Caldero de Cobre y se dirigió directamente allí.

Merlín miró otra vez a Vivien, se sacó un cuchillo de la manga y se

sentó en el suelo, gruñendo de dolor. Echó el cuerpo hacia delante y se cortó los pantalones a la altura de las rodillas para examinar sus piernas fracturadas. Con la mano izquierda bien firme, sacó un vial de saliva de sorbedor, se la metió en la boca, agitándola con la suya, y escupió sobre su rodilla izquierda, donde asomaba un trozo de hueso que le atravesaba la piel en un ángulo extraño. Dejó que formara un charquito y luego apoyó la mano izquierda en el hueso. Con un movimiento rápido se lo recolocó… y se desmayó.

Susan no miró atrás. Siguió caminando recto en dirección al caldero. Sabía dónde estaba, lo percibía. No faltaba mucho, pero la niebla era tan espesa que no podía ver nada a más de unos metros de distancia. Aquí la hierba era más alta y había piedras dispersas por el suelo. Aquello era un claro del bosque, no un campo creado por la mano del hombre. Southaw se había llevado sus dominios a alguna parte de la Inglaterra antigua, en una época muy primitiva.

Llevaba el cuchillo en ristre, con los nervios de punta, preparada para un ataque repentino de algún revivido, con la forma de un humano, un oso o lo que fuera. Pero apenas había dado unos pasos cuando se dio cuenta de que aquello no funcionaría. No podía ir avanzando a tientas por la niebla, con el temor de sufrir un ataque. Merlín le había dicho que distrajera a Southaw. Y para conseguirlo tenía que llamar su atención, no esconderse.

Susan caminó más rápido y llenó los pulmones para gritar con todas sus fuerzas.

—¡Eh, Southaw o Holly comoquiera que te llames! ¡Pedazo de mierda! ¡Vengo a por mi caldero! ¡Sí, eso es, mi caldero! ¡¡¡Mi caldero!!!

Sus palabras tuvieron un efecto inmediato. La niebla se arremolinó y se disipó, y de pronto aumentó enormemente la visibilidad. De repente le llegaron algunos ruidos del Mundo Nuevo, aunque a lo lejos. El ruido de sirenas lejanas y de un helicóptero. Ambos sonidos desaparecieron casi de golpe, pero la niebla no volvió.

Unos tenues rayos de sol iluminaron el campo, y los oscuros árboles que rodeaban el claro absorbieron la luz. Unos cien metros por delante, Susan vio un árbol solitario. Un tejo antiguo incluso para

aquel lugar, un árbol nudoso y de ramas retorcidas con un enorme tronco amarillento que ascendía poco más de un metro antes de dividirse en cinco troncos secundarios que alcanzaban los diez metros de altura, para dividirse en ramas que se abrían hacia el exterior, cargadas de hojas y bayas.

En algún lugar bajo aquel tejo, en un hueco entre sus raíces, se encontraba el Caldero de Cobre. Un enorme cuenco de metal forjado, de quince centímetros de grosor, tan grande que dentro podría cocinarse un buey, y con tres patas del tamaño del torso de Susan. El metal brillaba con luz propia, pero el interior del caldero, más oscuro que cualquier noche, era invisible para cualquier mortal.

Susan echó a correr, gritando palabras que ni siquiera conocía, algún grito de guerra ancestral de su padre que de algún modo le había penetrado en la mente. Cuando lo tenía a unos cuarenta metros, se detuvo para dispararle al árbol, pero al disparar el revólver casi se le salió de la mano y el tiro fue a parar muy lejos del objetivo.

Aun así, el ruido de la detonación distrajo a Southaw de su lucha con los libreros, que intentaban llevarlo de vuelta al presente. Volvieron a oírse los ruidos del Mundo Nuevo, más cerca y con más fuerza. Susan lo veía de pronto como un espejismo superpuesto a la realidad, una doble visión borrosa, con una carretera moderna que atravesaba el campo cubierto de piedras que tenía delante, una iglesia justo detrás del tejo, así como una serie de grandes casas elegantes con setos perfectamente podados a izquierda y derecha.

También había personas, unas figuras borrosas, espectrales. Sabía que eran libreros por los resplandores de luz plateada de sus manos. Había montones de ellos, formando un círculo que rodeaba el antiguo tejo, como los goblins que la habían transportado a la Feria de Mayo con su danza. Y tras los libreros del círculo había otros, zurdos, con armas apenas esbozadas, unas líneas abstractas en lugar de espadas y hachas. Susan oyó la voz de mando de Una, pero a lo lejos, como si le llegara transportada por el viento. Solo que no había viento; el aire, inmóvil, era húmedo, aunque hacía tiempo que había desaparecido la niebla.

Carreteras, edificios y libreros no existían realmente en aquel

tiempo y aquel lugar, y quizá nunca llegaran a existir, si Southaw ganaba en esa lucha de voluntades. Susan se detuvo y agarró el revólver con más fuerza, disparando de nuevo al árbol, cuatro veces más, hasta vaciar el cargador. Le pareció que le había dado, pero no consiguió distraer de nuevo a Southaw.

El Mundo Nuevo desapareció otra vez. Susan gritó de rabia y corrió hacia delante, con su pequeño cuchillo en ristre. Quería hacerle daño a Southaw, castigarle por todo lo que había hecho. Había esclavizado a su padre, había arruinado la vida de Jassmine, había matado a la madre de Merlín y de Vivien…

No apareció ningún revivido que la detuviera, ninguna bandada de estorninos que alzara el vuelo de pronto.

Por unos momentos la invadió una sensación de exaltación; llegaría al árbol y cortaría las ramas con su cuchillo…, su afilado cuchillo para la mantequilla…

Pero ¿de qué serviría? Disparando no había conseguido nada. Ya sabía que no podía someter a Southaw; al menos no con sangre, hierro y sal.

No necesitaba herir a Southaw. Necesitaba distraerlo. Que disputara una guerra de voluntades contra ella, al tiempo que iniciaba otra contra los libreros.

Se paró, levantó las manos y respiró hondo una vez más.

—¡El Caldero de Cobre me pertenece! ¡Invoco sus poderes y se los deniego a cualquier otro!

De debajo del árbol emanó un intenso fogonazo de luz de un rojo cobrizo en respuesta a sus palabras. Sintió un repentino influjo de poder, solo por un segundo, hasta que Southaw reaccionó con dureza, cortándolo. No bastaba con que invocara el poder del caldero. Tendría que hacer algo más.

Y la respuesta del soberano de antaño no quedó ahí. El árbol se movió, levantando una raíz del suelo, o eso le pareció. Susan miró fijamente, parpadeando. No era el árbol físico el que se movía, la masa de ramas, hojas y corteza. Era como si la sombra del árbol lo estuviera abandonando. Pero no era una sombra, era algo compuesto del mismo humo denso, grasiento y gris que había visto convertirse en

cuervo en lo alto del Viejo de Coniston. Era el espíritu del árbol, la esencia de Southaw. Otra raíz sombría se alzó de la tierra, y otra más, hasta crear un duplicado del árbol compuesto de humo, con ramas que se extendían hacia los lados como brazos. Los nudos y las fisuras del árbol físico se convertían en este en enormes ojos amarillos sin pupilas, y la grieta húmeda del tronco se transformó en una boca amenazante que se abría y se cerraba, apretando unos dientes astillados en un gesto de rabia dirigido a la intrusa.

Southaw se acercó a Susan, ganando altura progresivamente; ahora era un concentrado de maldad de más de quince metros de altura. Detrás quedaba el árbol de verdad, que ahora parecía minúsculo, ordinario: un simple árbol viejo, sin ningún poder.

Pero el dominio de Southaw sobre su territorio no flaqueó. No había ni rastro del Mundo Nuevo, de las imágenes de la carretera, de la iglesia y de la gente.

—Qué tendré que hacer… —murmuró Susan, observando aquella aparición que se le echaba encima. El miedo no la dejaba pensar. Si no conseguía distraer a Southaw…

Una luz intensa brilló de nuevo desde el Caldero de Cobre, como una baliza que la llamaba. Podía verlo con el ojo de la mente, escondido en una cámara subterránea bajo el tejo, medio enterrado en el humus creado por la corteza y las hojas caídas del árbol y descompuestas con el paso del tiempo.

Susan se giró y salió corriendo, no en dirección contraria a Southaw, sino en ángulo recto. El enorme árbol de sombras se giró para seguirla, avanzando rápidamente sobre sus enormes raíces, que movía como un ciempiés, impulsándose más rápido de lo que pudiera llegar a correr Susan. Sus ramas más adelantadas llegaban unos quince o veinte metros más allá, como patas de una araña, y las puntas se curvaban en el aire, intentando atraparla, algo que parecía inevitable al cabo de pocos segundos.

Susan se giró otra vez y corrió hacia la luz cobriza. Southaw también dio media vuelta, no tan rápido como cuando avanzaba en línea recta, pero ya la tenía cerca. Susan oía las ramas peinando el aire, las raíces levantando las piedras y la tierra, aquella sombra

compuesta de humo perfectamente tangible.

Y aunque llegara antes al caldero, solo tendría unos segundos.

Merlín, que se arrastraba agónicamente por el suelo, llegó a tiempo de ver correr a Susan y vio la monstruosa sombra del árbol que se le echaba encima. Sintió un leve atisbo de esperanza al ver que por fin había conseguido distraer a Southaw. El Mundo Nuevo empezaba a verse otra vez, cada vez más claro, y las siluetas temblorosas de lo que antes parecían espectros iban ganando definición, pero no lo suficientemente rápido, desde luego no bastaba. Merlín gritó e intentó reptar más rápido, justo cuando vio el destello de luz del caldero, a Southaw y a Susan tan cerca. Fue entonces cuando supo lo que su amiga tendría que hacer, algo que le había dicho él mismo: «Si se sumergiera a una persona viva en el caldero, se destruiría; su poder desaparecería para siempre. Ah, y moriría, por cierto».

26

Te balanceas, a medio vuelo,
esperando poner el otro pie en el suelo.
Un momento brillante, antes de caer:
pero ¿es eso todo lo que has de ver?

Las ramas de Southaw le pisaban los talones, muy muy cerca, cuando Susan llegó hasta el tejo. No había tiempo para pensar ni para frenar. Sintió el latigazo de una rama afilada en la espalda y se lanzó hacia delante, golpeando contra el suelo, deslizándose hacia la caverna bajo las raíces del tejo, cayendo en vertical por una cascada de tierra…

A la boca del Caldero de Cobre.

Era como sumergirse en la luz, en una imponente luz dorada, que envolvió a Susan, absorbiéndola. Southaw no consiguió atraparla en el último momento.

A unos cien metros, Merlín la vio sumergirse. Vio al antiguo lanzándose hacia delante, con sus enormes ramas de humo y de sombra golpeando la tierra, para echarse atrás después con un chillido, como el chirrido de las ruedas de una locomotora deslizándose hacia su perdición, un grito de rabia visceral.

El Mundo Nuevo, en forma del pintoresco pueblecito de Totteridge, enseguida sustituyó al Antiguo, con una irrefrenable marea de color, sonidos y movimiento. Los rayos del sol se abrieron paso entre las nubes, como un manto de luz. La A5109 ocupó su lugar, con luces azules que parpadeaban al norte y al sur, en los puntos donde la policía había cortado el tráfico.

Al oeste de la carretera se alzaban unas casas enormes, muy caras, con altos setos que las mantenían separadas de los pobres que pasaran por allí. Al este apareció una iglesia, una estructura del siglo XVII o XVIII hecha con ladrillos de color amarillo parduzco, con un llamativo

campanario blanco. El cementerio estaba rodeado por una valla de estacas sorprendentemente baja con una puertecita de madera con tejadillo de los años treinta. Las tumbas estaban dispersas por el terreno, entre árboles de menor tamaño.

En el centro del cementerio estaba el Tejo de Totteridge. Un círculo de treinta libreros diestros y seis ambidiestros rodeaban el árbol, así como al furibundo monstruo de humo y sombra que era Southaw, que se elevaba muy por encima. Todos los libreros llevaban monos de trabajo azules, y aquellas feas botas con punta de acero que en otro tiempo habrían provocado una mueca de repulsa en Merlín. Al igual que los goblins de la Feria de Mayo formaban un cerco, cogidos de las manos que, desprovistas de guantes, brillaban intensamente.

Sin mediar ninguna orden audible, los libreros de pronto avanzaron hacia delante, pisando todos a la vez, como los guardias de Buckingham Palace. El cerco se estrechó, cada vez más próximo al árbol.

Southaw les golpeaba con sus largas ramas, que caían sobre ellos como látigos. Pero sus golpes no tenían ninguna fuerza; el denso humo que componía su esencia perdía solidez cada vez que golpeaba, disipándose en nubes de polvo gris que salían volando como las semillas de un diente de león azotado por la brisa.

A cada golpe, el monstruoso árbol de humo perdía tamaño y fuerza, encogiéndose progresivamente y retrocediendo hacia el tejo original. Una vez más, sin una palabra, los libreros avanzaron y estrecharon aún más el cerco. La esencia de Southaw retrocedió hasta el interior del árbol, pero aún era visible, superpuesto al árbol, como la imagen de una lámina mal estampada, con la silueta del tronco y de las hojas creando una serie confusa de líneas grises.

Algunos de los libreros del cerco empezaron a cantar con una voz suave y musical, pero que era poco más que un susurro. Era un canto de destierro que Merlín había aprendido en el colegio, pero al que nunca había prestado demasiada atención. Se fueron incorporando libreros, formando dos líneas más. Luego se les unió el último grupo, otras dos líneas, y cantaron la canción a coro entre los tres grupos, cada uno formado por una docena de libreros, diez diestros y dos

ambidiestros.

Sombra infame, deja de soñar.
En esta noche eterna
duerme ya, no vayas a despertar,
que el tiempo pase y no vuelva.

No te resistas, ríndete.
Abjura de todo, entrega tu corona.
Ahora obedece a tus nuevos dueños,
libera tus dominios, súmete en el sueño.

Duerme profundo, oh, antiguo.
Tu reino acabó,
duerme ahora, el sueño eterno.
Tu tiempo pasó.

Mientras los libreros del cerco iban expulsando a Southaw con su canto, cuarenta libreros zurdos, también vestidos con mono y botas, trabajaban en grupos de cuatro abatiendo y troceando a los revividos restantes con armas de hoja. Uno incluso llevaba algo que recordaba la clásica guadaña de la Parca. Fueron recogiendo los pedazos en bolsas de tela con cierre de cordón que llevaban el lema «BIBLIOTECA DE WOOTEN» en la parte frontal, junto a diseños bordados que mostraban los diversos grados de habilidad en la costura de varias generaciones de niños Saint Jacques.

Southaw había desplegado más de una docena de revividos para defender el perímetro de su madriguera, pero había perdido el control al extraer sus dominios de la dimensión temporal, con lo que se habían lanzado contra lo que tenían más cerca, en muchos casos atacándose entre sí, y algunos de ellos aún estaban enzarzados en la pelea, mordiéndose y desgarrándose las carnes putrefactas unos a otros, hasta que la hoja de las armas de los libreros los cortaban en pedazos.

—¿Dónde está Susan?

Merlín estaba tendido en la hierba, boca abajo. Se giró sobre el costado y levantó la vista, con una mueca en el rostro por el dolor lacerante que le provocaban sus fracturas. Vivien tenía el sol detrás, y tuvo que fruncir los párpados para mirarla. Vivien tenía el labio

manchado de sangre por la mordedura, pero sonreía.

—Se ha metido en el caldero —dijo Merlín, abatido—. Eso es lo que ha acabado con Southaw.

—¡Muy lista! —dijo Vivien, admirada.

Merlín tragó saliva para contener el llanto.

—Se ha metido en el caldero —repitió con la voz ahogada—. Lo ha roto para salvarnos a los dos, para acabar con Southaw, ¿y lo único que se te ocurre decir es «muy lista»?

Vivien frunció el ceño y señaló un punto donde los zurdos seguían troceando a un revivido.

—Si ha roto el caldero, ¿por qué sigue habiendo revividos merodeando por ahí?

Merlín se la quedó mirando, y luego observó el árbol. Los libreros ya estaban hombro contra hombro, muy cerca del tronco del Tejo de Totteridge. El primer grupo de cantantes se calló, luego el segundo y por fin el tercero. Habían completado la ronda de cantos. Y, con la última palabra, el último rastro de Southaw desapareció del árbol. Ahora sí, volvía a ser un simple tejo, quizá ya para siempre. Merlín y Vivien percibieron la marcha de Southaw, que habría ido a parar a algún sitio similar a aquella nada que habían atravesado para llegar a Silvermere.

El corro de libreros se disolvió y se pusieron a charlar animadamente, dándose la mano y abrazándose, más por el alivio que para celebrar el triunfo. Pero en un punto, cerca del árbol, varios libreros miraban hacia un agujero iluminado por un leve resplandor de color rojo cobrizo. Uno de ellos llamó a Una, que dio la espalda al revivido que estaba troceando y se fue hasta allí, con la espada en alto, sujeta por su mano plateada.

—¡Levántame! —ordenó Merlín—. ¡Sobre los hombros, en carga de bombero! ¡Llévame hasta allí!

—Una no va a matar a Susan —bromeó Vivien, pero se agachó y levantó a Merlín, colocándoselo sobre los hombros—. No obstante, te llevaré, dado que así conseguiremos que llegues antes a la ambulancia.

—¿De verdad crees que sigue viva? —preguntó Merlín—. ¿Que no habrá quedado transformada?

Vivien se lo pensó un momento. Viva, probablemente sí, dado que el caldero no se había roto. Que no hubiera quedado transformada quizá fuera mucho pedir.

—No lo sé —dijo, con la mayor suavidad posible.

Las sirenas se oyeron cada vez más y más cercanas, todo un desfile de vehículos de policía que creaban un gran estruendo, procedentes del norte y del sur. Al mismo tiempo, la inspectora Greene llegó corriendo por el cementerio hacia el tejo, seguida por media docena de agentes armados y perfectamente equipados. Tres de ellos llevaban antiguas alabardas, seguramente de la Torre de Londres, y los otros, subfusiles MP5.

Un vicario salió por la puerta principal de la iglesia justo cuando pasaban por allí corriendo; miró alrededor, atónito, viendo todas aquellas personas con mono azul, manos plateadas y armas medievales junto a los agentes de policía armados.

—¡Vuelva dentro, señor! —le gritó Greene.

—¡Por filmar aquí se cobra! —replicó el vicario, indignado—. ¡Y nadie ha pedido permiso! ¡Esto es un sacrilegio y un abuso! ¡Llamaré a la policía!

Greene le hizo un gesto a uno de sus agentes, que se separó del grupo y cogió al vicario del brazo, llevándoselo al interior de la iglesia mientras este aún protestaba. Merlín y Vivien llegaron junto al tejo unos segundos después que Una, que envainó su espada y metió el brazo en el agujero para sacar a Susan. Tenía la cara manchada de tierra y se tocaba el cuello con la mano derecha, pero por lo demás parecía ilesa y que no había cambiado.

—Bájame —dijo Merlín, consciente del aspecto que tenía ahí subido, como un atún a hombros de un pescador.

Su hermana lo bajó con más cuidado del que se merecía y le ayudó a sentarse con la espalda apoyada en una lápida inclinada. Susan se acercó lentamente y se sentó a su lado.

Se quedaron allí en silencio varios segundos, mirando el Tejo de Totteridge y a los libreros y policías que se movían alrededor, mientras Una daba órdenes y Greene intentaba hablar con ella, y una librera diestra con el cabello completamente blanco se les unía, y

seguían llegando ambulancias y coches de policía de todas partes, con las sirenas encendidas, y un helicóptero de la fuerza aérea empezaba a sobrevolar la columna de humo del lugar donde se había estrellado el otro, al oeste…, y aquello se convertía en un caos.

—Pensé…, pensé que habías roto el caldero —dijo Merlín—. Y que… —Tragó saliva, conteniendo el llanto; luego tomó aire y lo retuvo un segundo antes de seguir, antes de recuperar su tono normal, despreocupado—. Pensé que era un modo bastante radical de evitar salir a tomar algo conmigo.

—Me bastaba con dejarte plantado —respondió Susan, sonriendo—. Mucho más fácil. Sobre todo porque me parece que me he roto la clavícula.

—¿Cómo es que no has... muerto? —preguntó Merlín—. Te vi lanzarte al caldero…

—No pude pensar en nada que distrajera lo suficiente a Southaw —dijo Susan—, pero pensé que cabía la posibilidad de que no se rompiera y de que no me matara. En realidad, por dos motivos. Uno, porque pertenece a mi padre por derecho, y él me dio parte de su poder. Él creó el caldero, ¿sabes?, no es solo su guardián.

—¿Qué?

—No sé por qué sé eso —dijo ella, pensativa—, pero es cierto. Southaw no habría podido someter a mi padre de no ser porque estaba tan lejos de sus dominios, y porque había adoptado forma humana para estar con mi madre. Me pregunto cómo se conocerían. Por lo que yo sé, ella nunca ha estado en el Lake District.

—¿Cuál es la segunda razón? —preguntó Merlín, hablando muy despacio. Le estaba costando concentrarse. El dolor de las piernas iba a más; necesitaba ayuda. Pero le gustaba tanto tener cerca a Susan…

Se sobresaltó al notar que la chica le agitaba el hombro suavemente.

—Perdón, ¿qué estaba…?

—Te has desmayado —dijo Vivien, agachándose—. No te muevas, la tía abuela Evangeline va a curarte las piernas.

—Todo lo que pueda, de momento —dijo la librera diestra de cabello blanco, que evidentemente era la tía abuela Evangeline—. Y también me ocuparé de tu clavícula, señorita. Pero antes quiero darte

las gracias por salvarnos a todos de seguir el camino hacia la perdición por el que pretendía llevarnos Merrihew, a quien nadie echará de menos. En su momento ya te daremos gracias por otras cosas más.

—Nunca se cayeron bien —le susurró Vivien al oído.

—Eso es completamente falso, Vivien —dijo Evangeline, que apoyó su luminosa mano en la pierna izquierda de Merlín, cogió aire con fuerza y lo soltó lentamente. Merlín esbozó una mueca de dolor, pero luego suspiró de alivio, notando el efecto de la magia—. Merrihew y yo teníamos muy buena relación de niñas; de hecho, incluso podríamos decir que éramos amigas, hasta que me robó a mi novio…, poco antes de Waterloo. ¿Estás mejor, Merlín?

—Mejor así, gracias, tía abuela —dijo Merlín, aún jadeante—. Susan, ¿qué es lo que decías? ¿Cuál era la segunda razón?

Evangeline desplazó la mano, poniéndola sobre la pierna derecha de Merlín, murmurando:

—Aun así no podrás caminar hasta dentro de una semana más o menos, pero creo que con esto te ahorrarás la escayola. Dos piernas escayoladas.

—Fue lo que dijiste —respondió Susan, sonriéndole—. Me dijiste que la inmersión total en el caldero provocaría que se rompiera y que mataría a cualquiera que lo hiciera. Así que al caer me agarré del borde y dejé la mano fuera. Así es como me rompí la clavícula.

—¿Y cómo fue? —preguntó Vivien—. Yo no recuerdo muy bien cuando metí las manos en nuestro grial.

Susan se encogió de hombros, olvidándose de su clavícula; soltó un gritito de dolor.

—¡Au! ¡Au! La verdad es que yo tampoco lo recuerdo. Solo estuve dentro un par de segundos; salí todo lo rápido que pude. Estaba lleno de luz. Una luz espléndida. Era como…, era como estar en casa. Ya sabes, cuando vuelves a casa después de un día malo y sientes el calorcito, la luz, la seguridad…

—Quédate quieta —le ordenó Evangeline, situándose delante de ella —. Puedo soldarte el hueso y quitarte parte del dolor, pero necesitarás llevar cabestrillo unos cuantos días y te va a doler. Tendrás que tomar

aspirina.

—Gracias —dijo Susan, mientras Evangeline le apoyaba la mano derecha en la clavícula con mucha suavidad—. ¿También podría…, podría decirme si…, si el caldero me… ha hecho algo?

Evangeline tomó aire y lo retuvo varios segundos. La luz de su mano pintó de plateado el gesto impaciente de Susan. Cuando exhaló, esbozó una sonrisa amable.

—Eres lo que has sido siempre, hija de un soberano de antaño y de una mortal —dijo—. El caldero no te ha hecho nada más, ni nada menos. Pero posees un raro legado. No creo que nadie pueda contarte los detalles. Nuestro Guardián del Grial, quizás, o tu padre. Aunque, como ya debes de saber, pese a que puedan adoptar forma humana, no tienen por qué pensar ni actuar como nosotros, y la comunicación con ellos raramente es fácil.

—Tendré que llevarle el caldero a mi padre —dijo Susan. Movió un poco el brazo. Le dolía mucho menos, pero aún lo hacía—. ¿Me dejaréis que lo haga?

—Te «ayudaremos» —dijo Evangeline—. Al fin y al cabo, tu padre lo mantuvo oculto durante casi dos mil años. En lugar de romperlo (algo que no haríamos más que en caso de extrema necesidad, por lo que pudiera provocar), es mucho mejor que esté en su poder. Pero de momento, si no te parece mal, lo guardaremos con el resto de nuestros tesoros, en la Librería Nueva. Sospecho que la abuela querrá verlo de nuevo. Y dado que tu padre se ha retirado, supongo, hasta el final del año, no tiene sentido llevárselo a Coniston hasta entonces. Pero ahora mismo vosotros dos, jovencitos, tenéis que ir al hospital…

—En realidad, tía abuela —la interrumpió Merlín, hablando con su desparpajo habitual y desplegando todos sus encantos—, me estaba preguntando si podríamos alojar a Susan en la Northumberland, porque de todos modos no puede volver a la casa segura de Greene. Ya sabes, esas *suites* contiguas del último piso…, quizá yo también podría ocupar una, temporalmente, por supuesto, mientras me recupero…

—¡Merlín! —exclamó Susan, mirándolo con cariño.

Luego se giró hacia la inspectora Greene y hacia Una, que se

acercaban con el ceño fruncido, como si esperaran encontrárselos heridos de muerte. Ahora tendrían que justificar todo aquello ante las altas instancias seculares. Aunque ya habían hablado de ello; además, aprovechando el oportuno comentario del vicario, habían pensado que podrían explicar que era una filmación de cine que se les había ido de las manos.

—Merlín —repitió Susan—, voy a seguir el consejo que me dieron la primera vez que llegué aquí, y voy a irme con mi madre.

La decepción fue patente en el rostro de Merlín: no podía creer que hubiera rechazado de plano su propuesta; al mismo tiempo sentía desazón, porque era evidente que Susan le importaba.

Ella disfrutó de aquello por un momento, pero enseguida añadió:

—Solo una semana o dos, hasta que nos recuperemos. Y me gustaría que vinieras conmigo.

—Te ha pillado, hermanito —dijo Vivien, con admiración, mientras Susan y Merlín se fundían en un beso.

EPÍLOGO

El borboteo del arroyo se oía incluso por encima del ruido del taxi que frenó sobre la grava, frente a la granja. Era un típico modelo negro londinense, algo muy poco frecuente en aquel lugar, tan cerca de Bath. Los cuervos apostados sobre la chimenea del granero que Jassmine usaba como estudio observaron la llegada del coche, y unas cuantas piedrecitas cayeron ladera abajo con el ligero temblor de tierra, que amenazaba con aumentar.

Sin embargo, las entidades de agua, aire y tierra se calmaron y emitieron un suspiro de alivio colectivo cuando Susan salió de la parte trasera del taxi, abandonando aquella masa de hierro protector. No era algo que pudieran ver u oír los simples mortales, pero Susan lo percibió, y miró hacia el arroyo, a los cuervos y a la montaña y les hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, antes de girarse otra vez hacia el coche para sacar las muletas de Merlín, que salió tras ella, le cogió las muletas, se puso en pie, equilibró el cuerpo y avanzó lentamente por el aparcamiento de grava hasta el camino de losas que llevaba a la puerta principal.

Susan llevaba un mono azul nuevo, también este de su talla exacta, y este también lo había encontrado fácilmente, para sorpresa de Merlín. Él había optado por un conjunto imponente que estaba seguro de que impresionaría a la madre de Susan, una camisa de manga larga de color azul pálido con volantes en los puños, una falda de la Guardia Negra escocesa y pantuflas a juego, y, a pesar de las protestas de Susan, se había colgado cintas del mismo tejido de cuadros color verde oscuro sobre las vendas, de tobillo a rodilla. Llevaba al hombro su inseparable bolsa de pelo de yak, pese a que se le enredaba con las muletas de vez en cuando.

Audrey salió y sacó la mochila de Susan y la maleta de Merlín —la que quizás hubiera pertenecido a Noël Coward—, así como cuatro

cajas de cartón llenas de libros con etiquetas escritas a mano en rotulador sobre los logotipos de las editoriales: «SAYERS-ALLINGHAM-MARSH-CHRISTIE», «RECOMENDACIONES DE VIVIEN: NADA DEMASIADO DIFÍCIL PARA MERLÍN», «EDS. RARAS, QUE LOS REIMPRIMAN», y «MEJORES NOVELAS EN INGLÉS Y TRADUCCIONES 1920-1950». En cuanto hubo apilado las cajas, Míster Nimbus saltó encima y exploró el que podría acabar siendo su territorio, aunque inclinó la cabeza ante los cuervos, lo que hacía pensar que era más listo de lo que parecía.

—El taxímetro dice doscientas sesenta libras —dijo Audrey, sonriendo—. Pero me conformaré con una taza de té antes de volver.

—Puedes tomarte varias —le ofreció Susan—. Y probablemente un poco de pastel, o al menos galletas. Dependerá de lo que haya hecho…

—¡Susan! —exclamó Jassmine, saliendo por la puerta de la granja como una exhalación y arrancándose el blusón de pintura al mismo tiempo, bajo el que llevaba un vestido de seda violeta, aunque con las prisas se rompió el collar que llevaba puesto, con lo que las cuentas salieron disparadas en todas las direcciones.

Se rio, dejó caer el blusón al suelo y envolvió a Susan en un cariñoso abrazo, evitando tocarle el hombro y el cabestrillo.

—Tengo el hombro mucho mejor —dijo Susan, adelantándose a la pregunta de Jassmine—. Mamá, este es Merlín. Merlín, esta es Jassmine.

—Oh, pobre Lenny —dijo Jassmine, mirando a Merlín con admiración—. Aunque he escuchado que ha empezado a verse con Kerry O'Neill. Kerry toca el clarinete, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —respondió Merlín, como si nada—. Pues según creo el clarinete combina muy bien con la trompa.

—Pues sí, ¿no? —dijo Jassmine.

—Y esta es Audrey, la tía de Merlín —dijo Susan—, que ha sido tan amable de traernos hasta aquí en coche.

—Encantada de conocerte, Jassmine —dijo Audrey, adoptando de pronto un acento refinado nada habitual en ella.

Le tendió la mano, pero no fue su mano derecha, desnuda, la que miró Jassmine, sino la izquierda, enfundada en un guante. No había visto la de Merlín, porque la tenía apoyada en la muleta y estaba

inclinado hacia delante.

—Oh —dijo, dando un paso atrás—. Eres uno de esos libreros. Como la que…, la que…

—No, no como Merrihew —se apresuró a decir Susan, cogiendo a su madre del brazo—. Merrihew era una…, una…

—Traidora —dijo Merlín, abatido—. Y haremos todo lo que podamos para compensar lo que hizo.

—Ya no me acordaba —confesó Jassmine. Tenía la mirada perdida, pero a Susan le pareció que era más ella misma, que estaba muy presente, algo muy poco frecuente—. No lo recordaba…, pero hace unos días empezó a volverme todo a la mente…

—Encontré a papá —dijo Susan con delicadeza—. Le obligaron a alejarse de ti, mamá. No fue culpa suya.

Jassmine asintió lentamente. Se enjugó una lágrima y sonrió, recordando con nostalgia.

—Lo sé —dijo—. De todos modos, tampoco habría podido durar mucho.

—¿Qué?

—Rex y yo —dijo Jassmine—. Nos lo pasamos bien, pero éramos de mundos diferentes. Él, con su montaña y su lago, y yo, enamorada de la ciudad, de la música y de todo lo demás. En aquella época. A decir verdad, en muchos casos se mostró bastante egoísta. No habríamos podido seguir juntos mucho tiempo.

Susan se la quedó mirando. No era así como se imaginaba que se tomaría su madre la noticia de que había encontrado a su padre… y de que podría llegar a reaparecer.

—¡Pero con él te tuve a ti, cariño! —dijo Jassmine, radiante—. ¡Eso fue lo mejor!

—Estoy de acuerdo —dijo Merlín. Señaló las cuentas caídas con su muleta derecha—. ¿Las recogemos? Lo digo en plural, pero quiero decir Audrey.

—Oh, no —respondió Jassmine—. Dejadlas para los cuervos; a ellos les gustan esas cosas. ¡Entrad a tomar un té! Me muero de ganas de que me contéis todo lo sucedido. Merlín, Susan, os he preparado la habitación azul, no la tuya, Susan, he pensado que preferiríais la cama

grande…

—Buena idea —dijo Susan, muy seria, mientras Merlín fingía escandalizarse.

Agradecimientos

La primera vez que visité el Reino Unido (desde Australia) fue en 1983, cuando tenía diecinueve años. Tuve mucha suerte de que mi tía Judy se casara con Gerry Heavey, un inglés que volvió a visitar a su familia justo en la época en que yo estaba allí, y él y sus padres me invitaron a su casa de Londres, que se convirtió en mi base de operaciones para los viajes que realicé los seis meses siguientes. Le estoy muy agradecido a Gerry y a sus padres, el señor y la señora Heavey (tal como los llamaba; en aquella época éramos más formales). Fue en ese tiempo cuando decidí que quería ser escritor. De hecho, escribí el primer relato corto que conseguí vender durante ese viaje, con una máquina de escribir Silver-Reed que tuve que vender para comprarme un billete de autobús a Heathrow, ya que, pese a tener un billete de vuelta a Sídney, no me quedaba ni un penique más.

En 1983 ascendí al Viejo de Coniston, y volví a hacerlo cuando volví a Inglaterra, en 1993. Y lo hice gracias a Arthur Ransome, a quien también tengo que agradecerle los libros de la serie *Swallows and Amazons* que tanto me gustaban de niño (y que aún me gustan), que me impulsaron a visitar el Lake District esa primera vez, y en muchas otras ocasiones, incluida mi luna de miel, en el año 2000, cuando mi esposa Anna y yo nos alojamos en un hotel a orillas del lago Windermere y una niebla repentina se extendió por todas partes, ascendiendo por los prados, entrando por el balcón y penetrando en nuestra habitación del primer piso…

He vuelto al Reino Unido y a Londres muchas veces más tras aquella primera visita, en muchos casos aprovechando la hospitalidad de mi cuñada, Belinda McFarlane, que me ha hecho la estancia más fácil y más agradable, permitiéndome disfrutar también de la cultura, ya que es violinista de la London Symphony Orchestra y siempre nos consigue

entradas para maravillosos conciertos y actuaciones.

Muchas de mis visitas al Reino Unido han sido de trabajo, para promocionar mis libros, y he tenido la suerte de haber recibido un trato espléndido de publicistas, editores y demás personal de las diferentes editoriales con las que he trabajado a lo largo de los años: Harper-Collins, Egmont, Bonnier (Hot Key y Piccadilly Press), y ahora también Gollancz.

De hecho, la idea inicial de este libro surgió cuando estaba de gira promocionando mi libro *Goldenhand*. Estaba firmando en la Ocean Terminal Waterstones de Leith cuando observé que el librero era zurdo y se lo comenté. Él me dijo que todos los libreros que estaban ese día en la tienda eran zurdos. Por favor, Stephen, librero de Leith, perdóname por no haber tomado nota de tu apellido, y gracias por la chispa que me llevó a crear este libro.

También debo dar las gracias a mis amigos Roger y Lucy Nield, inspector y agente retirados de la policía de Surrey, respectivamente, por responder a mis preguntas sobre cómo funciona la policía en el Reino Unido. Si he acertado en algo, es gracias a Roger y a Lucy; si está mal, es culpa mía. O es que igual era algo diferente en este 1983 alternativo…

Quiero dar las gracias a mis agentes por sus sabios consejos, sus ánimos y sus infalibles conocimientos del sector: Jill Grinberg y su equipo en Jill Grinberg Literary Management de Nueva York; Fiona Inglis y el equipo de Curtis Brown Australia; y Matthew Snyder y sus asociados, de la Creative Artists Agency, en Los Ángeles, que gestionan los derechos de mis obras para la televisión y el cine.

Mis editores me ayudan en muchas cosas para poder hacer mi trabajo y crear buenos libros; también los promocionan y los comercializan estupendamente, y para mí es un honor que me tengan en su cartera de autores: Katherine Tegen y el equipo de HarperCollins, en Estados Unidos; Eva Mills y toda la gente de Allen & Unwin en Australia; y Gillian Redfearn y su equipo en Gollancz, en el Reino Unido. También he tenido mucha suerte de poder trabajar con fantásticos editores de audiolibros, en Listening Library / Random House, Bolinda, y Brilliance. Y estoy muy agradecido a los traductores

y editores que hacen que mis libros funcionen bien en otros idiomas y en otros países.

Los libreros han sido absolutamente esenciales para que mis libros llegaran a los lectores. Estoy agradecido a todos ellos, no solo por dar apoyo a mis libros, sino por todo lo que hacen por conectar a la gente con los libros. En particular querría dar las gracias a Margaret y Teki Dalton y a la familia Dalton, y a todas las personas de la Dalton's Bookshop de Canberra con las que trabajé en 1987, cuando ya estaban a la última y llamaban a los almacenes de Penguin cada tarde para darles la lista de códigos ISBN de los libros que necesitaban reponer.

También quiero mencionar que las librerías Foyles de hoy en día conservan todos los aspectos positivos de la vieja tienda del 121 de Charing Cross Road que aparece en el relato, pero no lo que quizá podrían llamarse excentricidades negativas. Los libreros Saint Jacques, por supuesto, tienen rasgos particulares inventados por mí.

Asimismo, el antiguo tejo, el pueblo y la iglesia de Totteridge, y quienquiera que fuera el vicario en 1983, no son como en este libro, que representa una imagen alternativa e imaginaria de 1983, con personas y lugares imaginarios.

Y debo un agradecimiento eterno a mi esposa, Anna McFarlane, que, pese a desarrollar una ajetreada carrera como publicista, encuentra tiempo para dedicarse plenamente a nuestra familia; y a nuestros hijos, Thomas y Edward, siempre comprensivos con las rarezas y las limitaciones de un padre que muchas veces tiene la mitad de su cabeza en otro sitio, pensando en algún libro.

Título original en inglés: *The Left-Handed Booksellers of London*

Publicado por primera vez por Katherine Tegen Books. Derechos de traducción acordados a través de Jill Grinberg Literary Management LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

Primera edición: abril de 2022

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788418870606

Índice